HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN EL PERU

POR

RUBEN VARGAS UGARTE, S J.

TOMO III

BURGOS
1964

ES PROPIEDAD

Printed in Spain - Impreso en España

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Depósito legal: BU. - 171. — 1963 (IV) N.º R.º BU - 216/63

Imprenta de Aldecoa, Diego de Siloe, 18. — Burgos. 18297

INDICE

Págs.

BIBLIOGRAFIA XI

CAPÍTULO I. — *La Misión de los Mojos. Sus orígenes* 1

1. Descripción de la tierra. — 2. Carácter y manera de ser de estos indios. — 3. Primeras entradas en tierras de los Mojos. — 4. Llega hasta ellas el P. Jerónimo de Andión. — 5. Expediciones posteriores.

CAPÍTULO II. — *Primeras exploraciones* 17

1. El H. Juan de Soto entra en relación con los Mojos: expedición del Maese de Campo, Juan de la Hoz Otálora (1667-1668). — 2. Entrada del H. José del Castillo: su relación. — 3. El P. Provincial, Hernando Cavero envía a esta Misión a los PP. Pedro Marbán y Cipriano Barace. Junta de los Misioneros. — 4. Es enviado a Lima el H. Castillo. Viene en calidad de Visitador el P. Luis Otelo. — 5. El P. Hernando Saavedra decide impulsar la Misión.

CAPÍTULO III. — *Nuevas fundaciones* 33

1. Fundación de Trinidad. Excursiones misioneras. — 2. Funda el P. Orellana la reducción de S. Ignacio y llega hasta el Beni. — 3. Fundación de S. Javier, S. José y S. Borja. — Excursiones por tierras de infieles. Fundación de S. Pedro y S. Luis. — 5. Memorial del P. Marbán. Visita del P. Diego Francisco Altamirano

CAPÍTULO IV. — *Progresos de la Misión* 51

1. Estado de la Misión en los primeros años del siglo XVIII. Ayuda económica. — 2. Venida de misioneros extranjeros. — 3. Martirio del P. Cipriano Barace. — 4. Fundación de las reducciones de S. José y S. Pablo. — 5. Martirio del P. Baltasar de Espinosa. Fundaciones entre los baures.

CAPÍTULO V. — *La vida religiosa y social en Mojos* 65

1. Carácter y cualidades de los indios mojos. — 2. Su religiosidad. — 3. Las Reducciones. — 4. Su organización y vida diaria. — 5. Contratiempos que sobrevinieron.

Págs.

CAPÍTULO VI. — *Progresos y contrastes en la Misión* 81

1. Progresos de la Misión. — 2. Visita del P. Antonio Garriga y demarcación de las Reducciones. Superiores de la Misión. — 3. Medidas adoptadas para contrarrestar los avances de los portugueses. — 4. Visitan las Misiones algunos Obispos de Santa Cruz. — 5. Excursiones apostólicas del P. Pascual Ponce y nuevas incursiones de los lusitanos del Brasil.

CAPÍTULO VII. — *La Misión de los Mojos* 107

1. Situación de la Misión de 1750 a 1767. Estado próspero de las Reducciones. — 2. Visita del P. Manuel Vergara. Informe que presenta sobre las mismas. Diferencias con el Obispo de Santa Cruz, D. Francisco de Herboso y Figueroa. — 3. Expedición contra los portugueses. — 4. Final de esta tentativa y retiro de D. Juan de Pestaña. — 5. Insignes misioneros.

CAPÍTULO VIII. — *La expulsión* 129

1. La ejecución del extrañamiento en las Misiones. — 2. Inventarios de los pueblos. — 3. Son trasladados a Lima. — 4. Su embarque para la Península.

CAPÍTULO IX. — *Decadencia de la Misión* 143

1. Paulatino desmoronamiento de la Misión. — 2. Disminuye la población. — 3. Estado de sus templos. — 4. Reparos puestos a los Misioneros.

APENDICE 153

N.º 1. Relación que el Padre Julián de Aller de la Compañía de Jesús de la provincia del Perú y superior de la nueva misión de los indios gentiles de las dilatadas tierras de los Mohos (sic) que confinan con las de Santa Cruz de la Sierra y se dio principio por el año de 1668 a instancias de el Exmo. Señor Conde de Lemos, virrey de dicho reyno le hase al P. Luis Jacinto contreras, provincial reelecto de dicha provincia de el Perú, su fecha a 9 de setiembre de 668.

N.º 2. Copia de la relación que envió el P. Cipriano Barace sobre la conversión de los infieles. Sta. Cruz. 10 Sept. 1680

N.º 3. Relación de lo sucedido en la jornada de los Mojos el año de 1667, por el Hermano Juan de Soto.

N.º 4. Carta al P. Provincial del Hermano Juan de Soto. 3 nov. 1668.

N.º 5. Carta del P. José Bermudo al P. Provincial 26 Jun. 1669.

N.º 6. Informe de D. Alonso Verdugo, gobernador de Sta. Cruz que en el año 1760 visitó las misiones. S. Lorenzo, 8 enero 1761.

Págs.

N.º 7. Catálogo de las reducciones de las misiones de los Mojos de esta provincia del Perú de la Compañía de Jesús, año 1748.

N.º 8. Carta al P. Provincial Baltasar de Moncada, 1751.

N.º 9. Carta que el P. Alberto Quintana remitió a su hermano José, relatando su viaje a la misión de los Mojos. Exaltación 16 de Mayo de 1756.

N.º 10. Carta del Padre Miguel de Irigoyen al Padre Baltasar de Moncada, San Pedro 22 Abril 1757.

N.º 11. Carta del P. Juan José de Zabala al P. Baltasar de Moncada. Trinidad 26 de dic. 1757.

INDICE DE NOMBRES 193

SIGLAS MAS USADAS

A. de I.	Archivo de Indias. Sevilla.
A. Rom. S. J.	Archivo Romano de la Compañía de Jesús.
A. Vice Prov. Per.	Archivo de la Vice Provincia del Perú.
A. H. N. Madrid	Archivo Histórico Nacional. Madrid.
A. H. N. Lima	Archivo Histórico Nacional. Lima.
A. H. Sucre	Archivo Histórico. Sucre.
A. H. N. Santiago	Archivo Histórico Nacional. Santiago de Chile.
A. Col. de S. Ignacio	Archivo del Colegio de S. Ignacio. Santiago de Chile.
A. Col. de S. Calixto	Archivo del Colegio de S. Calixto. La Paz.
B. N. Madrid	Biblioteca Nacional. Madrid.
B. N. Lima	Biblioteca Nacional. Lima.
C. V.	Colección Vargas.
J. L. P y B.	Juicio de límites con el Perú y Bolivia
R. H.	Revista Histórica. Lima.
R. A. B. y M:	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.

BIBLIOGRAFIA

Mss. Roma. Archivo de la Propaganda Fide. *Relación de la Misión de los Moxos presentada a S. S. Clemente XI por el P. Alonso Messia Bedoya, Provincial de la Provincia del Perú.* Año 1713.

Arch. Provincia de Toledo S. J. Leg. 3, N.° 7. *Descripción de los Moxos que están a cargo de la Compañía de Jesús de la Provincia del Perú.* Año 1754. 4.° 47 p. s. n. y 9 en bl.

Arch. Nacional. Florencia. Nuovi Acquisti. 151. *Diario de un Jesuita desterrado desde su salida de Lima...* tom. III. p. 797 y s. Mapa y Cuadro Estadístico de Moxos etc.

Arch. Nacional Sucre. Col. René Moreno. *Archivo de Mojos y Chiquitos.*

ANTONIO ASTRAIN. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España.* Vol. VI. Madrid, 1920. Vol. VII.

JULIAN DE ALLER. *Relación que el P. Julián de Aller de la Compañía de Jesús y Superior de la Nueva Misión de los Indios Gentiles de las dilatadas tierras de los Mohos* (sic) ...y se dio principio por el año de 668 a instancias del Excmo. Sr. Conde de Lemos... hace al P. Luis Jacinto de Contreras, Provincial de dicha Provincia del Perú, su fecha a 9 de Setiembre de 668. fol. 4 ff. Lima, 1669.

DIEGO DE EGUILUZ. *Relación de la Misión Apostólica de los Mojos en la Provincia del Perú de la Compañía de Jesús que remite su Provincial P. Diego... a N. M. R. P. Tirso González.* (1696). Pub. por E. Torres Salmando. Lima, 1884.

ESTANISLAO ARLET. *Epistola P. Stanislai Arlet a Soc. Jesu qui anno* 1694 *ex Prov. Bohemiae transivit ad Missionem Regni Peruani quo pervenit anno* 1697, *data ad P. Generalem, prima Decembris* 1698. fol. 2 ff. Edic. castellana en Madrid. Fol. men. 4 pp.

DIEGO FRANCISCO ALTAMIRANO. *Breve Noticia de las Misiones de Infieles que tiene la Compañía de Jesús de esta Provincia del Perú en las Provincias de los Moxos.* 1699. Pub. por Manuel Vicente Ballivián en Documentos Históricos de Bolivia. La Paz, 1891.

ANTONIO GARRIGA. *Linderos de los pueblos de las Misiones de Mojos declarados y confirmados por el P. Antonio... en su visita de 10 de Octubre de 1715.* Revista de la Oficina Nacional de Inmigración. N.° 1. La Paz, 1897. E. Torres Saldamando comenzó a imprimir en Lima, en la Imprenta de Carlos Prince, este escrito del P. Garriga, pero cedió las páginas impresas a Ballivián que las reeditó en La Paz. Reimpr. en Juicio de Límites con Bolivia. Prueba Peruana. Tom. X p. 34 y 7. Barcelona, 1906.

PEDRO MARBAN. *Relación de la Provincia de la Virgen del Pilar de Mojos.* 1676. Pub. por Manuel Vicente Ballivián en Boletín de la Soc. Geográfica de La Paz. 1898.

ANTONIO DE ORELLANA. *Relación Sumaria de la Vida y dichosa muerte del V. P. Cipriano Barace de la Compañía de Jesús.* Lima, 1704. Reimpresa en Madrid 1711. Mrs. C. V.

ANTONIO DE ORELLANA. *Carta sobre el Origen de la Misión de los Mojos de 13 de Octubre de 1687.* Pub. en el tomo X de la Prueba Peruana en el Juicio de Límites con Bolivia. pág. 1 y s. Barcelona, 1906.

FRANCISCO JAVIER EDER. *Descriptio Provinciae Moxitarum in Regno Peruano.* Budae, 1791. Versión castellana del P. Fr. Nicolás Armentia o. f. m. La Paz, 1888.

JOSE DEL CASTILLO. *Relación de la Provincia de Mojos.* Pub. por Manuel Vicente Ballivián en Documentos para la Historia Geográfica de la Repúb. de Bolivia. Tom. 1, La Paz 1916.

GABRIEL RENE MORENO. *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos.* Santiago, 1888.

G. DESDEVISES DU DEZERT. *Les Missions des Mojos et des Chiquitos de 1707 a 1808.* Revue Hispanique. Agosto 1918.

JOSE CHAVEZ SUAREZ. *Historia de Moxos.* La Paz, 1944.

MAPAS

Misión de Mojos de la Compañía de JHS del Perú. Mapa mandado grabar por el P. Francisco de Rotalde, Procurador de la Provincia. Leyenda a uno y otro lado y dibujos en la parte superior e inferior, estos a ambos lados de la leyenda. P. Gutierre scrip. JHS. Año de 1715.

Mapa de la Misión de Moxos de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú dibujado para señalamiento de linderos por el P. Antonio Garriga, Provincial de dicha Provincia. Escala de 40 leguas.

Museo Británico. Additional 17671. Mapa de Mojos. Al pie cuadro estadístico. Es el N.° 23 de una Colección de Mapas y Planos del Perú.

Museo Británico. Additional 17674. Mapa de Mojos y camino que hizo la tropa... en Setiembre y Octubre de 1766, bajo el comando del Brigadier

D. Juan de Pestaña con destino a desalojar y apoderarse del fuerte de la Concepción (perfil y plano del mismo) en el pueblo antiguo de Sta. Rosa... según las observaciones de los PP. Misioneros.

Mapa de las Misiones de la Compañía de Jesús en el territorio de Moxos y Chiquitos en la Governación y Comandancia Gral. de Santa Cruz de la Sierra, marcando en él, el terreno de S. M. C. que ocupan los portugueses, según las más exactas noticias, adquiridas por los oficiales que han servido en la Expedición de Moxos. Ciudad de la Plata 27 de Junio de 1764. D. Antonio de Aymerich y Villajuana. Mapa a dos tintas de 49 por 49 cms. Arch. de Indias. Sevilla. 125-4-12. N.° 3. Charcas. Existe un duplicado en Madrid, Depósito de la Guerra. Estado Mayor del Ejército. V. también. Bib. Nac. de Santiago de Chile. Jesuítas. tom. 296. N.° 2.

Mapa de las Misiones de Moxos y Chiquitos trazado por el Capitán Miguel Blanco y Crespo, marcado el territorio de S. M. Católica que ocupan los Portugueses, según las observaciones hechas en las dos expediciones de 1763 y 1766. Plata, 1 de Agosto de 1769. Mapa de 62 por 66 cms. en colores. En un ángulo un diseño del Fuerte de la Concepción levantado por los Portugueses. Arch. de Indias. Indiferente General. 120-7-15.

Francisco Javier Eder. Descriptio Provinciae Moxitarum. Budae, 1791. Trae un Mapa de Mojos.

Lettres Edifiantes et Curieuses... tom. XII. Mapa de Mojos.

Diego. Davin. Cartas Edificantes y Curiosas... tom. XVI. Mapa de Mojos.

José Stocklein. Well Bott. Cartas Edificantes. Trae un Mapa de Mojos.

CAPITULO I

La Misión de los Mojos. Sus orígenes

1. Descripción de la tierra. — 2. Carácter y manera de ser de estos indios. — 3. Primeras entradas en tierras de los mojos. — 4. Llega hasta ellos el P. Jerónimo de Andión. — 5. Expediciones posteriores.

1. El lector que haya seguido nuestra narración y haya recorrido las páginas de los dos tomos precedentes habrá caido en la cuenta de la actividad misional de los Jesuitas del Perú y del empeño que pusieron en tener misiones vivas entre infieles, aun cuando todas sus tentativas por lograrlo no dieran resultado. No por esta razón permanecieron ociosos, pues en el Perú conquistado había indios de sobra, a quienes se hacía necesario catequizar y evangelizar. Todas las Provincias que se separaron de la del Perú, como las del Paraguay, Quito y Chile, llegaron a tener misiones estables entre indios gentiles y la del Perú no alcanzó a tenerla hasta fines del siglo XVII. Quiso la Providencia que en el Oriente del Alto Perú, hoy Bolivia, se le abriese una puerta por donde se había de llegar a campos ya dispuestos para la mies, y esta fue la llamada Provincia de los Mojos de la cual se tenía noticia desde fines del siglo XVI.

De esta gloriosa misión que le cupo en suerte a la Compañía del Perú se ha hablado poco. Mucho más conocidas son las Misiones del Paraguay y con alguna razón, aunque han contribuído a su notoriedad lo que han fantaseado sobre ella los enemigos de los Jesuitas, atribuyéndoles el proyecto de crear entre los ríos Paraná y Uruguay un reino de utopía. De esta Misión de los Mojos apenas se halla mención en las Historias Generales de la Orden y en las colecciones

de *Cartas Edificantes y Curiosas* escritas desde lejanas tierras, pero la labor realizada entre estos indios por los misioneros jesuitas es muy digna de ser conocida y tanto más de admirar cuanto que trabajando en una región más insalubre que el mismo Paraguay y sin mayores recursos obtuvieron opimos frutos en el corto espacio de ochenta años. Desde 1682 en que podemos fijar sus comienzos hasta el de 1767 en que tuvo lugar el extrañamiento de la Compañía, llegaron a erigir unos veinte pueblos y redujeron a vida social y cristiana más de cuarenta mil infieles. Resultado a todas luces notable, si se atiende a las circunstancias del lugar, a la relativa escasez de misioneros y a las muchas dificultades que hubo que vencer para obtener la conversión de los indios.

Los capítulos que se siguen nos darán a conocer los trabajos emprendidos por los jesuitas del Perú en este campo, y en ellos, con la extensión que requiere la índole de este libro, resumiremos la historia de esta gloriosa misión, de sus orígenes y desenvolvimiento, dejando a un lado los pormenores que dilatarían nuestro relato.

La misión de los Mojos abarcó el territorio comprendido hoy en los Departamentos del Beni y Santa Cruz al Noroeste de Bolivia y en parte del Estado de Matto Grosso, al Sudoeste del Brasil. "Dilatándose uniformemente sin asperidades, desde la orilla del Itenes, del Beni y de una intermedia sección transversal del Mamoré al Norte, desenvuelven los llanos de Mojos una superficie de 13.750 leguas cuadradas hasta tocar por el sudoeste la planta de los últimos contrafuertes andinos de Yuracares y hasta ir a perderse al Sur en las gigantescas selvas que separan a Mojos de las llanuras, algunos peldaños más altas y cien grados más bellas de Santa Cruz de la Sierra"[1]. Tan desmesurada extensión hay que atribuirla no

[1] Gabriel René Moreno. *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos*. Santiago, 1888. Introducción, p. 12. La Bibliografía del tema que podemos llamar básica es la siguiente: Antonio Astrain. Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, vol. VI, Madrid, 1920. — Julián de Aller. Relación que el P. Julián de Aller de la Compañía de Jesus... y Superior de la Nueva Misión de los Indios Gentiles de las dilatadas tierras de los Mohos (sic)... y se dio principio por el año de 668 a instancias del Excmo. Sr. Conde de Lemos... hace al P. Luis Jacinto de Contreras, Provincial de dicha Provincia del Perú, su fecha a 9 de Setiembre de 668. Fol. 4 ff. (Lima). — Diego Francisco Altamirano. Breve Noticia de las Misiones de Infieles que tiene la

Mapa de la Misión de Mojos
Año 1713

solo a lo diseminado y raro de la población sino también al hecho de haberse visto precisados los misioneros a escalonar las reducciones a lo largo de las principales arterias fluviales que cruzan el territorio de Mojos, a fin de contar con un medio fácil de comunicación entre ellas y a buscar los lugares altos y salubres que las pusieran a cubierto de las inundaciones. Estas, como veremos más adelante, fueron un continuo azote de la misión y se comprende el daño que podían causar en sabanas extensas regadas por innumerables ríos, algunos de ellos muy caudalosos.

Sin detenernos a citar los tributarios y de menor cuantía vamos a dar alguna noticia de los tres más principales, siguiendo al cosmógrafo D. Cosme Bueno en sus *Efemérides* del año 1771 [2]. El pri-

---

Compañía de Jesús de esta Provincia del Perú en las Provincias de los Moxos. (Lima, 1699) pub. por Manuel Vicente Balliván en Documentos Históricos de Bolivia. La Paz, 1891. — Estanislao Arlet e Soc. Jesu qui anno 1694 ex Prov. Bohemiae transivit ad Missionem Regni Peruani quo pervenit anno 1697, data ad P. Generalem prima Decembris, 1698. Fol. 2 ff. Edic. castellana en Madrid en 4 p. fol. men. Diego de Eguiluz. Relación de la Misión Apostólica de los Mojos en la Provincia del Perú de la Compañía de Jesús que remite su Provincial P. Diego... a N M R. P. Tirso González... (1696) Pub. por E. Torres Saldamando, Lima, 1884. — Francisco Javier Eder. Descriptio Provinciae Moxitarum in Regno Peruano. Budae, 1791. — Existe una versión castellana de esta obra: Descripción de la Provincia de los Mojos en el Reino del Perú, traducida por el P. Fr. Nicolás Armentia O. M. La Paz, 1888. Antonio Garriga. Linderos de los pueblos de las Misiones de Mojos declarados y confirmados por el P..... en su visita de 10 de Octubre de 1715. Revista de la Oficina Nacional de Inmigración... N.º 1. La Paz, 1897, p. 93-120. — Pedro Marbán. Relación de la Provincia de la Virgen del Pilar de Mojos. 1676. Pub. Manuel Vicente Balliván en Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz. 1898. — Antonio de Orellana. Relación Summaria de la Vida y dichosa muerte del V. P. Cipriano Barace de la Cia. de Jesús. Lima, 1704. Reimp. de Madrid. 1711. — Id. Carta sobre el Origen de la Misión de los Mojos de 13 de Octubre de 1687. Pub. En el tom. X, p. 1 y s. de la Prueba Peruana en el Juicio de Límites con Bolivia. — José del Castillo. Relación de la Provincia de Mojos pub. por Man. Vicente Mallivián en Documentos para la Historia Geográfica de la República de Bolivia. Tom. 1. La Paz, 1906. — Gabriel René Moreno. Biblioteca Boliviana. Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos. Santiago de Chile, 1888. M. G. Desdevises du Dezert. Les Missions des Mojos et des Chiquitos de 1707 a 1808. Pub. en Revue Hispanique. Agosto 1918.

[2] V. ibid. Descripción del Obispado de Santa Cruz de la Sierra.

mero es el Mamoré que tiene su origen en la cordillera que divide la Provincia de Santa Cruz de la de Cochabamba. Corre primero al Oriente y revuelve al Norte, en cuya dirección recibe otros muchos ríos, entre ellos el de San Miguel o Apire y el Río Grande o Guapay, que dan una gran vuelta por la parte oriental de Santa Cruz. El segundo es el Itenes que también llaman Guaporé. Nace al poniente de las lagunas de los Jarayez, de las serranías que caen al Norte de la Provincia de Chiquitos... Su dirección es sudeste-noroeste. Recibe en su curso algunos otros, entre ellos el río de los Baures. Junta sus aguas al Mamoré, al fin de esta Provincia, que se aumentan al Norte con las del Río Beni, desde donde toma el nombre de río de la Madera. El tercero es el río Beni, a la parte occidental de esta Provincia. Forman sus primeros raudales las aguas de La Paz y de la Provincia de Sicasica, se aumentan con las del río de los Lecos, las del Tuichi y otros que le entran de las Misiones de Apolobamba. Su dirección es al Nordeste y, dividiendo de estas misiones la Provincia de Moxos, pasa inmediato al pueblo de Reyes y caminando muchas leguas y, recibiendo otro gran río por el poniente... entra en el Mamoré e Itenes juntos, tomando el nombre de río de la Madera, como se ha dicho, el cual va a desembocar al Marañón".

En cuanto al clima, todos los autores que se han ocupado de Mojos, así antiguos como modernos, aseguran que es de los más insanos, debido al excesivo calor, acompañado de humedad. Como bien advierte D. Cosme Bueno, estas molestias se hacen más penosas en la temporada de lluvias que suele comenzar en Octubre y durar hasta Mayo, porque entonces aumenta el caudal de los ríos, estos se desbordan, inundan los llanos, cubiertos de maleza y el calor unido a la falta de corriente da origen al estancamiento y putrefacción de las aguas. Como ya advertía el P. Antonio de Orellana en la Relación que escribió de la Vida y Muerte del P. Cipriano Barace, estas inundaciones impedían las comunicaciones de unos pueblos con otros, a no ser en balsas y contribuían junto con el ardor del clima a la producción de un sinnúmero de insectos y sabandijas que no causaban pequeña molestia. Esta misma humedad hacía estéril el terreno y lo inutilizaba para que en él pudieran germinar el trigo o florecer la viña e impidiendo inclusive la propagación del ganado lanar, aunque el vacuno llegó a multiplicarse con ventaja. Otras

noticias curiosas sobre este país pueden verse en la obra del P. Francisco Javier Eder o en el *Viaje a la América Meridional* de Alcides d'Orbigny. Aquí solo añadiremos como remate lo que apunta el primero de los autores citados y advierte también el P. Orellana y es que en los meses de Marzo, Abril y Mayo suele soplar con frecuencia el viento sur, el cual por ser bastante frío hace que descienda la temperatura notablemente y cuando es seco hace bastante daño a la salud y aflige a los indios que por estar desabrigados y mal comidos no pueden resistir el cambio[3].

2. Cuando en el año 1676 entraron los primeros misioneros a Mojos, según la relación del Hermano José del Castillo, se calculaba que vivían en Mojos unos 6000 indios, distribuidos en más de ochenta pueblezuelos, con 30 o más habitantes, aunque algunos pasaban de 100 y aun 200. A las tribus de indios que poblaban la región se las denominaba generalmente Mojos, pero estos no constituían sino una de las muchas, acaso la más numerosa, que vagaba por aquellas selvas, diferenciándose unas de otras por algunos usos y costumbres y, sobre todo, por la lengua. Estas eran muchas y, según el testimonio del P. Orellana, se contaban hasta 39, pero en la *Relación* del H. José del Castillo, que suscribieron juntamente con este los primeros Misioneros, P. Pedro Marbán y P. Cipriano Barace, en 1676, cinco eran las que se hablaban en la zona por ellos visitada, a saber; la Morocosi, la Manesono, la Mopesiana, la Jubirana y la Iapimono, "pero con ser tantas las lenguas que hay en esta Provincia, una es como general que es la Morocosi, la cual usan como las tres cuartas partes de la Provincia, aunque en diversas partes son muy diversos los modos de hablar y usan muchas palabras que no usan las otras; en las que usan las otras hay muchos que entienden ésta y no hará mucha falta el no saberlas; nosotros hemos procurado aprender la más importante, para lo cual nos aprovechó mucho el Arte que de ella hizo el P. Julián de Aller, que esté en gloria. Mas como el Padre estuvo poco tiempo entre estos indios y su comunicación era de ordinario con los intérpretes, que eran unos muchachos, no pudo el arte

[3] Dice el P. Eder en su obra (pág. 53, Lib. II, Cap. I) que aconteció cuajarse el aceite de la lámpara del Santísimo algunas veces, a causa de la frialdad del aire y entumecerse las aves de manera que apenas podían volar.

estar tan acabado ni tan fiel que no haya necesitado de mucho examen..."

En la citada *Descripción* de D. Cosme Bueno se dan los nombres de 29 tribus, pero las más principales fueron las siguientes: los Itonamas, a orillas del río Itenes; los Baures, a uno y otro lado de este río; los Guarayos, en el río de la Magdalena; los Tapacuras y Yuracares en el alto Mamoré; los Mojos, al oeste de este río y el Beni; los Cayubabas, cerca de la confluencia del Mamoré y Guaporé y los Mobimas, Chiribas, Chumanos y Toromonas más al poniente, a entrambas orillas del Beni. En la *Relación* del H. Castillo se nos habla también de las naciones vecinas y se las enumera en esta forma: Los Chiquitos hacia el Oriente y al sur de Santa Cruz, que se extienden bastante y tienen fama de indios belicosos; los Mujanaes o Mujuonos, que no son tantos, hacia el Norte; los Cañacures, al poniente; los Cañacures y Raches, hacia el sur, en el camino que sale a Cochabamba y, finalmente, entre el Norte y el Oriente los Toros, que habitan tierras altas y de mejor temple.

Tanta diversidad de naciones y de lenguas había de ser un obstáculo a la propagación y al buen régimen y gobierno de los pueblos que se fueran formando y de ahí que, desde un principio se pensara en extender el uso de una sola y para este fin escogieron la moja, dulce y sonora, más perfecta que las usadas por las tribus vecinas y cuya gramática tiene alguna semejanza con la lengua quechua. El primero que trató de componer un arte de ella fue el P. Julián de Aller, uno de los primeros misioneros de Mojos, pero quien le dio su perfección y se afanó más por difundirla fue el P. Pedro Marbán, de tal manera que a poco de fundarse el primer pueblo de Nuestra Señora de Loreto, ya todos sus habitantes la entendían y la hablaban, como escribe el P. Diego de Eguiluz en su *Relación*[4].

Digamos ahora algo acerca de sus costumbres, entresacado de lo que anotaron los primeros Padres que entraron en la Provincia. Son estos indios ordinariamente bien agestados y por naturaleza blandos y alegres y no saben enojarse entre sí sino cuando están borrachos. No suelen tener más de una mujer, pero algunos tienen dos, pero con facilidad se descasan y buscan otra. Quieren mucho

[4] Pedro Marbán S. J. *Arte de la Lengua Moxa con su Vocabulario y Catecismo*. Lima, 1701. Reimpresa en Leipzig, 1894.

a sus hijos pero no tienen gran cuidado de ellos ni los educan, de modo que se crían libremente y en toda rusticidad. Viven agrupados por familias y no tienen otro superior sino el cacique, a quien en algunas cosas se sujetan. Son muy hospitalarios y no reparan en el número de los huéspedes. Son muy codiciosos, aunque con bien poca cosa se les contenta; inclinados a la borrachera, como casi todos los de su raza y también les gusta mucho salir a guerrear con otras tribus, con ánimo de hacer algunas presas que luego venden por esclavos.

Aun cuando tienen noticia de un Ser Supremo, pero tienen de esto una idea muy vaga. Al espíritu del mal le dan el nombre de demonio y veneran al Sol y a la Luna, pero tienen sus dioses particulares o *pacarinas,* que puede ser o un animal o una planta. Al tigre o puma le rendían un culto supersticioso y, de ordinario, así para emprender su caza como para celebrar su muerte ayunaban, es decir, se abstenían de comer pescado o del acto conyugal. Su religión era, pues, muy rudimentaria y esto hubo de facilitar su conversión.

Andaban generalmente desnudos pero los hombres se cubrían con unas camisetas de algodón y las mujeres con unas camisas un tanto largas y sin mangas que entre ellos como entre los guaranies llamaban *tipoy.* Vivían de la caza y de la pesca que no faltaba en la selva y en los ríos y lagunas de la región y, además, cosechaban abundante yuca, la cual les servía de pan y también de bebida, más o menos fermentada. Cogen también bastante algodón y con él tejen telas vistosas; de su habilidad en esta parte se valieron los misioneros para establecer entre ellos una especie de industria que les servía para arbitrarse recursos. Sus casas son grandes, especialmente aquellas en donde viven, que son redondas y bastantes a albergar dos o tres familias y aun más. Los techos son de palma y hojas resistentes y los hacen con mucha curiosidad. Tienen otras casas cuadradas y más pequeñas que les sirven de cocina. Duermen sobre hamacas, tejidas por ellos mismos y, para prevenir las inundaciones construyen el piso de sus habitaciones con alguna elevación y echando mano para ello de cañas fuertes entrelazadas.

Aunque el calor era grande y mucha la humedad, de manera que las telas, especialmente de lana y los zapatos se pudrían al poco tiempo —a todo esto se añadía una plaga intolerable de zancudos— los

misioneros comprendieron que era posible vivir entre ellos y que no habrían de faltar mantenimientos, pues, fuera de los patos y gallinas, había ciervos en abundancia, puercos silvestres, agutíes o capihuaras y luego abundancia de yuca, camotes, maní, plátanos y papayas. Esto unido a la calidad de la gente los movió a acometer esta empresa en la cual no habrían de faltar dificultades y desabrimientos pero que había de traer muchas almas a Dios.

3. Según Garcilaso, el cual en esta parte merece poca fe, los Incas llegaron en sus conquistas hasta las tierras de los Musus o Moxos, siendo Tupac Yupanqui el que intentó sujetarlos a su dominación [5]. En hecho de verdad estos indios no fueron dominados por dinastía alguna y entre ellos no se halla vestigio de la cultura incaica. Tampoco existen restos arqueológicos que en alguna manera nos den a conocer la extensión del Imperio por esta parte, de modo que con certeza puede afirmarse que los reyes peruanos no llegaron a orillas del río Grande. Durante la dominación española, el primero que asomó por esta zona fue el capitán Ñuflo de Chavez, lugarteniente del Gobernador del Paraguay, Domingo Martínez de Irala, el cual lo envió hacia el Norte a explorar los ríos que desaguaban en el Paraguay. Ñuflo de Chavez echó los cimientos de la primera población de españoles en la que más tarde se llamó gobernación de Santa Cruz de la Sierra en 1557. No consta que penetrara hasta las tierras habitadas por los Mojos, pero alguna noticia tuvo de ellos, porque en las capitulaciones hechas por Gonzalo de Solis Holguin con el Virrey, Príncipe de Esquilache, sobre la jornada que intentaba hacer al Paititi se hace memoria de una relación del capitán Ñuflo de Chavez, en la cual se habla de estos indios [6].

Lo cierto es que, después de él, varios trataron de hacer esta

---

[5] *Comentarios Reales*. Primera Parte. Lib. VII, Cap. XIV. Edic. de Lisboa.

[6] A. de I. Charcas. Cartas y Expedientes de dicha Audiencia. 1561-1589, 74-4-1 al 10. Carta de la Aud. a S. M. La Plata 24 de Dic. 1563. Se refieren a la disputa que surgió entre el Capitán Ñuflo de Chavez, venido del Paraguay y el Capitán Andrés Manso, venido del Perú y el modo que se ha tenido para quietarlos y añaden: "se tiene por nueva cierta venian 300 hombres del rio del Paraguay o de la Plata, no se sabía cierto si a proseguir la conquista de los Mojos que tenía a su cargo Ñuflo de Chavez o a esta tierra que pretenden que es su derecho conquistar, muy bien armados...".

entrada, aunque sin resultado, cumpliéndose a la letra lo que hallamos escrito en una relación antigua, probablemente anterior a 1574, escrita por alguno de los expedicionarios: "Este descubrimiento y gobernación de los Mojos, Excmo. Sr., es la dama muy hermosa por quien ha de hacer la guerra a los Chiriguanos el que la quisiere conquistar" [7]. Entre esas expediciones merecen citarse la de Diego Alemán y la de Francisco de Hinojosa. El primero partió de Cochabamba y luego del pueblo de Izo el 14 de Junio de 1564 con ocho soldados y algunos indios. Estos le dijeron que le habían de conducir por el camino del Inca al famoso Paititi, del cual se hablaba hacía tiempo como un nuevo el Dorado. El Conde de Nieva le había dado comisión para ello en 1563 y llegó a penetrar unas 60 leguas en el interior, sin hallar rastro del camino prometido y al fin vino a morir en manos de los indios, logrando huir el que les servía de guía. No fue más afortunado Hinojosa. A este le había encomendado esta entrada el Virrey Toledo, pero como decía el Conde de Nieva, teniendo todo a punto se opuso el Dr. Barros, Presidente de la Audiencia de Charcas, con lo cual llegó a perder unos 20000 pesos. El 17 de Julio de 1572 escribía desde La Plata al Conde y este dio orden para que no le estorbasen la entrada. Llegó a juntar nuevamente unos 30 hombres y envió en la delantera a Pedro Vélez de Guevara con algunos de ellos, pero este echó por su lado con algunos indios y los demás que siguieron sus huellas a pocas jornadas se volvieron a Cochabamba, anunciando que los demás habían sido muertos [8].

El hecho es que en 1682 los Oidores de Charcas respondían a la cédula de 25 de Noviembre de 1680, en la cual se les pedía informe sobre la reducción de los indios del gran Paititi que llevaban a cabo el Maese de Campo, Antonio López de Quiroga y D. Benito de Ribera y Quiroga, los cuales habían obtenido una provisión del Conde de Lemos en 11 de Julio de 1669 para emprenderla. Dicen los Oidores que el primero siendo Gobernador de Santa Cruz había gastado más de doscientos mil pesos en la empresa, la cual venía a sumarse a

---

[7] R. G. de I. vol. 2, p. 154 a 161. Relación verdadera del asiento de Sta. Cruz de la Sierra.

[8] V. A. de I. Charcas. 74-4 y B. N. Madrid. Ms. j. 53, f. 364 a 365. Relación de lo sucedido en la entrada de los Mojos. La Plata, 17 Julio 1582. Suscribe Francisco de Hinojosa. Pub. R. A. B y M. 3.ª época. tom. 2, p. 311 y s.

las diez y seis entradas que hasta entonces se habían intentado, todas las cuales resultaron vanas. Con esta ocasión avisan que han pasado a los Mojos cuatro religiosos de la Compañía, fuera de los tres que ya se encontraban en sus tierras y añaden sentenciosamente: "Pero en conquista de armas sobre perderse el trabajo, el socorro y aun la gente con que se hace la entrada solo sirven de imposibilitar más el suceso..." [9].

Vino a comprobarse aquí lo que había sucedido en otros descubrimientos, esto es que estas conquistas estaban reservadas a los misioneros. Sin embargo, el gobernador de Santa Cruz, D. Lorenzo Suarez de Figueroa, obtuvo del Marqués de Cañete, en 1592, el permiso necesario para hacer esta jornada de los Mojos y comunicaba a la Audiencia el 15 de Setiembre que con este fin había dado orden a Juan Pérez Palomino para que levantase 300 hombres para ella. El resultado práctico fue el haber fundado la ciudad de S. Lorenzo de la Frontera y luego la llamada Santiago del Puerto. Por este tiempo, el mismo Suarez de Figueroa, escribía al Provincial del Perú, P. Juan de Atienza, cómo estaba determinado de hacer el descubrimiento de los Mojos y otras provincias al oriente de Santa Cruz y le suplicaba le concediese algunos Padres que fueran con los soldados a predicarles el santo evangelio. No se realizaron sus desos de entrar a los Mojos, pero en cambio alcanzó a penetrar en la comarca habitada por los Chiquitos, acompañándole en esta jornada los PP. Diego Martínez y Diego de Samaniego. Malogróse la empresa al poco tiempo, por haberse alzado en armas los indios y hubo que desamparar la nueva población de Santiago del Puerto, retirándose todos a Santa Cruz. No desmayó el bueno de D. Lorenzo y el año 1594 volvió a instar al P. Martínez, Superior de la Residencia de Santa Cruz, a fin de que le diese, por lo menos, un Padre que acompañase a los soldados que iban a entrar a este descubrimiento. Fue señalado para esta empresa el P. Jerónimo de Andión y del éxito de la misma hablaremos más adelante.

Bien resumía el Intendente de Santa Cruz de la Sierra, D. Francisco de Viedma, todo cuanto se había hecho por descubrir a los Mo-

---

[9] A. N. Sucre. Informe sobre la Conquista del Gran Piaititi. La Plata, Agosto 21 de 1682. Firman el Lic. Bartolomé González de Poveda y el Dr. Nicolás Matías del Campo y Larrinaga.

jos, en su *Informe* inédito de dicha Provincia: "Los indios Mojos fueron descubiertos el año de 1562, según consta de la carta que escribió el Cabildo de Santa Cruz en 2 de Junio de 1682 al P. Provincial de la Compañía, quejándose del Hermano Josef del Castillo y para ello fundaron una ciudad en sus límites con el nombre de la Santísima Trinidad, donde los Gobernadores ponían sus tenientes, quienes visitaban y sujetaban aquellos pueblos que fueron encomendados por dos vidas a Gonzalo de Solis Holguin, en virtud del título librado en 2 de Octubre de 1607, por ante Pedro de Arteaga, escribano público, en cuyo estado se mantuvieron hasta que en el año 1671 fueron entregados a los Jesuitas" [10].

4. El primer jesuita que entró en contacto con los Mojos fue el P. Jerónimo de Andión, que en 1593 había sido enviado a la misión de Santa Cruz junto con los PP. Monitola, Miranda y el Hermano Sanchez. En el año 1595 se dispuso la entrada a los Mojos y aunque los Padres de Santa Cruz no eran partidarios de ir a estas entradas no pudieron oponerse en la ocasión y fue señalado el P. Andión para que acompañase a los expedicionarios. Por el mes de Julio se dio comienzo a la empresa y el 17 de dicho mes escribía el Padre lo siguiente. El Gobernador envió en un batel a un capitán con diez y ocho soldados y hasta cuarenta indios y estos se embarcaron en el Guapay y siguieron río abajo. En los primeros días no hallaron rastro de gente hasta llegar a otro río muy grande en donde hallaron dos canoas y como unos catorce indios, los cuales estaban en la playa asando como cuarenta arrobas de carne de puerco que habían cazado. Los sorprendieron y los indios, dice el Padre, mataron a casi todos, excepto uno porque como se defendieron con las macanas los remataron. El sobreviviente fue llevado a Santa Cruz y allí murió. Un poco más abajo de aquel punto encontraron otra canoa pero se fugó. Al otro día vieron muchos fuegos alrededor, señal que usan los indios para anunciar la proximidad del enemigo. Esto les obligó a dar la vuelta.

---

[10] B. N. Paris. Fond Espagnol 178. La entrada de Solis Holguin fue tan efímera como las mencionadas en el texto. No es del todo cierto cuanto dice Viedma. Lo de la fundación de Trinidad lo verá el lector en párrafo siguiente.

En otra carta de 14 de Setiembre, decía que con no poco trabajo, por estar la tierra inundada, habían llegado a la tierra de los Morocosis y el capitán que continuó río abajo halló el 1 de Setiembre a cinco indios y a uno de ellos lo envió con regalos para que atrajese a sus compañeros. El resultado fue que se presentaron como unos trescientos, armados con arco y flechas y el día siguiente vinieron más. Como se acercasen demasiado hubo que ahuyentarles y en el entrevero mataron a algunos y un soldado español resultó herido, muriendo luego de resultas. Alcanzaron a descubrir unos siete pueblos, donde tenían sùs casas bien labradas alrededor de una plaza. Se tomó noticia de algunas otras naciones, entre ellas de los Baures y se pensaba pasar allí el invierno hasta que otra cosa disponga el Gobernador cuya venida se esperaba. Esto último no tuvo lugar porque D. Lorenzo Suarez de Figueroa falleció en Agosto de aquel año. El 13 de Diciembre de 1595 escribía el P. Samaniego y repetía lo del descubrimiento de estas tribus, añadiendo que por las piezas de plata con que se adornaban suponía que existía este metal en sus tierras. Hasta aquí las noticias que trae el Anua del año 1595.

En la del año 1596 se cita también una carta del P. Andión de este año en la cual refiere los trabajos sufridos en esta entrada y dice cómo después de permanecer como uno o dos meses entre los morocosis pasaron con alguna gente a los saboyonos, quienes los recibieron de paz aunque con algún recelo al principio. Sobrevino el tiempo de aguas y, habiendo subido las aguas, empezaron a padecer hambre porque la yuca que era el principal sustento de la gente comenzó a faltar. Tuvieron que recurrir a toda suerte de alimañas para calmar el hambre y aun al cuero de las petacas. No faltaron enfermedades, especialmente calenturas, por lo que resolvieron volver a Santa Cruz. Con esto y con la noticia de la muerte del Gobernador, se abandonó la empresa. La única ventaja obtenida fue el cerciorarse que la región se hallaba habitada y algunos bautizos de párvulos que hizo el P. Andión.

5. Las entradas a Mojos volvieron a repetirse, porque así los Gobernadores como los españoles de Santa Cruz se forjaban la ilusión de que en sus tierras se había de hallar un nuevo Potosí. Es cierto que en la provisión por la cual se confería el título de Gobernador

se encargaba el llevar a cabo este descubrimiento, pero en cambio no se daban los medios [11]. Así se explica que en 1603 D. Juan de Mendoza Mate de Luna reclutase gente en Charcas y Potosí y se decidiese a hacer esta jornada. Los comienzos fueron felices, pero pronto sobrevinieron disgustos. D. Juan, según parece, fundó una población a la cual se dio el nombre de Trinidad y envió adelante a su hijo D. Luis de Mendoza para que con cincuenta y ocho hombres explorase la tierra. A este se le rebelaron los soldados y resolvieron volverse a Santa Cruz, quejándose de los agravios que se les habían hecho y de que la tierra no era como se les había pintado. Solo ocho permanecieron fieles a D. Luis y los demás emprendieron la vuelta, aunque más adelante se alcanzó a reducir a algunos, pero no pudo evitarse la dispersión. El Virrey Velasco aludía, en un informe que dio a su sucesor el Conde de Monterrey, a algunos de ellos, unos 16, los cuales se echaron en una barca con el capitán Melo y no se volvió a saber de ellos.

Entre tanto D. Juan, agobiado por la falta de alimentos, pidió socorro a San Lorenzo y el 12 de Junio de 1603 salió el Capitán Pedro López Lorenzo con ocho hombres y algunos víveres. Hicieron alto media legua más allá del río Todos Santos, el 29 de Junio y despacharon a dos indios con cartas para el Gobernador y al cabo de seis días volvieron, diciendo que habían hallado rastros de la expedición pero no a ésta. Preguntados algunos indios de aquellos parajes dijeron que habían continuado río abajo. Consultaron sobre lo que habían de hacer y resolvieron volverse, dejando en paraje visible los víveres, por si llegaban los soldados de D. Juan [12]. El mismo D. Juan de Mendoza, escribiendo el 13 de Diciembre al Presidente de la Audiencia de Charcas, desde San Lorenzo, le refería los grandes trabajos padecidos y la falta de mantenimientos. Tuvo que ordenar se matasen algunos caballos, pues de lo contrario todos perecerían. Con la creciente de los ríos salieron a buscar provisiones y socorrer a los que había de-

[11] Así consta en las Reales Cédulas por las que se otorgaba dicho título a D. Juan de Mendoza y a Gonzalo de Solís Holguín. V. A. de I. Charcas. 74-4-13.

[12] Carta de D. Juan de Mendoza a la Aud. de la Plata. S. Lorenzo 13 de Dic. de 1603. A. N. Sucre. Reales Cédulas y Cartas. vol. V. Actas de la expedición del Capitán Pero Lopez Lorenzo a los Moxos. Pueblo de Siriono, Prov. de Mojos, 4 de Julio 1603.

jado en el fuerte del Espíritu Santo y trató de proseguir el descubrimiento, pero el 2 de Julio se produjo un motín encabezado por Fray Juan Lozano de la Orden de la Merced y un soldado, López, por lo cual y la mala voluntad de la gente decidió trasladar la población fundada a un sitio más conveniente, donde fuera más fácil hallar lo necesario para el sustento y lo halló entre los Aperionos, sobre el río Guapay. Tuvo noticia de que en Santa Cruz habían ocurrido algunos desórdenes y resolvió encaminarse allá. Llegado a San Lorenzo el 27 de Noviembre se sintió con tan poca salud que no pudo continuar su viaje y proveyó por Teniente General a Juan de Montenegro. Entre tanto, su hijo D. Luis permanecía entre los Mojos y pedía se le enviase un sacerdote para consuelo de la gente [13]. El socorro fue enviado y con él pasó el P. Angel Monitola, porque hasta entonces los PP. de Santa Cruz, como dice el P. Barrasa, habían desconfiado del éxito de esta expedición. Llegados al lugar adonde se habían retirado los que acompañaban al Gobernador, hallaron que de los cincuenta que eran, solo quedaban con vida trece de ellos y los más enfermos y desalentados. En cuanto a los que habían penetrado más allá, éstos se vieron cercados por los indios y tuvieron que defenderse tras la empalizada que habían construído a manera de fuerte. Tal vez habrían sucumbido todos a no haber llegado en tan aflictivas circunstancias el socorro que traía el P. Monitola. A pesar de esto, juzgaron todos que convenía retirarse y, después de tres meses de penosa marcha, durante la cual no cesaron de hostigarles los indios, llegaron a Santa Cruz, despesados y maltrechos [14].

A esta infructuosa tentativa se sucedieron otras llevadas a cabo por D. Antonio Paniagua, D. Gonzalo de Solis Holguin y D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, Gobernadores de Santa Cruz en los años 1615, 1619 y 1634, respectivamente; todas las cuales, dice el P. Barrasa, "pararon más en asonadas y apercibimientos y otras en sumas incomodidades sin fruto" [15]. En alguna de estas expediciones, como en

---

[13] V. la carta antes citada de D. Juan.

[14] La Audiencia de La Plata daba cuenta a S. M. del infeliz suceso de esta jornada en carta de 15 de Febrero de 1608. A. de I. Charcas 74-4-3.

[15] V. en confirmación de lo dicho lo que escribe el Gobernador Nuño de la Cueva a S. M. sobre el descubrimiento de Gonzalo de Solis a 20 de Enero de 1621 y primero de Marzo de 1623. A. de I. Charcas. 74-4 12 y 38.

la realizada por Solis Hloguin, acompañó a los soldados un Padre de la Compañía, Jerónimo de Villarnao; en las demás no consta que fuera alguno de los nuestros. Posteriormente hubo otras dos: la una fue solicitada por Pedro de Iriarte, según lo dice en una carta a S. M. el Presidente de la Audiencia de la Plata, D. Juan de Lizarazu [16]; la otra tuvo por cabeza al Adelantado D. Benito de Rivera y Quiroga, el cual, según se dice en la leyenda de un mapa antiguo de Mojos "emprendió con grande aparato de gentes y dinero la conquista de estas naciones, no tanto por ellas quanto por hacerse paso en busca de las riquezas decantadas de el gran Paititi. Pero las mismas dificultades del país desbarataron su gente y desvanecieron sus intentos". El hecho es que en 25 de Noviembre de 1680 se enviaba una Real Cédula a la Audiencia de la Plata y en ella se decía que D. Benito hacía nueve años que entendía en la conquista de el Paititi, adonde había entrado su tío, Antonio López de Quiroga con despachos que le dio el Conde de Lemos y había gastado como trescientos cincuenta mil pesos en la empresa y el mismo D. Antonio había escrito, expresando sus servicios y pidiendo alguna ayuda de costa y el título de Conde de Pilaya y Paspaya [17]. No sabemos lo que respondería la Audiencia pero todo debió quedar en nada, pues la reducción de los Mojos la destinaba la Providencia a los hijos de Ignacio.

---

[16] A. de I. Charcas 74-4-6.
[17] A. de I. Charcas 74-4-10.

CAPITULO II

Primeras exploraciones

1. El H. Juan de Soto entra en relación con los Mojos: expedición del Maese de Campo Juan de la Hoz Otálora (1667-1668) — 2. Entrada del H. José del Castillo: su relación. — 3. El P. Provincial, Hernando Cavero envía a esta Misión a los PP. Pedro Marbán y Cipriano Barace. Junta de los Misioneros. — 4. Es enviado a Lima el H. Castillo. Viene en calidad de Visitador el P. Luis Sotelo. — 5. El P. Hernando Saavedra decide impulsar la Misión.

1. El comienzo de la misión vino por donde menos se esperaba. Algunos indios habían comenzado a entablar relaciones comerciales con algunos vecinos de San Lorenzo y como, por fortuna, los acogían de buen grado, no faltó quien los animase a pasar a Santa Cruz, en donde podrían con más facilidad negociar los productos que sacaban de sus tierras. Algunos de estos indios trabaron amistad con el Hermano Juan de Soto que hacía oficio de enfermero en aquella residencia y, viendo su buen natural, pensó en volverse con ellos y conocer sus tierras. Pidió licencia a los Superiores y con su beneplácito se dirigió a ellas en compañía de los indios y de algunos españoles que también deseaban conocerlas. Según parece, alcanzó a reconocer sus pueblos en donde fue bien recibido, atrayéndolos el Hermano con algunas baratijas y, una vez informado de su condición y estado, se volvió a Santa Cruz. No mucho después algunos indios amigos que venían a esta ciudad, trataron de que se les ayudase en la guerra que sostenían con los *Cañacures* o *Cañacuries,* cosa que no repugnaron los vecinos, pues por este medio se consolidaban las buenas relaciones que mantenían con los Mojos y se ofrecía la oca-

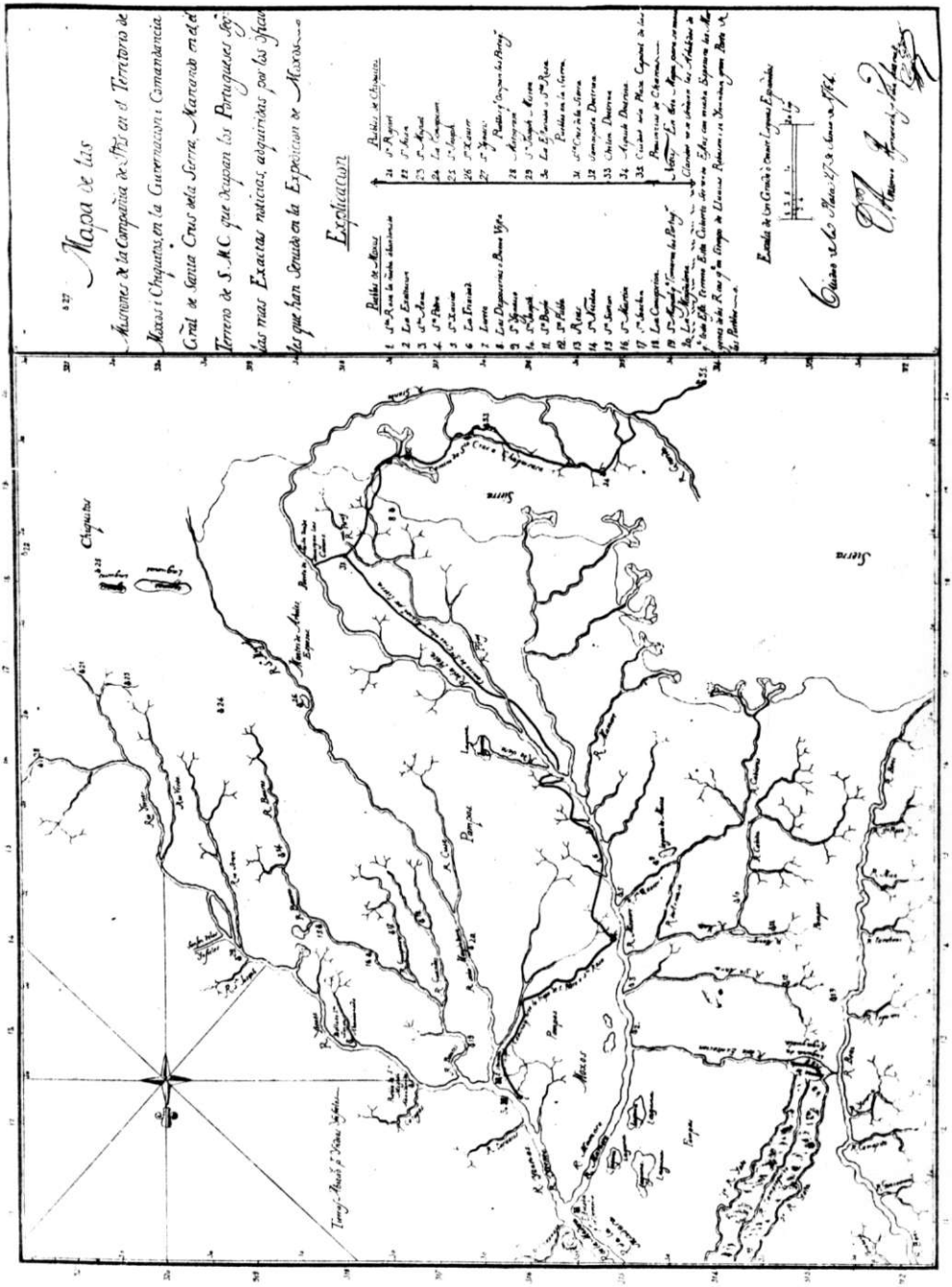
sión de cautivar a algunos indios. Organizóse la expedición, en la cual habían de tomar parte como unos ochenta soldados y se puso a las órdenes del Maese de Campo D. Juan de la Hoz Otálora y del Sargento Mayor D. Juan de Arredondo.

Era superior de la residencia de Santa Cruz el P. Juan Polanco y, habiéndole pedido que el H. Juan de Soto los acompañase, accedió a ello, pero dispuso que fuera también en su compañía el P. José Bermudo [1]. Salieron todos de Santa Cruz el 10 de Setiembre de 1668 llevando como unos treinta indios yanaconas y hasta trescientas treinta mulas de caballería y carga. Siguieron el mismo rumbo que en la entrada precedente y, llegados al Río Grande o Guapay, se embarcaron en canoas, bajando por el mismo hasta su encuentro con el Yapacani. A partir de este punto les salieron al encuentro los Mojos, trayendo en sus canoas bastante agasajo, con tan buena voluntad que no hay palabras para ponderarlo, dice el H. Soto en su carta al P. Provincial [2]. Continuaron su ruta hasta hallar un sitio a propósito para población y lo encontraron en el pueblo del cacique Meru, el cual cedió gustoso el terreno y se pasó a vivir en otro cercano. A esta nueva población pusieron por nombre Trinidad y desde ella escribía el Hermano el 3 de Noviembre. Dejaron allí algunos soldados y al P. Bermudo y el Maese de Campo con el H. Soto y los demás pasaron a los indios Motilones, llamados así por tener el cabello corto, los cuales se defendieron valientemente y dieron mues-

---

[1] El Hermano Soto envió al P. Provincial Luis Jacinto de Contreras, una relación de esta entrada, fha. en La Plata el 30 de Enero de 1668. (V. Apéndice n.º 1) Dice el Hermano que salió de Santa Cruz el 25 de Agosto de 1667 con algunos soldados que iban a las órdenes del Maese de Campo D. Antonio de Coca y Aguilar y del Capitán Tomás Alfonso de Sosa. Conducían el bagaje unos 40 indios con 300 mulas. Llegados al Río Grande, bajaron por él en canoas y les salieron al encuentro algunos indios amigos. Con su ayuda llegaron al Mamoré y de aquí pasaron a hacer un escarmiento entre los Cañacures; entre tanto el Hermano aprovechó el tiempo para catequizar a los indios. Una vez castigados los Cañacures de donde sacaron bastantes indios cautivos, volviéronse a Santa Cruz. En San Lorenzo recibió orden de pasar a La Plata a dar cuenta al Presidente de la Audiencia de lo hecho y desde aquí escribió al Provincial, remitiéndole un mapa que por indicaciones suyas hizo el P. de Guevara.

[2] Carta del H. Juan de Soto al Provincial. Trinidad de Mojos, 3 de Nov. 1668. (V. Apéndice N.º 2).



Mapa de la Misión de Mojos
Año 1764

A. de I. Charcas.
125 — 4 — 12/3.

tras de gran coraje, de modo que los mismos españoles estaban admirados. Apresaron a unos doscientos cuarenta, incluyendo mujeres y niños. Satisfechos con este botín, se volvieron todos a Trinidad, desde donde se hicieron algunas excursiones para reconocer la tierra. El P. Bermudo logró bautizar algunos párvulos y aun moribundos, pero a los ocho meses de su estancia allí, tuvo por conveniente enviar al H. Soto a Santa Cruz, con una carta para el P. Provincial, en la cual le daba cuenta del éxito de la entrada y de la buena disposición en que se hallaban los indios para recibir el evangelio. (V. Apéndice N.° 3). En ella le decía lo siguiente: "Habiendo visto toda la Provincia de los Mojos que tiene de distancia, desde el primer pueblo hasta el último, setenta leguas por el río, poco más o menos, hallé que hay en esta distancia ochenta pueblos y en ellos habiéndolos contado, hallé que había cuatro mil ochocientos noventa y cinco personas y todas a una desean tener a los Padres en sus pueblos para que los instruyan y confío en Dios que por el natural dócil y blando de estos indios, con facilidad abrazarán en breve nuestra santa religión. Lo que yo ruego a V. R. es que haga la caridad de enviarme Padres misioneros fervorosos y los que vinieren por aquí traigan altar portátil".

Mientras esto se escribía ya el P. Provincial, Luis Jacinto de Contreras, así por la relación que tenía de los nuestros como por el interés que mostró el Conde de Lemos en que fuese adelante esta misión, había resuelto que pasase a ella en calidad de Superior el P. Julián de Aller, que estaba en Chuquisaca. Dirigióse este Padre a Santa Cruz y allí le encontró el H. Soto, con cuya ayuda comenzó a disponer su entrada en los Mojos. El 28 de Julio de 1668 llegó el Padre a la ciudad y ese mismo día llegó el Hermano, que había traído en su compañía, en diez canoas a muchos indios y entre ellos a los caciques más cercanos al pueblo de Trinidad, a quienes así en San Lorenzo como en Santa Cruz se trató de agasajar. Pudieron hacer sus rescates, como se decía entonces, o sea negociar las telas y otros objetos que habían traído para vender y, hecho esto, volviéronse al puerto a fin de embarcarse. En cinco canoas se retiraron y dejaron las otras cinco para que en ellas pudiesen hacer su viaje el Padre y el Hermano y los que les acompañaban. Cuando el P. Aller llegó al puerto el 4 de Agosto, ya no quedaban sino cuatro canoas y unos once indios,

pues los demás no habían querido aguardar por la impaciencia de volver a sus tierras.

Apresuró el Padre el embarque de los indios y del bagaje que traían y por falta de lugar no fue posible que le acompañaran un cabo y cuatro soldados que el Gobernador de San Lorenzo, D. Sebastián de Salavarrieta, había dispuesto que pasasen con él a Mojos, por haberlo ordenado así el mismo Virrey. Fue especial providencia de Dios el que así sucediese, para desvirtuar la especie que corría entre los indios, de ser nosotros como avanzadas de los españoles. El 5 de Agosto pasaron por las tierras de los Chiquitos y siete días más tarde llegaron al río Piray, de donde continuaron río abajo, recibiendo en el trayecto muchas muestras de aprecio de los indios ribereños. Por fin, en los últimos días de Agosto llegaron a Trinidad, saliendo a recibir al P. Aller el P. Bermudo, convaleciente de una larga enfermedad. Muy gratas fueron las primeras impresiones que del trato y costumbres de los Mojos recibió el Superior. En su Relación dice: "Desde que puse los pies en esta tierra, es tanta la muchedumbre de lenguas y naciones que han venido, tan seguras por el agasajo que se había divulgado, que no podré significar a V. R. lo que ví". (V. Apéndice N.° 4). El 9 de Setiembre, o sea, cuando solo llevaba en la comarca unos veinticinco días, como él mismo dice en su *Relación,* escribe ésta, dando cuenta de lo que ha visto y de las costumbres y carácter de los Mojos. Se muestra francamente optimista y, dándose cuenta de la necesidad de conocer su lengua, se entrega de lleno a esta tarea, de modo que en once días sabe lo bastante para darse a entender. "Tiene cinco clases de verbos, dice, los cuales se reconocen, no por la final en que acaban sino por una de las notas en que comienzan, que son na, ne, ni, no, nu; tiene todos los modos y tiempos, partículas muchas y grande frecuencia de vocales... La lengua que más me ha ayudado para esto es la chiriguana o guaraní... ella es hermosísima y copiosa, menos para cosas sagradas...". Hizo catecismo y las oraciones en ella y todo se lo leyó a un indio muy entendido, el cual le oyó con mucha atención y al final le dijo que todo estaba muy bien.

Pese a tan halagüeños principios pronto se empezaron a experimentar las dificultades que siempre lleva consigo la conversión de estas gentes. Empezaron los indios a alejarse y aunque se trató de

retenerlos, pero no se consiguió del tod[illegible] fluyó poco en el desbande la conducta de algunos soldados [illegible]s que llegaron a Trinidad para servir de presidio. Según di[illegible] P. Antonio de Orellana, en la carta que escribió al P. Martín de Jáuregui y reproducen las Anuas de 1685 a 1688, por influjo de los hechiceros llegaron hasta querer atentar contra la vida de los misioneros. Estos tuvieron por conveniente el retirarse y el P. Aller alcanzó a encontrar canoa que lo condujese al puerto, de donde pudo pasar a San Lorenzo[3]. Sin embargo, él y sus compañeros estaban persuadidos que esta tormenta pasaría y que la empresa no debía abandonarse. Visitaba por entonces la Provincia del Perú el P. Hernando Cavero y, juzgando por las noticias que se le dieron, que era de la gloria de Dios continuar esta obra de la evangelización de los Mojos, resolvió enviar el año 1674 dos buenos operarios, a cuyos esfuerzos se debería el llevar a feliz término la empresa.

2. A entrambos les precedió un humilde Hermano Coadjutor, José del Castillo, cuyo nombre hay que asociar al de los PP. Pedro Marbán y Cipriano Barace, pues todos vinieron a ser los verdaderos fundadores de esta gloriosa misión.

El P. Pedro Marbán era natural de Tiedra, en la Provincia de Valladolid y, habiendo perdido a su madre de corta edad, quedó al cuidado de una tía suya. Su padre lo envió a estudiar a Villagarcía y, una vez que terminó las humanidades, lo encaminó a Salamanca, donde tenía algún pariente. En esta ciudad se determinó a entrar en la Compañía y, aprobada su vocación, pasó al Noviciado de Villagarcía. Los estudios de artes los hizo en Soria y al fin de ellos fue enviado a Bilbao a enseñar gramática, después de lo cual pasó a Valladolid a oir teología. Ya entonces manifestó a los Superiores sus deseos de pasar a las Indias, pero solo en el cuarto año le fue con-

[3] El P. Aller hubo de retirarse a La Paz, por el delicado estado de su salud. En este Colegio falleció el 26 de Octubre de 1673, siendo Rector del mismo. Había nacido en Valencia y vino al Perú en la expedición que trajo el P. Bartolomé Tafur en 1646. Llegado a Lima fue enviado a Juli, donde aprendió el aymara y fue superior de aquella casa. Pasó a regir el Colegio de Potosí y, según parece, se le envió a Chuquisaca con el mismo cargo. De aquí pasó a Mojos. Murió a los 55 años de edad, 40 de Compañía y 20 de Profesión. Escribió su Carta de Edificación el P. Juan de Manzanedo.

cedida esta gracia. Había venido a España en calidad de Procurador el P. Juan de Ribadeneira y este llamó al Hermano Marbán a Sevilla, donde se preparaba la expedición. En esta ciudad recibió las órdenes sagradas y celebró su primera misa. Aquí vino a juntársele otro joven navarro, Cipriano Barace, natural de Isaba en el valle del Roncal, donde naciera en 1641. Todavía niño fue enviado a Valencia, a casa de un hermano suyo y con su ayuda empezó la carrera eclesiástica. Faltábale poco para ordenarse cuando Dios lo llamó a la Compañía y el ya citado P. Ribadeneira lo admitió, con licencia que tenía de nuestro General para la Provincia del Perú. En tanto que salía la expedición fue enviado al noviciado de Tarragona y al cabo de algunos meses fue también llamado a Sevilla, de donde partió con sus demás compañeros en el año 1672. En Lima terminó su noviciado y, como tenía ya los estudios necesarios para poder ordenarse, recibió en esta ciudad la unción sagrada. Tan grande era su deseo de consagrarse a la evangelización de los indios que su primer pensamiento fue pedir lo enviasen a Chile donde la Compañía tenía misiones vivas, pero el P. Visitador, Hernando Cavero, lo retuvo porque pensaba emprender la reducción de los Mojos.

En efecto, el año 1674 escogió el Padre a los PP. Antonio Moro, Cipriano Barace y al Hermano José del Castillo para esta misión. Hallándose en Arequipa por el mes de Junio, redactó unas instrucciones que debían servir de norma a los misioneros y vamos a extractar. Por entonces se decidió sustituir al P. Moro por el P. Marbán, pues en la tercera de las instrucciones, donde se dice: Será superior desta Misión el P. Moro, aparece este nombre tachado y sobre la tacha se lee Pedro Marbán. He aquí las instrucciones: "1. Aviendo en años pasados intentado hazerse esta misión y entrado varios Padres para este efecto y por accidentes contrarios no surtido el suceso que se deseava, ha parecido se vuelva a intentar, haviendo sido informado de la esperanza que desta misión ay y de su estado y consultándolo varias veces y para que se consiga lo que se pretende doy la instrucción siguiente. 2. El fin principal que han de llevar los que van a esta misión es ir por exploradores para que con las noticias que dieren de lo que vieren y experimentaren se tome la resolución conveniente.

3. Será superior desta Misión el P. Pedro Marbán, independientemente del Superior de Santa Cruz. Doile juntamente facultad en lo espiritual en los casos reservados que se suelen o pueden ofrecer... y todo lo que se ofreciere lo consulte con dichos compañeros... 4. Han de observar lo siguiente: la disposición de los pueblos, su número y el de la gente que cada uno tiene y el que tiene toda la Provincia. 5. La disposición que ay en ellos para recivir la doctrina del Evangelio... 6. Si toda la nación de los Moxos es una lengua o muchas y para que con más facilidad pueda aprenderla, desde luego llevará V. R. el Arte y Vocabulario que hizo el P. Julián de Aller y está en Santa Cruz... 11. Qué esperanzas se puede tener de fruto, emprendiendo la Compañía la dicha Misión y, pareciendo ser a propósito, qué número de sujetos será menester de presente. 12. En dicha misión han de gastar el tiempo necesario por lo menos un año o más para recorrer todo lo dicho y reconocerlo por experiencia... 13. Para esta misión acude el Colegio de Chuquiabo con mil pesos de los réditos de diez mil pesos de principal que dejó una persona de Potosí para misiones de indios de infieles y, no haciéndose, los goce dicho Colegio con que si se entabla proseguirá dando quinientos pesos en cada un año... y asi mesmo se cobrará del P. Superior de Santa Cruz todo lo que quedó el año pasado por cuenta de la Misión, cuya memoria lleva el H. José del Castillo... 14. Después de haverlo visto todo despacio, hagan consulta los tres e informarán de todo lo que contiene esta instrucción al P. Provincial con toda claridad... Hecho dicho informe, salga el H. Castillo a Chuquisaca o Cochabamba con él. En Santa Cruz pidan favor al Gobernador y las dos lenguas que hay pagadas por S. M. Al Obispo pidan las licencias y no lleven soldados consigo. Arequipa, 25 de Junio de 1674. Hernando Cavero[4].

El Hermano José del Castillo que muchas veces había oído hablar al Hermano Soto de los Mojos y de la buena disposición que había en ellos, había concebido hacía tiempo el plan de entrar en sus tierras y este deseo se había avivado al tropezar en Santa Cruz con muchos de ellos, cuando venían a la ciudad a sus rescates. Alcanzó a verse con el P. Cavero en tiempo que este realizaba la visita y este le dio buenas esperanzas. Habiendo salido de Lima los dos Pa-

[4] B. N. Lima Ms. 0012. — Copia en el Arch. Rom. S. J. Peruana. Historia. 11. N.º 155.

dres antes citados llegaron a Santa Cruz y aquí comenzaron a tratar de su entrada. Pasaron, según parece, al puerto del Guapay, distante como unas seis leguas de la ciudad y aquí hallaron algunas canoas de los Mojos. Como estas eran frágiles embarcaciones, no creyeron prudente los misioneros arriesgarse en ellas y poner en peligro la carga que traían. El Hermano José, se ofreció entonces a acompañar a los indios, a fin de obtener que enviasen canoas a propósito para la conducción de los Padres y del bagaje. Partió el Hermano por el mes de Mayo, acompañado de un mojo que le servía de intérprete y había conocido en Santa Cruz. Llegó felizmente a sus tierras y con su buena gracia y algunas baratijas que había llevado consigo se logró atraer la voluntad de los caciques y les persuadió cuán conveniente era que fuesen en busca de los Padres que venían a vivir entre ellos logrando convencerlos. Reuniéronse hasta una docena de canoas con sus respectivos remeros y al punto partieron para el puerto, adonde llegaron a mediados de Junio.

4. Embarcáronse los misioneros el día de San Pedro y todos comenzaron a bajar el río Guapay hasta su confluencia con el Mamoré. Después de once días de navegación, pusieron los pies en el primer pueblo de Mojos, en el año 1675 [5]. El recibimiento prometía más de lo que en adelante se vio, porque el pueblo en donde se establecieron estaba metido en la selva, un tanto alejado del río y los habitantes apenas llegaban a un centenar. Los misioneros empezaron a sentir los efectos del clima y de la alimentación, pero con todo no se desalentaron y, cumpliendo las órdenes recibidas, salieron a explorar el terreno y conocer la tierra. En esto pasaron algunos meses y, mudaron de habitación, buscando lugar más cómodo, pero no consiguieron que todos los indios los siguiesen. Pasó de esta manera cerca de un año y, de acuerdo con una de las instrucciones del P. Cavero, redactaron todos tres una extensa relación, la cual firmaron el 20 de Abril de 1676 y entregaron al Hermano Castillo para que este la

[5] Dice el P. Altamirano que llegaron el día de S. Pedro Apóstol, pero tanto el P. Marbán como el P. Orellana dicen que en ese día se embarcaron en el Guapay. V. Breve Noticia de las Misiones de Infieles que tiene la Compañía de Jesus desta Provincia del Perú en la Provincia de los Moxos, compuesta por el P. Marbán. A. de I. Lima 71-5-32. Cartas y Expedientes del Virrey de Lima. 1677-1706.

condujese al P. Provincial[6]. La relación empieza con estas palabras: "Ya, Padre mío, se ha llegado el tiempo en que para cumplir con el órden de V. R. nos vemos obligados a darle relación muy por extenso de lo que habemos oido y experimentado en esta Provincia de los Mojos, para que, sabiendo V. R. lo que pasa, determine lo que delante de Dios pareciere más conveniente para el servicio de su Divina Magestad...".

Por lo que hace al clima y a la naturaleza del terreno el P. Marbán no hace sino repetir lo que ya tenemos indicado. De sus costumbres dice que parecen más morigeradas que las de otros indios bárbaros, siendo menos frecuentes entre ellos la embriaguez y la poligamia, aun cuando algunas veces practican el infanticidio. Acerca de Dios tienen una idea muy vaga y en cuanto vivir a órdenes de otro, es cierto que tienen sus caciques, pro estos apenas sí hacen uso de su dominio en ocasiones de guerras. La población la calculaban en unas seis mil almas, al menos en la zona por ellos visitada. En punto a enfermedades, todos las han padecido, empezando por un muchacho que trajeron de Santa Cruz. Siguióle luego el P. Barace que estuvo muy malo con unas calenturas, mas al fin con unas sangrías y algunas purgas se vió libre de ellas. El último en caer fue el P. Marbán que también logró convalecer. Respecto a su disposición para recibir la fe, decían así: "En muchas partes se les preguntó si gustarían de que viniesen Padres a sus tierras y respondieron que sí; esto dicen con la boca, pero qué es lo que dicen con el corazón, solo Dios lo puede saber... Una cosa me parece que podemos decir con seguridad y es que en el pueblo en que estamos... no habrá repugnancia ninguna en dejar bautizar los hijos moribundos ni ellos dejarán de recibir el bautismo, cuando estuvieren para morir, si no es que las cosas se muden, pero que de comunidad se hagan cristianos en vida no lo podemos asegurar... Hasta ahora no habemos bautizado más que dos, porque no se nos ha ofrecido ocasión para más. El uno fue un niño de pocos días... el otro fue un cacique de un pueblo, llamado de Jatiruenos; estaba este bien enfermo cuando pasamos por su pueblo, pero hicimos juicio que no

---

[6] La entregó en Lima el H. José al P. Cavero. Aquí se sacó copia de ella. Pub. en el Bol. de la Soc. Geográfica de La Paz. Año 1, N. 1 (Enero 1 de 1898) por Man. Vicente Ballivián. La remitió a Roma el P. Cavero y puede verse en Arch. Rom. S. J. Copia en Mss. C. V. 50.

moriría tan aprisa. Pasamos adelante y, después de un mes volvimos y le hallamos muy al cabo. Procurámosle persuadir que recibiese el bautismo y se hiciese hijo de Dios si no quería ir al infierno. Al principio decía que no quería pero hicimos juicio que no nos entendía. Al fin nos entendió. Fuímosle instruyendo en las cosas de la fe y es cosa admirable que los que le asistían le persuadían que creyese cuanto le decíamos. Bautizóse al fin y fue tanto el gozo que recibió que no se cansaba de repetir que ya era hijo de Dios.

En cuanto a la seguridad de la vida, dicen que hasta entonces no se han visto en peligro, pero confiesan que no por eso pueden considerarse seguros, pues, desde la salida del P. Aller han sucedido dos o tres casos que demuestran que en ocasiones no vacilan en quitar la vida a los que penetran en sus tierras. Por último, advierten que si su Paternidad tiene por conveniente el que prosiga la misión con el envío de cuatro Padres y un Hermano habrá bastante por entonces. Esta relación la llevó a Lima el Hermano José y allí se vio despacio todo cuanto decían los misioneros. Estos quedaron solos en Mojos y allí ambos hubieron de sufrir bastante, en especial el P. Barace, que gran parte del tiempo la hubo de pasar tendido sobre los lechos de carrizos que se usaban en la misión. El P. Marbán aprovechaba el tiempo para perfeccionarse en la lengua y en parte lo imitaba el P. Barace, valiéndose de los muchachos que acudían a nuestra casa. El P. Cavero no envió por el momento refuerzo alguno, pero dispuso que pasase a Mojos el Superior de Santa Cruz, P. Martin de Lituria o Leturia. Ignoramos si el Padre llegó a emprender este viaje, pero nos inclinamos por la negativa, porque de él no ha quedado rastro. En cambio el sucesor del P. Cavero, el P. Francisco del Cuadro resolvió que pasasen a Mojos el P. Clemente de Igarza y el P. Luis Sotelo, este último en calidad de Visitador.

5. Entre tanto, el Hermano Castillo había emprendido la vuelta a su querida misión y sin detenerse en Santa Cruz partió para Mojos, llevando algunas provisiones y también aquellos utensilios que eran tan del gusto de los indios, como machetes, cuchillos etc. Mucho se alegraron los Padres Marbán y Barace de la vuelta de su compañero y también los indios dieron muestras de su complacencia. No mucho después arribaron al pueblo asi el P. Sotelo como su compañero P.

Igarza. Este pudo tocar con la mano las dificultads que se oponían al progreso de la misión, pero no quiso resolver por sí mismo y, después de algunos meses, celebró una junta con los misioneros y de común acuerdo firmaron un dictámen, que había de ser enviado al P. Provincial, en el Pueblo nuevo de Moxos el 28 de Julio de 1678. (V. Apéndice N.° 5) Empiezan los Padres por dar noticia de los pueblos que se encuentran desde el puerto del Guapay hasta el Mamoré y aun más abajo de este río, calculando los días que se necesitan para ir de un pueblo a otro. Respecto al clima repiten lo que ya era conocido, pero advierten que con el tiempo y habitación continuada han de disminuir las molestias derivadas del calor, la humedad y los mosquitos. En cuanto al punto si había seguras esperanzas de que creciera el número de indios que habitaban en pueblo donde residían los Padres, el P. Marbán aseguró que dentro de tres o cuatro meses el número de habitantes llegaría a 200, el P. Igarza fue de la misma opinión, aunque con lo pasado parecía todo ir muy despacio, el P. Visitador que se detuvo unos días más, pudo comprobar que en efecto se iban agregando algunos y había ya veinte casas; el P. Cipriano no negó que había alguna esperanza, pero en vista de lo pasado tenía alguna duda. En cuanto a si recibían bien o mal lo que se les predicaba todos fueron de parecer que les habían oído con docilidad, salvo, según el P. Barace en un pueblo de Ayaboronos, Si a esto se añadía el que habían manifestado que cumplirían con las obligaciones de cristianos y pedían ser bautizados, no se podía desconfiar de su conversión.

Este informe fue enviado al Provincial y el resultado lo veremos después. Mientras tanto, el P. Sotelo decidió que el P. Barace le acompañase a Santa Cruz, por el mal estado de su salud. Las fuertes tercianas que lo habían aquejado, habían debilitado bastante su organismo y una calentura casi continua lo incapacitaba para el trabajo. Antes de su partida o sea el 7 de Mayo de 1680 escribía al P. Provincial una carta, en la cual se mostraba bastante pesimista respecto a la misión. Por lo pronto decía abiertamente que el número de habitantes que se señalaban a la Provincia de los Mojos era pura fantasía del Hermano Castillo, a quien no se debía creer, pues exageraba de todo punto en lo que escribía. En su sentir había pocas esperanzas de que esta misión fuese adelante y diese fruto y juzga que el P. Sotelo, leídos los informes de los misioneros, era también de este parecer, pero con

todo había resuelto que se prosiguiese con esperanza de que las cosas habían de mejorar. Leído atentamente su informe, que reproducimos en el Apéndice (N.° 6) colegimos que debió influir mucho en este documento su estado de ánimo y la enfermedad que lo aquejaba y había debilitado notablemente. Pasó a Santa Cruz y desde esta ciudad volvía a escribir el 10 de Setiembre. Aquí mejoró notablemente, de manera que, pasado algún tiempo, pudo ser enviado a los Chiriguanos en compañía del P. Clemente de Igarza, que había dejado también la Misión. Tuvo su origen esta entrada en la decisión que tomó el Gobernador, D. Jerónimo de la Riva Aguero, de hacer algunos prisioneros en el pueblo más próximo, a los cuales se siguió causa y se les condenó a muerte. Sabedores los indios de esto, vinieron a pedir Padres a Santa Cruz, ofreciendo que se harían cristianos, pero en realidad únicamente para ver si de esta manera evitaban la muerte de sus compañeros. Entraron los dos Padres en el año 1680 pero pronto se convencieron que estaban lejos de querer aceptar la fe y a los ocho meses dejaron ese campo. El P. Clemente de Igarza vino a fallecer en Santa Cruz el 17 de Febrero de 1683 y en cuanto al P. Barace, este, una vez repuesto de sus males y, sabiendo el sesgo favorable que iban tomando las cosas en Mojos, volvió a ellos, donde como veremos había de perder la vida, después de algunos años de fecunda labor.

En Mojos solo quedaban el P. Marbán y el Hermano Castillo y tanto la perseverancia de estos dos buenos misioneros como el temor de que los desamparasen del todo y les faltase su ayuda, fue ablandando poco a poco sus corazones e hizo que creciese el número de los que habían hecho sus casas en el pueblo donde residían los Padres. Corría por entonces el año 1681 y el P. Hernando de Saavedra que había sucedido como Provincial al P. Francisco del Cuadro, resolvió enviar un refuerzo a la misión y parece que dio a conocer su propósito a fin de que se ofrecieran voluntarios. Muchos respondieron a su llamamiento y entre ellos algunos sujetos insignes de la Provincia, pero el P. Saavedra escogió por entonces solo dos: los PP. Antonio de Orellana y José de Vega, el primero de los cuales se encontraba entonces en el Colegio del Cuzco. Juntamente con esto y, después de haberlo consultado con algunos Padres graves, decidió auto-

rizar a los misioneros para que administrasen el Bautismo a los ya instruidos en la doctrina cristiana.

Pusiéronse en camino ambos Padres y llegaron a la misión en los primeros días del año 1682. Su venida llenó a todos de contento y empezaron los preparativos para la solemne ceremonia del Bautismo de los neófitos, escogiendo para esto el día 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación. Bautizáronse más de 500 almas y fue grande el consuelo de los misioneros, al ver cómo habían ganado para Cristo a los que antes vivían en la esclavitud del Demonio. Dióse a este primer pueblo el nombre de Loreto, en razón del día, y vino a ser uno de los principales de esta conquista. Por el libro de Bautismos, que, deteriorado, se conserva en el Archivo de nuestro Colegio de La Paz y se abrió en este día, aparece que los primeros en recibir el agua regeneradora fueron los Caciques y la anotación es esta: "Llaman Yucu; llamóse D. Ignacio... su nieta se llamaba... Fue su padrino el P. Pedro Marbán..."[7]. Alentados por este triunfo, continuaron los misioneros su labor y el siguiente año lograron que se redujesen tres parcialidades y que los bautizados llegasen a 750, fuera de los párvulos que se bautizaban entre año. De este modo la reducción de Loreto iba en aumento y había que pensar en proveer de sustento a todos sus habitantes. El remedio fue introducir en esos llanos el ganado vacuno, como ya lo habían sugerido en la carta que enviaron al P. Francisco del Cuadro, a raiz de la visita del P. Sotelo. Tomó a su cargo esta empresa el animoso P. Barace y se encaminó a Santa Cruz a fin de traer el número de cabezas necesario para su multiplicación en el país. Llegado a la ciudad, empezó a reunir algún ganado

---

[7] Es un libro en folio men. forrado en cuero. En una de las cubiertas a la vuelta se lee: Libro de los Bautismos que se hizo en este pueblo de Loreto a los principios de su fundación por los años de 1682 y corre hasta el presente siglo, año de 1700. Los bautizados aparecen agrupados por parcialidades y las primeras firmas son las de los PP. Marbán, Orellana y Barace, pero en el año 1684 figura la del P. Vega. En 1689 firma el P. Juan de Espejo y luego el P. Agustin Zapata y el Hermano Gregorio de Solis. En 1690 el H. Alvaro de Mendoza. En 1692 el P. Lorenzo Legarda; en 1693, Ignacio de Sotomayor; en 1697 José Javier de Leyden; en 1698 Estanislao Arlet; este mismo año Diego Antonio Morillo; en 1699 José de Vargas y Antonio Garriga; en 1700 los PP. Mayorana y Diego Ignacio Fernández.

y al mismo tiempo púsose a aprender el oficio de tejedor a fin de adiestrar a los indios en el oficio y enseñarles los procedimientos más perfectos que se usaban en el Perú. Habiendo juntado hasta doscientas reses, pidió algunos indios prácticos para que le ayudasen a conducirlas y a la cabeza de todos salió de Santa Cruz. No era fácil salvar las 70 leguas que era forzoso cruzar hasta la reducción de Loreto y por caminos llenos de arbustos y maleza y habiendo de esguazar ríos de rápida corriente, pero todas estas dificultades las venció su constancia y, aunque sufrió algunas pérdidas, después de cincuenta y cuatro días de penosa marcha llegó a Loreto con ochenta y seis cabezas de ganado. Este se multiplicó en breve tiempo, como había sucedido en el Paraguay y creció tanto su número que bastaba con mucho a satisfacer las necesidades de los habitantes de Mojos.

Solo un obstáculo se ofrecía a la prosperidad de la misión y este no era otro sino las inundaciones, las cuales anegaron a Loreto. Por esta causa hubo que pensar en trasladarlo y, después de recorrer los alrededores, se escogió un paraje algo más al Norte, en la confluencia de los ríos Guapay y Mamoré, en donde se hizo el trazado del pueblo, con calles anchas y bien alineadas, dejando en medio lugar bastante para una espaciosa plaza, en uno de cuyos frentes se había de levantar la Iglesia. Hízose este traslado el año 1648 y el alma de toda esta obra fue el P. Marbán, el cual, no obstante la escasez de medios, logró con habilidad ver el pueblo terminado, ayudándole los indios que fueron los primeros en gozar de las ventajas del traslado. El templo quedó pronto concluído. Era todo de adobes y de tres naves con unas sesenta varas de largo por veinte de ancho; las paredes gruesas y toda ella entablada por dentro; el techo de cedro, cubierto de palmas y con cinco altares muy bien aderezados. En el año 1700 decía el P. Marbán que se habrían gastado en ella más de cien mil pesos, suma elevada para aquel entonces y que toda había procedido de la Provincia. Esta circunstancia no debe olvidarse, porque en estos primeros años todo el gasto de la misión corrió a nuestro cargo, de modo que el P. Jáuregui en la Carta Anua de los años 1681 a 1684, enviada al P. General, Carlos de Noyelle, podía decirle: "La Provincia ha trabajado entre los Mojos diez y ocho años,

con más de trescientos mil pesos de gasto. Asistiendo cuatro Padres y bautizándose más de mil seiscientos adultos. Fundóse la reducción primera con cuatro pueblos (parcialidades) y se va dando comienzo a la segunda con dos mil catecúmenos". De este modo vino a ser una realidad lo que tanto se había deseado y había costado no pocos esfuerzos. La trocha estaba abierta y el celo de los misioneros la iría ensanchando y una nueva cristiandad habría de surgir en aquellas vastas llanuras, antes sumidas en las tinieblas del error.

CAPITULO III

Nuevas fundaciones

1. Fundación de Trinidad. Excursiones misioneras. — 2. Funda el P. Orellana la reducción de S. Ignacio y llega hasta el Beni. — 3. Fundación de S. Javier, San José y San Borja. — 4. Excursiones por tierras de infieles. Fundación de S. Pedro y S. Luis. — 5. Memorial del P. Marbán. Visita del P. Diego Francisco Altamirano.

1. Mientras estos progresos se hacían en tierra de Mojos, los jesuitas del Colegio de La Paz intervinieron en una entrada más al Norte, por las tierras de los indios Lecos, que ya en otro tiempo habían sido el objetivo de las infaustas expediciones en que perdieron la vida los PP. Urrea y Bernardo Reus. Por una carta del P. Tomás Francisco Pérez al P. Provincial, Martín de Jáuregui, de 8 de Diciembre de 1684, sabemos que el Maese de Campo, D. Pedro de Valverde, que poseía un ingenio en la proximidad de aquellos indios dispuso una entrada en la cual tomaron parte unas veintinueve personas y entre ellas el dicho Padre y otro a quien se llama Bernardino, pero sin apuntar el apellido. Recorrieron algunos pueblos, como los de Chiripico, Tuiche, Achiquiri, Juyo, Sicota y otros, habitados por unos mil indios. La insalubridad del clima fue causa de que murieran siete de los expedicionarios y el fruto vino a reducirse al bautismo de una criatura que a poco falleció. Según dice el Padre en su carta, los indios querían sacerdotes pero no que entraran los españoles. Entre las poblaciones visitadas una fue la de Tuyapo, donde se decía que habían muerto al P. Urrea.

Entablada la reducción de Loreto pudieron los misioneros extender sus conquistas a fin de atraer a nuevas tribus a la fe. Visitaron en especial la región situada al Sur y al oriente y, tras no pocos trabajos, se introdujo el P. Barace entre los Mayuruanas o Mayumanas. Algún tiempo antes y, en conformidad con lo dispuesto por el P. Martín de Leturia, Vice Rector de Santa Cruz, a quien había enviado el Provincial, P. Saavedra, pareció conveniente explorar el camino que descubrió el General D. Benito de Quiroga, el cual había emprendido la conquista de los indios Raches, desde Cochabamba, los cuales se habían comunicado un tiempo con los Mojos. Pareció que si se encontraba un camino en esa dirección se evitaría el rodeo que había que hacer para llegar hasta Mojos, saliendo de Santa Cruz. Luego que el Hermano José se dio cuenta de las ventajas que ofrecía esta ruta no ocultó sus deseos de acometer esta empresa, dice el P. Marbán en la Carta de Edificación que, desde Loreto, escribía el 15 de Mayo de 1683. Diéronle licencia los Superiores y al punto comenzó a hacer sus preparativos y a buscar los indios que le habían de acompañar. Fueron estos unos ochenta y por el mes de Abril salió de Loreto. Llegaron al primer pueblo de Raches y estos huyeron a esconderse en el monte. Trató el Hermano de asegurarlos y poco a poco volvieron. Les habló de su propósito y prometieron ayudarle, pero manifestaron que la época no era la más propicia por las muchas lluvias y que sería mejor esperar hasta el mes de Agosto. Los Mojos comenzaron a vacilar y algunos se volvieron. Con ellos envió una carta al P. Marbán con fecha 5 de Mayo.

Solo cuatro de los indios que sacó de Loreto quedaron en su compañía, pero el Hermano José no perdió el ánimo y confiaba en que el cacique de los Amonos cumpliría con enviarle diez indios de su parcialidad. Desde el lugar donde se encontraba había diez días de camino hasta Cochabamba, según la relación que le dieron y esto le alentó a continuar. A poco vino a quedarse solo con un indio rache, pues los cuatro mojos también le desampararon. Después de esto no se volvió a tener noticia de él. Se presume que perecería en el paso de algún río o bien que le quitaron la vida. Lo primero parece más verosímil, por las declaraciones que a algunos indios tomaron los PP. Barace y Orellana que llegaron hasta estos parajes. Había nacido en Zaragoza y vino a América a buscar fortuna. Se

acomodó de criado en la villa de Saña y, habiendo enfermado, vino a Lima y se hospitalizó. Aquí le conoció el santo P. Juan de Alloza y por su medio lo llamó Dios a la Compañía. Sirvió como estanciero en algunas de las haciendas vecinas a Lima y luego fue enviado a La Paz como maestro de escuela y Procurador. De aquí pasó a Santa Cruz, donde también se hizo cagro de la Escuela, hasta que el P. Cavero lo llamó a Chuquisaca para que administrase la hacienda de Jesús del Valle, perteneciente al Colegio de Potosí. De aquí pasó a los Mojos, siendo el primero que entró en sus tierras en esta tercera tentativa por entablar la misión [1].

En el año 1687 el P. Barace fundó la segunda reducción, llamada Trinidad, sobre el Río Grande, cinco leguas más abajo del punto en que desemboca el río Chenesi y como a doce leguas de Loreto. Lo poblaron los indios Mayumanas a quienes se procuró enseñar la lengua moxa. El pueblo varió de posición porque la experiencia y el tiempo vinieron a señalarles el más favorable. Con el ejemplo de estos dos pueblos otras tribus se inclinaban también a formarlos, siguiendo las indicaciones de los misioneros. Por esta razón y siendo ellos pocos, hubo que pedir un refuerzo. No desatendió el Provincial, P. Martin de Jáuregui, su demanda y envió a los PP. Juan de Espejo y Juan de Montenegro y a los Hermanos Alvaro de Mendoza y Bernabé Dominguez, que, de vuelta de los Chiriguanos, se encontraban en Santa Cruz y no mucho después les siguieron el P. Agustín Zapata y el Hermano Gregorio de Solis.

2. Con tan oportuno socorro pudo el P. Orellana emprender la conversión de los Puruanas y Cañacures y tras no pocos esfuerzos alcanzó a reunir un buen número de ellos en las pampas, al poniente y como a unas catorce leguas de Trinidad. Fundóse el pueblo a orillas del río Eseneru, el año 1689, siendo Provincial el P. Francisco Javier Grijalva, el día 1 de Noviembre y se le dio por nombre San Ignacio. Acompañaron en la fundación al P. Orellana el P. Juan de Espejo y el Hermano Alvaro de Mendoza. Creció esta población en breve tiempo, de modo que el año 1691, con ocasión de la visita que hizo a las reducciones el Gobernador D. Benito de Ribera y Quiroga,

[1] Fuera de la Relación que hemos citado, el H José, que era aficionado a escribir, dejó dos vols. manuscritos sobre las Obras de Misericordia.

se empadronó al vecindario y se halló que lo habitaban tres mil cuarenta y una personas, de las cuales setecientas veintidós habían ya recibido el bautismo. Como la región parecía bastante poblada, consultó el P. Orellana con el Superior, P. Marbán, si convendría penetrar más adentro, pues posiblemente habría lugar para fundar nuevas poblaciones siempre que no escasearan los misioneros. Vino en ello el P. Marbán y le dio por compañero al P. José de Vega, encargándole al mismo tiempo que explorase hacia el oeste la región que confina con Cochabamba por si se hallaba alguna vía que pusiese en fácil comunicación aquella villa con las misiones[2].

Partió, pues, el P. Orellana y, fuera de haber descubierto en su viaje muchas tribus de indios, llegó a dar con el camino que comunicaba con Cochabamba y en vano trató de hallar el Hermano José del Castillo. No fue este el único fruto de su excursión, pues habiendo penetrado hasta la cuenca del río Beni, entró en tratos con los indios que poblaban esa zona y, aunque no pudo reducirlos a población ni tuvo tiempo para catequizarlos, pero consiguió que entregasen muchos idolillos y algunos mates pintados y otros utensilios que les servían en sus adoratorios y, "reuniendo, dice el P. Eguiluz, hasta cincuenta cabezas de tigres y, haciéndoles una plática, alabando su docilidad, lo quemó todo en una gran hoguera". Con tan alegres nuevas volvió a su misión que había dejado a cargo del P. Juan de Espejo y del H. Alvaro de Mendoza. Cuando el P. Marbán tuvo noticia de todo esto, se resolvió a pedir nuevos operarios, porque con los que trabajaban entonces en Mojos, no era posible acometer nuevas empresas. Escribió al P. Provincial y este envió a la misión a los Padres, Francisco de Borja, Rector que había sido de los Colegios de Trujillo y de Huancavelica, Ignacio de Sotomayor, Félix de Porres, Francisco Javier Granados y Lorenzo Legarda.

3. En este mismo año comenzó a echar los cimientos de la reducción de San Javier, a unas ocho leguas más abajo de la de Trinidad, el P. Agustín Zapata. Con este fin se trasladaron a aquel puesto, próximo al lugar en donde el río Tiamuchu vierte sus aguas en el Mamoré, a unos 500 indios cristianos de Trinidad y a estos se

[2] Carta del P. Orellana al P. Martín de Jáuregui, 19 de Julio de 1681. B. N. Lima. Mss. 0012.

juntaron como unos dos mil que habían reclutado entre los Baures, Tapacuras y Guarayos los PP. Barace y Montenegro. Entre los Guarayos el P. Barace fue muy bien recibido, gracias al conocimiento que tenía de su lengua, bastante parecida a la chiriguana que había aprendido. Consiguió que las tribus mojeñas los acogieran de buena voluntad, porque eran de estos generalmente aborrecidos por su carácter belicoso y sanguinario. Recorrió puede decirse casi toda la zona habitada por ellos y se extendió luego por la que ocupaban los Baures y Tapacuras y habría penetrado hasta los Yuquegares (Yuracares?) si no se hubiese visto obligado a volver a Trinidad, que había quedado al cuidado del P. Granados. El día 26 de Mayo de 1691 fundóse San Javier, quedando a su cuidado el P. Zapata y el P. Legarda.

Ese mismo año 1691, por el mes de Agosto, visitó la reducción el Gobernador Rivera y se halló por padrón que el pueblo tenía dos mil trescientas setenta y un almas, número que fue creciendo con el tiempo. Por entonces ocurrió también la fundación de San José, pueblo situado en los llanos del Norte, al pie de la cordillera y distante como unas 16 leguas, al poniente, de la reducción de San Ignacio y como sesenta o setenta leguas de la villa de Cochabamba. El territorio había sido visitado por los PP. Orellana y José de Vega y fueron ellos los que indujeron a los indios a erigir una población. La tomó a su cargo el P. Juan de Espejo, ayudado por el H. Bernabé Dominguez y en la visita hecha por el Gobernador Rivera se halló que lo habitaban dos mil treinta y seis personas. Fuera de tres parcialidades mojeñas que formaron el núcleo del pueblo, acudieron también muchos Churimas y algunos Chiquitos que hablaban otra lengua. El P. Espejo aprendió la de los primeros e hizo gramática y catecismo a fin de facilitar su conversión. En todos estos trabajos le ayudaba el P. Félix de Porres, jóven misionero que empezaba entonces a ejercitar su celo, pero a quien Dios arrebató de esta vida el 27 de Febrero de 1694, siendo el primero que falleció en la misión. Era natural de Tomina y había deseado mucho dedicarse a la conversión de los gentiles. Desde un principio se consagró con ardor a su ministerio y llegó a aprender la lengua moja. Fue muy sentida su muerte y más por su compañero el P. Juan Espejo que había sido testigo de sus virtudes.

Mientras esto ocurría en Mojos la Providencia nos deparaba en el Perú un bienhechor de estas misiones en la persona del Bachiller Antonio de Encinas el cual legó para su sostenimiento una hacienda y una estancia de ganado, avaluadas en doce mil pesos, por lo cual el P. Tirso ordenó que se le dijesen dos misas en toda la Asistencia de España y tres en la Provincia. No pudiendo la Misión tener renta estable, determinó el dicho Padre General que se aplicasen los bienes a algún Colegio, el cual procuraría con liberalidad ayudarla [3]. Y pues hablamos de los bienhechores, no es posible pasar en silencio el nombre del Arzobispo de Charcas, D. Juan Queipo de Llano y Valdés, el cual favoreció a estas misiones con largueza digna de un Príncipe de la Iglesia, de modo que nuestro P. General Tirso dispuso que se le hiciesen sufragios en toda la Compañía, pues aunque no dio por junto una cantidad gruesa, por muchos años no cesó de prodigarles profusamente sus socorros.

La sexta reducción de S. Borja la fundó el P. Juan de Espejo entre los Churimanas, provincia muy numerosa, a quienes visitó repetidamente. Hállase situada en las faldas de la cordillera a corta distancia del río Manique y distante como unas doce leguas de la reducción de S. José. Eran estos indios indóciles y de natural rebelde, como lo demostraron luego, huyendo y abandonando al misionero, pero se hacía necesario reducirlos por estar en relación con otras naciones y, sobre todo, porque se creía que por sus tierras se podría pasar fácilmente a la provincia de Apolobamba y Larecaja del corregimiento de La Paz. El P. Espejo empezó a atraerlos con donecillos y bautizó a un buen número de chiquillos. Les corres-

---

[3] Carta del P. Tirso al Provincial del Perú, 30 Agosto 1692. En la misma fecha le decía que la Provincia no había tenido hasta entonces misión de gentiles y luego añadía: "Dejaron VV. RR. la Misión de los Chiriguanos por haber dado muerte al H. Francisco Ruiz y estado en peligro... los PP. Juan de Espejo y Juan de Montenegro... En carta de 25 de Junio de 689 di orden de que ofreciéndose ocasión y amansados aquellos bárbaros se volviese a ella..." No lo hizo la Provincia por diversas razones y, entre otras, porque los PP. del Paraguay tomaron a su cargo esta empresa, pero sin resultado alguno. No era del todo cierto tampoco que la Prov Peruana no hubiese tenido misiones entre Gentiles; las tuvo entre los Panataguas y en Chavin y en Cajamarquilla, pero no fueron estables. Arch. Colegio de S. Ignacio. Santiago de Chile. Cartas del P. Tirso González.

pondió a los PP. Francisco de Borja e Ignacio de Sotomayor hacer la fundación, la cual se llevó a cabo en el mes de Diciembre de 1693. La habitaban dos parcialidades, con lengua distinta cada uña de ellas, de modo que hubo de aprender entrambas. El número de habitantes se calculaba en unos tres mil, de los cuales, al llevarse a cabo la fundación, era reducido el número de bautizados[4].

4. Estas fundaciones no impedían el que los misioneros hiciesen correrías por el territorio en busca de nuevas tribus indígenas. Ya nos hemos referido a las que realizó el P. Barace, repitiéndolas en los años 1694 y 1695 y, avanzando hacia el oriente, hasta llegar a ponerse en contacto con los Toros, Chumacacas y Pundurayes. Por su parte, el P. Agustín Zapata hizo en el año 1693 un atrevido viaje a las tierras de los Canisianos, que distaban como unas veinticuatro leguas, más abajo de San Javier. Visitó no menos de cuarenta y ocho pueblezuelos de esta parcialidad y, ajustando la cuenta de los que podían ser, con los datos que le proporcionaron los caciques, juzgó que pasarían de cinco mil. Estos Canisianos le dieron noticia de los Cayubabas que eran sus enemigos, a los cuales no pudo acudir el P. Zapata hasta después que entraron las aguas. Mostráronse al principio rebeldes, pero luego se fueron amansando, con los donecillos que les hizo el Padre, de cuchillos y chaquira y a los caciques de hachas y machetes. El principal de todos ellos obsequió al P. Zapata un lanzón de chonta con punta de hueso, muy adornado de plumería, que era como insignia de su dignidad y esto sirvió para que los demás se rindiesen. Después de haber permanecido dos días entre ellos volvió el Padre a S. Javier y, pasadas las aguas, reanudó sus correrías. Se encaminó hacia el Norte y llegó a descubrir hasta tres nuevas parcialidades, a las cuales indujo a formar un solo pueblo, estableciéndose en la barranca de un hermoso río, llamado Apercé o Aperé. Nuevamente salió el año 1695 y en este viaje se dio de manos a boca con la numerosa nación de los Canisianos que se habían reunido con intención de formar un pueblo y llamar a los Pa-

[4] Este número fue diminuyendo con el tiempo pero no se precisan las causas. En 1700 solo había unos 1200. El P. Sotomayor hubo de abandonar la misión en 1696 por sus dolencias, de modo que el P. Francisco de Borja quedó solo hasta que vino el P. Borinié.

dres. El P. Zapata los animó a hacerlo y les prometió que en cuanto fuese posible vendrían Padres a ayudarles. Continuó hacia los Cayubabas, que ya había visitado y halló que vivían en un pueblo grande y bien dispuesto, pero en circunstancias de ofrecer sacrificios a sus ídolos, los cuales habían colocado a las puertas de un bohío que servía de templo. Ante ellos había sobre mates u hojas anchas diversos géneros de comidas y una hoguera que ardía constantemente. Así que vieron asomar al P. Zapata acompañado de sus indios cristianos, mandaron los caciques que fuesen algunos a recibirlo y a entretenerlo en tanto que ponían término a su ceremonia. Luego se acercaron todos y el Padre, ignorando su lengua, por señas hubo de entenderse con ellos; les obsequió con algunas cosas que traía y les pidió que le diesen un muchacho hábil a fin de que aprendiese la lengua moja y sirviese de intérprete. Con esto se despidió, anunciándoles su pronta vuelta. Volvió a San Javier, pasando por los Canisianos, que le hicieron nueva instancia porque se quedase entre ellos. No pudo detenerse sino un día y, al salir a la mañana siguiente, le siguieron muchos indios principales y le acompañaron hasta S. Javier, a fin de volverse con algún Padre. No se pudo satisfacer su deseo por entonces, pero se les agasajó en lo posible. Años más tarde se logró fundar una reducción entre ellos, que se denominó de San Pedro, y Dios parece que quiso premiar su constancia en pedir misioneros, pues el pueblo creció rápidamente y vino a ser como la capital de todos los Mojos.

También los misioneros de San José, PP. Juan de Espejo y Lorenzo Legarda, se entraron por la selva en busca de infieles y con feliz resultado, pues en el año 1694, consiguieron ganarse la voluntad de dos parcialidades enemigas de los Mojos y los indujeron a abandonar los lugares en que vivían y a venir a establecerse en un paraje vecino a la reducción, cosa que parecía en cierto modo muy difícil, pero se consiguió, de modo que aun los más ancianos emprendieron el viaje que no había de durar menos de seis días. Más fructuosa puede decirse que fue la pesca hecha por el P. Juan de Montenegro entre los Chiquitos, indios que se señalaban por su valor y destreza en las armas aunque su índole era buena y su trato apacible. Habían acudido algunos de ellos a Santa Cruz en demanda de misioneros y fueron señalados los PP. Montenegro, que conocía su lengua y el P. José

de Vargas. Sin mucho trabajo lgoraron que se reuniesen como unos seis mil indios, estableciéndose en parajes más altos y de mejor temple que los de Mojos y allí se dio comienzo el año 1694 a una nueva población. El P. Montenegro penetró más adelante en busca de la tribu de los Purácis, vecinos de los Chiquitos y también logró que le siguiesen como unos tres mil, los cuales vinieron a engrosar el número de los precedentes.

Estas misiones de los Chiquitos se hallaban en territorio dependiente del Gobernador de Santa Cruz y de la Audiencia de Charcas y bastante próximas a la capital de la Gobernación, de modo que lo natural era que de ellas se hiciesen cargo los PP. de la Provincia del Perú. Uno de los Gobernadores, D. Agustín Arce de la Concha, había invitado a los Padres de Santa Cruz a que las tomasen por su cuenta, pero la falta de personal no lo permitió. En cambio los PP. del Paraguay que ya se habían establecido en Tarija y habían emprendido la conversión de los Chiriguanos, cuando se dieron cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos con estos indios, decidieron entrar en el territorio de los Chiquitos, cosa que la Provincia Peruana no objetó en forma alguna. Fundáronse allí algunos pueblos y solo quedó dependiendo de los nuestros del Perú el pueblo de Desposorios[5].

[5] El P. Tirso en carta al Provincial del Paraguay que cita el P. Astrain (Hist. de la C. de J. en la Aist. de España. vol. VI, Lib. III, Cap. XII, p. 742) toca el punto que se le había sometido sobre si la reducción entre los Chiquitos habría de quedar por aquella Provincia o por la del Perú y responde que se inclina más porque la retengan los PP. del Paraguay. Esto no obstante, más adelante la cosa no debía ser tan clara, cuando encomendó al P. Diego Francisco Altamirano, Visitador del Perú, el que examinase por sí mismo el asunto y le diera su parecer. El lector hallará la respuesta de aquel prudente Padre en el texto, párrafo 5. En lo que nos parece que exageraba el P. General es en decir, como dice en su carta, que en el Perú no se abrazaba con entusiasmo este ministerio de las Misiones. Por lo pronto el Perú no era el Paraguay. En esta Provincia, sacando a Córdoba y a lo más a Santa Fe y Buenos Aires, no había ciudades de españoles de las de la categoría del Perú. Con 11 Colegios, 2 Universidades, 3 Colegios Mayores, 2 Casas de Estudios, 2 Noviciados, 2 Colegios de Caciques y 2 Residencias, ya era mucho que pudiese dedicar, como dedicaba entonces, una veintena de sujetos a la Misión de los Mojos. Ahora bien, para proveer a los Colegios de Maestros, de Catedráticos a las Universidades, de hombres de gobierno y de consejo, no era posible que se dedicara el personal a misiones entre gentiles. Habría que decir en esta ocasión lo que años antes había dicho el P. Alvarez de

El ancho campo que se ofrecía a los misioneros fue causa de que se pidieran nuevos refuerzos y en el año 1695 fueron enviados a Mojos los PP. Francisco de Ugarra, Pedro Mallavia, Juan Ascanio y Juan José de Veinza. Bien pronto hallaron ocupación, pues a las reducciones ya fundadas vinieron a unirse otras dos: la de S. Pedro y la de San Luis. La primera se estableció, como hemos dicho, entre los Canisianos y para su emplazamiento se eligió una meseta a orillas del Mamoré, de mejor temple que otros lugares y como a unas catorce leguas de S. Javier y algo más de Trinidad. Sus comienzos nos lo refiere el P. Estanislao Arlet en una carta que escribió al P. Tirso González el siguiente año. "Entramos, dice, en el país de estos pobres bárbaros, sin armas ni soldados, acompañados solamente de algunos indios que nos servían de intérpretes. Quiso Dios que nuestra expedición fuese más feliz de lo que pudiéramos esperar, pues apenas llegamos, cuando salieron de los bosques más de mil doscientas personas para venir con nosotros a echar los cimientos de una nueva población. Como nunca habían visto caballos ni hombres semejantes en el color y vestido, fue de no poca diversión ver el asombro que mostraron a primera vista. De puro miedo se les caían de las manos los arcos y las flechas. Estaban fuera de sí, no sabiendo qué decir ni pudiendo adivinar de dónde habían podido venir a sus bosques tales monstruos, porque pensaban, según nos lo han confesado después, que el hombre, el sombrero, el vestido y el caballo en que iba montado era un monstruo prodigioso y extraordinario, compuesto de las dichas piezas y que la vista de una tan monstruosa naturaleza los tenía aturdidos e inmobles"[6].

Quedaron al cuidado de estos indios los PP. Legarda y Arlet y la fundación se hizo el año 1697, siendo Provincial el P. Diego de Eguiluz. Los primeros en poblarla pasaban de mil trescientos, pero con el tiempo fue creciendo este número hasta sobrepasar a las demás

---

Paz, escribiendo al General y manifestándole que era necesario reprimir el excesivo deseo de consagrarse a los ministerios con los indios, porque de otro modo la Provincia pronto carecería de los sujetos bien formados que se necesitaban para lo demás.

[6] Epístola Patris Stanislai Arlet... V. la nota bibliográfica del Cap. I. El original en el Arch. Prov. Toletanae S. J. Leg. 3, N.º 3 bis. — V. Cartas Edificantes y Curiosas del P. Diego Davin. vol. 1 p. 155 y s.

reducciones. La octava reducción fue la de S. Luis, fundada el año siguiente por el P. Francisco Javier Granados, a quien ayudaba el H. Alvaro de Mendoza. Distaba como unas siete leguas de Borja y doce de S. Ignacio. Los indios eran en su mayor parte de la parcialidad de los Mobimas y también de los Erirunas. En sus comienzos no pasaban entre todos de ochocientos, pero también se pensó en que habrían de ir en aumento. La experiencia demostró lo contrario y su suerte fue mezquina, de tal modo que más adelante llegó a desaparecer, pasando sus habitantes a vivir en otros lugares. Sin embargo, cuando el P. Diego Francisco Altamirano visitó las reducciones en el año 1700, S. Luis llegaba a numerar unas dos mil almas, pero una peste que sobrevino y otros accidentes fueron causa de que todavía en ese año no se hubiese podido edificar la casa y la Iglesia.

5. La Misión de Mojos prosperaba, sin duda, pero no faltaban contratiempos. Por vía de compensación Dios, entre los convertidos a nuestra fe, derramaba abundantes gracias, que se traducían en gran fervor y devoción. El P. Marbán, escribiendo al P. Fernando Tardio, Socio del Provincial, el 12 de Marzo de 1696 le refería algunos hechos que demostraban lo que venimos diciendo. Luego pasaba a decirle cómo se había celebrado la fiesta de Navidad en S. Ignacio: "Algunos meses antes, escribe, llamé a un indio de genio alegre y le dije que previniese a otros y ensayasen unas danzas para la noche buena. Ofreciéronse a porfía e hicieron dos compañías, la una de muchachos pequeños y la otra de mocetones, ambas al uso de Santa Cruz, cuyas danzas con que celebran el Corpus han aprendido muy bien. Otra fue a su usanza gentílica, acompañada de flautas y fue la que más me enterneció, por ver consagrados a Dios bailes que servían de festejo al demonio. Compúsose un pequeño nacimiento que adornaron con quantas flores silvestres hallaron por estos montes. A media noche salí por el pueblo con el Santo Niño a despertarles y al ruido de las danzas salían a arrodillarse a sus puertas y luego me seguían. Así se juntó el pueblo en breve en la Iglesia, donde rezaron las oraciones y después les platiqué del misterio y, antes de empezar la misa, les avisé que en oyendo una se podían ir a dormir los que quisiesen, pero nadie se fue antes de oir las tres misas que dije seguidas. Mientras las misas se decían cantaban los muchachos

algunas letras en su lengua y después empezaron los bailes hasta amanecer..."

En otra de esta misma fecha le pedía al P. Tardio, que tenía a su cargo la Congregación de la O, le inscribiese entre los del piadoso convenio. Se disponía por entonces a salir a una excursión y, fuera de representar las necesdiades de la misión, hacía hincapié porque se le enviase el prometido Hermano Carpintero, pues se hallaba la Iglesia todavía sin puertas ni ventanas y lo que es más de lamentar sin Sagrario [7]. Escribiendo al P. Eguiluz, desde Loreto el 13 de Agosto de 1696, le decía que la Misión se veía cercada de peligros, porque los Mocobíes que habían dado muerte a un religioso dominico habían inquietado a los Maniquies, y los Mamelucos, por su parte, habían vuelto a entrar en tierras de los Chiquitos. A 17 de Octubre volvía a escribir, insistiendo en el peligro creado por las irrupciones de los Mamelucos del Brasil y la necesidad de introducir el uso de las armas de fuego y echar mano del arbitrio propuesto por el Provincial del Paraguay. En Diciembre tomaba nuevamente la pluma y le decía al Provincial que el Gobernador de Santa Cruz, D. Benito de Rivera y Quiroga, le había pedido Padres para la pacificación de unos indios e ignora si se ha realizado. Indicaba que para evitar las incursiones de los Mamelucos convendría fundar un pueblo en el puerto de los Chiquitos, por donde entran con gente del Paraguay y la proveen de armas, medio que también ha sugerido el Superior de Chiquitos. La reducción que mudó de lugar con motivo de la irrupción de los Paulistas no está bien situada y convendrá que la atiendan los Padres de Santa Cruz. El P. Vargas, misionero de los Chiquitos, ha fundado otro pueblo más cerca y lo ha puesto bajo el patrocinio de San Miguel. Cree conveniente que en Mojos haya ropería y quien cuide de ella, porque no es justo que los misioneros anden hechos sastres de sí mismos y sabe Dios cómo. Finalmente pedía que se le relevara del oficio de Superior, pues ya llevaba muchos años esa carga y con la venida de nuevos misioneros se le acrecentará.

Por entonces, en efecto, entraron en Mojos los PP. Antonio Garriga, Antonino Mayorana y Francisco de Ugarra. El Superior, escri-

---

[7] En carta al P. Eguiluz del año 1691 le decía sin embargo que el H. Manuel había enseñado a los indios el ensamblaje y era muy útil e iba adornando la Iglesia de Loreto muy bien.

biendo al P. Eguiluz, en Mayo del 1697, le anunciaba su llegada a Loreto el día 19 de Enero. Al primero lo envió a Trinidad, al segundo a S. Ignacio y al tercero a S. José. Unos meses más tarde, en Julio del mismo año le decía que habían llegado a Cochabamba otros cinco Padres, la víspera de San Pedro y los había distribuído de esta manera: al P. Francisco Borinié lo había enviado a S. Borja; al P. Estanislao Arlet lo destinó a los Chiquitos a ser compañero del P. Vargas, al P. Morillo lo envió a S. Javier, en tanto que el P. Francisco Javier de Leyden y el H. Miguel quedaron en Loreto. En la misma carta se refiere al pedido de armas de fuego para defenderse de los Mamelucos y dice que sabe que el Virrey se niega a concederlo, pero entiende que será necesario ver el modo de defenderse de sus incursiones [8].

En este año 1698 el P. Marbán hubo de dirigirse al Virrey del Perú, Conde de la Monclova, a fin de que se dignase señalar algún sínodo a cada uno de los pueblos fundados en Mojos, pues hasta entonces la Provincia había tenido que correr con los gastos que exigía la conversión de estos indios, fuera del viático que el Rey solía conceder a los religiosos que venían a América, destinados a la conversión de los naturales. Este *Memorial* que importa conocer, empieza por estas palabras: "Excmo. Señor: El P. Pedro Marbán de la Compañía de Jesús, su Procurador de la Misión de los infieles de los Moxos en los confines de Santa Cruz de la Sierra, dice que en dichas misiones están entendiendo veinte religiosos, los diez y ocho sacerdotes y dos coadjutores y tienen formados cinco pueblos con cinco Iglesias y otros cuatro nuevos pueblos con cuatro capillas y bautizadas en dichos diez pueblos más de diez mil almas y en los cuatro restantes catecúmenos y por bautizar más de otras cuatro mil y son tantas las naciones descubiertas, reducidas y amistadas y que piden el santo bautismo que aunque fuesen otros veinte sacerdotes más no bastarán para satisfacer a todos y reducir la multitud de gente que ofrece el país, donde tiene gastados la Compañía más de cien mil pesos con la conducción de sujetos, herramientas, ganados, etc. y otras cosas que han conducido para la mayor facilidad en admitir nuestra santa fe y en adornar las Iglesias y, sin embargo, están tan destituidas que en algunas su mayor adorno se reduce a unas es-

[8] A. de I. Lima (72-2-30) 540.

tampas de papel, porque en sólo costear un sujeto hasta dichas misiones se gastan mil pesos por la gran distancia y difíciles caminos y respecto de ser bárbaros dichos indios y sin comercio de otras gentes, precisa favorecerlos con las herramientas que necesitan para sus sementeras, hacer su casa, edificar las Iglesias y se les dan caballos, vacas, para que hagan crías, para que se vayan reduciendo a vida política..." [9].

Añadía que el cuidado que se dispensaba a los cristianos había movido a muchas naciones circunvecinas a pedir el santo bautismo, pero como no era razón desamparar a los ya bautizados por los que no lo están, exponiéndose a perder lo adquirido, ha hecho instancias a sus superiores porque se envíen nuevos operarios y se han ofrecido seis sacerdotes a pasar a las misiones y otros muchos que están para ordenarse, pero sólo se dificultan los medios porque la religión no los tiene. La Misión no ha recibido limosna considerable si no son seis mil pesos que ha recibido en varias ocasiones, en los que entran los dos mil que S. E. se sirvió darle los años pasados. Por todo lo cual pide se asigne alguna cantidad a cada una de las Iglesias fundadas, a fin de que con este subsidio pueda ir adelante obra de tanto servicio de Dios".

Para mayor comprobación de todo lo dicho mandó hacer una información de todo cuanto se había ejecutado desde el año 1675 en la misión y no pudiendo hacerla ante ministros reales por distar casi cien leguas los más próximos, dispuso que cada uno de los Padres que están al cuidado de las reducciones depusiese con juramento del número de familias que había en cada una de ellas, de la forma de la Iglesia etc. y para el caso nombró secretario al P. José de Leyden,

[9] Informe del P. Pedro Marbán. Loreto de Mojos, 8 de Setiembre de 1698. A. de I. Lima 71-5-32. Cartas y Expedientes del Virrey de Lima. 1677-1706. La demanda del P. Marbán no fue desatendida. El Conde de la Monclova escribió al Rey, como advertimos y, según parece, aun antes de esto lo había hecho, porque el 31 de Diciembre de 1698 se firmaba en Madrid una Real Cédula que se envió al Virrey y a la Audiencia de Charcas, en la cual se decía que, informado el Rey de la nueva cristiandad que surgía en los llanos de Mojos, ordenaba que puestos de acuerdo, el Virrey, el Arzobispo y la Audiencia se proveyese del remedio. En cuanto al primero, éste, en carta de 3 de Mayo de 1700 le decía a S. M. que en el acuerdo, visto lo representado por el Fiscal, se había resuelto conceder a la Misión 8000 pesos en las cajas de Potosí. A. de I. Lima 71-5-32.

ordenándole que intimase este auto a los curas de los pueblos y, sirviendo de testigos el P. Cipriano Barace y el P. José de Vega le exigió juramento de que en todo lo que fuere de su cargo diría la verdad. Este auto lo firmó el P. Marbán en Loreto el 24 de Junio de 1698. El día 20 de Julio se abrió la información en Loreto y prosiguió por todos los demás hasta el de S. José de los Moroyenos, terminándose los autos el 8 de Setiembre de dicho año. A 25 de Octubre se presentó la información ante el Gobernador de Santa Cruz, D. José Robledo de Torres y, a fin de hacerla más verídica, pidió se pidiese el testimonio de los vecinos de Santa Cruz que han estado en dichas misiones, a lo cual tuvo por bien acceder el Gobernador. Presentáronse algunos, empezando por el Maese de Campo, D. José de Montenegro y ratificaron las declaraciones hechas por los Misioneros, con lo cual se acabó la información y se remitió al Virrey de Lima. El cuadro siguiente resume los datos obtenidos en los cinco pueblos ya bien sentados, aunque existían por entonces otros cuatro que aún estaban en sus comienzos, a saber: S. Luis, S. Borja, S. José y S. Miguel.

Pueblos	Familias	Bautizados	Curas
Loreto	650		José de Vega y Francisco Borinie.
Trinidad	482	2693	Antonio Garriga y Diego Antonio Morillo.
S. Ignacio	561	3202	Antonio Orellana y Antonio María Mayorana.
S. Javier	507	1863	Agustín Zapata y Diego Ignacio Fernández.
S. José	322	2288	Juan de Espejo y Francisco de Ugarra.

Vino a dar nuevo impulso a esta Misión la visita que llevó a cabo el P. Diego Francisco Altamirano, Visitador de la Provincia, el cual no obstante su avanzada edad, pues contaba entonces setenta y cuatro años, quiso por sí mismo conocer las reducciones y ver lo que podía hacerse por su adelantamiento. El 13 de Junio de 1700 llegó con su compañero el P. Nicolás de Figueroa a Santa Cruz y, sin detenerse mucho en aquella residencia, emprendió el viaje a Mojos, embarcándose en el río Guapay [11]. Surcó sus aguas sin mayor tropiezo y en los primeros días de Julio llegaba a Loreto, donde fue re-

[10] En el Arch. del Coleg. de La Paz se conserva el Libro de Bautismos del pueblo de Loreto, forrado en cuero y bastante bien conservado.

[11] V. la carta que el P. Figueroa escribió al P. Juan Martínez de Ripalda, Procurador a Roma por la Prov. de Nueva Granada, suscrita en La Paz el 18 de Dic. de 1700, donde hace una sucinta Relación de la Misión de los Mojos. V. Arch. Prov. Toletanae S. J. Leg. 3, N.º 7. Aunque no hemos podido

cibido por los indios con singulares muestras de regocijo. De esta reducción pasó a las de Trinidad, S. Javier y S. Pedro que por estar situadas a lo largo del Mamoré se podían más fácilmente visitar. Desde esta última retornó a Loreto, adonde llamó a los curas de las demás reducciones, a fin de consultar con ellos lo que podría y debería hacerse para el adelanto de las mismas. Oídos sus pareceres redactó una copiosa instrucción en la cual resumió todo cuanto le pareció necesario para el buen ser de la misión. En primer término creyó que era conveniente el que se generalizase el uso de la lengua moja, para lo cual ayudaría mucho la impresión del Arte, Vocabulario y Catecismo compuestos por el P. Marbán, todo lo cual llevó a Lima el Visitador y lo dio a la imprenta, saliendo a luz la obra en los talleres de José Contreras en 1701. A fin de que ella saliese más perfecta, al salir de Mojos, se llevó consigo al autor, como se desprende de una carta del dicho P. Marbán y de la que escribió a S. M. el Conde de la Monclova, de 3 de Mayo de 1700, en donde le decía cómo había venido el Padre a Lima y le había entregado un extenso *Memorial,* pidiendo se socorriese a la misión con algún situado [12]. El P. Marbán, como ya lo hemos indicado, deseaba ser relevado del cargo de Superior y el P. Altamirano atendió sus razones y tuvo también en cuenta la edad del Padre y nombró para reemplazarle al veterano misionero, el P. Antonio de Orellana.

Se hacía necesario también, puesto que ya en muchos de los pueblos se había entablado la vida social y política, que se diese una organización estable y segura a estas poblaciones, instituyendo cabildos y regimientos y escogiendo de entre los mismos indios a los más fieles y capaces para que hiciesen oficio de alcaldes y regidores y ayudasen al misionero a mantener el órden, la policía y buenas costumbres entre sus subordinados. Era una medida sabia que había

---

hacer el confronte, es muy posible que esta *Relación* sea la misma que publicó Ballivián, como Apéndice a la Histoira de la Misión de los Mojos del P. Altamirano y fue impresa en Lima, según Saldamando, sin nombre de autor ni fecha y lugar de la impresión. Saldamando se la facilitó a Ballivián, utilizando el único ejemplar conocido que existía entonces en la Biblioteca de Lima. Como dice este autor la Relación hubo de escribirse después del año 1699 y, por lo que se añade sobre el ingreso de nuevos misioneros en Mojos, es verosímil que sea del P. Figueroa.

[12] A. de I. 71-5-32. V.

de ir acostumbrando al indígena a regirse por sí mismo y a salir de su estado de mera dependencia. No menor falta hacía asegurar el sustento de la población hecha anteriormente a vivir al azar, sin prevenir las necesidades del mañana y satisfecha con lo que les podía proporcionar la caza y la pesca y algún que otro producto de la selva. En parte se había procurado el remedio, introduciendo en la misión el ganado vacuno, pero esto no bastaba y el P. Altamirano dispuso que se enseñase a los indios la labor del campo y se les proveyese de los instrumentos necesarios, utilizando los arados de bueyes y propagando el cultivo de algunas semillas que en Mojos podrían cultivarse como el arroz, la caña de azúcar y aun el trigo y la vid, si era posible. De la yuca, el maní y otras frutas comestibles, podía obtenerse buena cosecha y, por tanto, no habría de faltar el sustento si se ponía alguna diligencia en procurarlo. También convenía fomentar el cultivo del algodón para que todos anduviesen vestidos y cubiertos y no en la desnudez en que solían vivir.

El P. Altamirano trató de suplir la falta de HH. Coadjutores, aconsejando a los misioneros el adiestramiento de algunos indios en ciertos oficios y también para que atendiesen a las necesidades domésticas. Sobre todo hacían falta cocineros, labor que entre los Mojos estaba exclusivamente reservada a las mujeres, pero como éstas no convenía que viviesen en casa, hubo necesidad de enseñarles el oficio a algunos mozos. De esta manera se atendía a procurar al misionero una alimentación más apropiada y más nutritiva, teniendo en cuenta el desgaste que sufría el organismo en un clima tan enervante como el de Mojos.

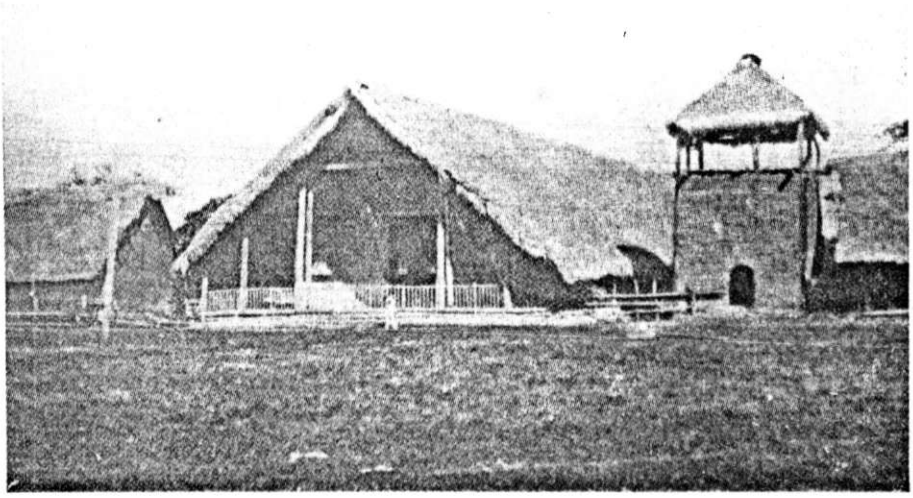
El P. Visitador no desatendió el problema que se había creado con la evangelización de los Chiquitos, de los cuales se había ya formado un pueblo. Quedaban otros muchos a punto de erigirse y en ellos, con la venia de los Padres del Perú habían entrado, como dijimos, los PP. del Paraguay, pero pronto se palparon algunos inconvenientes. En primer lugar estas misiones se vieron más expuestas a las incursiones de los mamelucos del Brasil, los cuales ya por este tiempo entraron a saco en sus tierras pero, sobre todo, esta misión distaba muchísimo del centro de la Provincia del Paraguay que era Córdoba en el Tucumán y se hacía muy difícil visitarla y socorrerla, de manera que ya había ocurrido el que los misioneros pasaran me-

ses enteros sin celebrar la santa misa por carecer de hostias y de vino. Desde el Perú era más fácil remediar su necesidad y por esta causa se debió escribir al P. General Tirso González, el cual se había inclinado a que los PP. del Paraguay se hiciesen cargo de estos pueblos, pero, vistas todas las cosas, escribió al P. Altamirano estudiase el asunto y le propusiese lo que fuera más conveniente. El P. Visitador, como lo dice en su Historia de la Misión de Mojos, no tenía personal bastante para suplir de una vez a todos los que trabajaban entre los Chiquitos, pero, sobre todo, comprendía que de improviso no era fácil que los que entraran aprendieran su lengua. Por este motivo propuso al Provincial del Paraguay que en cada pueblo quedase un sujeto de su Provincia, en tanto que los venidos del Perú se familiarizasen con el idioma de los indios. No le pareció conveniente al Provincial el aceptar este medio tan razonable y las cosas quedaron como hasta entonces.

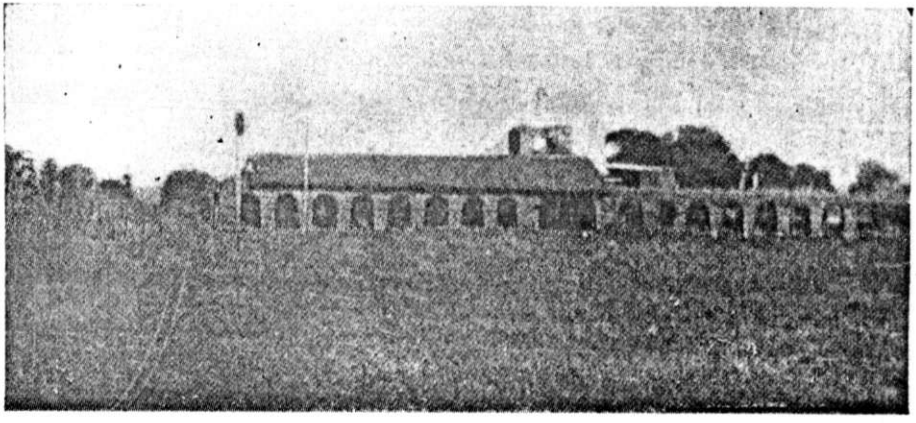
El 17 de Agosto de 1700 salió el P. Visitador de Loreto en compañía de su socio el P. Figueroa y del P. Marbán y tras breve estancia en Santa Cruz, llegó al Colegio de La Paz el 10 de Octubre del mismo año. La misión cumplía entonces cinco lustros y aunque con increíbles trabajos, pues como dice el P. Orellana "la habitación, el sitio, el pueblo, el temple y todas las demás circunstancias se conjuraron para acrecentar el mérito en las ardientes fiebres, sin médico ni medicinas y sin más consuelo que el que les podía venir del cielo", surgía una floreciente cristiandad con nueve reducciones y una población que pasaba de diez y nueve mil almas. No todos estaban bautizados, porque la catequización no se aceleraba, pero a los adultos que habían recibido el agua del bautismo había que añadir los muchos párvulos que habían recibido el sacramento en el artículo de la muerte y a quienes se había abierto de este modo las puertas del cielo. Según los cálculos del P. Figueroa, la población total de Mojos podía fijarse en aquel tiempo en setenta mil almas y, por tanto, un tercio de la misma había sido ya ganada para Jesucristo. La Provincia del Perú podía ufanarse con razón de tan magnífico resultado [13].

---

[13] V. la carta antes citada del P. Figueroa. V. también la Relación que el P. Antonio de Orellana dirigió al P. Martín de Jáuregui, con fecha de 18 de Octubre de 1681. Existía original en el legajo 3 de Mss. de la B. N. de Lima.



Iglesia de Reyes. A principios del Siglo.



Casa de los Padres. Trinidad.
A principios del Siglo.

CAPITULO IV

Progresos de la Misión

1. Estado de la Misión en los primeros años del s. XVIII. Ayuda económica. — 2. Venida de Misioneros extranjeros. — 3. Martirio del P. Cipriano Barace. — 4. Fundación de las reducciones de S. José y S Pablo. — 5. Martirio del P. Baltasar de Espinosa. Fundaciones entre los Baures.

1. Al comienzo del s. XVIII el estado de la misión era más que halagüeño. El P. Visitador, Diego Francisco Altamirano la dejó complacido y sus impresiones las hallaremos reflejadas en estas palabras que copiaremos de la *Brevis Notitia* que escribió el P. Nicolás de Figueroa, su compañero en la visita, al volver al Perú. "De estas nueve reducciones, fuera de las dos primeras, las otras siete se han fundado en el gobierno del Excmo. Sr. Conde de la Monclova, a cuya generosa y cristiana liberalidad deben gran parte de sus aumentos y esperan crecer con mayor número las conversiones de estas miserables almas de ciegos gentiles, con los socorros fáciles de los fieles; pues con un cuchillo rescatarán el alma de un indio de la esclavitud del demonio y con una sarta de cuentas o chaquiras el alma de una india que por tan corto interés se viene a recibir la fe y el bautismo y se forman tan crecidas como bien formadas cristiandades; pues es de grande gloria de Dios y singular consuelo de los misioneros como lo debe ser de cualquier redimido con la sangre de Jesucristo, el ver que los que poco ha eran esclavos del demonio y eternamente se condenaban por sus abominaciones e idolatrías, ya conocen a Dios, le alaban, le honran y piden misericordia, ejercitán-

dose en todos los empleos de virtudes cristianas, pues no solo asisten todos los domingos y días de fiesta a las Iglesias a oir misa, la explicación de la doctrina y sermón y confesar y comulgar cada año, sino que muchos indios e indias oyen misa todos los días y comulgan en todas las festividades de Cristo N. S. de la Santísima Virgen y de muchos Santos.

Los domingos, por la tarde, salen todos en procesión con una imágen de la Sma. Virgen, cantándole su santísimo rosario por todo el pueblo. El día de Corpus se solemniza con muchas confesiones y comuniones, misa cantada que ofician los muchachos, con lindas voces y canciones varias. Asisten al sermón del misterio, después a la procesión solemne por las plazas y calles de los pueblos, con altares en las esquinas que adornan con hermosas plumas y flores, festejando el día con muy alegres danzas. Los lunes se canta la misa de difuntos y se hace la procesión acostumbrada con sus responsos cantados. Los viernes se dice la misa al alba del Santo Cristo, en que se canta la pasión del Señor en devotos versos compuestos en su idioma, concluyendo con un acto de contrición cantado. Los sábados, por la mañana, se canta la misa de la Sma. Virgen con variedad de tonos músicos; por la tarde su salve y letanía, rezando después el rosario a coros. Todos los días se enseña la doctrina a todos los muchachos del pueblo y vienen a rezar el rosario a las oraciones.

En la Cuaresma y Semana Santa es de grande edificación y consuelo verlos acudir a todas las ceremonias de la Iglesia, celebrar los ayunos, frecuentar los sacramentos sin apartarse de sus iglesias jueves y viernes santo, asistiendo a los divinos oficios y empleando estos días en ejercicios de piedad y devoción, cantando los pasos de la pasión en tiernas lamentaciones, salir de penitencia en la procesión que se hace el Viernes Santo, azotándose hombres y mujeres en gran número, muchos empalados, otros con cruces a los hombros, los indiecitos con sogas a la garganta y corona de espinas a la cabeza que, de verlos, se enternece el corazón de los Padres que de sus inmensas fatigas tienen esto por fruto, alivio y premio y no cesan de alabar la misericordia de Dios que tanto se extrema en favorecer y comunicarse a estos miserables que poco antes ni le conocían, como esclavos del demonio.

Y no es de menor edificación y ejemplo ver a los misioneros, personas las más de grandes letras y talentos, emplearse en humildes ministerios y oficios por enseñar y aliviar a estos pobres. Los Padres son los médicos y cirujanos que los curan, los barberos que los sangran, sus enfermeros que los cuidan, visitando dos veces al día los enfermos del pueblo y asistiendo persosonalmente a la aplicación de las medicinas. Los Padres les enseñan todos los oficios; que la caridad de Cristo es muy hábil maestra de todas las artes: son alarifes, carpinteros, doradores, zapateros, sastres, músicos, herreros; los Padres les señalan sus chacras y se las ayudan a sembrar, les dan anzuelos para sus pescas en los ríos, hachas para cortar madera en los montes... y al fin cada misionero se hace todo a todos, padre y madre de los indios, para ganarlos por estos medios para Cristo. Pero es gran dolor que muchísimas naciones que están a la vista de esta cristiandad se condenen por falta de ministros y de medios"[1].

Esto escribía en 1700 el P. Figueroa, refiriendo lo que habían visto sus ojos y sin caer en exageraciones, como la que él mismo cita del P. Fr. Baltasar Campuzano O. S. A., que en su *Planeta Cathólico* (Discurso III, p. 25) decía: "Que el distrito de los indios Moxos contiene no menos de ciento y setenta provincias que ocupan cuatro mil leguas de tierra, como consta por relación de sus habitadores". Mucho creer fue este, dice el P. Figueroa y ¿a dónde íbamos a parar con tantas leguas y provincias? Tal vez se refería a los ayllos o parcialidades en que andan divididos estos indios, pero además cuatro mil leguas no caben en la geografía del mundo.

Prácticamente, la mayor parte de las naciones que habitaban estos llanos eran ya conocidas de los misioneros. Los Mobimas, Churimanas y Cayubabas se habían reducido casi en su totalidad; a la banda del oriente los Guarayos, que hablan el chiriguano, los Tapacuras, que entienden la moja, y los Baures, los más dóciles y racionales, dice el P. Figueroa, y entre los cuales hasta los niños andan vestidos, estaban a punto de convertirse y tras estos los Itenes y otras solo esperaban la entrada de los Padres. Escaseaban los medios y por esto se acudió a la Hacienda Real. Con sobrada razón escribía el P. Marbán al P. Francisco Javier, Provincial del Perú el 20 de

[1] *Breve Noticia de las Misiones de Moxos.* Apéndice a la Historia de las Misiones de Moxos del P. Diego Francisco Altamirano... La Paz, 1891.

Marzo de 1690: "Yo no sé por qué estas misiones no han de gozar del sínodo de que gozan todas las demás misiones de la Compañía, ¿siempre habemos de ser soldados voluntarios? ¿Nunca habemos de tener estipendio? ¿Toda la vida habemos de vivir de merced y de limosna?"[2].

Ya el P. Orellana, encontrándose en Chuquisaca, por asuntos de la misión, había informado al Presidente de la audiencia, D. Diego Cristóbal Messia, la necesidad de las reducciones y este escribió a S. M. el 3 de Setiembre de 1690, dándole cuenta de todo y rogándole se señalara a los misioneros alguna ayuda de costa, pues hasta entonces sólo se les habían librado en las cajas de Potosí tres mil pesos por el Conde de Castellar y dos mil por el Duque de la Palata[3]. Vióse la carta en el Consejo de Indias y se escribió al Conde de la Monclova para que ayudase a los misioneros de Mojos con el subsidio que prescribían las leyes[4]. No tuvo efecto por entonces esta resolución, hasta que el *Memorial* del P. Marbán logró que se asignase una suma en las cajas de Potosí, como ya hemos visto. Sin embargo, no debió recibir regularmente la Misión este subsidio, porque todavía en 1712 se hacía sentir su falta.

Dios en cambio nos deparó algunos bienhechores, fuera de los citados en el capítulo anterior. El uno fue el presbítero D. Juan de Solórzano, fundador del Colegio de Cochabamba, el cual solo por esta razón se debía contar entre los bienhechores, pues aquel Colegio empezó por ser un Hospicio para los PP. que pasaban a Mojos o volvían de la Misión y luego sirvió de punto de enlace con ella. Más hizo en su favor, porque en su testamento dejó del remanente de sus bienes cuatro mil pesos y una mina con ingenio para moler metales, la cual, no pudiéndola beneficiar los nuestros, se sacó a remate, pero el P. Altamirano, de quien tomamos esta noticia, dice que todavía en su tiempo no había aparecido comprador y por eso no se sabía lo que podría valer. A este se siguió el canónigo de Chuquisaca, D. Pedro Vásquez de Velasco, obispo después de Santa Cruz de la Sierra, el cual nos favoreció mucho e interesó también en nues-

---

[2] Arch. Rom. S. J. Peru 21, Historia 111.

[3] A. de I. Charcas 74-3-37.

[4] V. la RC. que se le dirigía con fha. 4 de Setiembre de 1692. en A. de I. Lima. Indiferente General. Reales Ordenes y Decretos del Consejo.

tro favor a su hermana Da. Magdalena. Por fin D. Luis de Miranda, caballero sevillano y Corregidor de la villa de Oruro, no se contentó con ser insigne bienhechor del Colegio de este lugar sino que durante muchos años hizo donaciones a las Misiones, acudiendo a lo que necesitaban las Iglesias y pueblos y comprometiendo de este modo nuestra gratitud [5].

2. Pero si los recursos eran necesarios, mayor falta hacían los misioneros. Aunque la Provincia del Perú había cedido con generosidad los sujetos que hasta entonces habían roturado este campo, era forzoso acudir también al auxilio de las Provincias de Europa. Con este fin el P. Jáuregui, en cumplimiento de lo dispuesto por la Congregación Provincial del año 1686, solicitó el envío de algunos, pero el socorro se retrasó por diversas causas y solo en el año 1694 anunciaba el P. Tirso la salida de Cádiz de diez sujetos de diferentes Provincias de España, Italia y Alemania. De estos solo ocho pasaron a Mojos y en el año 1697 tres de ellos se presentaban en Loreto. Más tarde se hizo posible el envío de nuevos operarios, gracias a una real cédula que obtuvo el P. Nicolás de Miraval, Procurador de la Provincia del Perú, el 5 de Mayo de 1700 para que pudiese llevar hasta

---

[5] En el A. N. Sucre. Archivo de Mojos de G. René Moreno, se halla un Inventario de los Bienes que poseía la Misión, al sobrevenir el extrañamiento. Se reducían a la Hacienda de S. Ignacio de Humay, en el valle de Pisco; unos censos en la Hac. Chiquito y en el valle de Chicama, propiedad de D. Valentín del Risco; id. en otras haciendas, como la de S. Francisco de Buenos Aires, en Trujillo etc. todos los cuales ascendían a la suma de 81.325 pesos y redituaban al año 2439. Poseía también otras dos Haciendas, Chalguani y Abarani en Mizque. El Procurador de la Misión vendía los productos de la misma o sea mulas, sebo, arroz, cera, azúcar, chocolate y tejidos de algodón y palillo. Les correspondían a las reducciones lo siguiente, por su orden:

Loreto	1500	S. Pedro	3000	Magdalena	1000
Trinidad	1500	Sta. Ana	800	Concepción	1000
S. Javier	2500	Exaltación	2300	S. Joaquín	1000
S. Martín	800	S. Nicolás	500	S. F. Borja	1500

La reducción de S. Simón se mantenía de limosna y la de Reyes sólo producía 500 arrobas de cacao. No es, pues, de extrañar que el ejecutor del extrañamiento, Aymerich, en carta al Presidente de la Aud. de La Plata de 28 Agosto 1768 le dijese que los pueblos no se sostenían por sí mismos.

cuarenta sacerdotes y cuatro coadjutores, pero con la calidad de que solo la tercera parte pudiese ser de extranjeros. Esto último era una consecuencia de lo que el Consejo, en vista del informe del Fiscal, había determinado, condicionando el pase de misioneros de otras Provincias a América, arbitrio que por fortuna fue revocado a instancias del General, dándose la R. C. de 27 de Junio de 1723 que solo obligaba a mantener en las Misiones el número de sujetos correspondiente y a dar aviso al Vice Patrono del destino que se diese a los religiosos extranjeros. Al P. Miraval se le concedieron cuarenta y cuatro sujetos, como hemos dicho, pero no parece que hiciera uso de esta autorización porque en el año 1716, el Procurador de Indias, P. Juan Francisco Castañeda, volvió a pedir se le concediesen los dichos sujetos y con los Procuradores, P. Francisco Rotalde y Fermín Irisarri, fueron enviados catorce sacerdotes y tres coadjutores. De la Provincia de Castilla vinieron los PP. Alonso Arguelles, Bernardo Sandoval e Ignacio Antonio Fernández y los HH. Juan Antonio Baca, Antonio Vila y Miguel de Hierro. De la provincia de Baviera, los PP. Francisco Javier Dirrheim, natural de Augsburgo, Domingo Mayr, Sebastián Schmidt, Gaspar de Prato, Pedro Piron, y José Schleimer. De Italia, el P. Juan Bta. Bussoni y el Hermano Jorge Liparo, muy entendido en arquitectura. De estos el P. Pirón falleció antes de embarcarse.

En el año 1723 por una Real Cédula de 20 de Febrero se concedieron otros 25, de los cuales algunos Padres y Hermanos, así estudiantes como coadjutores procedían de Alemania, a saber: José Bodar, Simón Schmidt, Juan Rehr, Francisco Faltrick, José Reyter; tres Estudiantes [4]: Nicolás Meges, José Reysner, José Mayer y cuatro HH. Coadjutores: Miguel Herold, Mateo Munegast, Carlos Schmidlehner, Adalberto Marterer; de Italia los PP. Francisco Javier Pozobonelli y Nicolás Altogradi, los HH. Escolares Pablo Pecci, Cristóbal Bussi y los HH. Coadjutores, Genaro Bari y Alejandro Fusco; de Castilla el P. Antonio Laris y los Escolares Juan Calvo, Francisco Conde y Francisco Maldonado y los Coadjutores: Juan Checa y Rafael Fernández [6].

La Real Hacienda pagó los gastos del viaje de estos misioneros hasta el Callao y por una Real Cédula de 12 de Octubre de 1716 que

[6] A. de I. Charcas 76-5-8.

alcanzó a obtener el P. Procurador Francisco de Rotalde, se resolvió que a cada uno de los curas que trabajaban en Mojos se les diese por vía de sínodo doscientos pesos anuales. Con esta ayuda se hizo más fácil atender a las necesidades de la misión. Como todavía subsistían los prejuicios contra los religiosos extranjeros hubo que acudir muchas veces al engaño, a fin de obtener que se les diese el permiso para pasar al Perú. Con frecuencia vemos que en las listas de embarque se supone que son de los estados de Flandes, sometidos al Rey Católico, los alemanes, bávaros o bohemios, inocente ardid del que nos hubimos de valer para que no se impidiese su embarque.

3. Este refuerzo fue de mucho valer, porque las provincias de Germania enviaron excelentes sujetos. Los tres primeros fueron los PP. Estanislao Arlet, Francisco Borinie y Francisco Javier de Leyden, todos ellos de la Provincia de Bohemia. Los trajo al Perú el P. Joaquín de Velasco y arribaron a Lima el 28 de Junio de 1697 y luego partieron a Mojos. El P. Arlet había nacido en Oppeln en Silesia en 1663 e ingresó en la Compañía el 30 de Octubre de 1679. Fue en 1713 Rector del Colegio de la Plata. El P. Borinie nació el 31 de Mayo de 1663 en Malonitz o Malowitz en Bohemia e ingresó en la Compañía el 2 de Enero de 1680. Fue incansable operario y, como decía el P. Arlet, suplía por veinte misioneros. Levantó templos e inició en la enseñanza de la música a los indios. Mereció que el Rey por medio de su lugarteniente en el Perú le agradeciese lo que hacía por el bien de los naturales. Falleció en 1722. El P. Leyden nació en Viena de Austria de familia noble. Llegado a Mojos el P. Marbán lo retuvo en Loreto. Se señaló por sus virtudes y vino a morir en Potosí en 1713, dejando fama de santo. Su cuerpo fue sepultado en nuestra Iglesia.

3. A las pérdidas sufridas con la muerte del H. Castillo y del P. Félix de Porres vino a añadirse la del P. Ignacio de Sotomayor que por sus dolencias hubo de dejar la misión. A ellas se sumó la más dolorosa del P. Cipriano Barace. Había salido este Padre de Trinidad el 17 de Agosto de 1702 en compañía de algunos indios con ánimo de penetrar por las tierras de los Guarayos y Baures. Fue bien recibido en los primeros pueblos, ya visitados por él, pero a medida que fue avanzando en el interior y por terreno desconocido se le recibía con

más frialdad y sus compañeros empezaron a recelarse y a mostrar inquietud por no creerse seguros. Dieron a entender al Padre que sería conveniente retroceder, pues la actitud de los Baures no inspiraba confianza, pero el animoso Padre les infundió aliento y continuaron su marcha. Entraron en un pueblo que hallaron al paso y el ruido de una especie de tambor sobresaltó a los neófitos, porque sabían muy bien que este instrumento no se tocaba sino en ocasiones de guerra o de una alerta de enemigos. Aun cuando el P. Barace se dio cuenta del peligro, pensó que era mejor mostrar ánimo y avanzó hacia el caserío, pero a los pocos pasos dio en un grupo de indios armados con arco y flechas que le miraban con fiereza. Adelantóse uno de ellos que debía ser el cacique y le indicó que se detuviese. El Padre, conociendo que no estaba seguro entre ellos, manifestó su propósito de seguir adelante, pues le llamaban a otros puntos. Lo dejaron ir pero al poco tiempo sus acompañantes notaron que los seguían los indios. Temiendo entonces por su vida, corrieron a internarse en los bosques cercanos, en tanto que la mula del Padre llegaba a una ciénaga llena de maleza. Allí fue donde le dispararon sus flechas los infieles, alcanzando a herirle tanto en el muslo como en un brazo. La mula recibió también un flechazo y, al sentirse herida, despidió al Padre. Corrieron entonces los indios sobre él, disparándole sus flechas y, arrebatándole uno de ellos la cruz que tenía en las manos, le asestó un fiero golpe de macana en la cabeza que le arrebató la vida.

Era el día 16 de Setiembre de 1702. Los mojos que habían huído antes del lance lograron por sendas extraviadas llegar a Trinidad y allí dieron cuenta de lo ocurrido. De este modo vino a terminar su carrera aquel apostólico varón, uno de los fundadores de esta misión, en la cual había trabajado ejemplarmente durante veintisiete años, regándola con su sangre como antes lo había hecho con sus sudores. Cuando llegó la nueva de su glorioso martirio a Santa Cruz era Gobernador y Vicario General del Obispado, D. N. Ibañez de la Rentería y de acuerdo con el General D. Agustín Arce de la Concha, se resolvió celebrar en la Dominica segunda de Noviembre una Misa solemne en acción de gracias a Dios por su feliz muerte[7]. La nueva

[7] P. Du Halle. Lettres Edifiantes et Curieuses... vol. X, Prólogo.

de su martirio lejos de amilanar a los misioneros fue un nuevo estímulo para que se dedicasen con más ardor a la evangelización de los infieles. El P. Orellana, Superior de la Misión, escribió la vida del atleta de Cristo, la cual se imprimió en Lima en 1704 y luego en Madrid en 1711.

El P. Barace, cuyos rasgos biográficos ya hemos trazado, no logró reducir a los Baures pero su muerte dio motivo para que se pusiese más empeño en llevar a cabo su conquista, como en efecto se hizo, logrando que toda esta nación, bastante numerosa aceptase la fe cristiana. Como su muerte no debía quedar sin castigo, desde Santa Cruz se envió al General D. Félix Cortés con una escuadra de soldados y un millar de indios cristianos, para que, entrando en los Baures, aprehendiese a los que habían dado muerte al P. Barace. Dos Padres acompañaron a la expedición a fin de que no se cometiesen excesos y fuese el escarmiento moderado. Se tomaron como unos doscientos cincuenta en calidad de rehenes y se ahorcó a uno de los principales actores del delito. Con esto se volvieron todos a Santa Cruz.

4. La misión continuó prosperando durante el gobierno del P. Orellana y nuevas reducciones se unieron a las antiguas, pero la fundación que en primer lugar ocurre citar es la de Cochabamba. El camino que enlazaba esta villa con los Mojos acortaba mucho la distancia, aunque tal vez no tanto como afirmaba el Procurador General de ella, Juan de Morales Malpartida, cuando en un *memorial* decía que se abreviaba en más de la mitad la distancia que había por el antiguo camino[8]. Los vecinos favorecían la fundación y ya en 1692 se había solicitado la licencia, pero en el año 1694, habiendo llegado a Cochabamba el P. José de Aguilar, el ayuntamiento y otras personas reunieron una suma bastante a sustentar a algunos de la Compañía y con este fundamento se pensó en erigir por lo pronto un Hospicio, en el cual podían vivir hasta cuatro sujetos. Más adelante se ofreció fundador y el General lo aceptó por tal, de modo que solo faltaba obtener la autorización del Rey. Con este fin escribió el Cabildo una carta a S. M. el 20 de Enero de 1704, alegando los motivos

[8] A. de I. Charcas 76-1-17.

que había para que se pudiera abrir un Colegio [9]. Transcurrieron todavía algunos años, por la lentitud con que se procedía en estos casos y solo en 1716 se expidió en Madrid una Real Cédula, a 14 de Diciembre, concediendo la ansiada licencia [10]. Así el primitivo Hospicio como el Colegio fueron de verdadera utilidad para la Misión.

Ahora nos vamos a referir a las dos fundaciones de S. José de Chiquitos y S. Pablo en las pampas mojeñas. S. José surgió como a unas cuarenta leguas de Sta. Cruz y S. Pablo, a mitad de camino entre S. Borja y la reducción que más tarde se denominó Santos Reyes. La primera tuvo sus comienzos en los últimos años del siglo XVII y se estableció como a unas cuarenta leguas de Santa Cruz, hacia el Oriente, a orillas del río de San Miguel. Los Chiquitos eran gente despierta y valerosa y de costumbres sanas y poco dados a la idolatría. La reducción comenzó bajo buenos augurios y se hicieron cargo de ella los PP. José de Vargas y Francisco Javier de Leyden. Esta Misión que el P. Altamirano llama de San José, parece haber sido la misma que también fue conocida por San Miguel de los Parabas y, que, más adelante, se llamó Desposorios y tuvo a su cuidado el P. Juan de Montenegro. Estos diversos nombres se explican por los traslados que experimentó debido a las incursiones de los mamelucos de Matto Grosso. Pero aun antes de esta fecha, como dice el P. Altamirano, fueron los vecinos de Sta. Cruz los que obligaron a los misioneros a alejarse de esta ciudad, pues con frecuencia hacían entradas los españoles en sus tierras, a fin de llevarse a algunos indios para el servicio de sus casas y haciendas. Por lo que toca a la llamada reducción de S. Miguel de Parabas, esta se había fundado en 1696, como a unas cuarenta leguas al sur de Loreto, pero no mucho tiempo después entraron los mamelucos y esta circunstancia hizo que los indios se dispersasen, aunque se logró reunir como unos quinientos. Estos pasaron a Loreto en el año 1697 y, por último, se les dio lugar en S. José de Mojos.

S. Pablo se fundó el año 1703, a orillas del río Santa Ana o, por otro nombre, Yacuma, pues en la misma época a que nos referimos, o sea unos diez años más tarde, tenía 1390 cristianos bautizados. Situada entre S. Borja y la de Reyes no llegó a prosperar y a ello

[9] A. de I. Charcas 76-5-7.

[10] Ibid. 75-6-37. En otro lugar se dice que a 5 de Noviembre.

debió contribuir la proximidad de los Mobimas que por largo tiempo se mostraron rebeldes. El hecho es que en el año 1758 sus pobladores pasaron a S. Borja.

5. Más al Norte de S. Pablo habitaban los feroces Mobimas. Estos se extendían entre el Mamoré y el Beni y entre ambos corrían otros dos ríos de menor caudal el Aperé y el Maniquí. La zona era bastante húmeda, por lo llana y estar expuesta a inundaciones y a estas dificultades uníase el ser los Mobimas muy bárbaros e incultos. Con todo, en su vecindad se fundaron los pueblos de S. Borja y de San Pablo. Sus pobladores dieron bastaste qué hacer así por su inconstancia como por su indocilidad, pero al fin se logró que adoptaran el modo de vida político y cristiano introducido en los demás. Hacia el año 1709 un jóven misionero, el P. Baltasar Espinosa, que en 1705 había llegado a Mojos y que en 1707, al menos por unos meses, estuvo en Loreto pues su nombre figura en el Libro de Bautismos de este pueblo, intentó reducir a algunos de ellos y formar un pueblo que denominó de San Lorenzo. En un principio parece que le escucharon y se resolvieron a vivir a su lado, pero pronto por instigación de uno de los caciques se sublevaron y dispersaron. Hallábase ausente el Padre Baltasar y, según parece, en la reducción de S. Pedro, donde se confesó como quien se preparaba para morir. Siguió adelante en compañía de algunos catecúmenos de más confianza el Lunes infraoctava del Corpus y se dedicó a buscar a los fugitivos durante tres días, sin encontrar otra cosa, dice el P. Altamirano que una soledad sospechosa. Al fin, el día 26 de Junio, Octava del Corpus, avistó un grupo de estos Mobimas, los cuales en cuanto le vieron se acercaron blandiendo sus arcos y hallándose ya a tiro del Padre descargaron sobre él una nube de flechas, en medio de una gritería espantosa. Cayó el Padre Baltasar atravesado por seis saetas y con él cayeron también hasta trece catecúmenos, logrando huir algunos otros para contar el suceso. Cuando los parientes de los muertos tuvieron noticia del hecho, se resolvieron a vengarlos y, sin más dilación, emprendieron el ataque, con lo cual se suscitó una lucha bastante encarnizada y se turbó la paz.

Tenía a la sazón el P. Baltasar Espinosa treinta años y había nacido en Pisco, de familia noble. Se educó en el Real Colegio de San

Martín, adonde ingresó el 21 de Junio de 1692, siendo de edad de trece años. Así en letras humanas como en filosofía hizo notables progresos, de modo que se le pudo encomendar un acto de toda esta última ciencia que defendió con todo lucimiento. Llamado por Dios a la Compañía, vistió la sotana del jesuita a los diez y nueve años de edad y, luego de terminar su noviciado, pasó al Colegio de S. Pablo donde se aplicó al estudio de las ciencias sagradas. Ordenado de sacerdote fue enviado a hacer su Tercera Probación al Colegio de Guamanga y ya desde entonces comenzó a desear le aplicasen al ministerio de las misiones. Cedieron a sus ruegos y en el año 1704 se encaminó a Mojos. Aquí trabajó no como bisoño sino como veterano, pues le encomendaron la difícil tarea de reducir a los Mobimas. Con este fin empezó a echar los cimientos de la reducción de San Lorenzo, pero, además, hubo de recorrer toda la zona habitada por esta nación, reconociendo sus pueblos e invitando a todos a concentrarse en el que se iba a fundar.

Después de haber edificado a todos con sus virtudes y regado aquella tierra todavía estéril con sus sudores, quiso Dios que la fertilizase con su sangre y permitió que los infieles le quitasen la vida. Fue la segunda víctima que la Misión de los Mojos ofreció a Dios en holocausto. La reducción de los Mobimas no tuvo vida estable y la tarea de convertir a estos bárbaros quedó reservada al P. Pascual Ponce de León, uno de los últimos superiores de Mojos y Provincial también de la Provincia Peruana [11].

Casi por el mismo tiempo se trataba de fundar una reducción entre los Baures, pero antes era preciso encontrar camino hacia ellos desde S. Pedro. Por esta razón el P. Orellana dispuso que el P. Legarda se hiciese cargo de esta empresa. El Misionero empezó por confiar esta tarea a uno de los capitanes indios que le obedecían, a fin de que con la ayuda de otros pasase a brujulear la región. La tentativa no dio resultado y por este motivo se decidió el P. Legarda a ir en persona. Confiando en Dios y prometiendo a la Virgen si su viaje tenía éxito el dar el nombre de Concepción al primer pueblo, salió de S. Pedro a caballo bien acompañado y como a las veinte

[11] Creemos que era hermano del P. Baltasar el Cura de Moquegua en 1758, D. Francisco de Espinosa y Mendoza. En el Colegio de La Paz se conserva en un tosco relicario un hueso del insigne mártir de Cristo P. Baltasar.

leguas entró en los primeros pueblos de Baures. Estos recibieron bastante bien al misionero y los indujo a formar una o dos poblaciones, en lo cual vinieron con gusto. Continuó adelante hasta dar con el núcleo principal de estos indios y en el mismo señaló el lugar que había de servir de emplazamiento a la nueva reducción. No halló resistencia alguna, de modo que pudo emprender la vuelta, dejando marcada la senda, para poder entrar de nuevo. A la vuelta, sin embargo, le salieron al encuentro algunos Baures armados, tratando de oponerse a su paso. El Padre ordenó entonces a los que le seguían que, poniendo espuelas a los caballos, se lanzasen sobre los enemigos y los atropellasen. Esta medida fue su salvación, pues se consiguió poner en fuga a los contrarios.

Informado el P. Orellana de todo lo ocurrido, decidió entrar él mismo y en compañía de veinte hombres a caballo partió de S. Pedro. Llevaba consigo en calidad de intérprete a un indio a quien había cautivado el P. Legarda y a quien se trató de agasajar para ganarle la voluntad. En los cinco primeros días de viaje no hubo mayor dificultad, pero en llegando al paraje en donde habían acometido al P. Legarda, empezaron a desconfiar los que le seguían. Precedíalos el intérprete, el cual trataba de explicar la razón del viaje del Padre y en un pueblo en que estaban de fiesta y dados a la embriaguez, obtuvo que dejaran las armas, pero fue cosa momentánea, porque luego siguieron a los expedicionarios y flecharon al Padre, el cual trató de ocultarse para no ser blanco de sus tiros. Los demás trataron de hacer frente a los contrarios y, desbocándose uno de los caballos que llevaban de remuda y metiéndose por entre ellos, los espantó y dispersó. Volvieron sobre sus pasos y hallaron al Padre con otros dos de los compañeros y en el paraje se detuvieron a pasar la noche. Ocurría esto un jueves, día 27 de Setiembre y el siguiente día prosiguieron su camino, llegando a los siete de su salida a los Baures y dejando atrás a los Itonamas que se habían opuesto a su paso.

El 29 de Setiembre de 1708, día de S. Miguel Arcángel, llegaron al pueblo que recibió al Padre con gran regocijo y muestras de amor. Le alojaron en la mejor casa del pueblo y tuvo el consuelo de bautizar a una niña recién nacida a la cual puso el nombre de María. Dos días más tarde llegó al lugar que el P. Legarda había escogido para la reducción proyectada, donde también fue muy alegre el

recibimiento y luego el misionero enarboló en la plaza el signo de nuestra redención y con los indios cristianos que llevaba consigo rezó el santo rosario y las letanías. Visitó otras poblaciones y en todas fue muy bien recibido, siendo los primeros los caciques en ponerse a su disposición. El día 10 de Octubre se unieron a él los tres misioneros que había dispuesto le siguiesen para dar comienzo a la conversión de los Baures, a saber los PP. Pedro Rada, Pedro Blanco y Miguel Sánchez. Juntamente con ellos vinieron cuatro intérpretes, conocedores de la lengua de los Baures, que habían sido apresados cuando los españoles de Santa Cruz entraron a castigar la muerte del P. Barace. Trajeron también los Padres cuarenta y cinco cabezas de ganado vacuno para el sustento de la gente, cuya presencia no dejó de causar admiración a los Baures. Empezóse, pues, con felices auspicios la conversión de estos indios y el P. Orellana dispuso que se fundaran tres reducciones, Concepción, San Joaquín y S. Martín, todas ellas se fundaron en los afluentes del Baures. Aunque estas reducciones se vieron amagadas por los Mamelucos, no vinieron a ser presa de ellos, de modo que se pudo mantenerlas en buen pie hasta la expulsión, llegando a contar cada una de ellas unas dos mil almas. El P. Orellana, dejando en manos de sus súbditos esta empresa, se volvió a S. Pedro, pero para no dar ocasión a encuentros con los que se habían cruzado en su camino, de acuerdo con los guías tomó otra vía para llegar a S. Pedro.

CAPITULO V

La vida religiosa y social en Mojos

1. Carácter y cualidades de los indios mojos. — 2. Su religiosidad. — 3. Las reducciones. — 4. Su organización y vida diaria. — 5. Contratiempos que sobrevinieron.

1. Como hemos indicado anteriormente, desde el comienzo, los Jesuitas se dieron cuenta de la buena índole de estos indios Mojos y comprendieron que había en ellos un material humano, susceptible de ser elevado a un nivel de cultura más alto. La transformación se llevó a cabo pero se equivocaría lamentablemente el que pensase que esta obra fue hacedera y fácil. De ningún modo; fue obra de paciencia, de constancia y de trabajo que se prolongó por algunos años. Los que por vez primera entraron en sus tierras tenían ya algún conocimiento de lo que era tratar con indios y en la Provincia del Perú existía ya lo que podíamos llamar una tradición, fruto de la experiencia. La Misión de Juli, entablada por la Compañía, aun cuando en la parte material de la población hallamos ya un caserío formado, sirvió de modelo a las que luego hubo ocasión de crear en Chavin de Pariarca y luego en Cajamarquilla. Con esta base los misioneros que pasaron a Mojos pudieron ir formando las reducciones, adaptándolas a las circunstancias del clima y a las condiciones de la vida en una región fuertemente castigada por el sol y la lluvia y expuesta a frecuentes inundaciones.

Facilitó la tarea la docilidad que mostraron estos indios, que sin violencias fueron amoldándose a las costumbres que les enseñaron los misioneros, olvidando su antigua manera de ser y los hábitos inveterados. Esta suave y dúctil condición de los Mojos no se vio desmentida en lo sucesivo y, salvo en algún caso y en determinada parcialidad más rebelde, no se lamentó el que volvieran a incidir en los errores en que vivían. El P. Antonio Orellana dice en su relación que de 1682 a 1687 solo supieron los nuestros de dos indios que hubieran cometido el infanticidio, siendo así que antes era frecuente que al niño que nacía deforme o enfermo o bien al que llegaba a perder a su madre en el período de la lactancia o al nacer, le quitaban la vida sin el menor escrúpulo. Asimismo solo se supo de tres que hubiesen dejado a sus mujeres para enlazarse con otras, aun cuando sea cierto que entre ellos no era común ni mucho menos la poligamia. Por lo que toca a las borracheras a la que son tan proclives los indios, desaparecieron casi por entero, aun cuando no se les prohibió del todo el uso de la chicha, pero mientras antes de su conversión se gastaban en las fiestas y convites doce o catorce tinajas de esta bebida, después bastaban dos o tres para alegrar a los invitados.

Entre otras buenas cualidades que se pudo reconocer en ellos, una fue el respeto por todo lo ajeno, de manera que apenas se conocía entre ellos el hurto, si no es tratándose de cosas muy pequeñas y esto ocasionalmente. Respetaban la propiedad, aunque fuese cierto que era bien poco lo que poseían y casi sin ninguna diferencia todos venían a tener lo mismo. Tampoco fueron muy dados a idolatrías y vanas observancias. Su teogonía era sencillísima y no multiplicaban las deidades a las cuales se ha de rendir culto. Por lo mismo, sus prácticas religiosas se reducían a bien poco y aun la hechicería no estaba entre ellos tan difundida, reduciéndose a los casos de enfermedad o cuando algún grave peligro les amenazaba y solo entonces llamaban al hechicero.

2. A estas cualidades se unió luego su inclinación a la piedad y el fervor con que abrazaron la fe cristiana. El ya citado P. Orellana nos habla de la tierna devoción que concibieron para con la Sma. Virgen, a la que solían llamar Nuestra Madre. "Acuden, dice, todos los sábados a la Iglesia, a toque de campana, a la Salve y Letanía

y después rezan a coro el santísimo rosario[1]. Invócanla en sus necesidades y si cuando andan cazando les amenaza el agua, principalmente cuando viene del sur, viento al que mucho temen por ser muy frío y desapacible, llaman luego a la Virgen a voces... Algunos con toda sinceridad, antes de salir a arar, vienen a despedirse en la Iglesia de su santa Madre y en voz alta con su mal limada retórica le proponen su necesidad, pidiéndole les ayude...".

Unos años más tarde el P. Arlet, escribiendo al P. Tirso González, se hacía eco de su fervor religioso. "Es un encanto, decía, verlos venir alegres en tropas por la mañana a la explicación del catecismo y, por la tarde, a las oraciones, que les hacemos decir en comunidad: disputar los niños entre sí sobre quién de ellos ha aprendido antes de memoria lo que les enseñamos: corregirnos cuando se nos escapa alguna mala palabra en su lengua y, apuntándonos en voz baja, con disimulo, cómo se ha de decir: pedir con apretadas instancias los adultos más adelantados el santo bautismo..." Todo esto era un indicio de la estima que hacían de la fe recibida y, como añade el mismo Padre, aunque entre ellos no estaba extendida la poligamia, cuando los Padres les manifestaron que el cristiano no podía tener sino una sola mujer, todos asintieron sin vacilar y no por eso rechazaron el bautismo salvo en dos o tres casos.

Aficionados como lo son todos los indios al fausto y la pompa en las ceremonias del culto y a todo cuanto les entra por los ojos, los misioneros procuraron valerse de este aparato exterior para atraerlos y confirmarlos en la fe. De ahí que en los pueblos de Mojos se celebraran con inusitado esplendor las fiestas religiosas y que estas constituyeran dentro de la vida apacible que en ellos se hacía un verdadero acontecimiento. Con antelación se preparaban para ellas y, llegado el momento, el regocijo era general. Vamos a referir una de ellas casi con las mismas palabras con que lo hace el P. Agustín Zapata, cura de S. Javier, en una carta al P. José de Buendía[2]. Ibanse a estrenar en esta reducción unos cuadros que dicho Padre había hecho venir de Lima para los altares de la Iglesia y con este fin dis-

---

[1] En S. Pedro el rosario se rezaba delante de una pequeña capilla, levantada en uno de los ángulos de la plaza y dedicada a Nra. Sra. de Cocharcas. imágen muy popular en el Perú.

[2] S. Javier de Mojos, 20 de Julio de 1696. B. N. Lima Ms. 12, f. 331.

puso una solemne fiesta, a la cual convidó a otros misioneros, acudiendo siete de los más próximos. Se barrió y limpió la anchurosa plaza y se alzaron en ella unos arcos de palmeras, formando calle en todo el derredor. En las esquinas se levantaron cuatro altares que los indios engalanaron con plantas, flores y pájaros a su gusto. "A la noche, dice el P. Zapata, se armaron muchas candeladas en todo el cementerio de la Iglesia, coronada de luminarias pintadas. Hubo variedad de cohetes, voladores etc. Fue noche alegrísima por la novedad y multitud de gente que se juntó, pues la trajeron aquí los Padres de otras reducciones con sus danzas que, juntos todos, con la variedad de cascabeles, flautas y tambores, que duraron toda la noche, no daba lugar a la melancolía".

Al día siguiente se cantó una misa solemne con sermón en lengua castellana y moja para que entendiesen los indios y luego se sacó la procesión, llevando en andas muy adornadas la imágen de S. Francisco Javier. "Seguían tras ellas, dos indiecitas vestidas de ángeles, que pudieran parecer en esa corte de Lima, con sus canastitas de flores, regando el suelo por donde pasaba el Santísimo Sacramento. Este salió debajo de palio, que me lo prestó el P. Superior de la Misión, pues lo tiene muy rico en su Iglesia. Diose vuelta a toda la plaza, parándose el Santísimo en los altares de las bocacalles y el coro de muchachos entonaba el Tantum Ergo... Después de acabada la procesión, se dio órden para que se mataran varias reses y comiese toda la gente del pueblo y los huéspedes..."

Como esta fiesta eran las demás, pero algunas de las del ciclo litúrgico revestían mayor solemnidad. El P. Francisco Javier Eder, jesuita húngaro que nos ha dejado una Descripción de la Provincia de los Mojos, escrita en su país natal, después de la expulsión decretada por Carlos III, nos refiere el modo de celebrar la de la Epifanía o Santos Reyes en el libro V de su obra [3]. Después de la misa solemne, dice, acudían a casa del Alcalde de la población todos los que habían de tomar parte en la cabalgata preparada, guiando sus caballos lujosamente enjaezados con plumas de varios colores, cascabeles y otros arrequives. De allí salían en buen orden camino de la Iglesia, yendo delante los músicos y detrás de ellos el abanderado o

[3] Descriptio Provinciae Moxitarum in Regno Peruano... Buda, 1791. Trad. española del P. Fr. Nicolás Armentia o. f. m. La Paz, 1888.

alférez con unos cuantos mulos que conducían del cabestro unos negros. Iban estas mulas cargadas con los presentes, metidos dentro de unos capachos de cuero. Consistían en frutas del país, aves, tortas de maíz muy bien aliñadas y huevos. Las seguían los regidores y oficiales, vestidos de gala, cerrando la comitiva el Alcalde en medio de dos indios principales. Llegados a la puerta de la Iglesia desmontaban y venían a ofrecer al Cura las ofrendas y este, después de dirigirles la palabra, los despedía.

A la vuelta recorrían las calles del pueblo en medio de general algazara, pues todos acudían a presenciar el desfile y solía terminar la fiesta, haciendo algunos ginetes evoluciones y mostrando su destreza en el manejo del caballo por todo el ámbito de la plaza.

Pero entre todas las solemnidades ninguna tenía el esplendor y pompa de la del Corpus Christi. Para ella se esmeraban los vecinos en adornar la plaza principal, con arcos de follaje y vistosas colgaduras y especialmente ponían todo su conato en adornar los cuatro altares que se levantaban en las esquinas y que en algunos pueblos, como en S. Pedro, eran verdaderas capillas de mampostería. Rompían la procesión, después de la cruz alta y los ciriales, las comparsas de danzantes, muy engalanados y luego niños y niñas vestidos de angeles que iban regando de flores el trayecto. Todos iban cantado con devoción las estrofas del himno eucarístico y lo hacían con tanto entusiasmo y espíritu de fe que las personas que por vez primera presenciaban la fiesta no podían menos de admirarse.

Como es natural este fervor subía de punto en la Semana Santa. El ya citado P. Arlet confiesa que le conmovió extraordinariamente la disciplina que más de 500 indios tomaron en la Iglesia un Viernes Santo y más todavía el espectáculo que ofrecía un buen número de niños y niñas que "con los ojos clavados en el suelo, la cabeza coronada de espinas, los brazos tendidos sobre estacas en forma de cruz, imitaron por más de una hora en esta postura los sufrimientos de Nuestro Señor en la cruz, al cual tenían delante de los ojos.

Por lo mismo, los Padres pusieron empeño en labrar en todos los pueblos buenas Iglesias. Así los Gobernadores de Santa Cruz que penetraron en Mojos, como los viajeros que con posterioridad a la salida de los Jesuitas visitaron la región, todo ellos se hacen lenguas de los templos edificados por los misioneros con la ayuda de los in-

dios y de algunos HH. Coadjutores, muy diestros en arquitectura. Véase, por ejemplo, lo que nos dice el P. Eguiluz de la Iglesia de S. Javier, que no era por cierto una de las mejores. "El P. Agustín Zapata, dice, levantó su Iglesia de adobe, de tres naves, con noventa pasos de largo y treinta de ancho; los techos de tumbadillo y la casa bastante y religiosa en forma de claustro; un carpintero del Perú labró un sagrario de cedro curiosamente y bancos con airosas molduras. En el altar mayor se puso un nicho grande para la estatua de S. Francisco Javier con sus andas muy curiosas y pintadas, para cuando saliese en procesión; tres puertas de cedro labradas, un púlpito y cómoda para los ornamentos en la sacristía".

Se procuró que la habitación de los Padres o el convento como se le llamaba en Mojos, fuese suficientemente amplia y cómoda y dispuesta de manera que en ella se pudiese observar la vida religiosa. También se levantaron los edificios que habían de servir de oficinas públicas y los almacenes en donde se habían de depositar los productos de la cosecha sea para el consumo de la población sea para exportarlos y venderlos en el Perú. Hízose también hospedería y el caserío en general se distribuyó en forma regular y de modo que todos vivieran con comodidad.

3. Para el emplazamiento de los pueblos se escogió siempre un sitio elevado y sano, pero no pocas veces se hizo necesario mudar de sitio, así por haber hallado otro más ventajoso como por haber obligado a ello alguna inundación u otro accidente físico. Así San Pedro, abandonó su primer emplazamiento que conservó el nombre de Pueblo Viejo para situarse en la márgen derecha del Mamoré, pero algo hacia el interior y en paraje por donde se podía pasar a las tierras de los Itonamas y Baures. Otro tanto y aun más sucedió con el de Reyes, fundado en un principio en la márgen derecha del río Beni, en un paraje que hoy se conoce con el nombre de Peña del Guarayo, pero trasladado más tarde a un lugar cercano a la ribera del río y vecino a San Pablo. La razón de este traslado fue en un principio fijar la frontera que debía dividir las misiones de Mojos de las de los franciscanos del Beni, pero en otras ocasiones, como ocurrió con Santa Ana, el motivo fue haberlo situado en terreno bajo, expuesto a las inundaciones, por lo que se trasladó a otro de mayor

elevación en la confluencia del Maniquí con el Yacuma y a unas tres leguas del Mamoré. Otros como San Miguel y Santa Rosa, fundados en la márgen derecha del Itenes debieron pasar a la izquierda, a consecuencia del tratado de límites con Portugal que fijaba ese río como línea divisoria entre los dominios de una y otra corona.

La falta de piedra en Mojos, pues, como dice el P. Figueroa, por cosa extraordinaria se señalaban tres peñas grandes en la cuenca del Mamoré, fue causa de que todas las casas se hicieran de madera, cañas y palmas entretejidas y en algunos edificios se empleara el adobe, como más sólido. Careciendo de toda clase de metales, la riqueza de la tierra estaba en la agricultura. Antes de la entrada de los jesuitas, los indios no se dedicaban a ella sino que dejaban este cuidado a las mujeres, las cuales cultivaban el espacio que bastaba para sus necesidades mientras sus maridos se entregaban a la caza o la pesca. Los Padres les enseñaron el uso del arado y otros utensilios y con la introducción del ganado vacuno y caballar se hizo más fácil el cultivo del campo. A cada una de las familias se les señalaba el espacio que habían de labrar y de la cosecha reservaban lo que necesitaban y el resto servía para constituir un fondo común. De este modo mejoró notablemente su situación, pues aseguraron así el sustento y contaban con reservas para los años malos. En moderada escala pudieron exportar el sobrante de los productos de la región y con ello podían adquirir otros elementos que necesitaban.

4. En cuanto al gobierno de los pueblos si bien el Cura venía a ser la primera autoridad, él la delegaba en el que hacía de Alcalde y en otros funcionarios, sea regidores o indios fiscales, encargados de mantener el órden, de señalar a cada uno las tareas comunes y de castigar los delitos en que pudieran incurrir los vecinos. Fue el P. Altamirano el que dispuso se adoptase este sistema, aun cuando antes de él ya se servían los Padres de algunos indios más fieles y capaces para estos menesteres.

No fue corta ventaja el haberse aplicado los Padres a enseñar a todos los indios la lengua moja, logrando generalizarla y extenderla en casi todos los pueblos. Esto permitía y facilitaba las comunicaciones de unos con otros y el intercambio de especies, en los casos de

necesidad. Juntamente con esto los adiestraron en los diversos oficios mecánicos para los cuales tenían mucha disposición los indígenas, pues vemos que los muchachos de Loreto dirigidos por el Hermano Manuel Carrillo, tallaron los altares y otros enseres con toda perfección. Aunque los Padres hacían oficio de médicos o de enfermeros, cuando no les suplía ningún Hermano experto en la materia, procuraron que algunos aprendieran a aplicar las primeras curas y atender a los enfermos, para lo cual fue de mucha utilidad el Hermano Diego Urbe, francés de nación, que con mucha caridad y espíritu ejerció su oficio en Mojos y sacó buenos discípulos.

No desconocían el arte de tejer, pero los Padres hicieron lo posible porque se perfeccionasen y adoptasen los métodos usados en el Perú, a fin de que todos tuviesen telas para cubrir su desnudez. Otros oficios se fueron introduciendo poco a poco, como los de herrero, entallador, escultor, albañil etc. y, según el testimonio del P. Eder, sabían los carpinteros y tallistas imitar con tanta perfección cualquiera obra de talla, que no era fácil distinguir la obra importada y la ejecutada en Mojos, como a él mismo le sucedió, teniendo delante un Cristo atado a la columna, obra de un indio y otra semejante labrada en Nápoles. Llegaron a ser tan buenos herreros y fundidores que lograron fabricar escopetas y fusiles y a fundir primorosas campanas, como lo testifica el escritor boliviano, José Chavez Suárez, en su *Historia de Mojos,* el cual vio varias campanas fundidas en el siglo XVIII, las cuales ostentaban el nombre de los fundidores, todos ellos indígenas. Más todavía, cuando a fines de esa centuria entró la expedición española a fin de desalojar a los portugueses de la Estacada de Santa Rosa, por indicación de un capitán, llegaron a fundir algunas piezas de artillería de pequeño calibre que salieron más perfectas que las traídas de Santa Cruz. De su habilidad como músicos y cantores no hay que decir, pues, como advierte el P. Eder, no hubo instrumento que no aprendieran los indios a tocar con rara destreza.

Alcides d' Orbigny en su *Descripción Geográfica, Histórica y Estadística de Bolivia...* impresa en París en 1845 y también en su *Voyage a l' Amérique Meridionale,* no regatea a los Jesuitas los elogios que merecían su obra y, refiriéndose a sus esfuerzos por mejorar la condición social y material de los indios, dice: "No se puede menos

de admirar el resultado a que habían llegado... cambiando totalmente el aspecto del país y reformando los usos y costumbres de unos hombres enteramente salvajes... El primer cuidado de los religiosos fue consolidar la existencia de sus misiones, introduciendo todas las mejoras posibles; con este fin trajeron de Santa Cruz numerosos ganados; estimularon los trabajos del campo; perfeccionaron los tejidos, ya conocidos de los Baures; enseñaron toda clase de oficios manuales y multiplicaron las fiestas religiosas como para dar con ellas un intervalo de agradable reposo a los trabajadores. Enseñáronles la música y el uso de los intrumentos de Europa, aunque sacaron algún partido de los que ellos usaban antes de su llegada..." A este tenor continúa encareciendo la labor de los misioneros y no deja de observar que, gracias al comercio que entablaron con los productos de su suelo, pudieron hacerse del oro y la plata que enriquecieron sus Iglesias y de otros artefactos para el uso diario. Casi en vísperas de la expulsión los productos de Mojos daban una renta de sesenta mil pesos anuales y el estado de las poblaciones era próspero.

Otro autor, Gabriel René Moreno, que como natural de Santa Cruz se interesó en recoger toda la documentación que existía en su tiempo sobre Mojos, no es menos explícito en su juicio sobre la obra jesuítica: "Nadie estaba ocioso allí, dice, todos trabajaban bajo la vigilancia de sus curas... Producían todo lo necesario para el propio consumo y, además, una variedad de efectos apetecidos, que por Santa Cruz se sacaban y que en el Alto Perú se vendían a cargo de los Procuradores de la Compañía... Además de las producciones naturales algo elaboradas... las provincias altas se proveían de toda la mantelería, lencería basta, talabartería, sombrerería pajiza etc., provenientes de la industria mojeña..." Pudieran citarse otros testimonios, pero con lo dicho hay bastante para que el lector se forme idea del grado de prosperidad que aún en lo material llegó la misión, pero no estará de más alegar el testimonio de un Obispo de Santa Cruz, el limeño D. Bernardino de la Fuente y Rojas, el cual escribiendo a S. M. desde Mizque el 29 de Marzo de 1735, le anunciaba que había pasado a los Mojos y añadía: "Aquí quisiera tener yo don de claridad para expresar lo que es aquella tierra y que se pudiese hacer juicio de lo que aquellos varones apostólicos sirven a V. M. ... En más

de doscientas leguas cuentan oi veinte poblaciones de las quales algunas pasan de tres mil almas y ninguna baja de mil, todas tan bien instruidas y con tan fervorosa devoción que más parecen comunidades de recoletos que de gentiles convertidos... Protesto a V. M. que aun no me explico lo que he visto..." [4].

Respecto a los mantenimientos, véase lo que decía el P. Agustín Zapata en carta al P. José de Buendía, fecha en San Javier el 8 de Mayo de 1695, (Bib. Nac. Lima 0013, pub. en J. de L. P. y B. Prueba Peruana. vol. X). "En nuestras cinco reducciones que están corrientes, hay trapiche que muele con bueyes y miel y azúcar muy buena y a los indios se les festeja con guarapo, pero de manera que no se les ofrezca el embriagarse, porque las borracheras de la chicha están ya quitadas. Los mantenimientos que tenemos nosotros son de vaca, yuca y maíz y pescado, por tiempo en grande abundancia; las estancias son gruesas y fuera de que continuamente todos los días se reparte a los enfermos carne, se da también a todos los necesitados, viudas y huérfanos y de más a más, cada año se da cuatro veces de comer a todo el pueblo, que son las Pascuas de Navidad y Resurrección y San Javier y Corpus y en otras partes dan más, el día de San Javier lo conmutan en el día de la advocación del pueblo.

Trigo no se da, aunque alguna vez que han traído alguna semilla ha salido y espigado; flores, ninguna de las de por allá y aunque se han traído, todas se mueren o ya con las muchas aguas en su tiempo o ya con los ardentísimos soles, que todo es extremo en esta tierra; tamarindos se han dado y yo tengo un arbolito de tres años, cuajado ya de vainilla de ellos que ya están casi de sazón; uvas se dan y buenas y a los dos años de plantadas los sarmientos me dieron veintiún racimos; naranjas, cidras, limones reales, toronjas y limoncillos han probado bien y hay muchos piñales, hay muchas y hermosísimas lúcumas silvestres, plátanos guineos y de la sierra, en abundancia, pero son madres de las calenturas, como todo género de fruta en esta tierra; el P. Espejo tiene una higuera pequeña y dice que le dio el año pasado una breva; de hortalizas se da bastantemente, como lechugas, frijoles, cebollas etc...".

Bueno es también recordar que, a más de la pesca, abundante en los ríos y lagos de la región, otra fuente de su alimentación, sobre

[4] A. de I. Charcas 76-5-10.

todo antes de reducirse a pueblos, fue la caza así de volatería como de algunos animales, como el cerdo salvaje o aguti y los monos. Esta costumbre de entregarse a la caza de algún venado u otra especie comestible, no la abandonaron y de esta manera atendían a su sustentación.

5. Estos indios podían considerarse felices bajo la tutela de los Jesuitas pero no faltaron calamidades que los afligieran. Fuera de las incursiones de los portugueses del Brasil, de las cuales hablaremos más adelante, los principales contratiempos tuvieron su origen en el hambre y la peste. Los mantenimientos no escaseaban en Mojos, pues, fuera del pescado que abundaba en los ríos y de la caza de ciervos, venados, agutíes y volatería, casi todos los pueblos poseían sus rebaños de ganado vacuno y se hacían además buenas sementeras de yuca, fríjoles, arroz y maíz. Mas en la época de lluvias, sobre todo cuando estas arreciaban, se inundaban los terrenos y en la extensión de muchas leguas quedaba todo convertido en un inmenso lago. Si las provisiones almacenadas venían a consumirse, la necesidad se dejaba sentir y hubo ocasiones en que las aguas tardaron bastante en bajar y desocupar la tierra y se llegó a padecer falta de alimentos. Citaremos por vía de ejemplo lo que se dice en la Carta Anua de esta Misión del año 1751: "Se han mudado el pueblo de San Javier y el de Loreto, el más antiguo de todos, por verse expuesto a las inundaciones y este año de 1751 fue tanta el agua que los Padres se embarcaban en las gradas de la Iglesia en canoa grande para llevar el viático a los enfermos. El riesgo que corrían casa e Iglesia y los daños de las chácaras de los indios fue más que ordinario. Quiso Dios se hallase no muy lejos sitio alto para construir las casas y otros lugares a propósito para las chácaras y se comenzó el traslado, quedando cerca del río. S. Javier no había sufrido tanto por las inundaciones pero el Mamoré se acercaba a él cada vez más. Era el sitio de Iglesia y casa muy húmedo y se pensó en el traslado. En 1751 cayó una pared de la Iglesia y otras de la casa amenazaban y así hubo que ponerlo por obra..." [5].

Mayores estragos causó la peste. En todas las reducciones bien entabladas, los Padres cuidaron de que hubiese algún sujeto práctico

[5] Arch. Rom. S. J. Perú 18 c. Cartas Anuas.

en el arte de curar y las proveyeron de las medicinas más corrientes y más necesarias, pero a veces por descuido de los mismos indios que no tomaban a tiempo las precauciones precisas, y, sobre todo, por su predisposición a contraer las pestes, el resultado era que en ellos venía a cebarse el contagio. Pueblos enteros como los de S. José de las Pampas, S. Miguel de Itenes, Santa Rosa y más tarde, en 1758, San Luis y San Pablo, fueron diezmados por una enfermedad maligna y hubo que trasladar a los sobrevivientes a parajes más benignos y sanos. Escribiendo el P. Fernando Tardío al P. Baltasar Rubio desde Lima, le habla de su sobrino el P. José de Segovia que se hallaba el año 1713 de misionero entre los Baures y le refiere cómo en el espacio de un mes había enviado al cielo a más de trescientas almas que había bautizado y a quienes una peste arrebató de entre los vivos.

Esta mortandad a consecuencia de las epidemias tenía su origen en la falta de defensas orgánicas bastante común entre los naturales de este Nuevo Mundo, como se observó en el Perú cuando en él se introdujo la viruela y también la afección que entonces se denominaba trancazo o tabardillo y ahora denominamos gripe. En la Carta Anua del año 1701 escrita por el P. Diego Francisco Altamirano, se dice que en aquel año murieron a consecuencia de las viruelas más de mil cien personas y que el mal de costado, que también hizo entonces su aparición arrancó la vida a unas trescientas, solo en la reducción de S. Javier. En la de Loreto las viruelas causaron trescientas treinta defunciones, doscientas cincuenta de párvulos. En San Luis quinientas y unos ochocientos indios huyeron a los bosques, temiendo el contagio. En San Borja hubo sus muertes y los indios quisieron imitar a los de S. Luis pero felizmente se les contuvo. El Hermano Alvaro de Mendoza salió a buscar a los fugitivos de S. Luis y estuvo a punto de ser muerto por los indios. En San Pedro cundió la alarma y no faltaron defunciones y como el Capitán y otros indios oficiales hicieran lo posible por evitar el desbande les dieron muerte y hasta el mismo Cura, P. Lorenzo Legarda, a quien ciertamente amaban, estuvo a punto de perecer. Al fin con harto trabajo se les contuvo. Todo esto era consecuencia de la idea muy arraigada en ellos de que un mal espíritu era causa de la epidemia y que para librarse

de ella no había otro remedio sino alejarse del lugar en donde ese maligno espíritu residía.

No dejaron de sufrir algunas vejaciones de parte de los vecinos de santa Cruz, hechos de tiempo atrás a la costumbre de *maloquear* o *ranchear,* como ellos decían, es decir a penetrar en las tierras de los infieles únicamente para hacerlos cautivos, así fuesen hombres o mujeres, adultos o niños. Este abuso trató de cortarlo el Príncipe de Santo Buono, Virrey del Perú, porque en el año 1718 expidió en Lima una provisión, prohibiendo a los vecinos de Sta. Cruz entrar en las tierras de infieles. Hízolo sin duda por indicación del Provincial, el P. Antonio Garriga, que había estado en la Misión, y fue testigo del abuso cometido por el Gobernador, Cayetano Hurtado Dávila, que entró a los Itonamas y sacó de entre ellos cerca de dos mil cautivos, no obstante las protestas de los misioneros. El Rey al saberlo dispuso que se escribiese a la Audiencia de La Plata para que se castigase el desmán y con este fin se le dirigió una Real Cédula con fecha 13 de Marzo de 1720-1721.

Mayores daños causaron las incursiones de los portugueses, los cuales amagaron ya nuestras misiones a fines del siglo XVII. La comarca habitada por los Chiquitos fue una de las más castigadas y obligó a emigrar a las poblaciones que habían empezado a formarse. En 1722 salieron del Pará como unos ciento treinta portugueses entre blancos, indios y negros con cuarenta bocas de fuego y a las órdenes de Francisco de Melo Palleta. Por lo que dijeron más tarde, su objeto era explorar el río Madera y ver si había posibilidad de establecer relaciones comerciales con los pueblos sujetos al dominio español. El P. Tomás Delgado, Superior de las Misiones de Mojos, escribió desde Trinidad al Gobernador de Santa Cruz, Luis Guillermo Alvarez Gato, dándole la noticia de haber llegado el 8 de Agosto de 1723 a Exaltación los portugueses. Estos pretendieron pasar adelante pero los Padres lo impidieron a fin de no alborotar los pueblos y al cabo principal cedió ante sus razones, indicando que volvería el año siguiente. Escribió también el lusitano al Gobernador, explicándole el por qué de su presencia en Mojos y pidiéndole impidiese el paso de los españoles aguas arriba de la confluencia del Baures y el Itenes, por ser aquellas tierras del Portugal[6]. Esta vi-

[6] A. de I. Charcas 75-6-18. Carta fha. en Trinidad el 25 de Agosto de 1723.

sita de los portugueses puso en alerta a los Padres y los confirmó en la necesidad de poseer algunas armas de fuego y adiestrar a los indios en su manejo, por si era necesario defenderse, pues de otra manera podían los contrarios hacer riza entre ellos, encontrándolos desarmados.

Este fue el motivo por el cual el Procurador de la Provincia del Perú, P. Diego Ignacio Fernández, algún tiempo antes, o sea en 1720, había en Madrid presentado al Consejo un *Memorial*, pidiendo licencia para embarcarse con algunos misioneros y al mismo tiempo autorización para que en cada pueblo hubiese, por lo menos, doce bocas de fuego, a fin de precaver una invasión de los portugueses del Brasil [7]. Vióse su petición en el Consejo y el Fiscal fue de parecer que no se concediesen las armas, apoyándose en lo dispuesto en la Ley treinta y uno Libro VI de la Recopilación de Indias, por lo cual el Consejo resolvió que se consultase el asunto con el Virrey. Hizo nueva instancia el Procurador y el Fiscal opinó porque no se dejase la resolución al Virrey, pues no entraba en sus atribuciones. Por fin, Su Magestad resolvió que se pidiese informe al Arzobispo D. Diego Morcillo y que se le facultase, para que, de no haber inconveniente, se concediese el uso de armas a los indios, dando cuenta de todo al Rey [8]. El 28 de Abril de 1723, desde Aranjuez, se le pedía al Virrey el informe de que hemos hablado y en Setiembre 17 del mismo año, desde S. Ildefonso, se expedía la Real Cédula en la cual se le facultaba para que, de no haber inconveniente, diese licencia a los Misioneros de Mojos para el uso de armas de fuego [9].

Esta autorización llegó a Lima, gobernando el Marqués de Castelfuerte y este funcionario, que a su entereza unía una clara visión de las cosas, otorgó el permiso solicitado. Desde S. Ildefonso el 25 de Julio de 1725 se aprobaba su modo de proceder, justificado a todas luces por la entrada de los portugueses al territorio de Mojos. El Marqués había visto el asunto en el Real Acuerdo y había tenido presente la cédula antes citada, en que se le concedía esta facultad. Por lo mismo, dio órden para que se remitiesen a Santa Cruz dos-

---

[7] Ibid. Charcas 76-5-8. V. también 75-6-17.

[8] Ibid. Charcas 75-6-17.

[9] Ibid. Charcas 75-6-40.

cientos fusiles y la pólvora suficiente [10]. No influyó poco en su determinación lo que por escrito y de palabra le expuso el Procurador de la Misión en Lima, P. Nicolás de Figueroa, como también las diligencias que el Procurador de Indias, Juan Francisco Castañeda, hizo en Madrid en vista de la carta que el Provincial, P. Antonio Garriga le había escrito el 24 de Diciembre de 1724. En esta carta hay algunos pormenores que no debemos omitir. Era cura de Exaltación, al presentarse en el pueblo los portugueses, el P. Miguel Sánchez y éste se opuso al alojamiento de los invasores en él, alegando la miseria del mismo. Traían consigo un clérigo de misa y a este se le permitió decirla en la Iglesia y al Cabo de la fuerza lusitana el venir a oirla. Este mensaje se lo envió con el Hermano Oliverio, que era su compañero y, como ambos viniesen, el Padre los invitó a comer. El cabo portugués se mostró deferente y explicó el motivo de su viaje. Los soldados que con él venían eran veinticinco y estos eran los únicos que llevaban armas; venían también unos cien indios y algunos zambos o mulatos, criados del Sargento Mayor, que llevaban unas bolsas de pólvora. Todo esto lo vino a saber el P. Garriga por la carta que le envió el P. Delgado, el 25 de agosto de 1723, el cual, suspendió la visita que había emprendido y vino a Loreto, con ánimo de dirigirse a Exaltación [11].

---

[10] Ibid. Charcas 75-6-40. V. en 76-1-35 el Memorial del P. Figueroa fho. Los Reyes, 19 de Octubre de 1724.

[11] Ibid. Charcas 76-2-25. Carta del P. Sánchez al P. Delgado de 8 de Agosto 1723. El Cabo portugués decía que habían salido de Pará a descubrir.

CAPITULO VI

Progresos y contrastes en la Misión

1. Progresos de la Misión. — 2. Visita del P. Antonio Garriga y demarcación de las Reducciones. Superiores de la Misión. — 3. Medidas adoptadas para contrarrestar los avances de los portugueses. — 4. Visitan las Misiones algunos Obispos de Santa Cruz. — 5. Excursiones apostólicas del P. Pascual Ponce y nuevas incursiones de los lusitanos del Brasil.

1. Con la venida de nuevos operarios se hizo posible extender las conquistas de indios infieles. En los años 1709 y 1710 tres nuevas reducciones surgieron en Mojos: Exaltación y Santa Ana, a orillas del Mamoré entre los Cayubabas y la de Reyes en las pampas de Mojos, hacia el Norte. Las dos primeras datan del año 1709 y alcanzaron gran prosperidad con el tiempo, en especial Exaltación que disfrutaba de un sitio más ventajoso. En una relación escrita por un testigo ocular, algunos años antes de la expulsión, se dice de ella: "que ocupa la mejor situación de todos los pueblos del Mamoré, así por el terreno que es de una greda blanca y fuerte como también por su elevación... Su planta es hermosa y bien dispuesta así en las calles como en su plaza que unas y otra tienen mucha semejanza con la Misión de S. Pedro... También se asemejan la casa e Iglesia, con la diferencia de ser menores, pero de igual adorno y hermosura... El crecimiento de su población da motivo a esperar que en lo futuro sea el pueblo más numeroso del Mamoré..." [1].

En la ribera de este río y, a medio camino entre Exaltación y S. Pedro, quedó establecida la reducción de Santa Ana, pequeña en

[1] Relación hecha por el Gobernador de Sta. Cruz, Alonso Verdugo, Fha. S. Lorenzo, 8 Enero 1761. A. de I. Charcas 120-4-19.

sus comienzos, pues, habiéndose fundado en 1709, cuatro años después el número de los bautizados era apenas de doscientos, pero fue creciendo con el tiempo, debido en gran parte al celo del P. Sebastián Schmidt, misionero alemán nacido en Rottenburg y venido al Perú en 1716. En esta misión tuvo por compañero al célebre orador, P. Francisco Javier Salduendo, que había sido catedrático de Filosofía en Lima y de Teología en Chuquisaca. El mismo pidió a los Superiores lo enviasen a Mojos y aquí trabajó por algunos años, viniendo a fallecer en 1718 en esta misión el 25 de Agosto, cuando apenas contaba cincuenta y ocho años de edad. El P. Salduendo era limeño; el P. Garriga lo tomó por socio, al ser elegido Provincial y con él pasó a Mojos.

Reyes tuvo principio en el año 1710 y fue con S. Pablo la más septentrional de las reducciones, distando tan solo de la primera unos dos días de camino por entre inmensos pajonales y marismas encharcadas. Las tribus vecinas pertenecían a las parcialidades o tribus de los Chiribas, Chumanos etc. a quienes procuraron atraer entre otros misioneros, el P. Tomás de la Roca, natural del Callao, que vino a morir en 1709, un año antes de la fundación del pueblo, después de haber evangelizado también a los Cayubabas y el P. Bernardo del Castillo, de quien daremos algunos rasgos por haber sido Superior de la Misión. Había nacido en Lima y, terminada su Tercera Probación, fue enviado a estas reducciones y se le destinó primero a S. Pedro, donde estaba en 1707 y luego a Reyes que entonces se hallaba reducido a unos cien habitantes y contó luego cerca de dos mil. Aquí edificó la Iglesia y hacia el año 1740 fue nombrado Superior de toda la Misión. Vino a morir un Viernes Santo, el 13 de Marzo de 1751 después de cuarenta y cuatro años de ministerio. Escribió su carta de edificación el P. Altogradi, en Concepción el 4 de Agosto del mismo año. Pronto se redujeron las tribus citadas, de modo que a los tres años ya se contaban unos mil quinientos indios bautizados, Fue creciendo en importancia, por su proximidad al río Beni, del cual solo distaba unas ocho leguas y por ser el más septentrional de todos los pueblos. Es de notar que estos indios y los de S. Miguel, que se fundó después hablaban la lengua quechua.

En este mismo año y en el alto Ubai se fundó con unos cuatrocientos indios Tapacuras y algunos Guarayos la misión de S. Juan Bau-

tista. Aunque en un principio se creyó con algún fundamento que estos indios se amoldarían a la vida de las reducciones y llegaron a contarse en el pueblo más de un millar, pronto dieron muestras los Guarayos de su indocilidad y en el año 1718 todos ellos huyeron a los bosques, viéndose obligados los Padres a abandonar la reducción, llevándose a Patrocinio a los Tapacuras [2].

Por estos años o sea en 1713 el cuadro de las reducciones era el siguiente, según la Relación y mapa que el P. Francisco de Rotalde, Procurador de la Provincia presentó a S. M. el año 1716.

Reducciones	*Bautizados*	*Casados*	*Solteros*	*Catecúmenos*
Loreto	2000	360	230	903
Trinidad	1700	338	265	1106
S. Javier	2000	375	215	
S. Pedro	1900	348	246	926
S. José	2105	375	250	
Sta. Rosa	1600	295	140	
Exaltación	1400	245	139	
S. Joaquín	1206	268	109	
S. Juan Bta.	1304	284	125	
S. Ignacio	1505	327	158	1328
S. José	1460	260	144	1717
S. Luis	1630	300	134	
S. Borja	1924	332	185	
S. Pablo	1390	140	136	
Reyes	1500	323	157	
Sta. Ana	200	71	39	
Total	24914	4732	2704	6000

Esta Relación parece haberse impreso y el P. Rotalde la presentó al Consejo de Indias juntamente con el mapa y fue causa de que se concediese un subsidio a los misioneros, como ya hemos dicho.

Todavía vinieron a agregarse a estos pueblos otros dos, San Martín entre los Itonamas y Magdalena entre los Baures. El primero se fundó en 1717, a orillas del alto Baure y Magdalena en 1720, en las márgenes del río Ubai que también se llamó Río de S. Miguel. Fundó este pueblo el P. Gabriel Ruiz, "en una campiña muy espaciosa y despejada de árboles en la extensión de muchas leguas". Su situación

[2] A los Tapacuras entró en 1702 el P. Ignacio de Osuna y, posiblemente el P. Mayorana, con el Hermano Miguel Egidio (Gilles ?); bautizaron algunos párvulos y se buscó sitio cerca de Loreto.

y el haber venido a habitarlo muchos indios Itonamas, fue causa de su prosperidad, como lo acredita el que de ordinario residiesen en él tres misioneros.

Por entonces se produjeron algunas bajas en el personal, fuera de las ya citadas. En el año 1702 falleció el Hermano Alvaro de Mendoza, uno de los primeros que vinieron a la Misión. Era natural de Lima y fue primeramente enviado a los Chiriguanos, donde estuvo cuatro años y aprendió su lengua. Pasó a Mojos y aquí permaneció diez y seis, trabajando incansablemente, porque era hombre de mucha virtud. Aprendió también la lengua moja, de modo que se pudo entender fácilmente con los indios. El año 1708 dio su alma al Señor el veterano P. José de Vargas, nacido en el Cuzco, siendo solo de cuarenta años de edad y ventitres de Compañía, habiendo ingresado en ella el año 1681. Fue casi todo el tiempo misionero de los Chiquitos. Un año más tarde fallecía también el P. Tomás de la Roca, nacido en el Callao y misionero de los Chumanos y Cayubabas. Pero la más sensible pérdida fue la del fundador de la Misión, el P. Pedro Marbán, que vino a entregar su alma a Dios el 25 de Noviembre de 1713 en la reducción de Loreto, después de treinta y ocho años de misionero, pues no quiso abandonar este campo de sus afanes aun cuando los Superiores se lo propusieron [3].

Para suplir estas pérdidas en el año 1736 el P. Felipe del Castillo, Procurador de la Provincia solicitó permiso para conducir cincuenta religiosos. Casi igual número se había concedido al P. Miraval, pero en las dos expediciones que salieron en 1716 y en 1723 no se completó esa cifra. Esta vez no llegaron a embarcarse en el navío "Nues-

---

[3] En el Album de Melchor María Mercado (Bibliot. Nac. Sucre. Archivo Ruck. 486) se copia la inscripción que ostenta una caja en la cual se guardaban los restos del P. Marbán y otros. Dice así: "Aquí yace el V. P. Pedro Marbán de la Compañía, Fundador de estas Misiones, entró a fundarlas a XXIII de Junio de MDCLXXV. Murió a XXVIII de Noviembre de MDCCXIII..." En otra caja se dice que así los restos del P. Marbán y de los PP. Diego Morillo, Fermín Velasco, Pedro Pirón e Ignacio de Vargas se guardan en ella y fueron trasladados de la Iglesia Vieja de Loreto a la nueva por disposición del Gobernador D. Francisco Javier Velasco el 20 de Noviembre de 1820. La copia de estas inscripciones se hizo el 25 de Julio de 1859. En el Colegio de La Paz y en un relicario parecido al del P. Baltasar de Espinosa se conserva una reliquia del V. P. Cipriano Barace.

tra Señora del Buen Aire" que zarpó de Cádiz el 6 de Julio de 1736 sino veinticuatro religiosos, fuera del Procurador y de su compañero el Hermano Juan Torres. Los Sacerdotes eran cinco: Atanasio Theodori, de Nápoles, Miguel Gallego de Huesca, Feliciano Gutiérrez de León, Francisco Gutiérrez de León, Francisco Martínez de Buendía, José Corzos de Sanabria; estudiantes, catorce: Bartolomé Bravo de Torre Don Jimeno, Ramón Laínez de Pamplona, Buenaventura de S. Vicente, de Alava, Juan Brand de Irlanda, Juan Ventura Ros de Gerona, Juan Rodríguez de Jerez, Agustín Granel de Burgos, Gaspar Francés de Valencia, Pedro Campamar de Mallorca, Miguel Calvo de Muro, Claudio Fernández de Cádiz, Francisco del Castillo de Burgos, Agustín de Monteserín de Oviedo, Manuel Romero de Marchena y tres HH. Coadjutores: José Santos Balbas de Madrid, Manuel de S. Vicente de Alava y Juan de Mesanza de Alava[4].

---

[4] A. de I. Contratación 45-2-5/8. En esta expedición vino también un H. C. del Bearn llamado Arnaldo Maribaig. En 1738 los PP. Mateo de Arcaya y Francisco de Larreta trajeron 28 PP. y 3 HH. CC. de los 50 concedidos en 1734. PP. Jaime Andrés, de Alguer, Francisco M.ª Salis, de Cerdeña, Antonio Maggio, de Alguer, Jaime Pérez de Valencia, Francisco Espí, de id. Javier de Sierra, de Zaragoza, Manuel de Bustos de Sevilla, Gabino Seguí, de Cerdeña. Escolares: José Sanchez Manjón, de Toledo, Antonio Claramunt, de Arbós, Nicolás de Medinilla, de Sevilla, Diego Jurado de Hinojosa, Fernando Doncel de Becerril de Campos, Carlos Pastoriza de Vigo, Gabriel Díaz de Val de Soto, Pedro González de Orense, Manuel Rodríguez de Placencia, Tomás Rodríguez de Toledo, Juan Bonet de Gerona, Pedro Cerujeda de Zaragoza, Miguel de León de León, Alonso Blanco de Córdoba y José Ruiz de Osuna. HH. CC. Antonio Ballesteros de Monreal del Campo, Francisco Quiroga de Oviedo y Andrés Sallent de Barcelona. (Contratación. 45-2 -5/8).

En el año 1746 el Procurador de Indias, P. Altamirano pidió 30 misioneros para Mojos, ofreciéndose a gastar en su remisión mil pesos por cada uno. Por R. C. de 27 de Mayo de 1747 se concedieron 27 PP. y 3 HH. CC. Trajeron a los expedicionarios los PP. José Alzugaray y Alonso Carrillo. 9 PP. y E E. con un Hermano se embarcaron para Cartagena con el P. Carrillo en el navío Santo Cristo de la Columna el 16 de Junio de 1750. Los demás con el P. Alzugaray en el navío Nra. Sra. del Rosario el 12 de Octubre. PP. Roberto Junck de Treveris, Carlos Helms de Maguncia, Carlos Hirschko de Breslau, Francisco Trarbach de Coblenza, Nicolás Susich de Fiume, José Wibmer de Gratz. EE. Francisco Luque de Ecija, Diego Wolf, de Puerto de Sta. María, Juan Schereter de Ratisbona que falleció en 1763, a los 37 de edad, 13 de Compañía y 3 de Misionero y el H. Wilibaldo Gumperberger de Ingolstadt. — PP. Ignacio Masala de Cáller, Javier Lenz de Maguncia, Juan Zacharias de

2. Al abandonar la misión de los Mojos el Visitador, P. Diego Francisco Altamirano se llevó consigo al P. Garriga, a fin de que cuidara de la impresión del *Arte y Vocabulario de la Lengua Moja*, compuesto por el P. Marbán. En Lima le nombró ministro del Colegio Máximo, puesto que desempeñó a satisfacción de todos. El, sin embargo, suspiraba por volver a sus queridos indios y, dos años después, el P. Manuel de Herla, nombrado Provincial, satisfizo sus deseos devolviéndolo a la misión, adonde se encaminó con algunos compañeros. Deseoso de reducir a los Cayubabas que había comenzado a atraer el P. Agustín Zapata, dedicóse el P. Garriga a esta tarea y obtuvo que le siguieran, fundando con ellos el pueblo de Exaltación, a orillas del Mamoré y en lugar a propósito. Por desdicha no mucho tiempo después la peste hizo estragos entre sus neófitos y como él mismo decía en una carta, "por justos juicios de Dios esta misión que tenía más de cuatrocientas almas, quedó con solas ciento veinte".

Hungría, Wolfgang Bayer de Schlesslitz, Juan Antonio Paniagua de Palencia. EE. Antonio Gallino de Sácer, Antonio Andrés Usay de Cerdeña, Francisco J. Eder de Schemnitz, Bernardo de Arana de Urgel, Miguel Rodríguez de Santiago, Manuel Adrián de Burgos, Francisco Mercier de Granada, Francisco Toda de Tarragona, Juan Borrego de Ecija, Nicolás de Fuentes de Morón, Marcelo de Osuna de Córdoba, Francisco Martínez de La Guardia, Juan de Santiago de Sta. Marina y CC. Santiago Cambiaso de Toledo y Jacinto Guerra de Santiago. (Contratación 45- 2 -5/8).

Por R. C. de 7 de Octubre de 1757 se concedieron para la Misión 30 PP. y 3 HH. CC. Trájolos el P. Francisco Martínez que se embarcó en el navío Nra. Sra. del Rosario el 18 de Dic. de 1757 con 25 PP. y 3 HH. CC. PP. Pedro Mellon de Antequera, Luis González de Moral de Calatrava. EE. y Novicios 22, todos ellos españoles y HH. CC. algunos de ellos novicios (3). Esta expedición fue desgraciada. A poco de salir de Cádiz la tripulación se alteró, primero, por no haber embarcado la carne necesaria y luego por el exceso de ella. Hubo que echar al mar alguna parte pero como el viento fuese contrario se resolvió retroceder y el 2 de Enero de 1758 dio el navío en un bajo al oeste de Sanlúcar y se hizo pedazos. De las 150 personas que conducía solo se salvaron 30 y de los jesuítas 9, uno de los cuales falleció en la playa. De éstos, 4 quedaron inútiles y los otros los destinó a México el P. General. (A. de I. Lima 542). Por último en el año 1763 los PP. José Pérez de Vargas y Bartolomé Jiménez se embarcaron en el navío S. Francisco Javier el 26 de Enero con los PP. Juan Royo y Nicolás Velasco y 25 estudiantes, de los cuales uno el H. Juan Lencini, pertenecía a la Prov. Romana y los demás eran españoles más 2 HH. CC. Juan Hefele o Heserle de Constanza y Fernando Mittermaier de Germania. (Contratación 45-2-5/8).

Hallábase ocupado en reparar las pérdidas sufridas cuando en el año 1708 el P. General, Miguel Angel Tamburini, lo eligió Visitador y Vice Provincial del Paraguay. El 20 de Abril de 1709 empezó su gobierno, que había de prolongarse cuatro años y solo en abril de 1713 lo entregó a su sucesor. Pensaba tornar a los Mojos, pero el P. General le ordenó que pasase a Lima, donde se le anunciaría el cargo para el cual había sido destinado. Llegado a la capital del Virreinato, el Provincial, P. Alonso Messia Bedoya, le manifestó que no había recibido comunicación alguna relativa a su persona, pero le aconsejó que aguardase la llegada del correo. Pasados algunos meses, llegó el término del Provincialato del P. Messia y, como no se hubiese recibido aviso del que le había de suceder, se abrieron los pliegos secretos que se remiten para estos casos. Abierto uno de ellos se vio que venía designado Provincial del Perú el P. Garriga.

Tomó posesión de su cargo el 14 de Agosto de 1714 y algunos días después emprendió la visita de la Provincia en compañía de su socio el P. Nicolás de Sarricolea [5]. El P. Garriga no podía dejar de visitar la Misión y por tanto del Alto Perú se trasladó a Santa Cruz y de aquí continuó hasta los Mojos, adonde debió llegar casi un año después de su salida de Lima, en 1715. En Octubre de este año firmaba la demarcación de los linderos de las reducciones, a fin de evitar conflictos entre sus pobladores. Dicha demarcación empieza por estas palabras: "Porque pide la justicia y equidad que cada pueblo se contenga en los límites y términos de su jurisdicción, no se permitirá que indios o pueblo alguno ocupe tierras, corte palma, cera o maderas, arranque paja o saque bálsamo o aceite de María, en los distritos de la jurisdicción de pueblo ajeno y, para que sean conocidos de todos, los distritos y términos de cada pueblo, declaro, expreso y confirmo en este papel sus linderos" [6].

Los pueblos cuyos linderos se fijan son en total dieciséis, empezando por Loreto y terminando en Desposorios. En general los ríos o arroyos venían a servir de límites o bien los parajes conocidos o que en otro tiempo habían sido sedes de alguna ranchería o pueblo

---

[5] Así dice Saldamando pero, según parece, el socio fue el P. Francisco Javier Salduendo.

[6] *Revista de la Oficina Nacional de Inmigración y Estadística*... La Paz, 1897 N.° 1.

de indios. Al mismo tiempo mandó trazar un mapa de toda la Misión, el cual, según refiere el viajero francés Alcides d'Orbigny, se conservaba en el pueblo de Exaltación, pintado en un muro de la casa de los Padres y allí se mantuvo hasta después de la expulsión, pero un Gobernador ignorante lo mandó borrar[7]. Hallándose todavía en Mojos Don Cayetano Hurtado Dávila cometió el desafuero de que hemos hablado en el capítulo anterior, invadiendo las tierras de los Itonamas y apresando a algunos cientos de ellos. Reclamó el Padre y alcanzó que por una Real Cédula se prohibiese bajo graves penas el cometer tales excesos.

Vuelto a Lima el P. Garriga, al poco tiempo o sea en 1716, llegaron los pliegos del gobierno de la Provincia y en ellos venía nombrado Provincial el P. Francisco de Arancibia. El 14 de Julio de aquel año se hizo cargo del gobierno y el P. Garriga pasó a ser Rector del Colegio de San Pablo. No había pasado un año y, por muerte del P. Arancibia, hubo de volver a hacerse cargo de la Provincia en calidad de Vice Provincial el 31 de Julio de 1717. El 8 de Diciembre de 1720 recibió la patente de Provincial y su gobierno se prorrogó hasta el año 1725. No alcanzó a volver a la Misión, como lo hubiera deseado, pero hizo por ella cuanto estuvo a su alcance y antes de terminar su segundo período de gobierno escribió una carta a todos sus súbditos, exhortándolos a ofrecerse para este ministerio de la conversión y evangelización de los infieles.

Vamos a trascribir algunos párrafos de esta carta, pues ella nos descubre el espíritu que animaba al P. Provincial y su vivo deseo de promover las Misiones de los Mojos. Después de mostrar cómo el pedir este ministerio a los Superiores no se opone a la indiferencia que debe haber en los súbditos, continúa de esta manera:

"El segundo impedimento que embaraza a no pocos para que busquen a quellas pobres almas, estriba en el mismo zelo de las almas, porque muchos atraidos de los ministerios que aquí ejercen, juzgan son acreedores de mejor derecho a sus trabajos las almas que aquí manejan y el fruto que aquí esperan lograr en los pecadores lo conciben de más sazón que el que pudieran lograr entre los gentiles convertidos.

---

[7] Según Saldamando D. Manuel V. Ballivian poseía entre los Documentos de su Archivo un dibujo original de este mapa.

En este pensamiento que no es menos afortunado que el antecedente creo yo se verifica lo que dijo el Apóstol Santiago: fallentes vosmetipsos. Supongo lo cierto, que no somos nuestros y que nos debemos enteros y sin partirnos a las almas de nuestros prójimos, sean estas o aquellas: Graecis et Barbaris sapientibus et insipientibus debitor sum. Pues si todos son nuestros acreedores, por donde son de menor derecho a nuestra enseñanza aquellos pobrecitos insipientes. ¿Por ventura porque no tienen las caras blancas o porque no son políticos ni cortesanos? porque no ruedan calesas ni coches? porque no respiran perfumes ni ámbares? porque por estos derramó Cristo su sangre a mares y por aquellas la sudó a gotas? O es acaso porque se complace Dios menos en aquella simplicidad atildada que en esta advertida observancia o relajación cortesana? De más noble naturaleza que los hombres eran los Angeles, más entendidos y alumbrados y aunque nacieron en la Corte y los tuvo Dios a su lado, nus quam Angelos apprenhendet sed semen Abrahae, no se dedicó a predicador de los Angeles sino que misit Deus Filium suum ut eos que sub lege erant remideret. Vino misionero enviado de su Padre a enseñar a los hijos de la tierra, pobres, viles y desterrados en estas distancias tan apartadas de su cielo. Mucho fuera de llorar que este mayor derecho que se quiere discurrir se fundase en no querer salir de nuestro apacible cielo para buscar las almas en aquella distante y desgraciada tierra y que nuestras repugnancias en abrazarnos con la cruz de Cristo y sus trabajos los estofásemos con celo de las almas.

Pero desmenucemos la materia para aclararla. Nuestros ministerios, según su todo deben comprender dos partes: la una mira a nosotros mismos que los practicamos y consiste en atender y buscar la salvación y perfección de las almas propias con la gracia divina; pues es innegable que en las misiones, caeteris paribus, se hace más conseguible nuestro aprovechamiento, porque allí los trabajos nos purifican, las enfermedades nos perficionan, el afán continuo nos preserva, la falta de lo necesario nos acaudala, la soledad nos recoge y hasta el temperamento nos ayuda. No hay allí humanos respetos que vicien; no hay qué dirán que impida, no hay rato ocioso que huelgue. Todo lo ocupa el minsiterio, porque el tiempo se lo llevan todo Dios y los prójimos; el recurso a Dios se hace como forzoso y el buen ejemplo a los convertidos como necesario. Y en fin allí experimentamos que

abunda la gracia y, por lo general, no en grado remiso. Esto es lo que allí vemos, mas lo que aquí vemos es que cuando llega la muerte y a la luz de aquella candela se ven las cosas de su tamaño, todos querrían morir en un rincón de las Misiones, cercados de pobrecitos indios convertidos y que le saliesen a recibir las muchas almas que saldrán agradecidas a nuestros olvidados misioneros. En aquel último lance, cuando ya no tienen las cosas remedio, suelen ser los votos y promesas de lo que en vida se quería dar a entender no era lo que más nos importaba. Entonces lo que más suele congojar el ánimo es ver la poca sustancia de nuestros pasados ministerios, cogidos por vanidad, apetecidos por dependencia, huidos con repugnancia o ejercitados más con amor propio que de Dios. Vuélvese la vista a recorrer la cosecha de almas que se ha cogido en una corta vida y apenas se halla paja sin fruto ni grano que ofrecer a Dios. Pues si lo primero que debe atesorar el jesuita en sus ministerios es su mayor aprovechamiento, claramente se conoce no deberse preferir estos de aquí ni posponer los de allí.

La segunda parte o constitutivo de nuestros ministerios mira al procurar ayudar a la salvación y perfección de las almas de nuestros prójimos y es a mi ver demostrable que nos ejecutan incomparablemente más las de aquellos pobrecitos convertidos que cuantas acá se pueden imaginar. Razón de esto podrá ser la desigualdad de fruto que en una y otra parte se logra, porque vemos con experiencia lamentable que la más semilla que aquí arrojamos nos la pisan, otra como en piedras apenas brota y luego se nos seca, otra cae entre abrojos y espinas que nos la sofocan, siendo la que allá se arroja, por más benigno influjo del cielo, más afortunada, rindiendo por eso a centenares y aun a millares el fruto y el celoso operario como el diestro labrador debe preferir el campo en que segure más abundante cosecha. Esta vemos fue la ansia de S. Pablo en sus trabajos.

Pero paso a la razón que tengo por fundamento y que nos dejó casi asentada el Apóstol, escribiendo a los Gálatas: Operemur bonum maxime autem ad domesticos fidei. En beneficio de todos debemos trabajar, pero los mejores acreedores de nuestras fatigas deben ser los domésticos de la fe; y con razón porque el Padre de familias, primero debe atender a los que tiene a su cargo y Dios le ha encomendado. Pues si estos pobres indios convertidos son los que Dios

a nosotros con especialidad nos ha encomendado, si estos son los de nuestro particularísimo cargo y los que más rigurosamente son nuestros domésticos y familiares de la fe por avérsela nosotros mismos enseñado, quién podrá dudar que máxime a estos debe aplicar su desvelo en mantenerlos y alimentarlos?

Y si se instase que los fieles que acá tenemos, por ser cristianos, son también domésticos de la fe y por tanto les debemos contar entre los familiares de la casa, no les cerraré las puertas, pero, suponiendo que en una casa hay distintas jerarquías de comensales, que ejecutan más o menos asistencias, cuánta queremos que sea la relación de estos domésticos de acá con nosotros? Ha de fundarse necesariamente en sangre? Bastará que sean nuestros hermanos? Precisamente han de ser nuestros hijos? Pues S. Pablo cuyo texto aquí comentamos, abiertamente contradice este parentesco y cuando más les concede el título de discípulos o pupilos y a nosotros el de pedagogos que crían hijos ajenos, no queriendo el Santo Apóstol reconocer más hijos entre los domésticos de su casa que a los gentiles que había convertido a la fe, pues solo a ellos los había engendrado en Cristo...

Cuando yo me considero cercado de tantos millares de indios como son los gentiles que yacen esparcidos por aquellos estirados desiertos, me contemplo a la manera de Cristo cuando se vio rodeado en aquel otro desierto de cinco mil hombres, fuera de niños y mujeres. Porque viendo la necesidad extrema que los congoja, la total falta de alimento que padecen, conozco que si así los dejo, cierta y lamentablemente se condenan. Echo la vista por los misioneros de donde podía sacar la providencia, mas viéndolos tan menoscabados es preciso exclamar: sed hoc quid inter tantos? Confieso que esta consideración me derrite el alma y me llena como a Cristo de una tierna y sentida lástima, entrañablemente compadecido de ver que perece tanta multitud de almas. En este pues tan apretado desconsuelo, no hallo otro resquicio a la esperanza, o Padres mios amantísimos, que arrojar a Vuestras Reverencias, entre suspiros del alma, este mi despedazado corazón..."

Falleció el P. Garriga el 20 de Noviembre de 1733 poco después de habérsele confiado por tercera vez el oficio de Provincial.

En Mojos había sucedido en 1700 al P. Marbán el P. Antonio de Orellana que ejerció con gran celo y actividad este oficio hasta

el año 1712. Gobernaba entonces la Provincia el P. Alonso Messia Bedoya y, conociendo las cualidades del P. Orellana y la edificación que daría en el Colegio de San Pablo, lo llamó para que hiciese allí el oficio de Rector. Obedeció el P. Antonio y no sin pesar abandonó sus queridas reducciones, emprendiendo el largo viaje que era preciso hacer para llegar hasta la capital del Virreinato. Dios dispuso las cosas de otro modo, porque a una jornada de Arequipa vino a terminar su carrera mortal. Por esta causa el Rector de este Colegio, P. José Vélez de Valverde, escribió su Carta de Edificación y la suscribió el 16 de Julio de 1712. Este insigne misionero había nacido en Lima o más bien en Pisco, de donde procedían dos hermanos suyos que fueron colegiales de San Martín y luego ingresaron también en la Compañía. Había entrado en la Misión de los primeros y en ella perseveró cerca de veinte años.

Al P. Orellana le debió suceder el P. Tomás Delgado y a éste el P. Diego Antonio Morillo. El P. General Miguel Angel Tamburini, lo había escogido para suceder al P. Garriga que el 8 de Diciembre de 1723 terminaba su período, mas, por desdicha, el P. Morillo falleció antes de tomar posesión y entonces hubo de continuar el P. Garriga hasta que llegase el segundo designado que era el P. Miguel Sanchez, Superior también de la Misión de Mojos. A este Padre le sucedió en la Misión el P. Luis de Benavente, el mismo que había de escribir la Carta de Edificación de su predecesor, porque el P. Sánchez, en cuanto pudo dejar el oficio de Provincial, volvió a las reducciones, en donde falleció en 1733. Había nacido en Arica en 1668 y era hijo de Juan Sánchez y de Ana López de Santana. Entró en la Compañía en el Cuzco el 25 de Noviembre de 1684 y, una vez ordenado sacerdote, fue enviado a Mojos. Aquí trabajó con mucho fervor hasta que fue llamado a gobernar la Provincia.

Los Superiores que se siguieron en el gobierno de esta Misión fueron los que a continuación indicamos, aunque por la escasez de documentación no nos es posible dar una lista exacta. El primero que hallamos citado es el P. Diego Ignacio Fernández, elegido en 1718 Procurador a Roma, el cual, a su vuelta, trajo una nutrida expedición al Perú y volvió a las reducciones, en donde ya se encontraba el año 1730. El P. Nicolás de Vargas le llama en la Carta de Edificación, "columna y honor de las misiones", pues en ellas empleó

gran parte de su vida o sea cincuenta y dos años, falleciendo en S. Pedro el 29 de Setiembre de 1749 a los ochenta de edad y sesenta y seis de Compañía. Como bien advierte el P. Astrain el solo hecho de haber vivido por tantos años en Mojos supone una virtud que recuerda la de San Pedro Claver. Siendo Superior, escribió la Carta de Edificación del P. Antonio Laris. Le debió suceder el P. Luis de Benavente, natural de Lima, el cual, siendo ya sacerdote, pidió ser enviado a Mojos. Accedieron los Superiores, pero estando de paso en Santa Cruz se le ordenó permanecer allí. Como Procurador de aquella residencia emprendió la construcción de la nueva Iglesia y en dos años la acabó. Al mismo tiempo enseñaba la gramática a los alumnos del pequeño colegio que tenía allí la Compañía. Por fin pudo pasar a la Misión y fue enviado a S. Ignacio como compañero del P. Orellana. Este se encaminó a los Baures y quedó solo el P. Luis. Una epidemia de viruelas vino a afligir al pueblo y fue causa de su dispersión. Pasó a Trinidad y aquí le sobrevino un nuevo percance. Una crecida del río arrasó la población y fue necesario trasladarlo a otro lugar, donde hubo que construir casa e Iglesia. No fue este el último constraste, porque un incendio destruyó ambos edificios y fue necesario emprender de nuevo la obra. No se desalentó el P. Luis, antes se propuso edificar un templo más capaz. Hallándose en esto, se le dio órden de pasar a Santa Cruz, a donde habían sido conducidos violentamente más de mil Itonamas, sacándolos a la fuerza de sus tierras. Logró libertar a unos trescientos y con estos puso la base de una nueva población. Nombrado Superior de las Misiones, acompañó al Obispo de Santa Cruz, D. Miguel B. de la Fuente en la visita que hizo a las reducciones y en uno de los recorridos estuvo a punto de perecer. Redactó unas ordenaciones que el P. Provincial aprobó y, lleno de méritos, falleció en Trinidad el 9 de Diciembre de 1737, a los sesenta y tres años de edad, cuarenta y ocho de Compañía y treinta de misionero. Debió regir la Misión desde el año 1730 hasta su muerte y en 1735 escribió las Cartas de Edificación de los Padres José Tenllado y Juan José de Torres.

Al P. Benavente le sucedió, según parece, otro limeño, de quien ya nos hemos ocupado como fundador del pueblo de Reyes y a éste el P. Nicolás de Vargas, cuya biografía extractaremos aquí, tomándola de la Carta de Edificación que escribió el P. Pascual Ponce.

Nació el P. Vargas en Lima y desde sus primeros años se inclinó a consagrarse a la conversión de los infieles. Era sacerdote y el P. Garriga que conocía su vocación lo envió a Ica de misionero y, poco después, a Santa Cruz, de donde pasó a S. Pedro a ser compañero del P. Lorenzo Legarda. A la muerte de este quedó de cura en la reducción y se dedicó a mejorarla. Empezó por trasladarlo a sitio más alto y allí edificó iglesia y casa. La primera vino a ser una de las mejores de Mojos: tenía cinco altares y dos confesonarios. La fachada con tres puertas tenía muy buen aspecto y la torre de cantería construída al lado abrigaba once campanas, una de ochenta y una arrobas. Mucho le amaban sus feligreses y estos estorbaron el que los dejase para pasar a Roma como Procurador de la Provincia, cargo para el cual fue elegido el año 1752. Vino a morir en S. Pedro, después de 36 años de misionero, el 30 de Setiembre de 1756, siendo de sesenta y tres años de edad y cuarenta y ocho de Compañía.

Los inmediatos fueron los PP. Mateo de Arcaya, Nicolás Altogradi, Pascual Ponce y Juan de Beingolea, de los cuales daremos una sucinta biografía, salvo del último, de quien nos ocuparemos al tratar de la expulsión. El P. Arcaya, antiguo misionero de S. Borja entregó el gobierno al P. Altogradi en 1744 y vino a fallecer en 1756, escribiendo su carta de edificación en Lima el P. Alonso Lobera. El P. Nicolás había nacido en Luca el 1 de Setiembre de 1688. Siendo todavía joven, pasó a Génova a servir como paje en el palacio de la Duquesa de Doria. Estando en esta ciudad ingresó en la Compañía el 23 de Octubre de 1706. Después del noviciado pasó a los colegios de Pavia y de Milán y en esta última ciudad hizo sus estudios teológicos. Había aprendido el castellano y de ahí que pudiera tener clases de Catecismo con los soldados españoles del Castello. Una vez ordenado sacerdote, fue enviado a Bastia, a enseñar filosofía y hallándose en esta ciudad pidió ser enviado a la Misión de los Mojos. Vino al Perú en la expedición del año 1723 y junto con el P. Rado se le destinó a Concepción entre los Baures. Fue incansable misionero y se le nombró superior de las Misiones hacia el año 1744,[8] residiendo en S. Pedro, en donde escribió entre otras la Carta de Edificación del

---

[8] V. la biografía que le dedica Saldamando al P. Garriga en la Revista antes citada, N.º 1. La Paz, 1897.

P. Leonardo Valdivia. En su tiempo se fundó la reducción de S. Simón y como los pueblos de Baures se hallaban un tanto alejados de la sede del Superior, se decidió nombrar un Vice Superior y uno de ellos o el primero fue el P. Altogradi. El P. Ponce que escribió su elogio, nos habla de sus virtudes y especialmente de su mortificación. Falleció el 7 de Febrero de 1759. De su sucesor el P. Ponce ya hemos apuntado algunos rasgos. El P. Onofre Prat de Saba tejió una biografía bastante extensa en su libro: *Vicennalia Sacra Peruviana sive de Viris Peruvianis religione illustribus*, impreso en Ferrara en 1788. Habiendo salido de Mojos para tomar el gobierno de la Provincia no volvió más a la misión y el decreto de extrañamiento le alcanzó en Lima, donde era Prepósito de la Casa de los Desamparados. Aunque lleno de días salió con sus demás hermanos camino del destierro, dando a todos un gran ejemplo de amor a la vocación y, colmado de méritos, se extinguió en Ferrara el 22 de Junio de 1784. Le sucedió en 1760 el P. Juan de Beingolea, nacido en Guamanga el 12 de Noviembre de 1701, de nobles padres, D. Silverio Beingolea y Da. Ana Gutiérrez de Quintanilla, descendiente esta de los primeros pobladores de la ciudad, los cuales tenían entierro propio en la Iglesia de la Merced. Un pariente ejercía el cargo de Alférez Real en el año 1717. Ingresó el P. Juan en la Compañía el 7 de Abril de 1725. Ordenado ya de sacerdote se le destinó a Mojos, donde trabajó varios años hasta que en el 1760 pasó a ser Superior de estas misiones, cuyo acabamiento le correspondió presenciar.

En dicho año ya lo vemos en S. Pedro, suscribiendo las mortuorias de sus súbditos. Tanto a él como al P. Altogradi le tocaron años borrascosos, a consecuencia de las invasiones portuguesas y de la amenaza de guerra entre ambas coronas. Hicieron lo que estuvo en su mano por alejar la tormenta, pero no llegaron a disiparla. La inquietud empezó ya en 1744, como se colige de la carta que el P. Altogradi escribió al Gobernador del Paraguay, D. Rafael de la Moneda, el 2 de Abril de aquel año. En ella le dice que los portugueses tienen dos pueblos en la orilla derecha del Guaporé y otro a la izquierda, quedando este último al Sur, vecino a los Chiquitos y podrán ser como doscientos. Han intentado pasar a Sta. Cruz en busca de vacas pero se lo han estorbado. (A. de I. 76-5-10 Charcas). No lo dice el P. Altogradi pero los únicos que se oponían al avance de estos

portugueses eran los misioneros. Las autoridades estaban advertidas, pero no dieron importancia a la cosa.

Durante este tiempo los misioneros de Mojos no estuvieron ociosos. El P. Borinié se propuso explorar las comunicaciones del Beni y sus afluentes con la ciudad de La Paz y tuvo éxito en su empresa. Llegó a aquella ciudad y emprendió luego la vuelta, acompañado por unos pocos indios, no sin haber visto su vida en peligro a la venida. Llegó a Coroico y desde este lugar tardó cuatro días en arribar a los Sipiboconos, de cuyas tierras pasó a las de los Mobimas, no muy distantes de Reyes. Con esta vía que no fue utilizada venían a ser tres los caminos que podían seguirse para llegar al Perú: el conocido, tomando las canoas en el puerto de Paila, hasta llegar a Loreto y el que, por tierras de los Raches permitía aproximarse a Cochabamba, después de cruzar la cordillera. Estos trabajos del P. Borinie no pasaron inadvertidos y el Virrey en nombre de Su Magestad le dio las gracias por sus esfuerzos en favor de las misiones, en las cuales perseveró hasta su muerte el año 1622.

También el P. Tamburini, sabedor de lo que se hacía en Mojos, se mostró satisfecho de la labor de sus hijos en estas regiones y, escribiendo al P. Tomás Cavero, el 12 de Febrero de 1729 le decía: "Mayor contento del que pudiera explicar me han ocasionado las noticias que V. R. me da de las Misiones, del fervor de los nuestros en sus apostólicas tareas y del copioso fruto que en aumento de la cristiandad y conversión de los indios se recoge".

3. Dos nuevas fundaciones se lograron por este tiempo, la de San Miguel y Patrocinio. La primera se debió a los esfuerzos del P. Gaspar Vonderweib o de Prato, como aquí se le llamaba, nacido en Suiza, en el cantón de Unterwalden, el 10 de Diciembre de 1681. Ingresó en la Compañía, en la Provincia de Germania Superior, el 22 de Diciembre de 1704 y en el año 1717 vino destinado a esta Misión. Hallándose en Sevilla hizo tanto fruto entre los extranjeros que allí residían, mientras esperaba embarcación, que el Provincial de la Bética lo pidió al General. Llegado a Buenos Aires, tomó la ruta de Potosí y de esta ciudad se trasladó a Mojos. Fue enviado a la reducción de San Martín que estaba entonces en sus comienzos y luego se consagró a evangelizar a las tribus del Itenes. Alcanzó a reducir a los Guarayos y con estos llevó a cabo la fundación de San Mi-

guel. Esto sucedía en los años 1725 a 1727. San Miguel estaba situado en una de las revueltas del río Baures, no lejos de su confluencia con el Itenes, pero dos veces mudó de emplazamiento: primero, se trasladó a un paraje situado entre el Itenes y la laguna Topio y por fin mudóse al Palmar en las riberas del río Baures. La fundación de Patrocinio en 1730 fue aún más efímera. No debía distar mucho de Loreto y aun duraba en el año 1736, pues este año, el 14 de Abril, el misionero P. Juan Pascual Calvo administró el santo bautismo a algunos párvulos, hijos de infieles. En 1748 había desaparecido, pues no figura en el Catálogo de las Reducciones que remitió a Madrid el Provincial, P. Baltasar de Moncada. Según dicen algunos documentos de la época, habiendo fallecido el cura de esta reducción, huyeron los indios y aunque se consiguió que algunos volviesen, por temor a las invasiones de los portugueses se les trasladó a otro pueblo.

Los lusitanos que en el año 1722 se presentaron en Mojos hasta cierto punto en son de paz, ya desde entonces alegaron derechos al Guaporé desde su confluencia con el Baures y a toda su ribera derecha. Con aquel tesón que fue su característica y, fiados en la poca o ninguna resistencia que habían de encontrar en las autoridades españolas y también en las argucias de su diplomacia, no solo insistieron en su propósito sino que fueron aun más allá. El Gobernador de Santa Cruz, D. Francisco Antonio de Argamosa y Zevallos, informado por nuestros Padres, acudió al Virrey y a la Audiencia de la Plata, solicitando armas de fuego, por lo que pudiera ocurrir, pues en Santa Cruz apenas había unas cincuenta escopetas en manos de particulares. El Virrey no pudo proveerle de las necesarias porque no las había en Lima y la Audiencia de Charcas contestó que le enviaría unos quince arcabuces antiguos y alguna pólvora y plomo. Esta penuria de armas justificaba la medida que adoptaron los Superiores de Mojos, a saber, proveer a cada pueblo de las que se supuso bastarían para repeler una agresión.

Los portugueses volvieron años más tarde y, advertido el Consejo de Indias, resolvió que visitase la misión el Gobernador de Santa Cruz, Argamosa. Este pasó a ella en 1725 y en 1727, desde S. Lorenzo de la Barranca, enviaba su informe el 6 de Febrero. Decía en el mismo que en Mojos había veintiún pueblos con una población de treinta y cinco mil doscientas cincuenta almas y se extiende en referir las

buenas costumbres que en todos los pueblos ha hallado entabladas y, aludiendo al uso de la chicha que los indios preparan, dice que usan de ella con tanta templanza que en los pueblos antiguos no han quedado ni resabios de embriaguez, con ser los indios por lo general tentados a ese vicio y se debe contar esto por una de las maravillas que obra en ellos la gracia de los sacramentos. No puede menos de encarecer el trabajo de los Misioneros y sus padecimientos, originados por la insalubridad del clima y las pestes que casi cada año se presentan. "Ha habido epidemia tan voraz que en solo dos reducciones quitó la vida a más de mil doscientas personas". De los misioneros han fallecido en estos últimos años diez y por este motivo cree necesario se remitan nuevos operarios.

Argamosa volvió a escribir al Consejo el 8 de Enero de 1739 y en vista de ello, resolvió éste proponer a S. M. una visita de los Gobernadores de Sta. Cruz y del Paraguay a los parajes en donde se había visto a los portugueses y prorrogar al citado Argamosa a quien se había pensado darle sucesor en la persona de D. Cristóbal de Retes[9].

Pobláronse, no obstante, las márgenes del Itenes y del Baures y se fundaron los pueblos de S. José de Itenes, S. Simón y otro S. Miguel, Sta. Rosa y S. Nicolás. Estas fundaciones se llevaron a cabo a partir del año 1740 por la confianza que había de una paz entre España y Portugal, pero la codicia de los mamelucos brasileños obligó a los Padres a retirarse más al Oeste. S. José, S. Miguel y Sta Rosa se hallaban en la banda oriental o márgen derecha del Itenes o Guaporé y fueron los primeros en ser abandonados. Sta. Rosa fue fundado en 1743 por el P. Atanasio Teodori, napolitano, no legos del punto en que desemboca el río Ubai en el Guaporé. Los portugueses se apoderaron del mismo en el año 1752 y levantaron allí una estacada en donde se hicieron fuertes y se conoció desde entonces con el nombre de Estacada de Santa Rosa, pero con posterioridad al año 1761 mudó este nombre por el de Príncipe de Beira.

Componían la población las tribus de Pocoronas, Guarayos, Mures etc. y buena parte de estos indios fue reducida a esclavitud, otros pasaron a establecerse en la ribera opuesta pero ni aun allí se vieron libres de la amenaza de los vecinos, los cuales con uno u otro pretex-

---

[9] A. de I. Charcas 120-4-7. Consultas 1720-1771.

to invadían sus tierras a fin de hacerlos esclavos, razón por la cual en 1760, el Superior de la Misión, P. Juan de Beingolea, ordenó se trasladasen los sobrevivientes a San Pedro. La última en crearse fue la reducción de S. Simón y S. Judas, en el alto Baures, en el año 1744. No fueron los indios los únicos en caer cautivos, también de San Miguel se llevaron a los PP. Juan Rodríguez y Francisco Espí, el primero de los cuales murió en la prisión. La situación de las reducciones en el año 1748 la exponía al Conde de Superunda, Virrey del Perú el Provincial, P. Baltasar de Moncada, en carta de 28 de Noviembre de 1749. Decía así: "Reduciéndolo todo a suma, digo que los pueblos así antiguos como novísimos son 21; los PP. sacerdotes y pocos HH. Coadjutores son por todos cuarenta y seis y el número de almas de todas edades, así de los ya cristianos como de los que de nuevo se sacan de las grutas y bosques donde viven... es de 33.270 almas. Cerca de este número debo prevenir dos cosas: la primera que en los pueblos ya antiguos son pocos los catecúmenos, pero en los pueblos recientemente formados como el de S. Nicolás y S. Miguel son muchos más los catecúmenos que los ya bautizados, pues en el primero son los catecúmenos 442 y en el segundo 622 y en dos últimos pueblos de Sta. Rosa y S. Simón, como actualmente se están formando... no tienen hasta ahora número determinado..." [10].

Por su parte, el Virrey, escribía el 8 de Junio de 1750 lo siguiente, en contestación a la R. C. de 19 de Junio de 1747. "La Compañía trabaja en este Reino con fervor y procura cumplir con su Instituto y si tuviere más obreros juzgo fuera más copioso el fruto, porque aunque tiene la Provincia bastante número de sujetos, como necesita de suficiente en sus Colegios, porque está a su cuidado la enseñanza

---

[10] A. de I. Lima (72-2-22) 532. Fuera del subsidio o sínodo que el P. Rotalde obtuvo para los curas de Mojos por R. C. del 12 de Octubre de 1716, otro de los Procuradores, el P. Ignacio Fernández consiguió que por otra R. C. de 28 de Abril de 1723 se facultase a la Misión a establecer un obraje con 12 o más telares para fabricar bayetas, paños burdos, cordellates etc. para el gasto de los indios, a muchos de los cuales los misioneros habían de vestir, no obstante que se les obligaba a hacer sembrios de algodón y se les enseña a tejerlo. El obraje se entabló en la hacienda de la Avana y Pojo, en el camino de la ciudad de La Plata a Sta. Cruz.

de la juventud y se dedica a predicar y confesar en las ciudades, les quedan pocos que emplear en las misiones..." [11].

4. Estas caían bajo la jurisdicción de los Obispos de Santa Cruz y así no es de admirar que algunos las visitaran. El primero que ocurre citar es el dominico D. Fray Jaime Mimbela, el cual, escribiendo a S. M. desde Lima el 24 de Octubre de 1713 le decía que tenía noticia de hallarse muy floreciente la Misión de los Mojos, con más de treinta y un mil almas de confesión y por lo mismo se halla falta de operarios, los cuales deben venir de Europa. Dice que los PP. flamencos y alemanes no son de recelar, pero esto no obstante juzga que los españoles son más a propósito [12]. Más tarde, desde Mizque, escribe a S. M. el 3 de Noviembre de 1714 y en su carta dice sin ambajes que la misión está por ahora floridísima y que hay unas treinta mil almas por confirmar. Añade que piensa escribir al General de los Jesuitas para que envíe refuerzo de gente y repite su juicio sobre los misioneros extranjeros. Como era de humor algo raro y más tarde lo demostró en Trujillo en sus controversias con el Virrey, no es extraño que abrazase la idea de exigir el diezmo a los indios de las reducciones. Fue necesario salir en su defensa pues no había motivo para abrogar la exención que justamente gozaban. Hízola el P. Diego Antonio Morillo, aunque Saldamando se inclina por el P. Garriga. En la Biblioteca Nacional de Lima se conservaba en un cuaderno en 4.º de 23 páginas el: "Parecer fundado en razón y derecho para que los recién convertidos en las misiones que tiene a su cargo la Provincia del Perú no deben ser, por ahora, compelidos a pagar diezmo, como intenta el Sr. Obispo de Santa Cruz". En síntesis el parecer demostraba que los indios por derecho natural estaban exentos del pago del diezmo por su pobreza, que era notoria, pero, además, ellos apenas cultivaban especies de Castilla y no se dedicaban a vender el excedente de sus cosechas. "Los que se reducen de nuevo vienen, dice el autor, desnudos del todo. Vístenlos los Padres como pueden y no les cuesta poco dar de comer y vestir a 1000 ó 2000 indios, siendo preciso al poco tiempo renovarles las camisetas, porque el temple y su natural desaseo y rusticidad las consume, fuera

[11] A. de I. Lima 72-2-22.
[12] A. de I. Charcas 76-5-14.

del sudor, en breve. Estos indios, si perseveran así, mas están para ser objeto de lástima y conmiseración que para gravarlos con pensión alguna..." Por fortuna la idea fue abandonada e, informado el Virrey, Príncipe de Santo Buono, envió al Obispo una órden para que informase acerca del memorial de que hemos hablado y, en tanto que no se resolviera otra cosa, debía dejar a los Mojos en posesión del derecho de no pagar diezmo [13].

Más favorable fue la intervención del Sr. D. Juan Cavero de Toledo. Este digno Prelado visitó las reducciones y desde Mizque le escribía al Rey una carta el 28 de Febrero de 1718. Había terminado la visita por diciembre de 1717 y había hecho más de dos mil confirmaciones. Quedaba muy satisfecho del gobierno espiritual de las reducciones, que había visitado enteramente, pues del pueblo de S. Juan de Guarayos, al oriente, en tres días pasó al de Concepción y de allí en medio día a S. Joaquín, en donde terminan, aunque más adelante se estaba disponiendo otro pueblo con nombre de S. Martín [14]. Otros dos Obispos llegaron a penetrar en Mojos, el uno fue D. Miguel Bernardino de la Fuente, de quien ya nos hemos ocupado y el otro D. Juan Pablo de Olmedo. El primero le hablaba de su entrada a ellas al Obispo de Panamá, D. Agustín Rodríguez Delgado, por estas palabras: "Yo logré visitar las Misiones de Moxos y Chiquitos sin quiebra en la salud, haviéndome Dios asistido visiblemente y aunque en más de mil leguas que andube de caminos asperísimos y temples tan ardientes como V. S. I. no ignora, pasé trabajos imponderables. Todos los doi por bien empleados, así por haver cumplido con mi obligación como por haver visto las profundas raíces que ha hechado en la fe aquella nueva cristiandad, de que estoi cierto coge Dios un copioso fruto de almas predestinadas..." [15].

---

[13] Lima Bib. Nac. Ms. 075.

[14] A. de I. Charcas 76-5-1. Remitía la Breve Noticia de las Misiones de Mojos del P. Figueroa y un Estado de las Reducciones. En otra carta fha. en S. Lorenzo de la Barranca el 26 de Nov. de 1717 dice que había confirmado en Sta. Cruz y en las Misiones de Mojos y Chiquitos a unas 17000 personas. Del estado temporal de la Provincia hecho por el P. Francisco de Larreta el año 1748 se deduce que la Misión tenía a su favor 144.700 pesos de capital y dos estancias de ganado vacuno. Fuera de esto una viña en Ica que producía 5450 pesos de renta y cuyo dominio tenía el Colegio de S. Pablo.

[15] A. de I. Panamá 22. Carta fha. Mizque 26 de Set. 1735.

Unos quince años más tarde, el segundo le escribía al Rey, elogiando la labor de los jesuitas y ponderando el fruto obtenido. En su sentir se debían agregar a Mojos las misiones que en el Beni tenían los franciscanos, que se encontraban muy decaídas. No se accedió a su demanda por las razones que exponía el Marqués de Valdelirios, en carta de 20 de noviembre de 1755, pero tanto éste como la Audiencia de Charcas, consultada sobre el caso, reconocían que la Misión de los Mojos se encontraba en muy buen estado [16].

5. En los últimos veinte años no fue posible llevar a cabo nuevas fundaciones, pero esto no impidió el que algunos audaces misioneros emprendiesen correrías por las zonas menos conocidas en busca de tribus o parcialidades por convertir. Uno de ellos fue el P. Pascual Ponce de León. Había nacido en Lima en 1707 de nobles padres e hizo sus primeros estudios en el Colegio de San Martín, de donde pasó a vestir la sotana de la Compañía el 29 de Noviembre de 1723. Ya sacerdote, pidió con instancia le destinasen a las Misiones de Mojos y, cediendo a sus ruegos, lo enviaron a ellas los Superiores. Lleno de celo se entregó por entero a su labor, cabiéndole la dicha de ganar para Cristo a algunas tribus hasta entonces rebeldes, entre los Cayubabas y Mobimas. Visitó también la de los Tibois y Pacabaras y repitió las proezas que en otro tiempo realizaran los PP. Barace y Orellana. Hallábase en la reducción de San Pablo cuando fue llamado a Lima donde recibió la patente de Provincial del Perú. Gobernó con acierto y deseó volver a Mojos, pero la obediencia lo colocó al frente del Colegio de San Pablo. Todavía aspiraba a reanudar su vida de misionero, aunque ya estaba gastado por los años, como se deduce de una carta del P. Lorenzo Ricci, General de la Compañía, al P. Claramunt, Provincial entonces, en la cual le insinuaba la idea de que volviese con cargo de Superior a Mojos, "pues su presencia ayudaría no poco para su más florido y buen estado". No fue así y pasó a la Casa Profesa de los Desamparados, en donde le alcanzó la orden del destierro.

---

[16] A. de I. Charcas 76-1-6. A la Aud. de La Plata se le envió cédula fha. en Buen Retiro el 12 de Set. 1754 para que se agregasen dhas. misiones franciscanas a las de Mojos, en vista de lo representado por el Obispo. El informe del mismo puede verse en A. de I. Charcas 76-1-26.

Entre tanto, los portugueses proseguían en su avance hacia el oeste y unas veces, por la fuerza, como lo hizo Antonio de Almeida en la misión de S. Nicolás, otras, valiéndose de un ardid, como el vestirse de sotana para inspirar confianza a los indios, procuraban cautivar el mayor número de indios posible. Hacia el año 1760 el Procurador de Mojos de la ciudad de La Plata dio aviso a la Audiencia de haber arribado a Santa Rosa, el 21 de Febrero siete canoas portuguesas, de las cuales cuatro continuaron río abajo hacia el Madera. Venía al frente el Gobernador de Matto Grosso, D. Antonio Rollín y éste, a pesar de las protestas del misionero, se apoderó del pueblo, o sea de Sta. Rosa la Vieja, pues él residía en la Nueva. La Audiencia ordenó entonces al Gobernador de Sta. Cruz que con alguna gente pasase a intimar la retirada al portugués. El 31 de Julio salió de Sta. Cruz en compañía del Maestre de Campo D. José Núñez Cornejo, del Teniente Coronel, D. Pedro Ramos, de un clérigo, diez soldados y algunos indios de servicio. Bajando por el Mamoré, visitó los pueblos ribereños y en S. Pedro se entrevistó con el Superior, P. Beingolea. Aquí halló también al misionero de Sta. Rosa, P. Nicolás Sarmiento, el cual había abandonado la reducción en compañía de unos cien indios. De sus labios oyó cómo el lusitano no contento con ocupar Sta. Rosa, el Viejo había inquietado a los que poblaban el Nuevo y en varias irrupciones nocturnas había pretendido llevarse cautivos a sus habitantes, en especial a las mujeres, por lo cual muchos habían huído a los bosques.

Con estas noticias dióse prisa en llegar al término de su viaje y llegó a Sta. Rosa de donde ya se había retirado D. Antonio Rollín, dejando al frente del destacamento a un Alférez. Verdugo le entregó la carta dirigida al Gobernador, en la cual le pedía los motivos de la invasión. Aguardó la respuesta y como pasaron dieciocho días, resolvió enviar a Matto Grosso al Maestre de Campo en persona para que se avistase con Rollín. La respuesta de éste fue decir que estaba en terreno propio y que si Sta. Rosa el Nuevo se había despoblado la causa no era otra sino haber los Padres hecho pasar a los indios de una a otra banda a la fuerza. Que la estacada se había construído para defenderse de un posible ataque de los Padres. El Gobernador Verdugo se volvió a Sta. Cruz para dar cuenta a la Audiencia de lo

actuado, pero la naciente reducción de Sta. Rosa quedó despoblada, aunque por entonces contaba con unos cuatrocientos habitantes [17].

El gobernador de Matto Grosso dirigió a D. Alonso Verdugo el 25 de Octubre una carta en la cual vindica su conducta y al mismo tiempo da las razones del avance portugués. Por este motivo vale la pena extractarla. Empieza por decir que el tratado de límites celebrado entre España y Portugal otorga a este último toda la banda oriental del Guaporé, excepto los pueblos de Sta. Rosa, S. Miguel y S. Simón, los cuales no serían entregados hasta la llegada de los Comisarios de ambas coronas. En el mismo tratado se estipulaba que a los indios se debía dejar en libertad para permanecer en sus pueblos o mudarse. Ahora bien, los Padres, según el Gobernador brasileño, decidieron abandonar dichos pueblos en 1754, dejándolos desiertos y quemados, aunque esto se dice que fue un hecho casual. Lo último lo dice para justificar la ocupación de esos pueblos antes de la venida de los Comisarios. Al mismo intento refiere que en 1755 el P. Ramón Laínez, entró con doscientos indios armados por tierras de Portugal y sacó unos setecientos indios bárbaros y se volvió con ellos, alegando que ocho años antes los habían prendido los portugueses dentro de su jurisdicción. Se quejó al Vice Superior, P. Nicolás Altogradi, en Junio de 1756 y, no recibiendo respuesta, la repitió en Diciembre, al saber que se preparaba otra entrada y el portador halló la respuesta en S. Miguel, donde la había detenido tres meses el P. Juan Rodríguez. El P. Altogradi le prometió que no pasaría a la otra banda, pero como recelase que no lo había de cumplir, se vio forzado a poner un presidio de soldados en Sta. Rosa [18].

Pese a estas manifestaciones pacíficas la irrupción de los brasileros no se detuvo y no mucho tiempo después tuvieron los Padres que pedir el auxilio de la Audiencia de Charcas. No habiendo hecho la demarcación convenida los Comisarios, era ciertamente un abuso el crear un fortín en una zona todavía en disputa. La única provi-

---

[17] A. de I. Charcas. 120-4-19. El Informe de Verdugo fha. en S. Lorenzo de la Barranca el 8 de Enero de 1761, reviste algún interés por las noticias que da de cada uno de los pueblos que visitó. El lector lo hallará en el Apéndice. Docum. N.° 6.

[18] A. de I. Charcas 120-4-19. Suscribe la carta en Villavieja de la Sma. Trinidad, 25 de Oct. de 1760.

dencia que se adoptó fue el levantar una estacada en el pueblo nuevo de Sta. Rosa distante dos leguas y media del antiguo y próximo por tanto al fuerte enemigo. Los invasores intentaron tomarlo por asalto en Junio de 1763, según refiere D. Pedró José Tibaute, en carta de 6 de Julio, pero fueron rechazados. Los defensores apenas llegaban a cien hombres y muchos de ellos enfermos, pero, ayudados por los indios de S. Pedro y los cruceños, a las órdenes del Maestre de Campo, D. Matías Bauten, les hicieron como unas cuarenta bajas, entre ellas tres oficiales, siendo así que de su parte solo hubo doce españoles muertos y unos once indios [19].

Como en el año 1761 quedó anulado el tratado de 1750, la Corona, al saber el avance de los portugueses en Mojos dio orden de desalojarlos, así al Virrey como a la Audiencia, de Charcas. El 20 de Octubre de 1761 se desaprobaba la lenidad con que se había procedido hasta entonces, pero aunque se expidieron las órdenes del caso a D. Alonso Verdugo éste no pudo disponer de los elementos necesarios. El hecho es que se abandonó el pensamiento de fortificar el pueblo de S. Miguel y el mismo Superior de Mojos, P. Beingolea, fue de parecer que se retirasen las tropas, porque, fuera de ser gravosas a los indios, a nada conducía el mantenerlas inactivas frente al invasor [20].

Más adelante y en vista de nuevas representaciones, el Presidente de la Audiencia de Charcas D. Juan de Pestaña resolvió encabezar él mismo la expedición destinada a desalojar a los portugueses de Sta. Rosa, pero de la misma y de su resultado nos ocuparemos al hablar de la expulsión de la Compañía en todos estos territorios.

---

[19] A. de I. Charcas 120-4-23. Fha. Fuerte de Sta. Rosa la nueva, 6 de Julio 1763.

[20] A. de I. Indiferente General 120-4-23. En la carta del P. Beingolea, fha. en S. Pedro el 4 de Oct. de 1763, le dice que lamenta los contratiempos sufridos por la tropa que ha tenido que replegarse a Magdalena y representa los inconvenientes que traería consigo establecer un fuerte en el río de Baures, la dificultad de abastecerlo por la escasez de los pueblos y cómo los portugueses tratarían de sacar partido de todo esto para atraerse a los indios, por lo que le parece más prudente su vuelta a Sta. Cruz.

Sin embargo el P. no dejó de tomar sus precauciones y entre otras mandó construir en S. Pedro dos cañones de a seis libras de calibre y otros 5 de 3 libras y 1/2, más otros cinco de 1 libra. Estas noticias las daba el mismo Gobernador Verdugo y añadía que de Lima se podría remitir metralla y estaño para que se hicieran balas en la misma Misión.

CAPITULO VII

La Misión de los Mojos

1. Situación de la Misión de 1750 a 1767. Estado próspero de las reducciones. — 2. Visita del P. Manuel Vergara. Informe que presenta sobre las mismas. Diferencias con el Obispo de Santa Cruz, D. Francisco de Herboso y Figueroa. — 3. Expedición contra los Portugueses. — 4. Final de esta tentativa y retiro de D. Juan de Pestaña. — 5. Insignes misioneros.

1. La Misión de los Mojos continuó prosperando y, gracias a los refuerzos venidos de Europa, especialmente de extranjeros y a la cooperación de escogidos sujetos de la Provincia, la fe se fue confirmando en los indios ya convertidos y se fueron formando nuevos pueblos con algunas parcialidades de infieles. Si las pestes y las invasiones de los portugueses no hubiesen ocasionado bajas un tanto considerables, esta cristiandad habría sobrepasado el número de treinta mil que era el calculado en el año 1751. En este año, según las Anuas correspondientes, eran cuarenta y uno los sujetos que vivían en Mojos, de los cuales treinta y ocho eran sacerdotes y tres Coadjutores. Los pueblos estaban divididos en tres sectores, Pampas, el Mamoré y Baures; el sector menos poblado era el de Pampas, a la izquierda del río y había contribuído a su escaso crecimiento la mala calidad del sitio en que se establecieron los pueblos, razón por la cual algunos se habían mudado últimamente. En este año falleció el P. Bernardo del Castillo, el más antiguo de los misioneros de Mojos, pues llevaba cuarenta y cuatro años en la Misión. Fue fundador y el alma del pueblo de Reyes y en él reunió a todos los indios de las cercanías que eran

de la misma lengua y a estos se agregaron otros de lengua diversa. No siendo la tierra buena para hacer adobes, levantó de madera una buena iglesia y la adornó con retablos y otras alhajas. Fue muy querido de los indios y un tiempo ejerció el cargo de Superior de toda la misión.

El misionero de San Pablo, sabiendo que a pocos días de camino vivían algunos indios bárbaros salió a fines de 1749 con algunos cristianos y recogió como unos cincuenta Tibois, cuya lengua es parecida a la de los Mobimas. Se informó de ellos de los parajes en que vivían los demás y a fines de 1750 volvió de su excursión trayendo como unos ciento sesenta *Tibois,* de manera que en dos años la población de S. Pablo se acrecentó con más de doscientas personas. En Desposorios también hubo aumento, debido a haberse acogido a este pueblo unos centenares de *Chiriguanos*. La escasez de alimentos los obligó a abandonar sus tierras y se refugiaron en este pueblo, donde los de esta nación pasaban ya de setecientos. En Baures, el misionero de San Simón, logró también en 1750 atraer a una tribu numerosa que habitaba la margen derecha del Itenes, sacándolos de tres poblados, donde fuy muy bien recibido. Plantó allí cruces y bautizó a los párvulos que le ofrecían sus padres y ofreció volver. En la misma región, cerca de Santa Rosa, se descubrió un pueblo de indios fieros, de los cuales se sospechaba la existencia, por haber flechado a los indios reducidos que surcaban en canoa el río Itenes. En 1750 flecharon a algunos Itonamas que pasaban sin recelo y, ya tierra adentro, a un indio de Sta. Rosa; con esto se halló el rastro y se encontró que a menos de un día de camino de la ribera del río tenían su pueblo. Se ignoraba si habría otros. Se dispuso una expedición para conquistarlos, pero sin resultado, aunque no hubo desgracia alguna.

Fuera de estos progresos las *Anuas* señalan que en San Pedro se había instalado una fundición, con lo cual se podría proveer a los pueblos de campanas y trapiches etc. que no se podían traer del Perú. Como más adelante veremos, en esta fundición llegaron a fundirse algunas piezas de artillería, cuando se trató de desalojar a los portugueses de la estacada de Santa Rosa y en opinión de los jefes y cabos del ejército dieron excelente resultado.

Es también muy rica en pormenores la carta que el P. Juan José de Zabala le escribió al P. Provincial Baltasar de Moncada, que lo

había enviado a visitar las Misiones. En 1751 le escribía y le manifestaba que había alcanzado a visitar los pueblos de Pampas y del Río, pero no había llegado a pasar a Baures, por la distancia y malos caminos y también por impedírselo sus achaques. (V. Apéndice. Docum. N.º 8) Empieza por decir que, desde años atrás, los misioneros se han esforzado por uniformar la vida de los cristianos en todos los pueblos, sujetándose a unas *Instrucciones* que dejó el P. Altamirano, de este modo hoy la vida que se hace en todos ellos es muy parecida.

Después de la oración y misa el primer ministerio de los curas es el de la visita a los enfermos, en la cual se gastan dos horas, una en la mañana y otra en la tarde. No habiendo médicos en los pueblos, el misionero tiene que suplir por ellos y, por esta razón, el Misionero debe tener algún conocimiento de la medicina y manejar los libros que tratan de ella. En cuanto a cirujía los indios, bajo su dirección, la practican y se adiestran en ella. Hay botica, más o menos surtida y el cura o su ayudante preparan los medicamentos. A los enfermos, cuando no tienen quien les provea, se les facilitan los alimentos y algún regalo, preparándolos en casa. Se hace necesario visitar de vez en cuando las oficinas, carpintería etc. y ver si se dan todos al trabajo. También requieren atención especial las estancias de ganado, pues de él se abastece la casa de carne y otros que lo necesitan, pues al común no se le da sino en las fiestas principales o cuando falta la caza o la pesca. Estas estancias de ganado caballar y vacuno son bastantes en los pueblos de Pampas, que son los menos poblados, excepto Reyes que tiene mil setecientas treinta y dos almas. En todos hay chacras de algodón, maíz, caña de azúcar, arroz, para el sustento. En algunos pueblos ha disminuído la gente, como en Exaltación que es de *Cayubabas*. En otros se halla estacionaria. En los de Pampas, la disminución es notable y se da por motivo la condición de los parajes. En la actualidad no hay gentiles en sus cercanías, salvo en S. Pablo, al cual se han agregado como unos doscientos *Tibois*. También se recogen en Reyes gentiles de la serranía y de los ríos que desaguan en el Beni.

Esto por lo que toca al órden externo y buen régimen de los pueblos. De su piedad y fervor habría mucho qué decir y más adelante aduciremos el testimonio de un misionero recién llegado. En este Informe el P. Zabala nos indica la distribución que guardan durante

el año y el grande aprecio que hacen de los sacramentos. Las Iglesias tienen mucho adorno y no les faltan alhajas de plata y buenos ornamentos. En los pueblos de Pampas, S. Luis y S. Ignacio que se mudaron ha poco, no había entonces Iglesia. Otro tanto habría que decir de Loreto y San Javier, en el río, por la misma razón. En cuanto a la música, en todas partes está bien entablada; se adiestra a los niños desde la escuela y hay hermosos órganos y toda clase de instrumentos: harpas, violines, violones, oboes, chirimias y dulzainas.

Del largo camino que separaba estas misiones de la Provincia nos habla el P. Alberto Quintana en una carta que dirigió a su hermano y que no carece de interés. Por ella se ve el cariño que mostraban los indios a sus curas y la buena acogida que prestaban a los recién venidos. Mayor interés ofrece la que en el año 1757, casi por el mismo tiempo en que escribía el P. Quintana, dirigía al P. Baltasar de Moncada el P. Miguel de Irigoyen. (Apéndice. Docum. N.º 9 y N.º 10) Empieza por decirle que el P. Altogradi lo ha señalado por compañero del P. Nicolás de Vargas, cura de San Pedro y se considera dichoso por estar a su lado. Había sido elegido Procurador por la Congregación Provincial, pero el mismo Padre hizo cuanto pudo porque le exonerasen de esta carga. El P. Moncada accedió y el P. Nicolás quedó en las Misiones. Sobre este particular el P. Irigoyen nos cuenta que el P. Nicolás "a todos socorre en sus necesidades, enfervoriza, alienta y cuida con maternal afecto a los enfermos, a que se agrega su conocimiento de la medicina y su experiencia de treinta y un años, por lo que todos acuden a S. Pedro a curarse de sus achaques y han recobrado la salud cuando poca esperanza tenían de ello". Refiere luego lo que hace por el adelantamiento de sus feligreses y dice así: "Desde Septuagésima hasta el sábado de Carnaval acude el pueblo a la Iglesia a confesar y comulgar y el Domingo siguiente y los dos son innumerables los que lo hacen y este año se acabaron dos cazoletas de hostias bien colmadas. A las cinco de la mañana se descubre el Señor con toda solemnidad, repartiéndose velas a los indios principales que asisten en el presbiterio y todo el día lo acompañan hasta la tarde en que se encierra, rezando antes el rosario... El Miércoles de Ceniza se hizo la ceremonia de costumbre con todo el pueblo y por la tarde se sacó en procesión a un devoto Señor Crucificado que sale solo por este tiempo y aunque se le saca en secreto acude tanta gente que es

preciso apartar a la multitud, a fin de que lo coloquen en sus andas y desde este día es difícil sacar a los indios de la Iglesia. Los viernes les hace un sermón el P. Nicolás en lengua canisiana en el que es muy perito... Se llena nuestra casa con los ayes y llantos de los oyentes y al fin del sermón cantan algunas coplas relativas a la Pasión... En la Semana Santa echan el resto a su devoción. El Domingo de Ramos, en la tarde, sacan en procesión al Señor por las cuatro cuadras de la plaza y hacen un esterado de palmas cubriéndole con sus mejores ropas para tener el consuelo de que el Señor pase sobre ellas. El Jueves Santo se da la comunión al pueblo en la Misa Solemne y en la tarde predicó el sermón del Mandato el P. Nicolás, después del lavatorio de doce pobres, a quienes se dieron vestidos y a otros que no tienen mujer o a los indios huérfanos. Este día se lo pasan en la Iglesia, acompañando al Señor... También me quedé asombrado de ver al P. Nicolás ordenando a cuatro indios Alcaldes recogiesen por la noche a los que se desmayaban por las calles al rigor de sus mortificaciones. El Monumento aparecía muy adornado de luces y a ello se agrega estar allí muy compuestas las andas de los pasos del Salvador para la procesión del día siguiente, cantando cánticos de la Pasión, disciplinándose. Al día siguiente son los Oficios y en la noche hay sermón de Pasión con la escena del Descendimiento. A esto se levantó un gran clamor en toda la Iglesia que parecía se hundía y se atropellaban todos, queriendo besar al Señor hasta que se le puso en el sepulcro. Después de esto salió la procesión devotísima, alumbrando con velas más de mil personas que acompañan todos los pasos de la Pasión. Salió también el Cristo del cual hablé, el cual acompañan los principales con sus canastas de flores que esparcen por el suelo. Hácese con mucho silencio lágrimas y devoción. Al volver a la Iglesia adoran la Cruz en que estuvo enclavado el Señor. Los soldados que llevan las armas arrastrando se quedan de guardas del sepulcro y tocan sus instrumentos destemplados y la gente se queda hasta las 9 de la noche y allí permanecieran si el P. Nicolás no mandara que por la fuerza la echaran a sus casas...".

Después de esto pasa el Padre Irigoyen a referir cuánto agradecieron los indios la quedada del P. Nicolás. "Llegó la noticia el Jueves Santo, a las cinco de la mañana, dice y, después de los oficios se supo en todo el pueblo y los indios principales vinieron a besar la

mano al Padre y por ser Semana Santa no hicieron demostraciones de regocijo, pero el Lunes de Pascua acudieron a casa vestidos de gala y llevando sus instrumentos de música y, en apareciendo el Padre, se pusieron de rodillas con ánimo de besarle los pies y diciendo: Gracias a Dios que te quedas. Si tú te fueras ¿quién nos predicara, quién nos enseñara, quién nos atendiera y mirara por nosotros con el amor que tu lo haces? El Padre hubo de hacerse fuerza para no enternecerse y luego, al salir a la plaza, a visitar los enfermos, hicieron otro tanto las mujeres, clamando de rodillas del mismo modo". Escenas como estas no eran raras en Mojos, donde la fidelidad, amor y adhesión de los indios hacia los Padres fue casi siempre constante [1].

En otra carta del P. Juan José de Zabala, al mismo P. Moncada, escrita desde Trinidad el 26 de Diciembre de 1757, hallamos también algunos pormenores dignos de mención. Refiriéndose al modo como disponen todo para el viático a los enfermos, dice que barren la casa, echando en el suelo ropas bordadas, flores y perfumándola con zahumerio y por todo el camino van echando flores, acudiendo en gran número a acompañar al Señor. El Cura que era la máxima autoridad en el pueblo ejercía también el oficio de juez en las diferencias que se suscitaban entre ellos y con el gran respeto que le tenían y el concepto que se habían formado de su rectitud, acataban sus fallos sin vacilar y sin sentirse agraviado el que llevaba la peor parte". (V. Apéndice. Docum. N.° 11).

2. Aunque no tenemos documento alguno que lo acredite, suponemos que el P. Manuel Vergara, Visitador de la Provincia, se extendió también a las Misiones de Mojos. Por lo menos, en el año 1765, por el mes de Marzo, extendió un largo informe sobre ellas, que vamos a transcribir en gran parte. La primera reducción en el Mamoré era Loreto, fundada en el año 1682. Sus habitantes en este año eran 822 y cuidaban de ella los PP. José Reysner y Manuel León. La se-

[1] Una excepción la constituye el caso ocurrido en San Martín. Siendo cura de esta reducción el P. Francisco de Olaza, un indio por venganza incendió la Iglesia y casa de los Padres. El P. Olaza era natural de Huánuco. Tuvo un hermano en la Compañía, el cual falleció de novicio en 1733, dejando fama de santo. Fue misionero en Exaltación, en S. Joaquín y por último en San Martín. Falleció el 4 de Agosto de 1753, después de 25 años de misionero. Su Carta de Edificación la escribió el P. Ponce.

gunda era Trinidad, fundada en 1687 que contaba con 866 almas y estaba al cuidado de los PP. Gustavo Segui y Antonio Ribadeneyra. La tercera S. Ignacio, fundada en 1689, con 865 habitantes y con el P. Claudio Fernández por Cura. La cuarta S. Javier, fundada en 1691, con 1480 habitantes y al cuidado de los PP. Buenaventura Galván y Juan Manuel de Iraizos. La quinta San Borja, que databa de 1699 y tenía 1050 moradores y por curas a los PP. Alonso Blanco y Juan Borrego. La sexta Desposorios o Buenavista, fundada en 1694 y con 400 habitantes, al cuidado de los Padres Miguel Rodríguez, Tomás Arias y Gabriel Díaz. Distaba como unas 17 leguas de Santa Cruz y había tenido su origen en una entrada que hicieron los cruceños por tierras de los Chiquitos, a los cuales pertenecían los indios de la región. El P. José Fco. de Arce escogió en 1691 para su asiento el paraje llamado Rinconada de Cotoca, a 6 leguas de Santa Cruz, pero varió tres veces de emplazamiento, pues su proximidad a Santa Cruz le era nociva. Por fin, en 1723, siendo misionero el P. José de Casas, se trasladó al lugar, que hoy ocupa. A ella se agregaron muchos Chiriguanos de la Cordillera. De su Iglesia decía el Gobernador, D. Alonso Verdugo que ya quisiera el Cabildo Eclesiástico de Santa Cruz que su Iglesia Catedral fuese como ésta.

San Pedro. fundada en 1697 era la capital de las Misiones y el lugar en donde ordinariamente residía el Superior. Sus habitantes eran 1697 y en ella moraban el P. Juan de Beigolea y el P. Francisco Javier Quiros. Reyes, en las Pampas de Mojos, había surgido en 1710 y tenía 1201 almas. Sus curas eran los PP. Martín Valverde y Nicolás Sarmiento. Concepción, en los Baures, fundada en 1708 tenía 1115 habitantes y cuidaban de ella los PP. Esteban Troconis y Alejo Uria. Siguióse Exaltación que habitaban 1821 indios que tenían por Curas a los PP. Sebastián García y Alberto Quintana. Del mismo tiempo era San Joaquín, con solo 732 habitantes y al cuidado del P. Antonio Usay. Venía luego San Martín, fundada por el P. Agustín Ferrer con 709 moradores y con el P. Francisco Javier Eder por cura. Santa Ana era posterior y tenía 1123 almas, de las cuales cuidaba el P. Francisco Javier Corro. Santa Magdalena, fundada por el P. Gabriel Ruiz era como la capital de los pueblos de Baures y allí residía el Vice Superior P. José Reyter con los PP. José Ignacio del Río y Nicolás Susich. Siguióse S. Miguel con 878 almas, arruinada por los

portugueses, que apresaron a los misioneros PP. Juan Rodríguez y Francisco Espí. Este último murió en la prisión y solo sobrevivió su compañero. S. Nicolás, fundado por el P. Francisco del Valle era uno de los postreros, pues se había fundado en 1740 y contaba con 602 habitantes, de los cuales tenía cargo el P. Antonio Maggio. Por último, en 1744 se fundó S. Simón y S. Judas que apenas tenía 200 almas y tenía por cura al P. Ramón Laynes.

Fuera de las citadas en Mojos había tenido la Compañía otras ocho reducciones, a saber, S. José, fundada en 1691 con más de mil almas, pero las pestes fueron diezmando a la población y los que sobrevivieron se agregaron al pueblo de San Luis en 1752. Hubo otra, llamada también S. Miguel, fundada en 1696 y que llegó a contar con unas cuatro mil almas. Una epidemia acabó con unos dos mil, los demás huyeron a las montañas y solo doscientos pudieron ser trasladados a otro pueblo. S. Luis, fundado en las Pampas en 1698 con más de ochocientas almas, fue paulatinamente disminuyendo por las pestes y en 1758 los sobrevivientes se agregaron a S. Borja. S. Pablo fundóse en 1703 y contó con unos dos mil trescientos indios bautizados, pero las mismas causas determinaron su agregación a S. Borja. En el año 1710 se fundó S. Juan Bautista con unos cuatrocientos *Tapacuras* y otros tantos *Guarayos,* pero en el año 1718 estos últimos huyeron y los *Tapacuras* fueron agregados a Patrocinio. Esta reducción fue fundada en 1730, pero, habiendo fallecido su cura, los indios resolvieron huir y abandonaron al Padre que vino a reemplazar al difunto. Pasado un tiempo volvieron algunos por temor a los portugueses y a estos se les envió a otro pueblo. Santa Rosa, fundada en 1705 por el P. Gabriel Ruiz y Esteban Arroyo, decreció mucho por las pestes y así los que quedaron fueron enviados a Loreto. Otra reducción del mismo nombre se fundó en 1743 en el Itenes, en la ribera oriental o derecha, pero de ella se apoderaron los portugueses y levantaron el fuerte de la Estacada, llevándose algunas familias, logrando otras huir a otros pueblos en 1762.

Por idénticos motivos la residencia de S. Simón había decrecido bastante, en la banda occidental o izquierda del Itenes y no se había abandonado con la esperanza de atraer a ellas a los gentiles de la comarca, pero los desmanes de los portugueses, uno de los cuales se presentó entre los indios con sotana para atraerlos, fueron causa

de su retroceso, pues a muchos indios se los llevaron acollarados y otros, temiendo igual suerte, huyeron. El P. Vergara expresa que las reducciones han perdido bastante en estos últimos años por las enfermedades y las recién fundadas las componen en su mayor parte neófitos. La salud de los misioneros no era tampoco envidiable y a algunos era preciso sacarlos de la misión y enviarlos a restablecerse a las casas del Perú [2]. Esto último de las pestes lo confirman otros testimonios. Por el año 1753 y 1754 así en Baures como en el Río una peste gripal hizo estragos, especialmente entre las criaturas. De este modo el número de los difuntos era mayor que el de los nacidos y solo de un modo lento vino a obtenerse alguna ventaja en los nacimientos.

Fuera de estos contratiempos, ejerciendo aun el oficio de Visitador, el Sr. Obispo de Santa Cruz, D. Francisco Ramón de Herboso, comenzó a no entenderse con los nuestros. El Obispo era natural de Lima y aunque su carrera eclesiástica la empezó en Charcas, en donde su padre fue Presidente de la Audiencia, pasó más tarde a Lima, donde llegó a ser maestrescuela y chantre del coro de la Catedral. Ganóse también la confianza del Virrey, Conde de Superunda y fue su asesor durante catorce años. Si bien tuvo de su parte al Virrey, en cambio no tuvo entrada con el Arzobispo, el cual en sus cartas se quejaba amargamente de este prebendado. No podríamos culpar a éste, por el genio díscolo del Prelado, pero no hay duda que la larga duración de un cargo tan importante como el de Asesor del Vicesoberano, engrieron un tanto al futuro Obispo de Santa Cruz. Las Misiones de Mojos caían bajo su jurisdicción y a D. Francisco le debió parecer que los Jesuitas trataban de sustraerse de ella. El hecho es que, escribiendo desde Tarata al P. Vergara el 15 de Noviembre de 1764, se quejaba de la actitud del P. Beingolea. El Visitador respondió el 26 de Marzo de 1765 y por el tenor de esta carta, vemos que el Obispo se mostraba algo quisquilloso, quejándose de que el Padre Superior no le hubiese dado la bienvenida al tomar posesión del Obispado. El P. Vergara, como es natural, excusa a su súbdito y satisface al Obispo, diciéndole que el santo viejo apenas tenía hombros para

---

[2] El Informe lo suscribe en Lima el 26 de Marzo de 1765. B. A. de la H. Madrid. Jesuitas 11-11-1/92.

llevar una carga que habían agravado las circunstancias de la guerra con el portugués. Pasa luego a tratar del capítulo principal y manifiesta que no está en lo cierto si piensa que algunos misioneros hacen suya la opinión de que las misiones son *nullius dioeceseos* y que son de este sentir el Provincial, P. Antonio Claramunt y algunos de los Consultores. Le invita a pasar a visitar los pueblos de las Misiones donde se le recibirá con todo agrado y dará orden para que los Curas que no las posean, soliciten de él las necesarias licencias. Envióle también un cuadro general de los pueblos y con este motivo le expresa que algunos han quedado con solo un misionero, por haber muerto cuatro con los trabajos de la guerra, a saber los PP. Ignacio de Vargas, Felipe Ponce, Francisco Javier Iraizos y Francisco Espí. A estas pérdidas había que añadir la de los PP. Juan Brandt y Juan Schretter, que fallecieron de achaques ordinarios. Para suplir a estas vacantes se enviaron de Lima otros siete sujetos, pero de estos, cuatro enfermaron en el camino y no han podido llegar a Mojos. Los tres restantes continuaron a su destino, a donde las seguirán otros a fin de completar el número de los misioneros. Esto supuesto, espera que Su Señoría informe sobre la situación de las Misiones [3]. No sabemos que el Obispo visitara los pueblos, pero en cambio vemos que en el año 1766, escribiendo a S. M. en carta de 25 de Octubre, insinúa la conveniencia de que los indios paguen el diezmo. Esto solo había faltado para hacer más aflictiva la situación de las Misiones, aun no repuestas del todo de la calamidad de la peste y con el peso de tener que sostener a la tropa enviada contra los portugueses y de servir de auxiliares a los expedicionarios. Sin duda que el Obispado de Santa Cruz era pobre y el Obispo debió sufrir un amargo desengaño si creyó que entraba en posesión de una pingüe mitra, pero no era justo que a los indios de Mojos que si disfrutaban de algún bienestar, lo debían a su trabajo y a los esfuerzos de los Misioneros, se les añadiesen nuevas cargas. Por fortuna, el Obispo no insistió y, además, la expulsión de los Jesuitas vino a poner término a esta situación [4].

---

[3] A. de I. Lima 110-3-7. Correspondencia de Virreyes y Gobernadores. 1755-1772.

[4] A. de I. Ibid.

Como vemos, estos últimos años de la Misión fueron abundantes en desdichas y solo podemos anotar en su ventaja el nuevo camino abierto desde Cochabamba, por el Capitán Juan de Borda, según el derrotero formado por Nicolás de Castro[5]. Sobre el camino nos suministra abundantes datos el *Informe* que el Capitán, Francisco de Medina, hizo al Presidente de Charcas, suscrito en Cochabamba el 4 de Abril de 1766. El 27 de Febrero de dicho año salió a reconocerlo y en Tarata, por las lluvias, hubo de detenerse hasta el 15 de Marzo. Reanudó su marcha y como a tres jornadas se halló en lo más alto de la cordillera, de donde hubo de encaminarse a pie en dos jornadas hasta la ceja de la montaña, llegando a un sitio llamado Buenavista en donde acampó. Aguardó a que abonanzase el tiempo, pero como no fuese así, hubo de desistir de la continuación del viaje. Desde aquel lugar alcanzó a descubrir la tierra y vio que de la cordillera nacía un río que corría hacia el Noreste y al cual se juntaban otros dos, todos navegables y que a su juicio debían formar el Mamoré, por los cuales piensa se podía llegar hasta Loreto. De Cochabamba a Buenavista hay unas treinta y cinco leguas y de este lugar a Loreto cree que podrán ser cuarenta, descendiendo primero la cordillera y luego navegando por el río[6].

En otra carta del mismo al Obispo de Santa Cruz hallamos datos que completan lo dicho. La expedición la compusieron ciento diez y ocho hombres, que fue difícil hallar, porque con ocasión de la leva que se había hecho poco antes para hacer frente a los portugueses, muchos se habían ahuyentado. Hacia el 7 de Agosto llegaron al punto denominado S. Ignacio, en donde terminaba la apertura del camino y el 24 llegaron a la junta de los ríos Chepare y Mesubo, en donde reconoció que el río era navegable con canoas. No se pudo continuar por causa de la deserción de la gente y se resolvió volver a Tarata, a donde llegó el 9 de Setiembre. Desde la junta dicha hasta Loreto se conoce el derrotero por el que formó D. José Pascal, aun cuando por otra carta del Obispo al Presidente de Charcas de 16 de Setiembre de 1766, el verdadero autor del derrotero era el P. Francisco Javier Izquierdo. Pascal había salido de Loreto con D. Anselmo Salazar el

---

[5] V. René Moreno. Archivo de Mojos. Tomo 2, Carta del Obispo de Santa Cruz al Presidente de Charcas. Tarata, 25 de Set. 1766.

[6] A. de I. Lima 110-3-7.

16 de Mayo y, por el Mamoré, llegaron al punto en que desemboca en éste río el Chepare y el 26 arribaron a la junta del Chepare con el Mesubo. Dos días más tarde decidieron buscar el camino de D. Juan de Borda, pero inútilmente, aun cuando por los informes de los indios *Yuracares* que habitaban la región supieron que habían andado por allí algunos españoles. Todavía en el año 1767 el Obispo, respondiendo al Virrey, que le había agradecido el interés tomado por la apertura de este camino, proponía que se hiciese un pueblo en el Chepare, aun cuando no hallaba quien se hiciera cargo de esta fundación y como entre los de su clero no había quien entendiese la lengua de los *Yuracares* proponía que se nombrase al P. Miguel Irigoyen, que por enfermo había salido de Mojos pero ya se encontraba restablecido en Cochabamba. Pese a todos estos esfuerzos, al sobrevenir la expulsión, las cosas estaban en el mismo estado y las comunicaciones con el territorio de Mojos continuaron por algunos años haciéndose por la ruta ordinaria de Sta Cruz a Paila y de este puerto por el Río Grande al Mamoré [7].

3. El tratado de Madrid de 1750 había sido anulado, pero, como decían muy bien los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, refiriéndose a la política de los portugueses, estos una vez que ponían el pie en un terreno que no era suyo no lo desalojaban sino por la fuerza y, por consiguiente, los tratados entre ambas Coronas venían a ser papel mojado. Así sucedió con la anulación de este tratado; en virtud de este acuerdo los lusitanos debieron abandonar los pueblos fundados en la ribera oriental del Itenes y, entre ellos Santa Rosa, pero no lo hicieron, antes bien en 1762 avanzaron más allá, inquietando a los indios, a quienes hacían cautivos y aliándose con los infieles que eran enemigos de los convertidos. El Gobernador de Santa Cruz, D. Alonso Verdugo, que, por sí mismo se había dado cuenta de las invasiones portuguesas, informó al Presidente de la Audiencia de Charcas y este a su vez lo comunicó con el Virrey D. Manuel de Amat. Decidióse entonces en Junta de Guerra que se organizase una expedición al Itenes y al frente de ella puso al mismo Presidente, D. Juan de Pestaña, por tratarse de un oficial de graduación. No fue cosa fácil reunir la gente necesaria y el primero en penetrar en la región

[7] A. de I. Ibid.

fue el mismo Gobernador de Santa Cruz, D. Alonso Verdugo el cual, ayudado por los indios, llegó hasta la ribera del Itenes y después de algunos encuentros con los invasores, obligó a éstos a abandonar la ribera occidental del río, donde habían fundado un nuevo pueblo llamado Santa Rosa [8]. D. Alonso, así por el rigor del clima como por la falta de tropa, decidió volverse en busca de auxiliares. No mucho después los lusitanos trataron de recobrar lo perdido y atacaron la estacada, pero sus defensores, a las órdenes del Maese de Campo, D. Matías Bauten, resistieron valientemente y los obligaron a retirarse. Los indios de San Pedro que habían venido a reforzar el destacamento se distinguieron por su valor.

Véase cómo daba cuenta del asalto del 26 de Junio el Maese de Campo D. Pedro José Cibante, en carta a D. Alonso Verdugo de 6 de Julio del 63. El 4 de Julio había llegado a la fortaleza y halló que todos los hombres de la guarnición parecían esqueletos, sin que se hallase uno del todo sano. Los lusitanos acometieron, por mar y por tierra, intempestivamente y mientras uno de sus barcos trataba de introducirse por entre las canoas de los españoles, el grueso de los enemigos en número de doscientos acometió la estacada y comenzó a arrancar los palos que la formaban, pero los sitiados, aunque apenas se podían tener en pie, ayudados por los indios de San Pedro, los obligaron a volver las espaldas vergonzosamente, esparciéndose por el monte, de manera que de haberles podido seguir el alcance no habría quedado uno solo vivo. Dejaron tendidos en el campo unos treinta y siete, fuera de los que cayeron en el río y de su parte hubo doce bajas en la tropa y once de los indios de S. Pedro que ayudaron briosamente. Para desgracia de los heridos muchos han venido a perecer por falta de medicinas y de cirujanos. El Maestre de Campo, Baulén, no desmayó un momento, animando a todos y, a su ejemplo, procedieron de igual manera sus oficiales.

D. Alonso aprovechóse del suceso para urgir a D. Antonio Rollin de Moura, el cumplimiento del Tratado y en especial el desalojo del pueblo de San Miguel así como la devolución de los PP. Rodríguez y Espí que habían sido conducidos a Mattogrosso. El lusitano, siguiendo su táctica, no hizo sino responder con evasivas, pretextando que

[8] Santa Rosa la nueva se fundó en la márgen occidental del Itenes a dos leguas y media de la vieja. Sobre lo dicho anteriormente V. A. de I. Charcas 437.

mientras no recibiera órden expresa de su Soberano no podía abandonar teritorios que les pertenecían y que en cuanto a la entrega de los Padres, lo haría en cuanto se le devolviesen los prisioneros portugueses. Casi por el mismo tiempo y desde Santa Rosa, escribía también al Presidente de la Plata y en su carta, después de dar cuenta del eficaz auxilio prestado por los Padres y los indios, así para el abastecimiento de la tropa como para la construcción del fuerte, le representaba el estado lastimoso de los hombres de la expedición, la deserción casi contínua de muchos de ellos y el mal trato que, por desdicha, habían dado los oficiales, comenzando por el Maese de Campo, Bautén, a los soldados. Por todo ello y por las razones que le había dado el P. Superior Juan de Beingolea, era de parecer que la tropa debía retirarse a Santa Cruz, hasta que pasasen las aguas y entre tanto estar a la mira de lo que pudiese acontecer.

El P. Beingolea, en efecto, desde S. Pedro, le había puesto por escrito lo que ya le había manifestado de palabra, esto es que, en su sentir y el de la mayor parte de los Padres, convenía cesar las hostilidades y desamparar el fuerte de Santa Rosa, tirando del mismo las seis piezas de fuego que habían servido para artillarlo. Todo estaba indicando que era mejor buscar otra vía de arreglo. Los pueblos comenzaban a sentir la falta de víveres, por el aprovisionamiento de la tropa. Las enfermedades inutilizaban a la gente y habían postrado a los mismos Padres, y las artimañas de los lusitanos que con donecillos y bujerías procuraban ganarse la voluntad de los indios producía sus efectos. D. Alonso atendió estas razones y la retirada a Santa Cruz de los sobrevivientes de la expedición se realizó. El P. Beingolea hablaba por experiencia y con conocimiento de todo lo ocurrido, pues personalmente había marchado a Santa Rosa en compañía del P. Ramón Laines y con doscientos indios de refuerzo. Buena parte de sus cuidados y los del P. Laínes los hubo de emplear en asistir a los muchos enfermos que había en la fortaleza y a los cuales, con grave falta de caridad, desatendía el Maese de Campo Bautén.

Prodújose un compás de espera pero en el año 1764 volvieron a la carga los portugueses y obligaron a tomar una resolución. A los Padres no les cogió desprevenidos este nuevo intento, porque bien conocían la táctica de los mamelucos del Brasil y, precisamente por

esto habían insistido hacía tiempo en la necesidad de armar a los indios y de proveerlos de fusiles y balas, porque solo el hecho de la resistencia que se les podría oponer en Mojos habría detenido a los contrarios. Sus instancias fueron desatendidas y hubo que equipar una nueva expedición. D. Juan de Pestaña, a quien el Virrey encomendó el negocio, pensó en levantar cuatro compañías de a seiscientos hombres cada una, fuera de cuatro mil indios Chiquitos y de los necesarios para conducir el bagaje, pero hubo de reducir sus pretensiones. Amat, sabiendo lo ocurrido en la antecedente expedición, aconsejó reclutar la gente entre los cruceños hechos al clima ardiente de Mojos, pues de otras provincias, aun de Cochabamba, desmayaban y no continuaban en la empresa. Púsose en movimiento Pestaña y el 11 de Abril de 1766 le escribía al Virrey Amat, desde el campo de Arani, a escasa distancia de Cochabamba y a tres jornadas de Santa Cruz, que llevaba consigo setecientos sesenta y siete hombres con sus oficiales, incluyendo la Compañía de Granaderos de Chuquisaca y que tenía aviso del Gobernador de Oruro que a esa villa habían llegado nueve cañones con destino al ejército, los cuales había dispuesto se remitieran a Cochabamba. Advertía de paso que en S. Pedro de Mojos había una fundición y había ordenado viniese un fundidor, el cual, según las instrucciones dadas al Coronel Aymerich, fundiría piezas del calibre ocho y cuatro [9]. Unos meses más tarde, el 3 de Noviembre de 1766, escribía a D. Francisco Bucareli, desde el campo del Agua Dulce, manifestándole cómo el ejército se había reducido de setecientos cincuenta y ocho (setecientos sesenta y siete eran los numerados en Arani) a seiscientos cincuenta y cuatro y que escaseaban los víveres por lo que se hacía imposible continuar, como se lo escribe al Virrey.

En otra carta suscrita por el mismo Pestaña, el 19 de Octubre de 1766, dirigida a D. Pedro Cevallos, le daba cuenta de lo hecho hasta entonces y de las incidencias de su encuentro con los portugueses. Escribía desde el Campo del Corral Alto y decía cómo en la márgen occidental del Itenes y como a dos cuadras de la estacada de Santa

---

[9] A. de I. Charcas 120-4-19. V. la carta de Pestaña a Amat, fha. Plata 30 de Nov. 1763, por la cual se deduce que D. Juan, con demasiado optimismo, pensaba nada menos que en apoderarse de Mattogrosso y desalojar de aquel puesto a los portugueses.

Rosa había levantado una batería con dos cañones de a ocho y dos de a cuatro para batirla, pero habiendo tenido noticia de la llegada a Río Janeiro del navío mercante *San Lorenzo,* el Consejo de Guerra por él convocado, decidió que la batería se deshiciese, porque de lo contrario los portugueses echarían mano de este motivo para apoderarse del valioso cargamento que conducía aquella nave. A esto añadía que el ejército sufría los rigores del clima y abundaban los enfermos. Que en aquel paraje y en Sta. Rosa la Nueva habría unos setecientos cincuenta y ocho hombres, a los que había que agregar otros cien, del destacamento de los pueblos de Baures que en total eran ciento cincuenta y siete. Como se acercaba la época de las lluvias iba a ser imposible permanecer en aquellos lugares. Se refiere luego a la ventajosa posición que ocupan los portugueses y a lo bien defendida que la tienen, a lo que se añade que solo puede ser atacada de Agosto a Noviembre, porque el resto del año se inunda todo el terreno en aquella banda. Como una prueba de la cooperación prestada por los indios, advierte que en San Pedro había dejado a Aymerich y que, excepto el fundidor, todos los demás oficiales eran de los nativos [10].

Entre tanto la presencia de tan crecido número de soldados en tierras de Mojos venía a ser muy onerosa a las poblaciones, tanto más que se mostraban exigentes en demasía. Por esta razón y porque preveían los misioneros que, después de tantas andanzas y preparativos, no resultaría nada, como lo mostró el tiempo, deseaban vivamente que la expedición se retirase.

Mientras esto ocurría en Mojos, en Madrid, al tenerse noticia de hallarse el Presidente de La Plata previniendo para pasar al recobro del fuerte de Santa Rosa que indebidamnte habían levantado los portugueses, amenazando la existencia de los pueblos de Baures, se le envió una Real Orden, suscrita en Aranjuez el 4 de Julio de 1766,

---

[10] A. de I. Ibid. Es de notar que, fuera de la ayuda prestada por los indios, el Virrey Amat dispuso que se remitiesen a Pestaña 500 fusiles con sus bayonetas, de modo que pudiera armar unos mil hombres. En la balandra de Otaegui y bajo la custodia del Tte. de artillería Piquemans, se enviaron estos pertrechos a Arica, de donde debían ser conducidos a Cochabamba. (Nov. 1765). Amat, en carta de 3 de Enero 1766, juzgaba que a Pestaña le sobraban elementos para tener éxito en la empresa, pero sus cálculos resultaron fallidos.

en la cual se le ordenaba suspender todo acto de fuerza y, dejando las cosas en el estado en que se hallaban, ver de obtener amistosamente lo que se pretendía, teniendo en cuenta que todo dependerá del acuerdo recíproco que Su Magestad habrá de celebrar con Su Magestad fidelísima. Una vez más el gabinete de Madrid cedía ante las influencias de la diplomacia lusitana y refrendaba el avance portugués por tierras que sin duda pertenecían a la Corona de España. Los contratiempos sufridos por la expedición vinieron a darse la mano con la resolución tomada en Madrid, pero entre tanto la presencia de las tropas pesaba casi toda sobre los pueblos de Mojos, bastante exhaustos con las pestes que habían sobrevenido y la pérdida de las cosechas. Por esta razón y porque, después de tantos intentos vanos y tantos alardes de fuerza, no se había conseguido nada, así el Superior de la Misión como los demás misioneros juzgaron que era más conveniente el retiro de las fuerzas expedicionarias. En realidad, si exceptuamos a los cruceños que estaban hechos al clima de Mojos, era manifiesto que con gente advenediza, traída un poco a la fuerza de Chuquisaca, Cochabamba, Valle Grande u otras provincias no habría de tener éxito expedición alguna. Mucho más práctico habría sido armar a los mismos indios mojeños y poner a su frente a algunos oficiales expertos y aguerridos.

4. La órden dada en Aranjuez el 4 de Julio fue trasmitida al Virrey del Perú, el cual no tuvo más remedio que confirmarla, aunque su colega de Buenos Aires, D. Pedro Cevallos, que conocía mejor a los lusitanos, no parece que estuvo de acuerdo. D. Juan de Pestaña, un tanto desilusionado y con la salud quebrantada, presentó la dimisión de su cargo y fue nombrado en su lugar el Coronel D. Juan Victorino Martínez de Tineo. En Mojos había quedado el Coronel de Ingenieros D. Antonio Aymerich y en calidad de segundo el Teniente Coronel, D. Joaquín de Espinosa y Dávalos, los cuales debían efectuar la evacuación de las tropas. En otra R. C. de 20 de Agosto de 1767, dada en S. Ildefonso, se aprobaba su retiro, aunque no se hubieran obtenido los fines por los cuales se había organizado la expedición y se hubiesen gastado muchos miles de pesos. A Aymerich y sus subalternos que permanecieron en las tierras de Mojos, les cupo la poco envidiable tarea de promulgar el decreto de expulsión a los mi-

sioneros y de arrancarlos de aquellas poblaciones que habían fecundado con sus sudores y donde había surgido una cristiandad feliz.

Si los que experimentaron las molestias causadas por la expedición quedaron muy mal impresionados de los que formaban parte de ella y los vieron salir con regocijo, también los soldados dejaron sin pesar una tierra que les había sido ingrata. Uno de ellos, preciándose de poeta, compuso unas décimas que, como una curiosidad, conservó uno de los misioneros. Decían así:

Es Mojos en pocas voces
unas pampas pantanosas,
unas aguas cenagosas,
unos Padres vicedioses,
unos caimanes feroces,
dos telares de algodón,
tal cual caballo rabón,
una maligna terciana,
unas indias con sotana
y unos indios sin calzón.

Es una región sin trigo,
es un perenne hormiguero,
es un terrible tigrero,
un Sur, cruel enemigo,
es la muerte, poco digo,
es un infierno a los ojos,
es murciélago con piojos
y si bien lo he de decir
cuanto mal puede venir
es definición de Mojos [11].

5. Pondremos término a este capítulo, dando las biografías de algunos insignes misioneros que vinieron a fallecer en este último período de tan apostólica misión. Sea el primero el P. Gaspar Von der Weib o de Prato, como se le llamaba comúnmente. Había nacido

[11] Diario de un Jesuita Desterrado... Florencia. Bib. Nac. Nuovi Acquisti, 151. Vol. 3, f. 822. Ha sido publicado en buena parte este Diario en la Biblioteca Hist. Peruana, vol. V, Lima, 1947.

en un cantón de la Suiza alemana y había ingresado en la Provincia de Baviera el año 1704. Ordenado de sacerdote se ocupó en dar misiones rurales, pero, deseando trabajar, en las de infieles, pidió le enviaran a ellas. Aceptóse su oferta y pasó a Sevilla, en donde se ocupó con mucho celo y notable éxito en ganar para Dios a los extranjeros que allí acudían a sus negocios. Tanto bien hizo entre ellos que el P. Provincial de Andalucía quiso retenerlo. En 1717 se embarcó en compañía del P. Francisco Rotalde y habiendo llegado a Buenos Aires, se encaminó al Alto Perú. Una vez en los Mojos se le destinó al pueblo de San Martín que estaba en sus comienzos y desde este puesto se dedicó a la reducción de las tribus infieles del Itenes. Comenzó por los *Guarayos* y entre ellos fundó el pueblo de San Miguel. Estos indios eran de los más bárbaros que se conocían y tenían el vicio de comer carne humana. Estaba el Padre ocupado en catequizarlos, cuando supo que habían desenterrado a una india, muerta hacía dos días, para comérsela y tuvo que estorbarlo. Mudó de sitio el pueblo, levantándolo entre el río Itenes y la laguna Topio. Más adelante volvió a variar de lugar y pasó a ocupar un sitio en el Palmar cerca del río Baures.

Después de conquistar a los *Guarayos,* continuó el río Itenes arriba, en busca de los *Mures,* a los cuales no fue fácil reducir, por su inconstancia. Como por otra parte estas tribus de Baures eran rivales entre sí, era costoso unirlas en una sola población, pero el Padre con gran paciencia y con el conocimiento que tenía de su lengua los fue dominando poco a poco. Se hallaba, además solo y por la distancia no se le podía socorrer con lo necesario. Alguna vez, no teniendo qué comer, se fue a la Iglesia a pedir al Señor el remedio y, al salir, una india desconocida le trajo una cesta de cacao y se alejó. Todos estos trabajos los llevaba con grande ánimo y, aunque destituído de todo, no le arredraba cosa alguna. Una erisipela maligna lo fue consumiendo y en la cuaresma del año 1755 se agravó su estado con el trabajo y quedó paralítico de medio lado. No duró mucho tiempo, pues el 27 de Marzo de dicho año entregó su bendita alma a Dios, a los setenta y tres años de edad y treinta y siete de Misionero. Escribió su Carta de Edificación el P. Pascual Ponce.

El P. Juan José de Zabala, natural de Lima donde había nacido el 26 de Mayo de 1696, abrazó nuestro Instituto el 15 de Noviembre

de 1712 y, hechos los estudios y ordenado de sacerdote, mostró deseos de consagrarse a la conversión de los infieles, no obstante su poca salud. Pasó a La Paz e hizo allí su Tercera Probación y luego fue enviado a Mojos, tomando la vía de Coroico, que ya había sido explorada. Fue nombrado compañero del P. Espejo que había fundado la reducción de San José, adonde se habían dado cita indios de diversas tribus. Al mismo tiempo atendían ambos misioneros al anexo de San Miguel, que se convirtió en el campo de sus actividades. Un incendio destruyó su Iglesia y el Padre con grande ánimo entró en ella, desafiando las llamas y logró salvar el Sacramento. Debido a la carestía, se presentó una epidemia en el pueblo y hubo que trasladar a los sobrevivientes a otro lugar. El P. Espejo fue enviado a Desposorios y el P. Zabala debió trasladarse a S. Pedro, pero en el año 1750, el P. Moncada le encomendó la visita de la misión ya que a él no le era posible hacerlo. Fruto de esta visita fue la carta que escribió el P. Zabala en 1751 y reproducimos en el Apéndice. Diez años más tarde vino a fallecer el P. Zabala, posiblemente en San Pedro y el P. Juan de Beingolea escribió su Carta de Edificación. Había vivido en Mojos treinta y seis años.

Merece también citarse al P. Pedro de Rado, hijo de D. Pedro de Rado y Mollinedo, Gobernador de Tarija, villa en la cual nació el P. Pedro. Fue enviado al Cuzco por sus padres y estudió en el Colegio de S. Bernardo y en la Universidad de S. Ignacio. Ordenóse de sacerdote y el Obispo le nombró cura de Checacupe. Una enfermedad le asaltó mientras desempeñaba este oficio y prometió a Dios entrar en la Compañía si recobraba la salud. Se la concedió Dios y entró en el Noviciado. Pidió pasar a la Misión de los Mojos y el Provincial, P. Diego de Cárdenas, se lo concedió. Un año lo pasó en Jesús María, adiestrándose y luego con otros dos misioneros fue enviado a la región de los Baures, campo que comenzaba a ser roturado. Fundó entre ellos a San Joaquín y luego pasó a Concepción. Aquí le esperaban algunos trabajos, por estar formado el pueblo de diversas parcialidades y no avenirse a residir de un modo permanente. Hubo de hacer frecuentes salidas para obligarlos a volver y con no pocos esfuerzos alcanzó a reunir cerca de dos mil. Construyó casa e Iglesia y se señaló por sus virtudes. Como esta región se encontraba bastante alejada del centro de ella, hubo que nombrar un Vice Superior para Baures y el

P. Rado fue uno de ellos. Falleció el 30 de Setiembre de 1749, a los setenta y ocho años de edad y cuarenta y seis de Misionero. Su Carta de Edificación la escribió el P. Nicolás de Vargas.

Para terminar diremos algo acerca del Hermano Adalberto Marterer.

Este Hermano fue uno de los que más contribuyeron al florecimiento de la Misión. Nunca en Mojos abundaron los HH. Coadjutores, parte por la escasez de ellos, parte porque de no tener alguna especialidad no se hacían tan necesarios. De este Hermano basta repetir lo que el P. Ponce anota en su Carta de Edificación: "Fue utilísimo a estas nuestras misiones, cuyas Iglesias se hallan adornadas de hermosos retablos, púlpitos, confesionarios y otras obras magníficas que ejecutó, ya personalmente ya dirigiéndolas por medio de pitipiés y dibujos..." Humilde, trabajador y amigo de la oración y del silencio, dio de sí cuanto podía a gloria de Dios y provecho de las almas de aquellos nuevos cristianos. Su Carta de Edificación la escribió el P. Ponce. Falleció el Hermano Marterer el 20 de Octubre de 1753.

CAPITULO VIII

La expulsión

1. La ejecución del extrañamiento en las Misiones. — 2. Inventarios de los pueblos. — 3. Son trasladados a Lima. — 4. Su embarque para la Península.

1. Se avecinaba en tanto el año 1767 que había de ver la destrucción de las Misiones. En la Audiencia de Charcas había sustituído a D. Juan de Pestaña, que había presentado su dimisión, el Coronel D. Juan Victorino Martínez de Tineo y en el gobierno de Mojos se estaba tratando de enviarle sucesor al anciano P. Juan de Beingolea. El General Lorenzo Ricci en carta al P. Antonio Claramunt de 9 de Julio de 1766, había designado por Superior al P. Gabriel Díaz, que no hacía mucho había entrado en Mojos y en aquel tiempo se hallaba en Desposorios. El cambio no llegó a producirse por la noticia del extrañamiento de la Compañía, pero, impedido como estaba el P. Beingolea de visitar las reducciones, parece que encomendó esta tarea al P. Francisco Javier Quirós, su compañero en San Pedro.

El Presidente de la Audiencia aprovechó la presencia del Coronel Aymerich y de unos doscientos cincuenta, entre oficiales y soldados, resto de la malhadada expedición que había de desalojar a los portugueses de la Estacada, para encomendarles la ingrata tarea de expulsar a los Padres de las Misiones. Algún bochorno debió experimentar la tropa al recibir este encargo, pues, por una parte, no había logrado el principal intento para el que fuera enviada y, por otra, tenían que estar agradecidos a los Padres, sin cuyo auxilio apenas

habrían podido subsistir. La presencia de este destacamento hubo de facilitar la tarea, pero la cosa no fue tan llana como a primera vista pudiera parecer y conviene advertir que sin la buena voluntad de los Padres y su cooperación habría sido muy difícil por no decir imposible sacar de las reducciones, sobre todo de las más distantes de Santa Cruz, a los misioneros. A ello habría que añadir la excitación que la noticia tenía que producir entre los indios, los cuales, a no haberse aquietado con las razones que les dieron los Padres, se habrían opuesto a que abandonasen sus tierras.

Basta para convencerse de ello el hecho siguiente. La expulsión se había verificado en Santa Cruz el día 4 de Setiembre y pronto trascendió a Mojos. Se hallaban en el puerto de Paila unos indios Canisianos que habían venido trayendo el equipaje de la tropa y no bien se enteraron del suceso, decidieron volverse sin haber dado término a su comisión. Uno de los que hacía de jefe de ellos intentó detenerlos pero fue herido en la refriega y la mayoría se puso en fuga. Al llegar a las reducciones esparcieron la noticia y en Loreto los indios comenzaron a aprestarlo todo para huir y esconderse en los bosques. Hubo de calmarlos el misionero y con su autoridad los hizo desistir. En Trinidad se repitió la escena y el doctrinero hubo de citar a todos a la Iglesia y allí desde el púlpito les explicó el hecho y alegó los motivos por los cuales no debían desamparar el pueblo. La alarma llegó hasta San Pedro y la efervescencia de los indios llegó a oídos de Aymerich. Este no se atrevió a continuar su viaje hasta recibir del Superior las seguridades del caso.

Había recibido la Real Orden en carta de 19 de Julio de 1767 y solo el 5 de Octubre pudo intimarla al P. Juan de Beingolea. Decíale así: "R. P. Superior. El Real Decreto de S. M. (q. D. g.) fecha de primero de Marzo de este año, copiado a la letra, incluyo a V. R. para que lo haga saber a todos los PP. Doctrineros de estas misiones, quienes con la mayor brevedad y sin demora alguna tengo por cierto se conformen en todo lo que S. M. manda y respecto de haver llegado a este pueblo, por lo pronto, seis sacerdotes que deben sustituir y entrar al cuidado de estos habitantes, ordenará V. R. a los PP. que se hallan con el cuidado de los pueblos de la Santísima Trinidad, San Javier, San Pedro, Santa Ana y la Exaltación que, sin pérdida de instante, formen un Inbentario de todos los efectos y estancias per-

tenecientes cada uno a su pueblo, créditos y débitos que tengan en las Procuradurías y cajas de seculares, correspondientes a lo que, como Procuradores que han sido cada uno del pueblo de su Doctrina, sea también perteneciente a los indios de ella: plata labrada, sellada y, generalmente, alhajas, hornamentos y demás de la Iglesia y Sacristía, archivos y librerías, con separación estas a quienes pertenecen o si todo es del pueblo que han doctrinado, de modo que se evidencie con la mayor claridad lo que es de cada pueblo, el que firmará bajo de juramento cada uno de los PP. Doctrineros, a cuyo cuidado esté la misión y me lo entregará en este de Loreto, al tiempo de su retirada, dejando todos los efectos cerrados y entregadas las llaves a los indios de confianza, si la tienen y las de las alhajas de sacristía e Iglesia se traerán consigo, para que no haya alguna irreverencia y para que se le entreguen al nuevo cura, dejando impuestos a los indios sacristanes que las manejan, dónde se halla cada cosa para quando llegue el cura propietario.

En el término de seis días u a lo más ocho, contados desde el día 8 del presente mes, los PP. Doctrineros que ocupaban las expresadas doctrinas de Trinidad, San Javier, San Pedro, Santa Ana y Exaltación, se pondrán en marcha para esta de Loreto, conduciéndose cada uno en canoa del pueblo que deja, con los víveres necesarios, cocineros y algunos sirvientes para su asistencia en el viaje hasta Loreto, desde donde se transportarán por tierra a Santa Cruz y regresarán las canoas a su pueblo. También traerán en su compañía otra canoa con algunos indios principales y justicias del pueblo, cocineros y sirvientes para que en este pueblo reciban a su nuevo cura, pues, como faltos los indios de idioma castellano, se hace preciso les explique el Padre que sale el recivo y demás que conduzca, quando se les entregue el nominado cura, para que lo conduzcan al pueblo, dejándolos bien impuestos antes de su salida en la resolución de S. M. y que, como a fieles y leales vasallos suyos, deben conformarse con sus reales disposiciones y poniéndolos también en que serán asistidos y cuidados, sin experimentar el menor perjuicio en su trato, franco comercio con todos los españoles, cuyo idioma deberán aprender y últimamente cuanto comprenda cada doctrinero *pueda ser favorable a los intereses de S. M.* para quietud y sosiego de estos sus pueblos y vasallos, a favor de quienes, por conservarlos en reposo y libertarlos

de ser invadidos, ha hecho los grandes gastos y expendios de conducir tropas y demás que a ellos les consta [1].

Igualmente encargarán a los que queden cuidando el pueblo, en la ausencia suya y del cura propietario, la obediencia, quietud y sosiego, interin la expresada demora que será lo más breve que sea factible. También para que con motivo de la salida de la expedición enviada a las Misiones les falte los auxilios acostumbrados en cada pueblo, noticiaré al Sr. Presidente de Charcas y le suplicaré haga se remita a los pueblos los efectos que estén en Paila, respecto a que considero estarán escasos, por no haber salido cuasi efectos a las Procuradurías ni haber entrado en estas misiones, por falta de canoas, con la ocupación que han tenido en la salida y entrada de tropas y pertrechos del Rey por la expedición.

Ordenará V. R. que cada doctrinero deje un apunte del método y distribución en los oficios de los empleados en la casa, Iglesia y demás oficinas que en el día tienen, a fin de que sigan sin innovar cosa alguna como también que formen un confesonario de castellano y lengua del pueblo, para que no les falte el pronto auxilio que es tan justo y devido, interin se hace práctico en el idioma el nuevo cura y para desimpresionar a todos los PP. Jesuitas de las noticias, que con motivo de lo acontecido en Santa Cruz, en la estancia de Paila, con la tropelía y ningún método con que quisieron prender a los indios de las canoas, que conducían equipajes de los oficiales y demás hechos, alborotando los que hicieron fuga a los pueblos, quando llegaban, consternando todas estas misiones con algunas cartas de Santa Cruz, según tengo entendido, inserto en esta los artículos de la Instrucción que dicen...

Por todo lo cual espero cumpla V. R. y que estén prevenidos los demás PP. Doctrineros de estas misiones, para que a proporción que lleguen los sacerdotes, espero vayan sin demora ni dilación evacuando

[1] La expedición enviada a Mojos, a fin de contener el avance de los portugueses no hubiera podido llevarse a cabo sin la eficaz y valiosa ayuda de los Misioneros y los indios, como ya se ha dicho. A fin de cuentas, nada se logró de positivo fuera de las molestias y vejaciones de parte de la soldadesca. En esta ocasión, como en otras, los lusitanos se salieron con la suya y, después de apoderarse de los pueblos de Santa Rosa y San Miguel, de donde echaron a los Jesuítas, allí se quedaron, con ánimo de proseguir su avance, vista la incuria con que las autoridades españolas defendían su territorio.

los pueblos y practicando lo propio que los mencionados, en inteligencia que desde el día que reciban este requerimiento deben aprontarse para el primero aviso que se les de. Y, respecto que los que ocupan las misiones de Baures deberán salir en canoa por el río Itenes, por ser impracticable por tierra hasta San Pedro, remito a V. R. el adjunto pliego, para que haga lo pasen los indios Cayubabas de esa misión para el Gobernador de la Estacada portuguesa, a fin que deje libre la navegación, para lograr por este medio la más pronta retirada, quando se les avise, comodidad indispensable de los PP. y el más breve cumplimiento de la real voluntad. Dios guarde a V. R. muchos años. Misión de Loreto en Mojos, 5 de Octubre de 1767"[2].

Como se ve el ejecutor del extrañamiento adoptaba todas las precauciones que parecían convenir para el logro de su intento y, para conseguirlo, contaba con la indispensable cooperación de los mismos a quienes iba a desterrar de aquellos parajes. Prometía mirar por el bien espiritual de las poblaciones y también por la comodidad de los desterrados, pero todo ello, como vamos a ver, no pasó de promesas. Los Jesuitas, no bien entraron en Mojos, se aplicaron a aprender la lengua o lenguas de los indios y algunos, como el P. Marbán, escribió el Arte de la lengua Moja y el P. Antonio Maggio, años después, componía el Arte de la Lengua Baure. En cambio de los nuevos curas baste citar lo que en su Informe decía D. Lázaro de Ribera, sucesor de Aymerich: "No se hallará en toda la Provincia un cura que sepa una de estas lenguas para explicarse en el púlpito, por lo que jamás oyen estos naturales una plática. Y quando tienen que auxiliar a alguno van a tartamudear con un quaderno de oraciones que dejaron los Jesuitas". Esto se escribía el año 1790, o sea unos veintidos años después de la salida de los hijos de Ignacio.

La respuesta a la orden que acabamos de trascribir merece también ser conocida. He aquí lo que decía el veterano misionero: "Ilustre Sr. Gobernador. Después de saber es V. S. el que da principio a

---

[2] Arch. Nacional. Sucre. Archivo de Mojos. Tom. 1 y 23. V. también René Moreno. Archivo de Mojos. vol. 2. Carta del Presidente de Charcas al Obispo de Santa Cruz, Herboso. En ella le dice que es preciso activar la salida de los misioneros y para apremiarlos convendría privarles de celebrar la Santa Misa, porque "teme que baste un solo jesuíta para sublevar a los indios."

este nuevo gobierno, del que espero pase V. S. a aquellos mayores puestos dignos de su grande mérito y de lo que tendré singular consuelo, digo que haviendo llegado el pliego de V. S. oy ocho del corriente, entre las nueve o diez del día y visto lo que decreta nuestro Rey, que Dios guarde y según lo que él nos ordena... ya oy mismo por la tarde ba un propio, llevando el dicho decreto y órden a los PP. de Exaltación para que, visto, lo remitan a Santa Ana y, luego que vuelva, irá a San Javier y al pueblo de Trinidad y para que mientras baja no ignoren lo que pasa, en este propio que vino de la Trinidad, que digo saldrá luego, escribo al Padre y a los demás... por mayor lo que contiene la órden y así avisen de todo lo que tiene el pueblo de alhajas de Iglesia haciendo como su inbentario y todo lo demás que dejan en el pueblo.

También remití el pliego del Gobernador de Mattogrosso, para que luego se conduzca a la fortaleza portuguesa. Quedo rogando al Señor por la importante salud de V. S.... S. Pedro y Octubre 8 de 1767. Juan de Beingolea.

No era cosa fácil el trasladarse de una reducción a otra, así por la distancia como por la falta de canoas, como el mismo Aymerich reconoce en su carta, pero todo esto no fue parte para que el 15 de Octubre, o sea unos seis o cinco días, después de recibida la órden, se presentasen en Loreto los PP. Rivadeneira de Trinidad y José Ignacio del Río y Juan Manuel Iraizos de San Javier. Cinco días más tarde, o sea el 20 de dicho mes eran enviados a Santa Cruz, bajo la custodia del Subteniente D. José Franco, los citados misioneros y los dos de Loreto, José Reysner y Buenaventura Galván. El P. Reysner, anciano de setenta y cuatro años, preveía que no le iba a ser posible arrostrar las molestias del viaje que le esperaba y había suplicado a Aymerich que, encontrándose achacoso e impedido de montar a caballo, le dejase en el convento de la Merced de Santa Cruz. Así lo escribía Aymerich al Gobernador interino D. Luis de Nava [3]. Conducido en una hamaca por los indios que le habían traído en canoa, llegó a Santa Cruz juntamente con sus compañeros en los

[3] Bib. Nac. Chile. Santiago de Chile. Mss. Jesuítas. vol. 15, f. 13. En este mismo vol. pueden verse los autos seguidos por los nuevos curas contra los indios que, disgustados por la expatriación de los Jesuítas, intentaron sublevarse contra ellos.

primeros días de Diciembre. No obstante lo que había representado, se le obligó a encaminarse a Chuquisaca con los demás, pero al ir a montar a caballo, le sobrevino un fuerte insulto y, habiendo llegado el hecho a noticia del Obispo, este pidió que suspendiese su marcha [4]. Repuesto un tanto de su mal, hubo de proseguir la penosa ruta en compañía de otros desterrados, hasta morir piadosamente en Cartagena el 14 de Mayo de 1768, de los cuales había pasado en Mojos treinta y cuatro.

No fue más venturosa la suerte de otro anciano, el P. José Reyter, Vice Superior de las Misiones y cura del pueblo de Magdalena entre los Baures. Hallábase enfermo en cama cuando recibió la órden de salir al destierro. El mismo Aymerich, a quien no se ocultaba el estado del Padre, le escribía al Teniente Coronel Joaquín de Espinosa, desde Loreto el 5 de Enero de 1768, que dispusiese todo lo necesario para que saliesen los dos Padres del pueblo y fuesen conducidos a Paila y por el río Machupo debían continuar a San Pedro y refiriéndose al P. Reyter, le decía: "le animará V. S. a que siga con su compañero, pues no puede quedarse ninguno y espero lo aliente V. S. con su buen modo... pero nada menos que quedarse, aunque haya de morirse por el camino..." [5]. Por lo crecido de los ríos no pudo el P. Reyter y su compañero, Nicolás Susich, salir tan pronto como quería el comisionado, pero el 15 de Febrero alcanzaron a llegar a San Pedro, donde hubo de detenerse dos días el anciano misionero. Por fin el 7 de Marzo de 1768 abandonaban la reducción de Loreto en compañía de los doctrineros de San Ignacio y de Reyes.

El 1 de Noviembre de 1767 salían de San Pedro el Superior, P. Juan de Beingolea, su compañero el P. Francisco Javier Quirós y los doctrineros de Exaltación, García y Quintana y Troconiz y del Corro, de Concepción y Santa Ana respectivamente. Todos estos fueron entregados a la custodia del Subteniente Lorenzo Miranda. A su vez de Loreto salieron el 7 de Marzo, los misioneros de Magdalena y los de S. Ignacio (P. Claudio Fernández y Tomás Arias) y Nicolás Sar-

---

[4] Ibid. Mss. Jesuitas. vol. 315. V. Bib. Nac. Sucre. Colec. René Moreno. Arch. de Mojos. vol. 1.

[5] Ibid. Mss. Jesuitas. vol. 326. fol. 90.

miento de Reyes, todos ellos conducidos por el capitán Francisco Ubago. Los doctrineros de Baures, los más distantes, abandonaron aquel campo de sus fatigas el 7 de Marzo y se concentraron en Loreto, de donde zarparon el 17 de Abril a cargo del Teniente D. Francisco Durán. Eran los PP. Uria de Concepción, Maggio de San Nicolás, Eder de San Martín, Usay de S. Joaquín, León de San Simón, a los cuales se unieron los PP. Blanco y Borrego de San Borja [6].

Todos ellos siguieron a Chuquisaca y desde esta ciudad se encaminaron a Oruro, de donde fueron remitidos a Arica, lugar en el cual tomaron el barco que había de conducirlos al Callao. En Santa Cruz se incorporaron a los misioneros de Mojos algunos de la Provincia del Paraguay, procedentes de Chiquitos, uno de los cuales, el P. Chueca, nos ha dejado una especie de Diario del viaje que hubieron de hacer hasta Lima. Según este escrito, salieron de Santa Cruz el 22 de Mayo y el 2 de Julio llegaron a Cochabamba, de aquí pasaron el 22 de Agosto a Oruro, adonde arribaban el 30. Tras doce días de descanso reanudaron la jornada el 12 de Setiembre y el 30 pernoctaban en Tacna, logrando al fin embarcarse en Arica para el Callao el 22 de Octubre. El 7 de Diciembre arrojaban el ancla en este puerto y el 9 hacían su entrada en Lima, siendo alojados en el Hospital de San Juan de Dios. Para quien tenga alguna idea de la insalubridad de aquellos temples, aspereza de los caminos y molestias que ocasiona el viaje a caballo o mula, no será difícil formarse algún concepto de las penalidades, privaciones y trabajos que hubieron de soportar aquellos abnegados misioneros, a quienes se arrancaba inopinadamente de la paz y relativo bienestar que disfrutaban entre sus indios sin más razón que la voluntad del monarca. Algunos de ellos, aunque hechos a la ruda vida de la selva, no sobrevivieron a esta prueba y entre las víctimas que sucumbieron en el viaje, podemos ci-

[6] Los primeros en llegar a Santa Cruz fueron los de Santa Rosa y Buenavista o Desposorios, como más cercanos, a los cuales intimó el decreto el Gobernador D. Luis Alvarez de Nava el 8 y 12 de Setiembre.

tar entre los misioneros de Chiquitos a los PP. Juan Esponella, Ignacio Chome y Juan Messner [7].

2. Antes de abandonar los pueblos tuvieron los misioneros que proceder a hacer el Inventario de los bienes que poseía la Iglesia y la casa de los Padres. En San Pedro se terminó esta diligencia el día 13 de Octubre y se registraron setenta y cuatro arrobas y ventiuna libras y media de plata o sea tres mil setecientos cuarenta y tres marcos y tres libras y trece onzas de oro. La Casa de San Pedro tenía catorce aposentos y poseía una buena librería. En Loreto se hallaron tres coronas de plata, tres cruces altas del mismo metal, diez cálices y dos copones, otras muchas piezas para diversos usos, de modo que el total vino a sumar once arrobas y diez libras y media, o sea quinientos setenta y un marcos. En la Librería había seiscientos ochenta y seis volúmenes impresos, más treinta y seis manuscritos y otros papeles. En Trinidad el total de la plata labrada llegó a ser de dos mil quinientos ochenta y dos marcos y la Librería contaba con quinientos setenta volúmenes fuera de ciento cuarenta y cuatro que se hallaron en el aposento del Doctrinero. En San Ignacio los libros inventariados fueron doscientos noventa y seis y se hace constar que el pueblo poseía tres estancias de ganado vacuno con nueve mil seiscientas cabezas, mil seiscientos caballos terreros, ciento sesenta y nueve mansos y unas trescientas ovejas. La plata labrada ascendió a mil doscientos noventa y cuatro marcos.

Según el Inventario de Magdalena de Itonamas, el pueblo tenía una estancia de cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y unos dos mil ca-

---

[7] El P. Esponella falleció en el convento de Dominicos de Cochabamba el 11 de Julio de 1768; el P. Chome dejó de existir en el de San Francisco de Oruro el 7 de Setiembre del mismo año y el P. Messner, rindió la vida en Palca, el 27 de Abril de 1769. Su cuerpo fue sepultado en Pachía. El anónimo autor del Diario de un Jesuíta Desterrado, que insertamos en el vol. V de la Biblioteca Histórica Peruana, dice que, hallándose el P. Messner impedido de continuar el viaje por sus dolencias, el inhumano conductor lo obligó a continuar y a fin de evitar que cayese del caballo, pues apenas podía sostenerse en la silla, hizo que un hombre montase a las ancas y lo sostuviese. Pudo así llegar al pueblo de Palca, pero cuando avistaron el pueblo ya el Padre había expirado. Al siguiente día se celebraron sus funerales en la modesta Iglesia del lugar.

ballos. La custodia de una vara de alto, tenía el sol de oro y estaba enriquecida con piedras preciosas. La librería no tenía sino setenta y dos volúmenes. Mucho más rica era la Librería de S. Javier, pues se contaron en ella hasta setecientos cincuenta y nueve tomos y en los aposentos se hallaron otros ciento cincuenta. En Santa Ana, donde realizó el Inventario el P. Francisco Javier del Corro y lo suscribió el 16 de Octubre de 1767, se hallaron doscientos noventa y tres marcos de plata y tres onzas de oro, dos láminas romanas de cobre, seis lienzos de pintura, doscientos catorce volúmenes en la Librería y cuatro aposentos con todo el menaje correspondiente. Todas las oficinas, la herrería y carpintería contaban con los necesarios instrumentos y también los había de música de diverso género, más dos monocordios. En el pueblo de Exaltación los libros de la Biblioteca eran doscientos noventa y dos y en Reyes la plata dio mil setecientos cincuenta y seis marcos de plata, a lo cual había que añadir diez y seis libras y nueve onzas de oro [8]. Como ve el lector las Iglesias de Mojos podían rivalizar en riqueza con las del Perú, aun cuando no entren en cuenta los retablos e imágenes de rica talla que las embellecían y muchos de los cuales habían sido obra de los mismos indios, dirigidos por algunos Hermanos hábiles en el oficio de entalladores y carpinteros. Aun cuando según la relación del viajero francés Alcides d'Orbigny, que recorrió el territorio de Mojos en el primer tercio del siglo XIX, todavía en algunos pueblos se conservaban muchos objetos de plata y los altares resplandecían con el oro que los cubría y las imágenes ricamente estofadas, buena parte de lo dejado por los Jesuitas fue desapareciendo con el tiempo.

3. Los jesuitas de Mojos llegados al Callao el 7 de Diciembre fueron trasladados a Lima y hospedados en el Colegio Máximo de San Pablo que por entonces se encontraba vacío. Aquí fueron visitados por muchas personas amigas de la Compañía y agasajados con la proverbial generosidad de los limeños. El P. Francisco Javier Eder, doctrinero de San Martín, apuntó en su Diario lo mucho que habían hecho en su favor en Lima, enviándoles exquisitas viandas y cuenta que un día se presentó el administrador de un magnate y entregó a los jesuítas un doblón de oro que equivale a diez y seis escudos de

[8] Bib. Nac. Sucre. René Moreno. Arch. de Mojos. vol. 4.

plata y a los misioneros, como más pobres, les entregó el doble. No se mostraron menos solícitas las religiosas de clausura, antes por el contrario hicieron cuanto estuvo a su alcance por remediar la situación de los desterrados. No haremos mención de ellas pero sí vamos a trascribir la carta que el P. Sebastián García, misionero del pueblo de Exaltación dirigió a la Madre Priora de las Capuchinas de Jesús María, desde la Casa de los Desamparados, en donde se hallaba alojado, el 15 de Junio de 1768. Ella nos revela cuáles eran los sentimientos que embargaban el ánimo de los expulsos y cuál era su verdadero dolor al abandonar estas tierras de América. Dice así:

"Mi muy venerada Madre Priora, en ocasión que el mundo arrojándonos de sí nos da el empellón para ahogarnos en el torrente de tan gran tribulación, bien se que las Madres Capuchinas avrán procurado con sus oraciones darnos la mano, para que no perezca la Santa Compañía de Jesús en tamaña corriente de enemigos y trabajos. No dudamos los Misioneros de los Mojos que por VV. RR. ha derramado el Señor sobre nosotros sus misericordias, pues aviendo salido de nuestros pueblos al principio de las aguas, no hemos tenido un aguacero ni río alguno que nos haya afligido ni impedido el caminar, conservándonos su piedad con toda salud, quando saliamos a las punas más frías de los ardentísimos temples de Moxos; contentándose su Divina Magestad con nuestro sacrificio y llevándose solamente a un santo, que se nos murió del frío, tres jornadas antes de llegar a Tacna, caminando sobre la mula[9].

Con esto puedo asegurar a VV. RR. que ha sido grande la conformidad de mis con-misioneros y solo hemos derramado las lágrimas (como al escribir esto van corriendo) con la tierna compasión de aver desamparado aquellas tiernas plantitas tan amadas del Señor y que tanto sudor y sangre han costado a los hijos de la Compañía.

Este sí es dolor, venerada Madre. Esta sí es tribulación y no los trabajillos del cuerpo. Es incapaz el tiempo de secar nuestros ojos ni de borrar tan tierna memoria. Por tanto acudimos por alivio de nuestra pena a las madres capuchinas, tan queridas de Dios para que nos ayuden con sus virginales oraciones a poner cerco al Corazón Divino y rendirlo a compasión de aquellas pobrecitas almas, ver-

---

[9] El P. Messner, misionero de Chiquitos.

daderamente como las de los primitivos cristianos en la inocencia que, sin duda, veremos perderse, pues ellos mismos conocían y lloraban el riesgo. Pues ¿cómo ha de ser posible que unos corazones encendidos en caridad como los de VV. RR. no se enternezcan al ver que se le cierra la puerta al Gentilismo y no acudan por el remedio a su adorado esposo?

Este ha sido pues, mi venerada Madre, el motivo de ponerme por esta a los pies de V. R. que es suplicarle por la sangre del Cordero y por los dulces corazones de María y de Joseph, se hagan VV. RR. cargo de remediar con sus fervorosas oraciones y buenas obras la pérdida de más de 500000 almas que quedan en las Misiones de la Compañía en toda la América; persuadiéndose que al presente no pueden VV. RR. hacer mayor obsequio a Nuestro Señor que pidiéndole por la Santa Compañía y sus amadas Misiones.

Será por último gran merced que V. R. nos haga el ponernos a todos los misioneros a la obediencia de toda su amable comunidad. Nuestro Señor la abrase en su amor y guarde a V. R. muchos años... Desamparados y Junio 15 de 1768. Muy rendido siervo de V. R. Sebastián García" [10].

Estas atenciones que se prodigaron a los misioneros de Mojos las llevaron a cabo también con los jesuitas chilenos que aportaron al Callao a fin de embarcarse para la Península. Por cartas de sus parientes y conocidos muchos habían tenido noticia de la buena acogida que se había dispensado a los jesuitas del Perú a su paso por Valparaíso y del abundante socorro con que habían remediado su necesidad y en justa retribución de esta obra de caridad, los limeños llenaron de atenciones a los jesuitas chilenos, cosa que no pudo menos de consolar a estos.

4. Los misioneros fueron enviados al Callao y algunos ya se encontraban en Lima en Junio del 68, pero otros tardaron algo más y arribaron el 5 de Diciembre, siendo alojados en el Hospital de San Juan de Dios. Por fin, el 22 de Diciembre, se embarcaron en el Callao

---

[10] El P. García había nacido en Lima el 31 de Marzo del año 1714 y entró en la Compañía el primero de Abril de 1728. Enviado a Mojos, se hallaba de cura en Exaltación, cuando sobrevino la orden de destierro. Falleció en Ferrara el 5 de Abril de 1775. V. Mss. C. V. 12.

en dos embarcaciones con rumbo a Panamá, llegando a este puerto el 29 de Enero de 1769. Aquí se unieron con siete jesuitas de la Provincia de Quito, procedentes de Mainas y también con algunos misioneros de Chiquitos, a los cuales se había agregado el jesuita mendocino, Juan José Godoy, de la Provincia de Chile, el cual, escribiendo a su hermano, el Pbro. D. Ignacio Godoy, le decía: "Estoy en vísperas de embarcarme aquí en Lima con otros diez y seis jesuitas de los Misioneros de Mojos y Chiquitos, hoy 21 de Diciembre, para ir por vía de Panamá. Me junté con dichos Padres en Oruro, sesenta leguas más acá de Chuquisaca y vinimos por tierra hasta Arica, en donde nos embarcamos y haciendo escala en Ilo y otra en la Nazca, llegamos al Callao el 5 de dicho mes y nos han hospedado en el Hospital de San Juan de Dios y asistido por los religiosos con mucha caridad. Han sucedido cosas que no están escritas y otras, aunque estén escritas, son de los tiempos muy antiguos" [11]. Los misioneros de Mojos que salieron el 22 de Diciembre eran los siguientes: El Superior, P. Juan de Beingolea, José Ignacio del Río, Francisco Javier Eder, Juan Borrego, José Reyter, Nicolás Susich, Alfonso Blanco, Claudio Fernández, Manuel de León, Tomás Arias, Nicolás Sarmiento, Antonio Rivadeneira, Antonio Usay, Esteban Troconiz, Alejo Uria, José Reysner y Sebastián García.

En Panamá se detuvieron cerca de un mes y luego salieron para Chagres adonde llegaron el 5 de Marzo, sufriendo los rigores de aquel ardiente clima y en una balandra pasaron a Portobelo, en donde se encontraban el 11. Dos días hubieron de aguardar en este puerto y al fin salieron en la embarcación que los había conducido hasta allí y era propiedad de un mercader francés de apellido Surville. Zarparon rumbo a Cartagena pero el viaje fue accidentado: encallaron

---

[11] V. Informe al Director General de Temporalidades. Papeles remitidos de La Paz y Potosí. Bib. Nac. Lima. Ms. 0004 f. 479 y s. y Ms. 0003 f. 353 y s. El P. Juan José Godoy que había de distinguirse más tarde por sus ideas en pro de la emancipación americana, llegado a Italia, solicitó su secularización y como tal residía en Massacarrara, en Octubre de 1711. Más tarde huyó de Italia y aparece como prófugo en la lista de los expatriados desde el año 1782. Tiempo antes había emigrado a los Estados Unidos, donde se encontraba en ese año. Pensó en trasladarse a los dominios españoles de América y en 1785 se expidió un decreto, ordenando su prisión, en caso de aportar a Indias, como se temía.

en unas rocas y perdieron el timón; frente a Bocachica les cogió un temporal muy fuerte y con bastante trabajo lograron dar fondo en la bahía el 25 de Marzo. Aquí tuvieron también que aguardar la salida del barco que había de conducirlos a la Habana y en el entre tanto falleció el cura de Loreto, P. José Reysner. Aprovechando los navíos que conducían tropas a Cuba, salieron el 11 ó 12 de Mayo y llegaron a la Habana el 13 de Junio. No se les permitió bajar a tierra y unas dos semanas más tarde fueron trasbordados casi todos a la urca, denominada la "Sueca" en la que atravesaron el océano, llegando a Cádiz el 24 de Agosto de 1769, poco más de año y medio desde su salida de las misiones.

El ya citado Juan José Godoy, escribiendo a su hermano, desde el Puerto de Santa María, el 28 de Octubre, le dice: "He padecido innumerables trabajos, peligros y sustos, desde Lima hasta este puerto... De Lima pasamos a Huanchaco, puerto de Trujillo, de aquí a Paita y de aquí a Panamá: de Panamá a Chagres, Portobelo y Cartagena... de aquí nos embarcamos en siete navíos grandes con más de mil soldados que se transportaban de Panamá y a los dos meses hemos llegado. Hay aquí en el Puerto de Santa María cerca de trescientos sujetos de todas las Provincias de Indias, entre viejos y mozos y de ellos casi cincuenta de nuestra Provincia (de Chile). Hace más de ocho meses que no sale ninguno para Italia y hasta ahora no se le ha hecho cargo a ninguno de los que están como presos o apartados y con menos comunicación que los demás".

A los jesuitas extranjeros se les concedió volver a su país de origen y en efecto muchos de ellos pudieron volver a su patria. Los españoles y americanos pasaron a Italia y allí corrieron la suerte de sus hermanos, siendo distribuidos en las legaciones de Bolonia o Ferrara, salvo los llamados disidentes que permanecieron en el territorio de Génova.

CAPITULO IX

Decadencia de la Misión

1. Paulatino desmonoramiento de la Misión. — 2. Disminuye la población. — 3. Estado de sus templos. — 4. Reparos puestos a los Misioneros.

1. El cuadro que hemos trazado de la Misión de los Mojos quedaría incompleto si no echásemos una mirada sobre la suerte que corrieron todos los pueblos levantados por los Jesuitas, después de la expulsión de los que habían sido hasta entonces los verdaderos Padres de los indios. Su salida marcó el comienzo de la ruina de aquella floreciente misión, en donde los jesuitas del Perú habían reducido a vida civilizada a cerca de treinta mil indígenas. En vano se trató de suplirlos por religiosos o curas seglares, en vano se procuró conservar los usos y costumbres entablados por los misioneros de la Compañía; el Informe que en 1788 daba un sucesor de Aymerich, D. Lázaro de Rivera, es en realidad desastroso [1]. Gabriel René Moreno, el erudito investigador de la Historia de Mojos, sintetiza muy bien el momento en que empieza a operarse una transformación en el territorio habitado por estos indios, al desampararlo los Jesuitas. "Es aquel, dice, un momento importante para la historia. Marca con sus minutos y segundos en las tablas del tiempo el vértice de la prosperidad de Mojos. Hasta allí subieron y desde allí descendieron hasta su actual ruina aquellos nobles indígenas" [2].

---

[1] René Moreno. Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos. Santiago 1888.
[2] Ob. cit.

Es verdad que a los principios los Jesuitas fueron reemplazados por curas seculares, algunos de los cuales llegaron a los pueblos antes de la salida de los misioneros y de sus manos recibieron cuanto pertenecía a las Iglesias, pero ni en número ni en calidad podían compararse con estos. Se señalaron dos para los pueblos más importantes, el uno con seiscientos pesos de sínodo y el otro con cuatrocientos, suma bastante halagadora para aquel tiempo, de modo que el primero atendiese a la administración temporal de la doctrina y el otro al bien espiritual de los indios. Los nombrados fueron diez y siete o diez y ocho, escogidos acá y allá y tan precipitadamente que algunos no habían recibido todavía el órden de presbiterado. Se les dieron las debidas instrucciones, pero bien pronto empezaron las defecciones. Ignorantes del idioma y desprovistos del celo que solo atiende al bien de las almas, se malquistaron con sus ovejas, que no podían menos de recordar a sus antiguos Padres y, antes de un año, el 20 de Enero de 1768, el Obispo de Santa Cruz, D. Francisco Ramón de Herboso, hubo de intervenir en los litigios que se suscitaron de una y otra parte. Hubo alguna honrosa excepción y entre ellas merece citarse al beneficiado de Santa Cruz, el Licenciado Andrés del Campo, que se consagró a su ministerio con ardor apostólico y en el año 1783 penetraba por las tierras de los infieles Yuracares y fundó entre ellos en 1791 el pueblo de San Carlos.

Pese al Reglamento que formuló el Obispo Herboso y mereció ser aprobado por el Monarca el 15 de Setiembre de 1772, la escasez de clero y la inercia de muchos fue causa de la decadencia de los pueblos y del abandono en que muchos de ellos quedaron, si se exceptúa algunos de los mayores, como Loreto, Trinidad, Reyes y San Pedro. El gobierno español trató de que no se introdujese mudanza alguna en el régimen civil y político de las doctrinas, pero faltando el misionero que era el alma de toda esta organización, las cosas tenían que tomar otro rumbo. Buen testigo de esta decadencia fue el Intendente D. Francisco de Viedma, el cual en su Informe al Virrey de Buenos Aires del año 1788, no vacila estampar estas palabras: "En los jesuitas causaron la prosperidad de los pueblos (los medios adoptados), en los curas la desolación... el saqueo de los templos en los ricos y exquisitos adornos que quedaron por la expulsión... abandonada la industriosa actividad de los indios, perdida la inocencia en el ocio y

perversidad de costumbres..." y unas líneas antes había dicho: "Estos religiosos, a impulsos de una fina política y dedicada aplicación, consiguieron poner en aquellos pueblos en el mayor grado de prosperidad..." [3].

Casi por el mismo tiempo D. Lázaro de Rivera, Gobernador de Mojos, remitía también una extensa información sobre el territorio que le había sido encomendado y en ella se expresaba así: "Quince pueblos llenos de felicidad y opulencia dejaron los jesuitas al tiempo de la expatriación con una población de 30000 almas, aproximadamente. En el día se han reducido los límites de la Provincia a solo once pueblos, los más sin fondos, sin ganados y en su última declinación, contando una población de 20000 almas... El ganado vacuno y caballar que ofrecía un manantial inagotable de riquezas no se han contentado con destruirlo en las multiplicadas matanzas que han hecho para lucrar el sebo, privando a los indios de su principal subsistencia sino que han abierto a los portugueses todos los caminos para que entren a la parte de este despojo a cambio de oro... Las caballadas pasaron enteras al fuerte del Príncipe de Beira y a la famosa ciudad de Santa Cruz... No es fácil concebir cómo una provincia que ofrece tantas ventajas a nuestro estado se halle abandonada en estos términos. Los indios más industriosos, hábiles y obedientes que el Rey tiene en estos dominios son los Mojos..." [4].

El Fiscal de la Audiencia de Charcas, Villaurrutia, examinó este informe y aun cuando, cediendo a las ideas de entonces y mirando celosamente por el crédito de las disposiciones reales, no deja de advertir que el gobierno jesuítico de las misiones encerraba algunos absurdos políticos, con todo se ve obligado a confesar que "la decadencia que han tenido los bienes, la industria, los productos, la enseñanza y las costumbres de los indios en el trascurso de 22 años, que han mediado se pone de manifiesto en los inventarios hechos al tiempo del extrañamiento y las noticias y cálculos arreglados del Gobernador Rivera..." Y añade: "a la salida de los Regulares que-

---

[3] Bib. Nac. de París. Fond Espagnol. 178. Informe General de la Prov. de Santa Cruz de la Sierra. N.° 801.

[4] *Acad. de la Historia.* Madrid. Col. Mata Linares. tom. IX, f. 551. V. en este mismo códice la respuesta del Fiscal de Charcas, Villaurrutia, fha. La Plata 1 de Agosto de 1789.

daron 15 pueblos y ya no existen más que once; dejaron 18304 marcos de plata labrada, 42 ternos, 630 ornamentos, 54345 cabezas de ganado vacuno; 26361 de caballar. Véase en el Informe general del Gobernador la triste pintura del estado a que se ha reducido tanta riqueza" [5].

Los Jesuitas habían impedido que los cruceños y otros, así fueran españoles o criollos, negociaran con los indios para evitar el que estos fuesen víctimas de las trapacerías de aquéllos, pero, al desaparecer los Padres, abrióse la puerta a este tráfico y sobre los inconvenientes del mismo se expresaba así el Gobernador de Chiquitos, Diego Martínez, en carta al Presidente de Charcas, suscrita en San Javier el 12 de Abril de 1768. "El comercio, dice, de estos indios con los cruceños, más convendría no le tuvieran. Vienen a este pueblo y los demás y se reduce a traerles carne seca, tasajo o quesos y en estos rescates, que así les llaman, sale por punto general engañado el indio. Ha llegado la maldad a matar las reses de sus dueños y venderles el tasajo... En cuantos viajes hacen procuran robarles de vuelta cuantos caballos y mulas pueden...". Otro tanto podía decirse de los Mojos, aunque estos, por más distantes, no tentaban tan fácilmente la codicia de los cruceños. El mismo Martínez no deja de hacer una pintura lamentable de los curas que habían sucedido a los Jesuitas. En su sentir las misiones no podrían durar en manos de estos clérigos que, sobre creerse cada uno un Rey, sus manejos en lo económico son totalmente diferentes a los que tenían los Jesuitas. Todos ellos tiran a sacar el sínodo antes que llegue y van al que más puede exprimir la naranja. A eso se agrega que son ignorantísimos e inaplicados, en tanto modo que los indios llegan a conocerlos y hacen burla de ellos..." [6].

2. También se dejó sentir, como era natural, la disminución de los indios. Ya al sobrevenir el extrañamiento, la población había su-

[5] El Fiscal que bien podía saberlo dice que algunos curas habían sido procesados por usurpación de bienes, comercio ilícito con los portugueses, escándalos y otros desórdenes, por lo cual proponía la fundación de un Seminario en Santa Cruz, donde se educase convenientemente a los clérigos y se prefiriese en las prebendas y pingües curatos del Arzobispado de Charcas a los que hubieren servido bien en estas doctrinas.

[6] Bib. Nac. Sucre. Archivo de Mojos y Chiquitos. vol. 23, f. 21 y s.

frido algún desmedro así por las pestes como por la invasión de los portugueses y destrucción de algunos pueblos de Baures. No obstante, si se compara el censo llevado a cabo por Aymerich en el año 1768 y el formado por D. Lázaro de Rivera en 1790, se echa de vez algún aumento en la población, pero es preciso tener en cuenta que habían transcurrido veintidos años y que en este espacio de tiempo el crecimiento vegetativo tenía que suplir con creces las bajas que se habían experimentado. Ahora bien, el número de habitantes de Mojos, según Aymerich, llegaba a la cifra de 18535, repartidos en quince pueblos; en 1790 se contaban, según el Gobernador Rivera, 22111 almas, en los once pueblos que abarcaba su jurisdicción. El aumento, como se ve, no era de consideración y es posible que influyera el hecho de haber abandonado algunos los pueblos, al ver que se les privaba de sus curas. En el año 1803, el Gobernador Alvarez de Sotomayor levantaba un nuevo censo y obtenía la cifra de 24.471 habitantes diseminados en trece pueblos. Unos años más tarde el viajero francés, Alcides d'Orbigny, deducía del estudio del Archivo de Mojos que la población era de 22883 indios. En 1874, otro viajero, D. Ramón Correa, la estimaba en unos 12000 y en 1879, el inglés Mathews, que visitó estos lugares, calculaba que los indios mojeños apenas alcanzaban a ser unos 8000 [7].

Por los datos apuntados la población de Mojos fue mermando con el tiempo y una de las consecuencias de esta disminución fue el que desapareciesen algunos pueblos como San Borja, al cual le siguieron en el año 1772 los de San Simón y San Nicolás. Es verdad que con el excedente de Magdalena pudo fundar el Gobernador Zamora en 1791 el pueblo de San Ramón y dos años más tarde surgía también el de Carmen de Mojos, pero la postración se hizo general.

3. Esta alcanzó, y no podía menos de ser así, a los edificios religiosos y a las casas curales, que eran en todos los pueblos los más sólidos y mejor construídos. Alcides d'Orbigny que visitó la región en los primeros años del siglo XIX, cuando aun no se había extinguido la memoria de los misioneros jesuitas, nos ha dejado en sus notas de viaje un elocuente testimonio de la admiración que produjo en su ánimo la magnificencia y riqueza de algunos de estos templos, que

[7] Up the Amazon & Madeira rivers through Bolivia and Peru. London, 1879.

todavía conservaban restos de su pasado esplendor. En el Capítulo XXXIV de su obra, dice que los Jesuitas habían concentrado en San Pedro lo mejor de su tesoro artístico. Por el número de las estatuas de Santos, por las joyas que adornaban a las Vírgenes y al Niño Jesús, por las planchas de plata que decoraban los altares y, sobre todo, por las hermosas tallas de madera, San Pedro no tardó en rivalizar con las Catedrales de Europa y con las más ricas Iglesias del Perú. Se refiere luego a las muchas piezas de plata que se inventariaron al tiempo de la expulsión y calcula que su valor aproximado podría llegar a cien mil francos.

Bastantes años después, un viajero español hizo un recorrido por algunos de estos pueblos mojeños y, refiriéndose a Trinidad, que visitó en 1897, dice lo siguiente: "La ménsula del altar mayor es de plata maciza y aun encima del tabernáculo se muestra una pintura de la Santísima Trinidad bastante aceptable, pero retablo, presbiterio, púlpito, la Iglesia toda está embadurnada de cal y yeso de suerte que lo de más mérito que son los tallados y molduras de madera, ni se ven ni pueden apreciarse... Hay en la Iglesia del pueblo de Exaltación tres cajones, como los llaman o retablos en armarios, que representan el Nacimiento de Jesús, la Purificación de la Virgen y la Degollación de los Inocentes. Los tres son obras acabadas de imaginería. Tendrá cada uno cuatro varas de alto por tres de ancho y en tan pequeño espacio el artista ha amontonado figuras y escenas talladas en miniatura con perfección tanta como los cuadros burilados de Durero... Del pueblo de San Nicolás hasta el recuerdo se ha perdido. San Borja fue abandonado por los curas que sucedieron a los jesuitas. Magdalena, pueblo de mucho fuste, como le apellidó el Gobernador Rivera, con ser todavía el mejor conservado de Mojos, no tiene arriba de mil almas. Loreto y San Pedro, tan populosos y florecientes en los anales de la Misión, ya no tienen calles y al segundo ya le falta su fuente de la plaza..." [8].

Este desmonoramiento de la gran obra civilizadora que la Compañía del Perú realizó en los llanos de Mojos es el mejor argumento de los trabajos y afanes que demandó el crear esa floreciente cristiandad en las márgenes de los ríos Mamoré y Guaporé. La paciente y abnegada labor del misionero desbrozó la selva, fabricó viviendas

[8] Ciro Bayo. *El Peregrino en Indias*. Madrid. Sucesores de Hernando.

sanas, fertilizó los campos e hizo que en torno de la Iglesia y de la casa cural se agrupasen cientos de pobladores, a los cuales enseñanron los más variados oficios y a vivir la vida propia de los hombres civilizados. El trabajo, el buen orden y administración de las riquezas del suelo hicieron que no escasearan los alimentos y que se pudiera procurar a todos un más que mediano bienestar. Por esta razón las doctrinas florecieron y la vida en ellas se hizo hasta cierto punto agradable. La escena mudó rápidamente con el éxodo de los Padres y las consecuencias de esta medida las experimentaron en primer lugar los pobres indios. Por eso no es de extrañar que ellos añorasen siempre a los que habían sido sus pastores y padres y que no pudieran olvidarlos, trasmitiendo a sus hijos el vivo sentimiento que hubo de causarles su partida.

De ello nos quedan diversos testimonios y sea el primero el que transcribe el ya citado viajero español en su *Peregrino en Indias*. Refiriéndose a la estima en que tienen sus Iglesias, dice: "Los indios asisten con regularidad al templo, con el cariño con que un hijo visita la casa solariega. Es el único lugar donde se les ve entrar confiados, arrogantes, con el corazón tranquilo, como si se envanecieran de la obra de sus mayores y se deleitaran con las ceremonias de un culto cuyos altos misterios si bien no comprenden, elevan su espíritu"[9]. Casi medio siglo antes, otro viajero francés, el Conde de Castelnau, dedica estas frases a los indios mojeños. "El respeto que muestran a las autoridades y a sus curas es sin duda grande, pero con frecuencia se quejan de que unos y otros no entran en sus tierras sino con el fin de enriquecerse... Entonces hablan con amarga pena de aquellos buenos Padres que los gobernaban solo atendiendo a su bien y sin ningún interés. Aludían, con los ojos bañados en lágrimas, a aquellos sacerdotes, ilustrados y humanos, que venían a pasar su vida en estos desiertos". Este sentimiento, añade este autor, es general en todos los pueblos que doctrinaron los jesuitas y por eso la mejor alabanza que pueden hacer de un cura secular que tiene cuidado de ellos, es decir: este es un verdadero Padre de la Compañía[10].

---

[9] Ibid.

[10] *Expedition dans les Parties Centrales de l'Amerique du Sud. Histoire du Voyage*. Tom. 3. p. 213. Paris, 1851.

4. Los detractores de la Compañía, entre los cuales habría que citar a G. Desdevises du Dezert, que modernamente ha estudiado el último período de la Misión de Mojos [11], no han dejado de señalar algunos lunares en la obra misionera, como tampoco han faltado las críticas a las reducciones del Paraguay. No negamos que hubiera adolecido de algunos defectos la evangelización y organización de las tribus de Mojos, pero, analizando con imparcialidad los hechos, hay que reconocer que ellos desaparecen ante el resultado obtenido. Por otra parte, es algo problemático el que con otro sistema se hubiese conseguido más de lo que se obtuvo y, bajo algunos aspectos, es indudable que los Jesuitas acertaron, como, por ejemplo, en cerrar la puerta de las misiones a los españoles y advenedizos, aunque se tratara de súbditos de la Corona de España. No bien se abrió la puerta a los tales, los abusos y las tropelias se dejaron sentir y los primeros en lamentarlo fueron los mismos indios. Se dice que los Padres, ejerciendo una autoridad omnímoda en los pueblos y teniendo en su mano todo el poder, acostumbraron al indio a vivir bajo una especie de tutela y con una libertad muy restringida, pero sería el caso de examinar si fue posible obrar de otro modo y si habría resultado ventajoso el sistema opuesto.

A estos y a otros que ponen tacha en la labor de los jesuitas misioneros, habrá que responder, como lo hizo un notable jurista y hombre público de Bolivia. "Lo cierto es, dice, que la obra arrancada a esta Orden se desmedró rápidamente. Por mantenerla durante más de un siglo trabajaron estérilmente la gobernación del Rey con sus Leyes de Indias y la administración republicana con su derecho público de Salas. Todo fracasó. Sus tribus que habían florecido a la sombra de una suave tutela se ahogaron en el ambiente oficinesco. El jesuita los había incorporado a la marcha de la humanidad en su condición de familias laboriosas, hábiles, de costumbres puras, acudiendo a la vida, sin comprender todavía lo egoísta de la lucha que ella suscita e impone" [12].

---

[11] *Les Missions des Mojos et des Chiquitos de* 1707 *a* 1808. *Revue Hispanique.* Agosto 1918.

[12] Mariano Baptista. *Proemio a las Cartas de un Jesuita.*

Para terminar, copiaremos el dato que el P. Lorenzo Sanvicente S. J. trascribe en su folleto: La Misión del Napo, (Quito, 1894). Un ministro de la Corte Suprema de La Paz, (Bolivia) le refería que, desterrado su padre a Mojos, en su juventud, mediado el siglo XIX, cuando aun perduraba en aquellas tierras el recuerdo de los Jesuitas, solía preguntar en su viaje al indio que le servía de guía, cuando tropezaba con alguna Iglesia, un puente u otra obra notable ¿quién hizo esto? y el indio, conmovido por el recuerdo, contestaba, deteniendo su paso, descubriéndose y derramando lágrimas: el Padre. Por eso no es de extrañar que en las dos o tres ocasiones en que algunos hijos de la Compañía, llegaron a penetrar en Mojos, pese a los años trascurridos y a que las nuevas generaciones no conservaban sino un débil recuerdo de los que habían levantado aquellos pueblos, con todo, eran extraordinarias las manifestaciones de aprecio que les prodigaban y se sentían felices de conocer a los sucesores de los antiguos Padres.

Entre ellas merece especial mención, por haber sido la primera, después del restablecimiento de la Compañía, la misión dada por los PP. Gumersindo Gómez de Arteche, Gabino Astrain y Manzanedo en el año 1887. En Setiembre de 1871 habían llegado al Perú los primeros jesuitas, destinados al Seminario de Huánuco. Diez años más tarde arribaron a la ciudad de La Paz, en la cual se les hizo un magnífico recibimiento y, con la ayuda del Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis, pudo abrirse un Colegio. La noticia se extendió por toda la república y llegó hasta las regiones del Oriente. El Comandante General del Beni, Sr. Urdininea, invitó a los Padres a pasar a aquellos territorios, antes cultivados por la Compañía y donde no se había perdido la memoria de los Jesuitas. El Primer Vice-Presidente de la República, D. Mariano Baptista, apoyó decididamente el proyecto y obtuvo del Gobierno toda clase de facilidades. Pasaron a Cochabamba y de esta ciudad salieron el 4 de Julio, llegando a Loreto el 30, víspera de San Ignacio. Celebróse allí la fiesta del Santo Fundador con toda solemnidad y luego pasaron a Trinidad, adonde llegaron el 13 de Agosto. Sucesivamente fueron misionando los Padres, los pueblos de S. Pedro, San Javier, San Ignacio, adonde arribaron el 25 de Setiembre y de

este punto volvieron a Trinidad, en donde ya se encontraba el primero de Octubre. Tomaron las canoas el 3 de Octubre y el 22 tomaban tierra en Puerto Coni, de donde salieron el 1 de Noviembre para Cochabamba. El fruto recogido fue abundante y se despertó el fervor religioso de aquellos pobres habitantes de la selva, faltos de cultivo religioso. La tarea fue penosa, pero los Padres dieron por bien empleados tantos trabajos, por haber podido reconocer un campo en que tantos otros hermanos suyos habían vertido sus sudores y algunos hasta su sangre.

APENDICE

N.° 1. RELACION QUE EL PADRE / JULIAN DE ALLER DE LA COMPAÑIA DE JESUS DE LA / PROVINCIA DEL PERU Y SUPERIOR DE LA NUEVA MI/SION DE LOS INDIOS GENTILES DE LAS DILATADAS TIERRAS / DE LOS MOHOS (SIC) QUE CONFINAN CON LAS DE SANTA / CRUZ DE LA SIERRA Y SE DIO PRINCIPIO POR EL AÑO DE 1668 A INSTANCIAS DE EL EXMO. SEÑOR CON/DE DE LEMOS VIRREY DE DICHO REYNO LE HASE AL / P. LUIS JACINTO CONTRERAS, PROVINCIAL / REELECTO DE DICHA PROVINCIA DE EL / PERU, SU FECHA A 9 DE SETIEMBRE / DE 668.

Aunque solos 25 días ha que estoy en esta Provincia de los Mojos daré en esta breve relación a V. R. de lo singular y digno de noticias que he observado para que si pareciere conveniente, V. R. la pueda comunicar.

A los 28 de Julio llegué a Sta. Cruz y este mismo día llegó el H. Juan de Soto, cuya detención avia ocasionado en los de S. Lorenzo mucho cuidado y a mí no me le diera poco el ver que quantos encontré desde Chilón a S. Lorenzo, sobre el no dar noticias, añadían recelos de algún caso aciago. Vino el Hermano con diez canoas, muchos indios y entre ellos los principales caciques de los pueblos más cercanos al nuestro y de el nuestro, a quienes así en nuestra casa como en S. Lorenzo, los agasajaron todos. Concluyeron ellos con los rescates que por las piezas de sus tejidos buscavan y sin más esperar salieron de Sta. Cruz y se fueron en 5 de las 10 canoas; las otras 5 apenas se pudieron detener, porque una de ellas con su gente salió para su tierra 6 horas antes que nosotros llegásemos al puerto, con

que cuando llegamos al río, que fue a 4 de Agosto, aviendo salido de S. Lorenzo a 3, solas 4 canoas y 11 indios hallamos que nos esperavan; dispusose el embarcar el avio y las petacas, pero no pudo ser hasta cerca de medio día, porque las carretas que llegaron desde S. Lorenzo solo pudieron entrar hasta la Laguna del Totoral, que está del puerto como media legua.

Dispuesto todo para partir se reconoció ser imposible el que se embarcasen en la ocasión 4 soldados y un Cabo que el Gobernador de S. Lorenzo D. Sebastián de Salavarrieta y Arancibia nos avía dispuesto para el seguro y para lo que allá en la Provincia se ofreciese, todo por disposición del Sr. Virrey que escribió se le encargaba y, sin duda fue, si para nosotros acaso, para la altísima Providencia de N. S. acertadísimo consejo, porque de unos cristianos fugitivos que dicen fueron 2 indios se esparció una hablilla que nosotros íbamos a engañar y a descuidar las gentes, para que después con el seguro entrasen los españoles y se apoderasen de ellos. Esta es la voz que esparcen los viejos y no les falta razón, por lo que en esta Prov. en que estamos sucedió años ha y hay indios viejos que lo cuentan; y en esta ocasión hubo cacique que lo creyó tan de veras que de hecho embió a su pueblo para que los suyos se retirasen al monte y no nos recibiesen, pero N. S. lo dispuso mejor, con que empezamos a navegar por el río abajo; a 5, día de Nra. Sra. de las Nieves, pasamos por las tierras de los Chiquitos y después ya con más seguridad se caminó por espacio de 7 días hasta llegar al Píray; todo el camino es muy apacible, a una y otra parte variados, amenos, los tornos del río muy penosos; caminóse cazando y pescando; encontráronse tigres, gamos, monos, pavas, capiguaras, lagartos ó caimanes grandes y aunque todo servía de alivio para los soles y calor que en las cajas del río es grande la pesca de una capiguara fue sazonadísima.

Es ella animal que pace en tierra y se recoge al río del tamaño y cuerpo de un gran marrano, el pelo es algo alazán, raso y muy áspero, el rostro y cara fierísima y la cabeza y boca disforme; tiene dos dientes arriba y dos abajo, tan fuertes y tan grandes que parecen 4 de caballo; las muelas y colmillos a proporción y por el miedo de los bocados, quedaban con grande cautela los indios en la caza de ella. Llegáronse con la canoa a la orilla donde ella estaba y aunque al punto que los columbró se arrojó al río no fue tan a su salvo que no le

hubiesen ya clavado una flecha. Yo juzgué que estaba ya segura y habíamos perdido el lance, cuando se pusieron como en ala las canoas y esperando como 4 credos que es el espacio que ella puede detener el resuello debajo del agua, vimos que salía la pluma de la flecha que le habían clavado allí asestaron la puntería y apenas sacó el hocico cuando le clavaron otra vez. De esta suerte ella a zambullidos y los indios a flechazos le emplumaron hasta con 8 flechas; rendida ella ya del dolor, quedó algo sobre aguada; asiéronla de un pie y no la sacaron hasta que se ahogó; luego la sacaron afuera y la vimos; partióse y a la noche se hicieron las barbacoas y se asó la carne y se repartió; es de la misma laya que el marrano, tan gorda y tan grande, aunque el olor de marisco causa alguna ofensión, pero no ofende cuando hay hambre.

Llegamos al Piray en donde tuvimos la mayor batería de zancudos que espero tener en mi vida; en toda la noche se pudo dormir; al amanecer con el fresco se retiraron y nosotros hubimos de partir y aunque en la canoa se podía compensar la falta del sueño, así por lo apacible de la embarcación y su seguridad como por el fresco de la mañana. A poco trecho entró el calor y con él el sudor que no dio lugar al alivio que se buscaba. En fin con esta penalidad fuimos caminando hasta entrar en la Provincia: fui viendo algunos pueblos, pero no pudo ser despacio porque los indios bogadores no veían la hora de llegar a sus casas. Pasamos el río de las Palometas seco y llegamos al gran Mamoré, digno de este nombre, porque el río grande que llamamos en el Perú, en su comparación es del tamaño de una acequia: no lo creyera si no lo hubiera visto. Entra apacibilísimo, el agua clara como el cristal (ya desde aquí comienza lo numeroso y fuerte de nuestros Mojos) Llegamos entre otros a un pueblo de un famoso cacique llamado Yucu; salieron indios, niños y niñas, una chusma inmensa; llegaron a mi canoa que estaba en el río, algo distante de la orilla y solo el Yucu se llegó a mi y me cargó en brazos con tanto desembarazo como si cogiera un niño; al subir del río al pueblo que está como los demás sobre barrancas nos salieron a recibir con varios géneros de plátanos, yucas, frutas, aves y pescados y queriendo tratar de hacernos de comer no lo admitimos por pasar adelante. Llegamos a los pueblos de los famosos Meoje y Mateo, a cuyas instancias y petición y más de Machir estamos hoy en los Mo-

jos. Era a boca de noche y no paramos; luego navegando toda la noche llegamos a casa a 20 de Agosto, al rayar el día, en donde me salieron a recibir el P. José Bermudo, casi muerto, convaleciente de una larga enfermedad; y hoy cuando escribo ésta está bueno y alentado, gracias a N. Señor. Después de haber caminado por el río 120 leguas, desde que puse los pies en tierra hasta ayer 8 de Setiembre, la muchedumbre de naciones y lenguas que han venido, hasta gentes enemigas, tan seguras por el agasajo que se había divulgado, que no podré a V. R. significarle lo que vi. Caminóse por estas llanadas inmensas con tanta seguridad y solo uno de nosotros, como pudiéramos por Guayapacha, San Juan ó el Callao, a todos los agasajé, les dí de lo poco que traía, porque jamás pensé lo que vi y les hablé por el intérprete que tenía y les dije que en sabiendo la lengua, iría a sus pueblos, a que todos respondieron que con mucho gusto me recibirían.

Lo más raro es que una nación bravísima y enemiga de estos Mojos, envió un cacique amigo para que viniese en su nombre a que les admitiésemos por amigos y que una Señora les enviaba que se les había aparecido de noche y les había dicho que fuesen al P. Juan, que sabía ella que los admitiría. Este recaudo nos le dieron en secreto, por miedo de los Mojos; yo insté por el intérprete que en qué traje se les había aparecido y me respondieron que no la vieron, por que era de noche; pero que les había hablado y que así venían a ofrecerles la paz y ir a sus tierras que están distantes de esta Provincia, de la cual, a más de algunos indios niños que llevó al cielo, por primicia de esta nueva mies, murió Macusino, asistido del P. José Bermudo y supimos por lo menos de una buena lengua y un español que atestiguan murió con grandísimas muestras de su salvación, porque le bautizaron y en breve murió.

Asimismo fue de mucho consuelo la muerte del Cacique Ybre, a quien asistió el P. José Bermudo que ya a V. R. dá cuenta del caso; a nadie se ha bautizado sino in articulo mortis y hoy aun no hay adulto alguno bautizado; es la primera sola una india que está en este pueblo, muy vieja, estando ya a muerte, que asegurándome el H. Juan que solas 2 horas podía tener vida, porque ya le roncaba el pecho, la bautizé y pasó en esta forma. Vinieron a avisar de que se moría la vieja; yo, echando mano del Catecismo, que ha días tengo hecho, envié al P. José, pero desde mi ventana oí que lo decía tan

mal que no era posible formarse la india concepto de lo que le proponía. Con esto dejé lo que estaba haciendo y fui allá y yo mismo catequizé a la india; ella era viejísima, pero tan dispuesta del ingenio que percibió lindísimamente todo cuanto se le propuso y de más a más le hize hacer actos de Fé, de Esperanza, de amor y de contricción; repetidas veces la dispuse y antes de bautizarla le volví a preguntar al Hermano Juan si le parecía mucho el riesgo. Díjome: Padre, dentro de dos horas será muerta; bautízela y púsela por nombre Lucía; pues la que esperaba para enterrar dentro de 5 horas por su pie me vino a buscar y hoy lo está en nuestra cocina; si ello fue milagro no lo sé, lo que puedo asegurar es que yo la bautizé y no hice el milagro.

Están ya tan hechos los indios en cualquier achaque a llamar, que luego para ellos, hijos e hijas, piden el Evangelio y que les toquemos las cabezas; así se hace y todos sanan: sea N. Señor bendito.

El temple de la tierra es húmedo y caliente, pero sin moscas ni pulgas ni piques, ni vinchucas ni garrapatas ni gegenes; sólo hay zancudos; ahora dicen que 3 meses en el año los hay en cantidad, allá lo veremos. El cielo es muy alegre hasta las 10 del día, en el mayor calor se pasa bien; de allí hasta las 5 de la tarde es un horno; las noches muy apacibles y claras como las del río Grande; a causa de este calor tan excesivo los indios y indias andan todos desnudos, las mujeres de 8 a 10 años se ponen un tipoy que les cubre solo lo que pide la decencia; piernas, muslos y vientre todo vá al aire; en corriendo el Sur que es violentísimo y frigidísimo todos y todas remanecen vestidos con sus camisetas y tipoyes y es necesario poner 3 ó 4 frazadas en la cama, pero lo más raro es que dentro de 2 ó 3 horas que cese el sur luego vuelve el calor como antes.

La gente es muy dócil, apacible y muy doméstica, el gentío y naciones increíble. En fin es un Nuevo Mundo dilatadísimo; en las llanadas, en toda esta tierra no hay una piedra, el río corre tan sereno y sosegado que apenas se percibe hacia dónde vá la corriente, todo el trajín es en canoas; la comida de estos es yuca, mote, maíz, maní, plátanos, pescado y venados que cazan, víboras de cascabel y otras áspides; hay tigres en grandísima abundancia, avestruces, gamos, venados, jabalíes, conejos, antas y otros animalejos, sin los que les sirven para el plato.

La lengua es fácil; en 11 días la aprendí y, al Señor las gracias; sólo me falta copia que el tiempo y Dios la dará, en quien he hallado especialísimo socorro para comprender su armonía que es extraña. Tiene cinco clases de verbos los cuales se reconocen no por la final en que acaban sino por una de las notas en que comienzan que son na, ne ni, no nu; tiene todos los modos y tiempos, partículas muchas y grande frecuencia de vocales; los vocablos largos pomposos, no tienen en su lengua L ni R fuerte sino ligera, con verso de muda y líquida; tampoco D, pronuncian por T; todos los versos acaban en vocal. Tienen un estilo para cosas racionales, otro para todo lo que es no racional, aunque sea invisible y otro para las mujeres; y asímismo tiene por nombres propios para cada estilo; la lengua que más me ha ayudado para esto es la chiriguana ó guaraní; tiene muchos hispanismos, las transiciones son muy fáciles. Dos cosas solas la hacen difícil; la falta del verbo *sum* y el comerse los indios muchas sílabas y el tropiezo donde ofende la lengua guaraní que en los tiempos de los verbos hay mucha mudanza de letras, si bien es verdad que queda siempre invariable la primera sílaba del verbo y la nota que le antecede; ella es hermosísima y copiosa menos para cosas sagradas.

No tienen rastro de idolatrías ni adoración alguna; conocen a Dios y confiesan su Divinidad; a Dios le llaman *Maymona,* que según la frase de su lengua es el que lo mira. Nuestro Señor me ha dado tal presteza en percebirla que la puedo hoy enseñar; la copia no la tengo, esa costará trabajo pero es poco en habiendo reglas.

Según ellas he hecho las Oraciones y Catecismos y todo lo demás tocante a los misterios de la Fé y hecho todo, se lo leí a un indio muy entendido, el cual lo escuchó con grandísima atención y acabado dijo: *Tiuri, tiuricucha,* que es bueno, muy bueno. Entonces le hice decir por el intérprete que a enseñarles aquellas cosas había venido, que viese si quería que se las enseñásemos los Padres y que para eso estábamos en sus tierras. Respondió que sí, de muy buena gana y ya empiezan en su lengua a saber los niños los Misterios y Catecismo de nuestra santa Fé y en sabiendo el H. Juan de Soto, cuidaré yo de la escuela y los adiestraré en las oraciones y resto del Catecismo.

Entre las gentes que quieren ser cristianas, hay dos naciones y cada una de ellas tiene su lengua; no me embaraza eso, porque en

dejando yo aquí padres que hablen la lengua Moja, y solo con 2 ó 3 indios partiré allá y en breve la aprenderé con la gracia de N. Señor.

Vamos ahora a su política. Los Caciques que en su lengua llaman *Chechaco* no tienen jurisdicción alguna sobre la gente de sus pueblos, solo en la ocasión de guerra es cuando gobierna capitanes y manda; en el resto de estas acciones todo es lo que cada cual quiere; verdad es que siempre les tienen respeto. Las cortesías entre ellos son cuando llega una tropa de indios a un pueblo, siéntase el cacique ó principal de los que vienen en un asiento de madera, los demás en el suelo y cuando van viniendo a darles la bienvenida a cada uno, señalandole con el dedo, les dicen: *Bechuacam* quedaos sentados y él responde una palabra entre dientes que jamás he podido percebir; cuando se encuentran por la mañana se dan los buenos días con esta frase: *Piamigopoy* que vale, ya has abierto los ojos; en el resto del día se dan y saludan con decir: *Pitiari*, ahí estás, ó *Pitiapoy*, ya has venido: continuamente se están alabando, cosa ridícula y me causa extraña novedad en gente tan ruda, tanta y tan vana locura.

Viven con grandísima paz y raro es el indio que tiene 2 mujeres y si alguno las tiene es a escondidas; las indias casadas, por rara maravilla se sabe hagan traición a sus maridos; ello es cierto, que está la Provincia muy dispuesta para la luz del Evangelio.

Todos estos pueblos ó rancherías están sobre las barrancas de los ríos, pero ellos crecen tanto y por otra parte las lagunas que tienen de la banda del mediodía los pueblos, se extienden de suerte que en casi todos los pueblos entra cada año el río. Son las casas de bajareques, limpísimas, las en que duermen están siempre como una plata, porque sólo hay hamacas en que duermen y hasta a los enfermos les obligan afuera a socorrer a la naturaleza en sus necesidades; en otra casa grande viven, hilan y guardan sus trastecillos: su labor es algodón; tejen y hilan con mucho primor y en S. Lorenzo tienen mucha codicia de los tejidos de este y otros pueblos; las galas son sartas de chaquiras, visotes y clavos de plata ó estaño, en sus narices y labio inferior y por esto desde que nacen, luego les labran labio, narices y orejas; otras tienen planchas grandes de plata en los pechos, pendientes del cuello; las cunas de los niños son muy hermosas, hechas de cañas, con unas ristras de caracolillos de las lagunas que sirven como cascabeles y con eso adormecen al niño;

acostumbran a darles de mamar hasta 4 ó 5 años. En todos los pueblos es increíble la chusma que hay. Estas son, mi Padre Provincial, las noticias que en tan breve tiempo como ha que estoy he adquirido, para el año que viene irán más y mejores. Entre tanto V. R. como a Padre de esta Misión no la olvide sino que la encomiende a N. Señor. Mojos, 9 de Septiembre de 1669. Julian de Aller.

A. de la H. Madrid. Papeles de Jesuitas. Tom. 4

N.° 2. COPIA DE LA RELACION QUE ENVIO EL P. CIPRIANO BARACE SOBRE LA CONVERSION DE LOS INFIELES. STA. CRUZ. 10 SET. 1680

M. A. P. Provl. - P. X. ... En esta respondo a una sola de VR de 30 de Nov. del año de 79, que fue la que recivi de resulta de la visita, tan templada como amorosa, por la caridad que me haze en oir mis informes, que nunca an sido siniestros y porque aunque miserable delante de Dios, procuro decir la verdad para mayor agrado suyo.

Acertado me ha parecido que VR aya dilatado la última resolución hasta tener noticias más aventajadas y mejores, que las tendrá verdaderas y ciertas, quando venga persona desapasionada, de juicio y satisfacción que visite despacio los pueblos, distancias y número de gente desta Provincia y los circunvecinos della y entonces se le embiará a VR el último informe cumplido y cabal, firmado de todos, con toda distinción y claridad pa que vea VR si será misión de sustancia, antes que se empeñe la Provincia y si no ha de ser empresa de tomo y lomo, escusado será tan gran empeño porque no podrá conseguir su efecto.

Harto corto es el número de los Moxos, siendo este el punto esencial de la misión, que por mi cuenta y por 3 bueltas que e dado a la Provincia con mediana cabilación, escasamente llegan a 3000 y 600 almas entre chicas y grandes que es el número que puse a la relación del P. Luis Sotelo y en estos están incluídos los de diversas lenguas que son 4; gente apenas bastante pa un razonable pueblo, quando veo en la Conquista del Paraguay que en poco tiempo se jun-

tavan en cada reducción, 5, 6, 7 y 8000 almas y tarde o nunca se verá aquí una reducción o pueblo de 2000 personas y si hasta aora he dicho que los Moxos eran hasta 6000, ha sido por el dicho del H. Jph. del Castillo, que quando nos traxo a esta misión como a bisoños nos hizo tragar muchas cosas apócrifas y el primer Informe que se embió al P. Provincial Hdo. Cavero fue por dirección suya con aparato de muchas gentes y naciones y sin fundamento[1]. Una de sus cosas fue decir que los Moxos eran 6000 almas, echando a cada casa o familia 10 personas, pero aora experimento yo lo contrario, que a lo sumo a cada casa o familia corresponden 6 personas y aun el P. Marbán anda más corto que a una familia con otra echa 4 almas y así me retracto de lo dicho asta aora, con propósito de no fiarme más en el dicho Hermano como tampoco VR se deve fiar en él ni en sus secuaces, como también querer embocar a los superiores como cosa constante que al rededor de los Moxos ay más de 70000 almas. Las cosas deste Hermano son pa perder el juicio y las arenas quisiera convertir en hombres para apoyo de su empeño.

Gente ay alrededor de los Moxos pero que sea poca o mucha no se puede saber de cierto el número ni las distancias de las tierras, porque estos indios no saben dar razón ni saben contar y pasando de 5 dicen muchos; y así al H. Castillo pedirá VR los fundamentos que tiene pa defender su proposición tan constante de más de 70000 almas, porque aquí no los tenemos. Solo este punto se a consultado conmigo desta suerte, por si acaso se escriviere de otra manera. No dudo que ay alguna gente, nacioncillas y parcialidades en la circunferencia de los Moxos pero no tan grande campanada que suene hasta más de 70000 almas y acomodándome yo al modo de hablar de estos indios juzgo que no es cosa de mucha importancia ni tengo fundamento pa 10000, quanto más pa 70000 y quando estos bárbaros ban a la guerra solamente llegan a los primeros pueblos sin penetrar adelante. Los Canacures que se tiene por nación dicen estos indios que son 5 pueblos y si son como estos de los Moxos quando mucho tendrán 500 almas y si son mayores tendrán a lo sumo mil y a este tono deven de ser las demás nacioncillas o parcialidades y si esto de los Moxos que avía de ser lo principal de la misión es cosa tan

[1] En esto se equivocó el P. Barace, pues más de dos y más de tres pueblos pasaron de dos mil almas.

corta que apenas ay pa comenzar, qué será lo accesorio y en buen sentido es comenzar a buscar misión y quererse empeñar a la ventura dexando lo cierto por lo incierto y verdaderamente es cosa sensible pa mi ya que la Provincia se quiera empeñar en misión de gentiles el no escoger una nación numerosa y de una mesma lengua, la qual por sí sola sea suficiente pa una gloriosa misión, como son esa nación de los Chiriguanas que está dentro de casa y son 12000 almas fuera de los muchos esclavos que tienen y de una mesma lengua; los Itatines, otra nación también de un mismo labio con los Chiriguanos: la lengua es la guaraní, la universal del Paraguay; los Chanes, otra nación, confinan también con los Chiriguanos, de diversa lengua y son también 12000 almas y de las 2 naciones se compone el número de 24000 almas y esto es cierto porque he leído la relación de los PP. que allí estuvieron y contaron esta gente y cualquiera de estas naciones por sí sola es bastante pa una honrada misión más cómoda y de muchas más conveniencias y esta es una de las razones porque no me atrevo yo empeñar a la Provincia en cosa tan corta y tan incierta que de una misma lengua serán hasta 2000 y 800 almas y las demás de diversa. Sabe Dios que no miro más que el mayor servicio de N. S. fruto de las almas y bien de la Provincia. A todas estas razones responde el P. Marban que bastante gente ay pa comenzar. No me satisface porque la Religión no se deve empeñar solamente pa comenzar sino pa proseguir y perseverar y si basta solo comenzar en otra parte se puede comenzar.

No puedo dexar de advertir aquí 2 cosas ciertas: la una es que cada paso y cada pueblo ay diferente lengua que parece que la confusión de Babel se derramó en estas tierras y este es inapeable, porque pa que aya misión es forzoso que alguno tenga don de lenguas o que vengan muchos sugetos para aprenderlas o que se mezclen todos ellos con los Moxos y qualquiera destas cosas es bien trabajosa y casi moralmente imposible. La segunda es que el número de gente que en el Informe del P. Visitador fue firmado de todos es cierto que fueron 3600 y las que faltan hasta 6000 que es la quenta del H. Castillo pienso que aun están por nacer ni subsiste su respuesta en decir que los que faltaban en los pueblos que los PP. no avían visitado y que la parte baxa de la Provincia estaba más poblada, no subsiste. Digo lo primero porque ya se an visitado menos un pueblo

que está en la pampa llamados Punuanas que dicen que es buen pueblo. Lo segundo si los PP. no avían visitado muchos pueblos, por donde puede constar ciertamente que la Provincia baxa estaba más poblada o menos, porque por eso afirmamos que esta parte alta era de poca gente porque los PP. la an corrido y andado. Luego pa decir que la parte baxa era más poblada era necesario averla corrido. Dice el Hermano que no se podía saber con certidumbre que fuese más poblada o no.

Toda la Provincia está arto despoblada y quando se dice que la parte baxa es más poblada, el sentido es que los pueblos no están tan distantes y que entre pueblo y pueblo no ay tanta distancia y dudo que sea rica misión la que llega a estas angustias de andar mendigando gente de otras partes remotas; unos pueblos de distinta lengua que están 13 días de camino por un río arriba también los quiere bautizar por Moxos pa amplificar esta empresa.

Del estado de la misión diré brevemente. Ya en estos indios no reconozco tanta resistencia como antes; en juntarse en pueblos medianos, cada parcialidad en su territorio, porque con la venida del P. Visitador temieron grandemente los aviamos de dexar, que avían de perder sus conveniencias y que el español avía de dar en ellos y reconociendo algún amparo en nosotros se van con el tiempo desengañando, que no los recogemos pa llevarlos cautivos y así van perdiendo el miedo aunque siempre con recelo. Pero el imán que más los atrae es el mucho agasajo que se les hace, pagándoles las cosas, comprándoles canoas y dándoles herramientas pa hacer sus casas y sementera (que será esta perpetua pensión).

En esta conformidad y con estos medios humanos se han fundado 4 pueblos: el primero que está río arriba es de los Aracureonos y tendrá hasta 230, chicos y grandes y con muchos que faltan por venir, quando todos estén juntos serán hasta 380. Los de esta parcialidad, me quisieron echar en el río, como lo apuntaré más abajo; aquí en este pueblo ay muchos casados con 2 mujeres y he oído decir a los indios que se an separado oyendo que las an de dejar, no se si es verdad. Bajando de aquí por el río el año pasado se les señaló sitio a los Subereonos, que oy están 10 días de camino, por el río arriba pero repugnan de bajar y no an dado paso. Más abajo, río abajo, se encuentra otro de los Casayobonos y tiene de gente 160. Prosi-

guiendo río abajo está el centro dentro de un monte y tiene de gente 400; estos 3 lugares son de una misma lengua, más abajo andando el río, se encuentra otro de los Manesenos, de distinta lengua y se compone de 280.

El centro se va catequizando, los otros también han participado algunas noticias; estos pueblos se an de quedar en esta forma y término de magnitud, lo uno por la incapacidad de los puestos, lo otro porque no ay de donde sacar gente; quando mucho el centro llegará al número de 500 con algunos que faltan venir de la Pampa. En la parte baxa de la Provincia también se les an señalado sitios pa que hagan lo mismo y me parece que lo harán. porque dexándolos en sus tierras no muestran tanta repugnancia. Las distancias de los pueblos con todo lo demás irán demarcadas en la última relación. En este estado está la misión conforme yo siento y esto me atrevo a afirmar y no más.

Añade el Padre que el motivo por el cual vienen es su conveniencia y así piden esto y lo otro y lo dicen, que si vienen a vivir entre nosotros es por eso y no hay quien diga que viene por ser cristiano & Refiere lo que le pasó con los Aracureonos, los cuales conspiraron contra él porque no les daba lo que pedían y resolvieron echarlo en el río y quitarle lo que llevaba y a no estorvarlo un buen viejo lo hicieran. En otra ocasión yendo con el P. Clemente, los de un pueblo mandaron a los remeros que nos echaran en el río; y a poco que yendo el P. Marbán con el H. Castillo a visitar el río abajo los quisieron echar al río y flechar a los remeros, unos dicen porque les quemaron las alajas de sus borracheras (en lo cual menester era más prudencia) y otros porque les iban a mandar que se juntasen. Dice que advierte estos casos porque aunque son públicos el P. Marbán los callará pa que no sean de estorbo a la misión.

Acerca de la conversión destos indios ya sé qua a VR le an escrito cosas grandes y le escrivirán; que están fervorosos y que quieren ser cristianos pero yo no tengo fundamento pa decir tanto, ni me atrevo a hablar tan largamente, ni alcanzo claramente en qué consiste este querer ser cristianos, porque en ellos no he visto cosa especial ni demostraciones que me convenzan. Claro está que a todo dicen que sí, porque bien saben que si dicen de no, les hemos de dexar y an de perder sus intereses y así procuran tenernos gratos.

(Añade que si él viera otras muestras de su adhesión a la fe, si pidiesen el bautismo, si ofreciesen sus hijos para que fuesen bautizados & se convencería de ello, como se ha visto entre los chiriguanos y más, sobre todo después de tanta comunicación con nosotros y cinco años de continua asistencia).

De aquí es que no tengo yo principios para dar aquellas abundantes esperanzas que suelen dar el P. Marbán y el H. Castillo, ni acabo de penetrar en qué se funda este querer ser cristianos ni cómo ha de ser esta conversión y el desear yo algunas destas señales no es pedir que hagan milagros, porque en este punto me confundo cuando leo algunas relaciones y en la Conquista del Paraguay las admirables acciones de aquellos gentiles en órden a la conversión y salvación de sus almas...

Cada día vienen a nuestra casa de otros pueblos, traen yuca, maíz, patos y ropa y llevan chaquiras, estaño, cuchillos y de lo que ellos aman. Aquí está la feria pa ellos y en este exercicio de comprar y vender sus cosas 5 años a que estamos, que es lo que ellos quieren. Bien oyen el Catec. pero no causa moción en ellos; aquí en casa han visto bautizar 5 ó 6, pero tampoco se mueven a emulación ni aspiran a ser bautizados. Claro es que todo esto nace de su tibieza y frialdad y del poco aprecio que hacen, que como no les sale de suyo, no se les da nada y así tengo echo juicio que si esto ha de pasar adelante ha de ser machando en hierro frío y con fuerza de dádivas y me parece que a los miserables los sujetaremos a nuestro querer y a nuestra Sta. Fe, aunque esto mismo se pudiera hacer en otra parte de gentiles. Esto es lo que yo siento desta misión; otros sentirán de otra manera.

Añade que el P. Sotelo convenía en que de los informes que había leído los más se inclinaban a que se dejase la misión, con todo resolvió que continuásemos, por la esperanza que tenía de que mejoraría, pero con perdón del mismo dice que no se formó concepto de ella, pues no hizo sino entrar y salir y si pensó que presto se mudarían las cosas debió quedarse a empezar la misión.

Agradece el envío de chaquiras, estaño & que es la moneda de por acá, como sea cosa menuda, pero cree que no debe gastarse tanta plata como se ha gastado y si quieren ser cristianos, que lo sean pero no comprándolos con plata. Añade que en el pueblo donde están,

no beben chicha ha 8 meses ni tienen borracheras, salvo los que van a otros pueblos, pero esto es causa de que no quieran venir con nosotros y así mejor parece abrazar un buen medio. A persuasión del P. Marban y H. Castillo hacen una ramada grande y se escribe que tienen Iglesia. Algunos de este pueblo que tenían 2 mujeres se contentan ahora con una. En Sta. Cruz entran puestas sus camisetas, pero aquí andan desnudos y por un cuchillo venden la camiseta. A veces se reúnen a rezar las oraciones y sería bien hacer la experiencia de que guardasen el Domingo y Fiestas. D. g. a VR. Desde Mojos 7 de Mayo de 1680. Cipriano Barace.

N.° 3. RELACION DE LO SUCEDIDO EN LA JORNADA DE LOS MOJOS EL AÑO DE 1667, POR EL HERMANO JUAN DE SOTO

Después que salí de los Mojos y llegué a S. Lorenzo con salud me ordenó el P. Juan Polanco, Rector desta casa de residencia diese parte a V. R. de lo sucedido en la jornada, por entender le sería de consuelo al entender la buena disposición que parece aver por la misericordia de Dios para que los Ministros del Evangelio echen la hoz de la palabra divina en esta copiosísima mies que ya se descubre a los ojos, no tan verde como antes, sino que va blanqueando...

No parece que agora se irá todo en señas y amagos, porque según V. R. podrá ver y ponderar... según esta Relación irá todo distinto desde que se trató de la Armada hasta que estube de vuelta en S. Lorenzo, de donde por órden del P. Rector vine a la ciudad de La Plata a dar cuenta al Sr. Presidente de lo sucedido y escribir a V. P. de nuevo, poniendo en mejor forma lo que desde Sta. Cruz escribí.

& 1. *Trátase en S. Lorenzo de la jornada y causas para ella.*

Dice que, quitarles a los pocos vecinos de S. Lorenzo los indios es quitarles la vida, porque de ellos se sirven así en la ciudad como en los ingenios de azúcar. Por otra parte, los indios, hechos a la vida libre y descansada de sus bosques, en cuanto hallan ocasión para

huir lo hacen. Años hacía que algunos indios cristianos lo habían hecho así y por su falta decidieron los vecinos irlos a buscar a los Mojos, donde se guarecen. El Procurador de la ciudad General D. Gabriel de Guevara, presentó una petición para que se concediese licencia para esta entrada, a fin de reducir a esos indios fugitivos, por cuya falta padecían los vecinos.

El Gobernador y el Cabildo con parecer del P. Juan de Malpartida, Comendador de la Merced y el P. Juan Blanco, Rector del Colegio de la Compañía aprobaron la entrada, señalando por Maese de Campo a D. Antonio de Coca y Aguilar, por Sargento Mr. al Capitán Tomás Alfonso de Sosa y por capitanes a D. José López Roca y a D. Juan Arredondo de Guzmán. Se alistaron voluntariamente unos 90 hombres y se señaló mediados de Julio del 67 para la partida. No se realizó porque los soldados se echaron atrás, diciendo que se les había de dar algún premio, pues rescatar piezas para que las gozasen los vecinos no les bastaba. Llegó en esto un indio cristiano de los fugitivos dijo al Gobernador D. Diego de Ampuero que dos caciques pedían entrasen los españoles a castigar a los indios Turucasies que les hacían mucho daño y que el tiempo era propicio, pues los cogerían desprevenidos. Así lo aseguraban otros 2 indios que vinieron con el primero y eran parientes de dichos caciques. Esto dio ánimo a los soldados y se pregonó la jornada para el 25 de Agosto.

& 2. *Sale de Sta. Cruz el Maese de Campo.*

Salió dicho día el Maese de Campo y llevóme consigo. Hicimos alto en el Río de los Sauces que corre 10 leguas de Sta. Cruz. Aquí esperamos a los soldados y al bagaje que conducían 40 indios yanaconas y unas 300 mulas. Iban todos los hombres bien armados con escopetas, espadas y machetes &.

Pasaron adelante e iba abriendo camino Xbal. Pérez de Leiva con algunos soldados y llegaron al río Joros, que dista del de las Palomitas unas 5 ó 6 leguas y de aquí se enviaron otros hombres que ayudasen a Pérez de Leiva. Tropezaron con una madre de agua o ciénaga honda que dejan los ríos en la creciente y no atreviéndose a cruzarla, avisaron al M. de Campo el cual pasó con 40 hombres y algunos indios a ver por sí el mal paso. Tuvo este mejor suerte y

halló camino libre de ciénagas y dio vista al Río Grande y mandó avisar le siguiesen, como se hizo.

& 3. *Caminan hasta llegar al Río Grande, el que se describe.*

Llegaron todos al Río Grande con no poco contento. Después de 15 días que fueron caminando río abajo un soldado que iba a la descubierta vio 5 canoas grandes pero sin gente que se había entrado al monte y volvió a dar parte al Capitán quien dio órden de apoderarse de las canoas. A poco vinieron los indios y admirados de ver otra gente, quisieron huir, pero les hicieron señas que venían de paz y un indio intérprete les dijo que no les harían daño y que eran de S. Lorenzo. Se acercaron algunos más confiados.

& 4. *Da cuenta un indio al Maese de Campo de aquella tierra.*

Entre los indios había uno mejor dispuesto y de buena estatura. Este dio órden que 3 canoas bajasen el río y otra fuese río arriba, tal vez a dar noticia de nuestra llegada a los de su pueblo. El se quedó en el real con un compañero y una canoa. Llamábase Yoromo y venido el M. de Campo se le preguntó por la tierra y las naciones que la habitaban. Dijo que a la derecha y después de la junta del Guapay y el Mamoré vivían los Mojos o Morocosies que también así se llaman. No tienen rey estos indios sino que en cada ranchería hay un cacique. Poco después el indio atemorizado por el sonido de los tambores huyó con su compañero en la canoa.

& 5. *Encuentran más indios y viaje hasta los pueblos dellos.*

Poco después de esto, vinieron 30 canoas con muchos indios y entre ellos el Yoromo y algunos de los que estaban con él, trayendo frutas y comida de la tierra. Venía con ellos un cacique viejo llamado Moye que era el que había llamado a los de S. Lorenzo. Llegamos al Mamoré donde esperaba el cacique Moye con gallinas, patos y puercos asados. En canoas pasamos el Mamoré tardando 3 días en pasar la gente. Pasaron al pueblo del Cacique Moye que tenía unas 100 casas. Se alojaron los soldados en un monte como a un cuarto de legua del pueblo y en lugar fresco y el cacique les proveyó de todo con abundancia.

& 6. *Plática y acuerdo del Maese de Campo y resolución que se tomó.*

Reunió el Maese de Campo a los capitanes y a los caciques y algún otro y se trató de lo que harían en favor de los que los habían llamado y preguntaron a los indios de quiénes habían recibido mayor agravio y unos decían que de los *Torocosies* y otros de los *Cañacuries* y estando en esto vinieron unos indios llamados *Mariquiones* a quejarse de estos últimos y de la muerte que habían dado a 6 de ellos y de otros vejámenes. Y así se determinó salir contra estos. En estos días fui con el indio lengua y el cacique Moye a su pueblo a hablarles de la fe cristiana y la oyeron con gusto y se ofrecieron a hacerse cristianos y me rogaron me quedase entre ellos.

& 7. *Descrívese la disposición que tienen estos Mojos o Morocosies. para hacerse cristianos.*

Estos indios viven con sola una mujer y no se conoce entre ellos el adulterio, detestan la mentira y el hurto y dicen que así se lo enseñaron los Incas. El Hermano se volvió al real aquella noche y al día siguiente volvió a platicar con los indios que le oían con gusto y le rogaban se quedase entre ellos. De aquí pasamos al río Chenesi, adonde llegaron 10 ó 12 canoas con los 2 caciques y mucha vitualla y más de 200 indios para pasarnos. Desde aquí se ordenó la gente y en son de guerra avanzamos por tierra de los *Cañacuries,* enemigos de los Mojos.

& 8. *Corren los españoles la tierra y sucesos de estas malocas.*

Asaltaron dos o tres pueblos y cautivaron buen número de indios, escondiéndose los demás por los bosques. El Hermano dice que no trata de justificar estos *rescates,* pero lastima ver perder su libertad a estos hombres y apartarlos de sus padres, hermanos, hijos y mujeres para ser conducidos a tierra extraña a vivir como esclavos, aun cuando también es reprobable el que ellos acometan a indios amigos y los maten y hagan otros daños.

Dice que los Mojos le recibieron con cariño y que mostraban muy buena disposición para recibir la fe. Repite lo de que tras unos montes hay otras naciones de indios, donde abunda el oro y la plata. Cuenta unas apariciones que los indios habían tenido etc...

Nos volvimos porque las aguas no retardaran nuestra vuelta. Dice que acompaña el mapa o topografía, delineado por el P. Juan de Guevara. Añade que se ha de escoger para Maese de Campo de esta empresa a un hombre práctico en la milicia y que los indios conquistados se encomienden perpetuamente, obligándose los encomenderos a pagar las tasas que deban sus encomendados. & La Plata y Enero 30 de 1668. S. humilde de V. R. Juan de Soto.

N.º 4. CARTA AL P. PROVINCIAL DEL HERMANO JUAN DE SOTO. 3 NOVIEMBRE 1668.

Dice que el 10 de Setiembre salieron de S. Lorenzo el P. José Bermudo y él en compañía del Maese de Campo D. Juan de Araoz y Otalora, con 2 capitanes y 80 soldados con 2 capellanes y más de 30 indios yanaconas y 330 mulas de caballería y carga. El rumbo, el mismo del pasado año hasta el Río Grande y por este hasta su encuentro con el Yapacani. Salieron a nuestro encuentro muchos Jories y Mojos en sus canoas con víveres y durante todo el camino nos servían y guisaban. Atravesamos el río y por la otra banda, caminando por el monte, llegamos a la pampa donde viven los Indios Tusones o Motilones, por tener el cabello corto. Pensamos pasar a los pueblos de los caciques que la vez pasada habían hecho instancia porque nos quedáramos entre ellos, pero al Maese de Campo le pareció el paraje poco a propósito y así fuimos adelante hasta que hallamos un paraje bueno en el pueblo de un cacique llamaro Meru. En una canoa fui a ver el puesto y me agradó mucho y el cacique nos ofreció el pueblo y se pasó a vivir a otro cercano y nos atendió con todo lo necesario. Aquí quedó el P. Bermudo porque el Maese de Campo quiso le acompañase a los Motilones. Estos se defendieron bravamente y mostraron gran coraje de modo que los españoles estaban admirados. Tomaron 240, incluyendo mujeres, niños y niñas con que a cada uno le cabían 2 piezas. Cuenta cómo bautizó a un niño enfermo que halló en el pueblo y, luego de bautizado, murió. Volviéronse al Real donde dejaron las cargas y asistidos por 500

indios mojos y otros amigos y el Hermano pasó a unirse con el Padre Bermudo que estaba muy contento viendo la buena disposición de los indios. Añade que los pueblos serán más de 80 y en cada uno habrá 200 almas. Pide pasen por lo pronto 4 ó 6 PP. que ayuden a entablar esa cristiandad. También ha acudido al P. Juan de Guevara a Chuquisaca para que les envíe algunas chaquiras, cuchillos, anzuelos y otras baratijas del gusto de los indios. Y que se podrá establecer comunicación con Sta. Cruz para lo que servirán las mulas que se trajeron. Que había consultado si podía bautizar algunos adultos en el artículo de la muerte y el P. Rector de S. Lorenzo, Juan Blanco, le contestó que lo podía hacer. Después acá ha oído decir que de nada les servirá, si no se les da a entender lo que reciben. De este pueblo de la Sma. Trinidad de las Provincias de los Mojos. 3 Noviembre 1668. Juan de Soto.

Arch. Rom. S. J. Peruana. Historia. II n.º 164.

N.º 5. CARTA DEL P. JOSE BERMUDO AL P. PROVINCIAL 26 JUN. 1669.

En la carta pasada escriví a V. R. mi entrada a esta Provincia de los Mojos por Octubre y el buen recibimiento que a mi y al H. Juan de Soto nos hicieron los indios. Ahora le diré el estado que tiene esta misión, número de pueblos y la gente y disposición de la misma, como me lo encargó. Salimos en canoa por el Río Mamoré yo, el Hermano y un mozo y en espacio de 22 leguas hallamos como 31 pueblos y en cada uno nos detuvimos un día y hallé que en todos habría como 2538 almas. A estos dimos a entender el fin con que veníamos por medio del intérprete y todos decían que sabiendo nosotros su lengua harían lo que les dijésemos. Hallamos cruces en muchos de ellos y las tienen para que Dios los defienda, por la noticia que tienen de los cristianos. El natural de estos indios Mojos es dócil y hacen cuanto les decimos y en el tiempo de 8 meses que estamos aquí siempre han venido a socorrernos con frutos de la tierra y se muestran contentos de tenernos en sus pueblos.

Se les ha ganado la voluntad repartiéndoles algunas cosillas que estiman mucho, como cuchillos, agujas, chaquira & y conviene que el P. Procurador nos envíe cantidad de estas cosas, porque sirven para el sustento nuestro y para atraerlos. Todos se dan cuenta del fin con que venimos y desean vengan más Padres para convertirse a la fe. Aquí donde estamos han hecho Iglesia y casa bien capaz para que vivamos en ella. A los niños hemos comenzado a enseñar la doctrina en lengua española y vienen con mucha ansia de aprender y aprenden algunas de memoria y las repiten y cantan en sus casas. Vamos aprendiendo la lengua y es fácil en la pronunciación. El temple es húmedo y caliente. En febrero y marzo llueve mucho y en estos casos los ríos entran en sus pueblos y tienen que hacer unas barbacoas en alto como 2 varas, donde se refugian y guardan la yuca que es su pan. La comunicación con Sta. Cruz se ha de hacer por el río, y en los meses de Mayo a Diciembre porque el resto del año llueve mucho y crecen los ríos.

Vamos bautizando a los niños que están para morir. Dice que por lo menos se necesitan 3 PP. Dice que piensa que el H. Juan debe pasar a Sta. Cruz y si es posible a Chuquisaca para que si S. R. viene a la visita pueda hablarle y decirle de palabra lo que es esta Misión. Añade que en las 70 leguas que habitan estos Mojos habrá unas 4600 y tantas personas. 26 de Junio 1669.

Arch. Rom., S. J. Peruana, Hist. II n.° 149.

N.° 6. INFORME DE D. ALONSO VERDUGO, GOBERNADOR DE STA. CRUZ QUE EN EL AÑO 1760 VISITO LAS MISIONES. S. LORENZO, 8 ENERO 1761

"...El pueblo de Loreto está situado a una legua corta de la ribera occidental del Mamoré, en una hermosa y despejada llanura que, por levantarse algo el terreno que ocupa su población, libre de que la inunde el Mamoré; razón porque se trasladó a este sitio pocos años ha, aviendo antes ocupado otro 7 leguas río arriba en donde padeció una formidable irrupción de dicho río... Al presente logra tan bella

situación... Su plaza muy capaz y calles bien derechas e iguales y en todo se nota una gran limpieza; tiene aora una Iglesia solo interina y se entiende en fabricar otra casa regular de los PP. es de bastante capacidad como también la de los indios, guardando estas entre sí en figura y proporción una agradable uniformidad y la asisten los PP. José Reissner y Pedro Ignacio de Vargas, de Lima...

Trinidad. Este se ve situado a una legua del río Mamoré y a la misma ribera que el de Loreto, vecino a un zanjón de cauce muy ancho, de profundidad constante, de mucha pesca... el terreno que ocupa esta reducción ni con mucho es tan bueno como el de Loreto; es muy ahondado y en el todo no se liberta de la inundación, haviendo llegado la última hasta su misma plaza. Esta es bien capaz y sus calles bien anchas... Tiene esta misión una muy hermosa Iglesia de 3 naves sostenidas sobre columnas de curiosa talla; se ve adornado su cuerpo con buenas pinturas, colocadas en marcos de pulida obra y de la misma son los retablos que tiene la Iglesia; en el medio de ella se levanta un airoso púlpito, situación que guarda esta pieza en todas las Iglesias de misiones, para que así sea igualmente escuchado el predicador de ambos sexos, ocupando los hombres el espacio que hay desde el púlpito al presbiterio y las mujeres, empezando desde la puerta hasta la vecindad del púlpito... Los asisten el P. Juan José Zavala, nativo de Lima y el P. Gabino Segui, de Cáller...

S. Javier. El pueblo se halla situado a media legua corta del Mamoré: el tereno que ocupa es fértil y así se ve circundado de varias huertecillas que hacen divertida su estación. Es grande y lo más de él está cubierto de teja. La plaza es de competente magnitud y las calles ordenadas. Las casas de los indios están construídas sobre una barbacoa de palos, sostenidos en horcones de media vara de alto para evitar lo húmedo del sitio... suple ahora por Iglesia una capilla interina, por avérseles arruinado la que antes tenían y que pasava por una de las mejores. Cuidan de él los PP. Manuel de la Sota, de Guamanga y Buenaventura Galván del Callao.

S. Pedro. Este pueblo está situado a un cuarto de legua del río en una campaña abierta y despejada; es el mejor de todas las misiones; su formación es muy política... Entrase a la población por una calle muy ancha y dilatada, toda cubierta a uno y otro lado de

portales, sostenidos de columnas labradas de madera, las casas son altas y de gran comodidad y todas las que forman esta hermosa calle se ven cubiertas de tejas de palmas; la plaza es grande y las casas o cuadras que forman sus tres lienzos son de la misma especie que los de la calle ya dicha y solo tienen de mejoría estar cubiertas de tejas de barro. El otro lienzo de la plaza ocupa la Iglesia y casa regular de los PP. la Iglesia es la mayor y más hermosa de misiones; es de 3 naves sostenidas de 48 columnas de primorosa talla; las del medio de la nave que están doradas mantienen airosos muchos nichos para Nuestro Redentor, su Madre Santísima, los Apóstoles y Evangelistas, efigies de cuerpo entero y de insigne escultura. El púlpito muy bien trabajado, igualmente los cinco retablos de rara pulidez e idea; el ventanaje de la Iglesia de vidrieras de varios colores. Finalmente toda la Iglesia parece una ascua de oro... De esta obra de talla admiré dos confesionarios, cuatro portadas interiores de la Iglesia y tres retablos de la Sacristía, obras que pudieran asombrar al más perito oficial de talla. Por último es tal la Iglesia que pudiera servir de catedral en la ciudad más política. En su exterior le da mucha majestad una hermosa portada y a una esquina se levanta una torre de cal y ladrillo muy airosa y de muchas y grandes campanas. El resto del lienzo es un bien formado Colegio con claustros así bajos como altos y todas las demás oficinas que se ven en las casas de la Compañía. A las cuatro esquinas de la plaza están otras tantas capillas donde hace mansión el Venerado Sacramento y la una dellas es un devoto santuario de bello adorno dedicado a la milagrosa imágen de Cocharcas, donde todas las tardes acude numeroso gentío a rezar el rosario... Tiene contra sí la plaga casi anual de las inundaciones, de que para libertarse tiene el trabajo de reparar todos los años un dique o muro que lo circunda... Asisten a esta misión el Superior P. Juan de Beingolea y los PP. Francisco Quiros y Francisco Javier Iraizos.

Exaltación. Este pueblo establecido en la ribera occidental del Mamoré así por el terreno que es de una greda blanca y fuerte como también por la altura... de planta hermosa y bien ordenada así en calles como en su plaza, siendo en una y otras muy semejante a la misión de S. Pedro.. le son también semejantes casa e Iglesia, solo con la diferencia de ser menores, pero de igual adorno y hermosura. Este pueblo logra las ventajas de su bella situación en el aumento

anual de sus neófitos.. Cuidan de él los PP. Sebastián García, del Callao y Alberto de Quintana de Guamanga.

Magdalena. Está situado a dos cuadras del río Guaporé, a la banda occidental, en una campaña muy espaciosa y despejada por la extensión de muchas leguas. Su situación por el ventajoso terreno que ocupa es de las mejores.. el pueblo es asimismo el mayor no solo en la extensión material sino también en el número crecido de neófitos que lo forman; estos son todos de la nación Itomana... Tiene una airosa y bella Iglesia de tres naves en todo semejante a las antecedentes y solo distinta en la talla de su columnaje que no es de madera sino de una mezcla parecida al yeso; el retablo grande, los colaterales y el púlpito como también los medallones que adornan las naves y en cuyo centro se ven de bello pincel los pasos de la vida de la Sta. Patrona son de una idea muy particular y sobresaliente... Asisten los PP. José Reyter, Nicolás Susich y Francisco Espí.

A. de I. Charcas, 120-4-19.

N.º 7. CATALOGO DE LAS REDUCCIONES DE LAS MISIONES DE LOS MOJOS DE ESTA PROV. DEL PERU DE LA COMPAÑIA DE JESUS, AÑO 1748

Pueblos y nombres de los PP. Misioneros que en ellos habitan	Casados	Viudos	Viudas	Solteros	Solteras	Niños	Niñas	Bautizados	No bautizados	SUMA
Desposorios P. Diego Jurado, P. Simón Rodríguez, H. Francisco Giraldo.	728	28	50	46	39	121	107	1119	8	1199
N.ª S.ª de Loreto P. José Reisner, P. Pedro de Vargas.	610	29	25	18	20	188	164	todos		1054
Sma. Trinidad P. Juan José Zabala, P. Ventura Galván, P. Gabino Secchi.	912	19	28	6	31	364	360	todos		1720

Pueblos y nombres de PP. Misioneros que en ellos habitan	Casados	Viudos	Viudas	Solteros	Solteras	Niños	Niñas	Bautizados	No bautizados	SUMA
S. Francisco Javier										
P. Diego Ign.° Fernández, P. Feliciano Gutierrez, P. Manuel de Sota.	936	27	33	74	71	303	266	todos		1710
S. Pedro										
P. Nicolás de Vargas, Juan Beingolea, Fco. Quirós, H. Alberto Marterer	1472	39	40	19	23	846	857	todos		3296
Sta. Ana										
P. Felipe Ponce, P. Cristóbal de Velasco, H. Manuel de Espinosa.	726	36	40	108	86	193	183	1372	22	1394
Exaltación										
P. Leonardo de Valdivia, Sebastián García.	694	79	97	133	80	264	246	todos		1593
S. Ignacio										
P. Bartolomé Bravo, P. Claudio Fernández.	418	3	2	15	6	99	50	602	19	621
S. José										
P. Juan Rodríguez.	382	21	11	31	22	114	105	todos		686
San Borja										
P. Fco. Javier de Sierra, P. Idelfonso Blanco.	566	9	7	23	12	190	182	989	9	998
S. Pablo										
P. Pascual Ponce, P. Bernardino Gutierrez.	626	40	53	7	12	242	251	todos		1324
Santos Reyes										
P. Bernardo del Castillo, P. Martín de Valverde.	1114	6	7	9	7	344	295	todos		1782

Pueblos y nombres de PP. Misioneros que en ellos habitan	Casados	Viudos	Viudas	Solteros	Solteras	Niños	Niñas	Bautizados	No bautizados	SUMA
Sta. María Magdalena										
P. José Reiter, P. Francisco Espí.	1262	54	55	203	89	828	621	todos		3112
La Concepción										
P. Nicolás Altogradi, P. Pedro Rado, Juan José Coronel.	1342	95	123	140	65	554	484	todos		2803
S. Joaquín										
P. Francisco M.ª Salis, P. Raimundo Laínez.	970	57	80	98	60	484	372	todos		2112
S. Luis Gonzaga										
P. Juan Rodríguez.	346	5	6	26	11	59	51	504	19	523
S. Martín										
P. Francisco Olaza. P. Juan Brand.	700	17	13	62	20	208	202	todos		1222
S. Nicolás										
P. Antonio Maggio, P. Gaspar Fracer.	758	15	17	72	23	284	205	1374	442	1816
S. Miguel										
P. Gaspar de Prato, Fco. Javier Pozobonelli.	1198	42	80	173	58	672	599	2822	622	3444
Sta. Rosa [1]										
P. Atanasio Theodori.										388
S. Simón [2]										
P. Nicolás de Medinilla, P. Gabriel Díaz.										493

[1] Pueblo que se está fundando.
[2] Pueblo que se está fundando.

SUMA TOTAL: 33290

N.° 8. CARTA AL P. PROVINCIAL BALTASAR DE MONCADA. 1751

Acabo de concluir en parte la visita de estas Misiones que por estar divididas en 3 regiones distintas: Río, Pampas y Baures y no ser posible el tránsito de unos pueblos a otros en varias estancias del año, si no es por rodeos dilatados y trabajosísimos y muy penosos caminos, me ha sido preciso hasta ahora detenerme solo en la visita del Río y Pampas, sin aver tocado en los Baures y como en una mia avisé ya a VR, excusándome por mis males el no visitarlos.

Y por no referir demasiado el informe de los pueblos que he visto y visitado, según el encargo que VR me haze, apuntaré algunas cosas pertenecientes al estado y sistema de ellos, advirtiendo: 1.° que en los años antecedentes, desde que se fundaron estas Misiones han trabajado los PP. unánimes en conformar todos los pueblos a un igual modo de vivir, distribuciones y costumbres, arreglándose en todo lo posible a la instrucción y órdenes que dexó escritos el P. Diego Francisco Altamirano. Por esto se hallan ahora todas las reducciones de estos Moxos tan parecidas entre sí y tan semejantes que lo particular de cada una viene a ser costumbre general de todas. Así para no repetir informes singulares, diré en general y en común los Ministerios...

Después de la oración y misa el primer Ministerio es visitar los enfermos, en lo cual se gastan dos horas, una en la mañana y otra en la tarde. Dice cómo los Misioneros necesitan poseer algunos conocimientos de medicina y además manejar los libros que tratan de ella y asimismo de cirujía para lo cual adiestran algunos indios, quienes bajo su dirección la practican. Hay además botica donde se preparan los medicamentos y corre con ella un misionero, pues esto no puede fiarse a los indios. También se les provee de alimentos, que se preparan en nuestra cocina y de algunas cosas de regalo cuando lo necesitan.

Las oficinas de carpintería & necesitan también ser visitadas de cuando en cuando, a fin de que se den todos al trabajo y lo hagan como se debe. El beneficiar el azúcar en los trapiches es otra ocupación en algunos meses del año. Otra ocupación es la visita de las

estancias de ganado que ha de hacerse por lo menos una vez por semana y teniendo para ello que recorrer grandes distancias, cualquiera que sea el tiempo que haga y luego repartir al pueblo su ración de vaca a los de casa y otros, pues al común se les reparte en las fiestas principales, o cuando no hay caza o pesca. Todas las semanas hay 3 misas solemnes: Lunes a las ánimas y luego 3 responsos contados; viernes, en el altar del Santo Cristo y luego se tiene el ejercicio de la Buena muerte, asistiendo el Padre con todos los congregantes y sábado en el altar de Nuestra Señora, fuera de otras que se cantan en las fiestas del año. Sermones se predican todos los Domingos y fiestas del año y Misión para el Jubileo de las 40 horas y ejemplo en la semana.

Las Iglesias están con mucho adorno y alhajas de plata y provistas de ornamentos. En los pueblos de Pampas, S. Luis y S. Ignacio que se mudaron ha poco, no hay Iglesia. Lo mismo sucede este año en dos del río, Nuestra Señora de Loreto y San Javier que se están mudando a mejor paraje. La música bien entablada; hermosos órganos y harpas, violines, oboes, chirimias y dulzainas y a los niños se les adiestra desde la escuela.

Las estancias de ganado caballar y vacuno son bastantes en los pueblos de Pampas que son cortos, excepto SS. Reyes que es numeroso pues tiene 1732 almas y de aquí se ha sacado ganado para los de Baures y ahora para los pueblos de San Simón y Santa Rosa que ahora empiezan. Hay chacras de algodón, maíz, azúcar, arroz para la manutención. En algunos pueblos ha disminuído la gente, como en los Mojos y en Exaltación que es de Cayubabas. En otros se mantiene el número. La disminución es notable en los pueblos de Pampas, pues todos tienen menos gente que la con que se fundaron, tanto que en alguno se han reducido a la 6.ª parte. Cuando entré el año 1725, los pueblos tenían este número:

S. Ignacio	2000	S. Borja	1800
S. Jph.	1500	S. Pablo	3000
S. Luis	1700	Reyes	600

ahora en 1751

S. Ignacio	600	S. Borja	965
S. Jph.	189	S. Pablo	564
S. Luis	300	Reyes	1791

De esta disminución no se ha hallado la causa, pero ha debido influir la condición del sitio, porque ahora que se han mudado a mejor paraje se ha notado el aumento. En un principio se unieron a los pueblos partidas de gentiles, pero muchos murieron de pestes y otras enfermedades. Ahora no los hay en su proximidad, salvo en S. Pablo, donde hay puerta abierta a la dilatada nación de los *Tibois,* de los cuales se agregaron a él unos 200, por obra del P. Pascual Ponce. También en Reyes se recogen gentiles de la serranía y de los ríos que desaguan en el Beni, por lo que ha aumentado. En los pueblos de Pampas hay pocos, por la distancia, pero han venido algunos Guarayos, gente caribe y trashumante.

No se halla rastro de idolatría o superstición gentílica en estos publos. A los muchachos se enseña la doctrina 2 veces cada día y a los adultos los sábados y fiestas. Durante la cuaresma, después de la plática que tienen a prima noche, la recitan todos. Con esto están los indios en condiciones de saber sus obligaciones de cristianos y lo prueba lo bien que saben exhortar a sus súbditos los Governadores, Alcaldes & de cada una de las parcialidades. Muestran el aprecio que hacen del bautismo en la diligencia que ponen en traer sus hijos al P. para que los bautize apenas nacidos y si mueren bautizados, se consuelan mucho, sabiendo que van al cielo. Frecuentan los Sacramentos en las fiestas principales del año y en las Pascuas, de modo que en pueblos numerosos hay que señalar varios días para las confesiones. Ponen también cuidado, cuando están enfermos de cuidado, en recibir el Santo Viático y confesarse. Confiésanse generalmente cuando se hacen Misiones o se asientan en algunas de las Hermandades que hay en los pueblos, la Congregación de Nuestra Señora y la del Cristo de la Buena muerte. Los más oyen misa todos los días y después del Credo recitan la Doctrina. Por la noche, en la Iglesia o en la plaza delante de una hermosa cruz rezan el rosario. Los sábados, después de la Salve, salen con el rosario por las calles, llevando una imágen de Nuestra Señora bien adornada, la acompañan con música, voces e instrumentos. En cada cuadra entonan una copla a la Virgen, y el Padre que va con ellos, con sobrepelliz y estola canta una oración a Nuestra Señora.

En cuaresma los Viernes, después del sermón toman disciplina de sangre y en otras ocasiones. En los pueblos de Mojos: Loreto, Trini-

dad, San Ignacio, San Javier y San José están establecidas la Congregación de la Buena muerte y la de la Anunciata y he dado órden se funden en los demás. Los congregantes cuidan del aseo de las Iglesias y de su adorno y tejen esteras muy finas y curiosas y proveen de ropa a los huérfanos del pueblo. Visten también a algunos pobres y visitan los enfermos, proveyéndoles de lo necesario. Moxos 1751.

Arch. Rom. S. J. Peru. 21 a.

N.° 9. CARTA QUE EL P. ALBERTO QUINTANA REMITIO A SU HERMANO JOSE, RELATANDO SU VIAJE A LA MISION DE LOS MOJOS. EXALTACION 16 DE MAYO DE 1756.

Mi hermano Joseph: Por más que los jesuitas de la Provincia del Perú hayan indagado qué pais sea este, con el trato de muchos sujetos que del salieron, por enfermedad o porque el Superior así lo ordenaba, nunca se podrá tener una idea cabal de lo que es, pues son y serán espacios imaginarios. Siento mucho no poder citar una llanura en todo el Perú (digo Perú, porque estas misiones no se reputan por Perú), que pueda servir como ejemplar de lo que son estos países. (Dice que todo es una extensa llanura, uniforme como un grande mar y solo en Baures y en Pampas se ven algunos cerros poco elevados, y continúa).

"Los caminos desde el Cuzco a Oruro son suficientemente buenos y en casi todos ellos pueden rodar los coches, fuera de una quebrada algo escabrosa, llamada Puno y la subida que hay desde Oropesa hasta el pueblo de Santa Rosa, llamado Guaraipata, de donde trae su origen el río Pisac; pero no es tan penoso y escabroso como el de Apurimac, Pachachaca y Pampas, por ser menos calurosas y más tendidas y mucho más divertidas por los muchos pueblos, granjas y fecundidad del país a quien riega el Pisac. Y aunque la grande distancia del Vilcanota a Oruro es toda llana, no es toda igual o homogénea como la de Moxos, sino que para la diversión de la vista varía frecuentemente de aspecto, sin variar notablemente el plano de sus caminos, siendo así que a poca distancia por ambos lados se

descubren cerros, pero todos poblados de ganado de la tierra y de Castilla, bien que los árboles están casi sin hojas por ser todo puna. Abundan estos montes de perdices y de ichu: los más elevados se ven coronados de nieve, cuyas copiosas vertientes forman los 3 grandes ríos de Ayaviri, Juliaca e Ilave, fuera de otros menores y muchos arroyos. Ninguno de los 3 se puede vadear en tiempo de aguas, sino que es preciso valerse de balsas de totora para pasarlos como los pasé yo. Estos ríos son mucho más rápidos que los de Moxos, por tener algo más de declinación la madre de estos ríos que los de Moxos. Todos estos ríos y arroyos desembocan en la grande y espaciosa laguna de Chuquito, por cuya orilla caminé 40 leguas, dexando a ella a la izquierda, mas no siempre a la vista, por no seguir el camino línea recta por sus márgenes sino que a trechos la impiden promontorios o puntas muy altas que formando peninsulas se extienden muy adentro de la laguna, causa de que ella pierda una parte de su hermosura. Tiene de circuito según la más común opinión 100 leguas, según otros 80. ...En el márgen de dicha laguna está nuestro Juli, en un alto que domina una gran parte de ella.

Desde el Cuzco a Oruro se duerme siempre baxo tejado, lo que no sucede del Cuzco a Lima. De Oruro nada tengo que decir por no averlo visto, pues lo dexé a un lado y continué mi viaje para Cochabamba.

(Añade que desde Cochabamba hasta Totora, que son 30 leguas, el camino es tolerable, pero de aquí a Santa Cruz que son 90, es de lo más escabroso y difícil, de modo que parecen el costillar de la América).

Hablando de Sta. Cruz, dice: "De esta ciudad solo digo que el pueblo más desdichado del Perú está mucho mejor, es más bien ordenado en todo, porque la plaza no se puede llamar plaza sino corral de ovejas, es la peor que he visto. Nuestra casa es lo mejor, siendo muy mala. Sus habitadores en medio de ser blancos y muy dóciles son todos campestres, viven muy lexos del lugar, cada cual en su granja, cuidando de su ganado, sembrados, caballos, mulas & de que abundan y solo los Domingos y fiestas se juntan en la ciudad pa oir misa".

De Sta. Cruz a Buenavista hay 15 legs. y se pasa el río Piray. El camino no es muy llano, pues regularmente corre por las faldas de los cerros, pero bueno para las bestias. 3 días me detuve en Buena-

vista donde hallé de cura al P. Domingo Jurado y de su compañero al P. Simón Rodríguez. Los indios que goviernan son Chiquitos y Chiriguanos y cada nación habla diferente idioma, por cuyo motivo los curas se ven obligados a saber y hablar en 2 lenguas. Pasados los 3 días me bolví a Sta. Cruz y por el camino tuve la noticia de que habían llegado las canoas que me avían de conducir.

De Sta. Cruz a Paila, adonde se llega en un día o doce horas. Este camino de 9 leguas es muy cómodo e interpuesto de arboledas. En el tránsito hay algunos cañaverales de los vecinos de Sta. Cruz y muchos caballos y vacas. El 10 de Setiembre de 1752 habiendo dicho misa en la capilla que tiene la casa de Paila y oídola los indios remeros, comenzamos la navegación hacia el pueblo a que había sido destinado. Sentí mucha alegría al ver a los indios y ellos al verme a mí y me mostraron su amor que es grande pues miran a los misioneros como a padres. A los 8 días de navegación llegué a S. Pedro, cabeza de todas las misiones, en cuyo lugar reside el Superior que lo era el P. Pascual Ponce. Este, el P. Nicolás de Vargas, el P. Juan de Beingolea y demás jesuitas me recibieron con tales demostraciones de alegría y caridad, que no tengo proporcionadas expresiones para explicarme.

En S. Pedro el Mamoré causa horror solo el mirarle. En S. Pedro estuve algunos días y huviera podido estar más si yo no huviera pedido al P. Superior me señalase para el pueblo que más gustase. Me destinó a Exaltación porque el P. Sebastián García estaba sin compañero. Dista poco de San Pedro y en menos de 2 días llegué a él. Los indios demostraron su contento al verme entre ellos y todos se afanaban por besarme la mano. Al día siguiente, visité el pueblo con el P. García. Tiene 6000 almas y hallé todas las casitas de los indios pobres pero con limpieza. No cesaba de alabar al Señor por haberme traído entre ellos. Me puse a aprender la lengua y a los 2 meses conversaba aunque con dificultad con estas gentes... El árbol de la quina es muy abundante, cuyo fruto, hojas y corteza es contra toda especie de calenturas, como lo muestra la experiencia...".

La Exaltación 16 de Mayo de 1756. Su Hermano Alberto.

B. N. Florencia. *Nuovi Acquisti*. 1517. Tom. 3, Cap. 42, p. 786 y s.

N.° 10. CARTA DEL PADRE MIGUEL DE IRIGOYEN AL PADRE BALTASAR DE MONCADA, SAN PEDRO 22 ABRIL 1757

Le dice haberle destinado al P. Altogradi a la Misión de San Pedro donde se halla no muy bueno pero sí muy gustoso y especialmente por tener por compañero al P. Nicolás de Vargas que es el auxilio y amparo de las Misiones, habiendo a todos regocijado el que haya revocado S. R. el precepto de que saliese de ellas, pues es increíble lo que perderían las Misiones sin él, pues él a todos socorre en sus necesidades, enfervoriza, alienta y cuida con maternal afecto a los enfermos a más que su conocimiento de la medicina y su experiencia de 31 años, por lo que todos acuden a San Pedro a curarse de sus achaques y han recobrado la salud cuando poca esperanza tenían de ello. "En fin no hay pueblo en todas las misiones que no tenga gran confianza en el celo del P. Nicolás y no recurra a él para cuanto ha menester". Por lo dicho ya se entenderá el cuidado con que mirará por el de San Pedro, pero sólo referiré lo que hace por su adelantamiento en lo espiritual. Desde Septuagésima hasta el Sábado de Carnaval acude el pueblo a la Iglesia a confesar y comulgar y el Domingo siguiente y los dos son innumerables los que lo hacen y este año se acabaron 2 cazoletas de hostias bien colmadas. A las 5 a. m. se descubre el Señor con toda solemnidad, repartiéndose velas a los indios principales que asisten en el presbiterio y todo el día le acompañan hasta la tarde en que se encierran, rezando antes el rosario. El último día de las 40 horas me asaltó la enfermedad de que hablaré después, que provino de la mucha atención que puse en las confesiones como novicio en la lengua. El Miércoles de Ceniza se hizo la ceremonia de costumbre con todo el pueblo y por la tarde se sacó en procesión a un devoto Señor Crucificado que sale solo por este tiempo y aunque se le saca en secreto acude tanta gente que es preciso apartar a la multitud, a fin de que lo coloquen en sus andas y desde este día se hace difícil sacar a los indios de la Iglesia. Los viernes les hace un sermón el P. Nicolás en lengua canisiana en el que es muy perito, con gran provecho y

fruto de los indios. Se llena nuestra casa con los ayes y llantos de los oyentes y al fin del sermón cantan algunos coplas relativas a la Pasión. Añade que cerca de la semana santa muy temprano se levantan y se están en la puerta de la Iglesia hasta que la abren. Durante la Cuaresma son más frecuentes las confesiones de modo que el trabajo se hace mayor. En la Semana Santa echan el resto a su devoción. El Domingo de Ramos en la tarde sacan en procesión al Señor por las 4 cuadras de la plaza y hacen un esterado de palmas cubriéndola a trechos con sus mejores ropas para tener el consuelo de que el Señor pase sobre ellas. Acabada se reparte de la palma que llevó el Señor unas cruces que se forman. El Jueves Santo se da la comunión al pueblo en la misa solemne. En la tarde hubo sermón del Mandato que predicó el P. Vargas, después del lavatorio de 12 pobres a quienes se dieron vestidos y asimismo a otros que no tienen mujeres ó a los indios huérfanos. Este día se lo pasan en la Iglesia, acompañando al Señor y en rezar las estaciones por las 7 capillas que se adornan en el pueblo. Estas las andamos también nosotros y volví muy edificado de ver tanta penitencia y devoción. También me quedé asombrado de ver al P. Nicolás ordenando a 4 indios alcaldes recogiesen por la noche a los que se desmayaban en las calles al rigor de sus mortificaciones. El Monumento aparecía muy adornado de luces y a ello se agrega estar allí muy compuestas las andas de los pasos del Salvador para la procesión del día siguiente. Nosotros nos retiramos, pero los indios quedan velando toda la noche, rezando las estaciones, cantando cánticos de la Pasión, disciplinándose. Al día siguiente son los oficios y en la noche hay sermón de Pasión con la escena del descendimiento. A esto se levantó un gran clamor en toda la Iglesia que parecía se hundía y se atropellaban todos queriendo besar al Señor hasta que se le puso en el sepulcro. Después de esto salió la procesión devotísima, alumbrando con velas más de mil personas que acompañan todos los pasos de la Pasión. Salió también el Cristo del cual hablé, al cual acompañan los principales con sus canastas de flores que esparcen por el suelo. Hácese con mucho silencio, lágrimas y devoción. Al volver a la Iglesia adoran la Cruz en que estuvo enclavado el Señor. Los soldados que llevan las armas arrastrando se quedan de guardas del sepulcro y tocan sus instrumentos destemplados y la gente se queda hasta

las 9 de la noche y allí permanecieran, si el P. Nicolás no mandara que por la fuerza la echaran a sus casas. Esa noche murió una india que cayó enferma al principio de la Cuaresma, pero el día de la Anunciación fue a comulgar a la Iglesia y luego tornó a la cama, agravándose su mal, pero duró hasta el Viernes Santo, como se lo dijo el P. Nicolás, en premio del mucho fervor con que lo celebraba siempre y de su mortificación. "Se refiere luego a los puñetazos que se dan en el rostro los indios, de modo que a alguno le ha quedado la huella del golpe, por derrame sanguíneo. A ello se añade las disciplinas secretas que toman. Pondera luego el trabajo que en todo este tiempo tiene el P. Nicolás en confesiones, sermones etc., pero el Señor le da fuerzas para todo". Y con sinceridad pienso que 6 misioneros no harían en S. Pedro lo que hace el P. Nicolás. Y así vuelvo a agradecer a V. R. le haya dado órden de quedarse aquí. Llegó la noticia el Jueves Santo a las 5 a. m. y después de los oficios se supo en todo el pueblo y los indios principales vinieron a besar la mano al Padre y por ser Semana Santa no hicieron demostraciones de regocijo, pero el Lunes de Pascua acudieron a casa vestidos de gala y llevando sus instrumentos de música y en apareciendo el Padre se postraron de rodillas con ánimo de besarle los pies y diciendo: Gracias a Dios que te quedas, si tú te fueras quién nos predicara, quién nos enseñara, quién nos atendiera y mirara por nosotros con el amor que tu lo haces. El P. hubo de hacerse fuerza para no enternecerse y luego, al salir a la plaza a visitar los enfermos, hicieron otro tanto las mujeres, clamando de rodillas del mismo modo". Pasa luego a dar cuenta de la enfermedad que le asaltó el último día de las 46 horas y que se vio era terciana, la cual le tuvo con calentura bastante tiempo, pero los cuidados del P. Nicolás le hicieron recobrar la salud. Termina diciendo que es poco cuanto ha dicho del P. Nicolás. S. Pedro 22 Abril 1757. Miguel de Irigoyen.

N.° 11. CARTA DEL P. JUAN JOSE DE ZABALA AL P. BALTASAR DE MONCADA. TRINIDAD 26 DE DIC. 1757 1751 ?

Se refiere al modo cómo disponen todo para el Viático a los enfermos. Barriendo la casa, echando en el suelo ropas bordadas, flores y perfumándola con sahumerio y por todo el camino echan flores y acuden en gran número a acompañar al Señor. Cómo ejercitan la caridad entre sí y con los necesitados y los huérfanos y los niños recién nacidos que pierden a sus padres, a los cuales, les buscan amas de leche y otros los prohijan. El respeto que tienen a los PP. es grande sin que por ello dejen de tener gran confianza, consultándoles todas sus cosas y basta una palabra del Padre para que si hay alguna diferencia entre ellos se aquieten y cuando se disputa alguna cosa de hacienda aquel la posee a quien el Padre la adjudica, sin que la parte opuesta se agravie y cuando se perdonan alguna injuria, hacen especial agasajo al ofendido y sirve esto para afirmarse en la amistad. Si entre casados ha habido alguna causa de resentimiento se perdonan mutuamente y basta que uno de ellos haya recibido los sacramentos para que el otro se mueva a perdonarle. Cuando tratan de dar estado a sus hijos se remiten al juicio del Padre pues consideran que lo que él determine será un acierto. Muestran el amor que tienen a los PP. cuando llega alguno nuevo al pueblo y lo agasajan, escogiendo para él lo mejor que tienen y lo mismo en el sentimiento que muestran cuando un Padre se ausenta ó bien cuando alguno cae enfermo, interesándose por su salud, acudiendo a la Iglesia a pedir por él y evitando cualquiera demostración de regocijo y mucho más cuando fallece, porque entonces no pueden contener su dolor.

SUPERIORES DE LA MISION DE MOJOS

P. Julián de Aller		1668.
P. Luis Sotelo	Visitador	1676.
P. Pedro Marbán		1681.
P. Antonio de Orellana		1700.
P. Antonio Morillo		1712.
P. Tomás Delgado		1720.
P. Miguel Sánchez		1724.
P. Bernardo del Castillo		1730.
P. Luis de Benavente		1734.
P. Diego Ignacio Fernández		1739.
P. Nicolás de Vargas		1740.
P. Nicolás Altogradi		1752.
P. Pascual Ponce.		1755.
P. Juan de Beingolea		1760.

DATOS BIOGRAFICOS DE ALGUNOS MISIONEROS DE MOJOS

Mateo de Arcaya. Nació en Lima. Después de la Tercera Probación fue enviado a S. Luis de Mojos, pasando luego a San Borja. Siendo cura de este pueblo lo trasladó a mejor emplazamiento. Logró atraer a la nueva población a muchos infieles, entre ellos a los feroces *Tibois* de cabezas piramidales y a otras tribus. En el año 1734 la Congregación Provincial lo eligió Procurador a Roma en primer lugar, después de 24 años pasados en la Misión. Falleció en Lima el 4 de Mayo de 1756, a los 72 años de edad y 62 de Compañía.

Juan Ascanio. Nació en Caracato en la Provincia de La Paz. Al terminar su Tercera Probación fue destinado a la misión de Jesús María en Mojos. Aquí levantó la Iglesia y la Casa de los Padres y formó una estancia de ganado vacuno para el sustento de los indios. Después de haber trabajado diez años en este puedo recibió órden de entregarlo a los religiosos de Sto. Domingo, lo cual no impidió que viniese a menos y desapareciese. El P. Ascanio pasó a Cochabamba y falleció en esta ciudad en 1715, siendo de 44 años de edad y 30 de Compañía. Escribió su Carta de Edificación el P. Ginés de Tébar y la suscribió en La Paz el 14 de Enero de 1716.

Bartolomé Bravo. Nació en Torre Don Jimeno el 20 de Agosto de 1712. Entró en la Provincia de Andalucía y fue enviado al Perú, siendo teólogo. Se ordenó de Sacerdote en Panamá y terminó sus estudios en el Colegio de San Pablo. La Tercera Probación la hizo en el Colegio del Cercado y en el año 1739 fue enviado a San Ignacio de Mojos. Por muerte del P. Francisco

Conde pasó al pueblo de S. Simón y S. Judas y logró atraer a muchos indios infieles, los cuales se incorporaron en S. Joaquín y S. Nicolás y entre ellos a los *Herisebocomos* que habían desamparado la doctrina de Patrocinio. Volvió luego a S. Ignacio y en 1749 trasladó el pueblo a un lugar más apropiado, construyendo Iglesia y Casa. Falleció el 15 de Noviembre de 1754, de 42 años de edad y 25 de Compañía y 15 de Misionero.

Juan Bta. Bussoni. Nació en Turín y vino al Perú con el P. Rotalde en el año 1716. Se le envió a la Misión de los Mojos, pero hubo de salir por una enfermedad de la vista y se le destinó al Colegio de La Paz, en donde falleció el 24 de Febrero de 1729, a los 43 años de su edad y 27 de Compañía. Escribió su Carta de Edificación el P. Santiago Maffei.

Francisco Javier Dirrheim. Nació en Augsburgo e ingresó en la Provincia de Germania el 28 de Setiembre de 1695. Pasó a la Misión de Suiza, dependiente de aquella Provincia, pero en 1718 pidió ser enviado al Perú. Llegado a esta Provincia fue enviado a la doctrina de San Pablo, en calidad de compañero. Fue trasladado a Santa Ana y siendo cura del mismo lo trasladó y formó con no pequeño trabajo. Hizo algunas excursiones por tierras de infieles, conquistando a algunos. Falleció el 26 de Noviembre de 1747, de 68 años de edad y 52 de Compañía. Había pasado 29 años en la Misión. Escribió su elogio el P. Nicolás de Vargas y lo suscribe en S. Pedro el 2 de Diciembre de 1747.

Francisco Javier Iraizos. Nació en Cochabamba en el año 1725 y entró en la Compañía, de quince años de edad. Una vez terminados sus estudios fue enviado al Alto Perú y luego a los Mojos. Le tocó la región de los Baures y hallándose en Santa Rosa fue enviado con 100 soldados y 200 Canisianos al fuerte que iba a construirse en la ribera izquierda del Itenes, para contener los avances de los portugueses. Esta tarea no pudo menos de ocasionarle grandes molestias. Recibió de los Superiores el encargo de escribir la Historia de la Misión, pero no parece que llegara a culminar la obra. Después de la toma de Santa Rosa la Antigua por los lusitanos, hubo de hacerles frente en cuanto estaba en sus manos. Falleció el 5 de Agosto de 1763 y escribió su necrología el P. Juan de Beingolea. Tenía entonces 38 años de edad y 23 de Compañía.

Antonio Maggio. Nació en Alguer en Cerdeña el 10 de Abril de 1710. Entró en la Compañía el 11 de Febrero de 1736. Dos años más tarde, en 1738 vino al Perú en la expedición que trajo consigo el P. Mateo de Arcaya. Hizo casi todos sus estudios en el Colegio de San Pablo y en el año 1751 a 8 de Diciembre la Profesión de cuatro votos. Parece que en un principio se le destinó al pueblo de Concepción en los Baures. Al sobrevenir la órden de destierro se encontraba en San Nicolás. El Padre Maggio aprovechó su estancia entre estos indios para escribir su "Arte de la Lengua Baure", después de muchos años de Misionero y muchísima aplicación y estudio a dicha lengua en las reducciones la Concepción, San Martín y San Nicolás, donde últimamente lo escribió. 1749. Tal es el título de su manuscrito, el cual

parece haber sido hallado por d'Orbigny y fue publicado por L. Adam y Ch. Leclerc en París el año 1880 (Maisonneuve). Es un libro en 8.° con 4 págs. de preliminares y 118 de Texto. Al Arte del P. Maggio se sigue en esta edición, otra Gramática que suscribe un Francisco de Asis Caparcari, tal vez obra de algún indio ladino o bien de alguno de los curas que sucedieron a los jesuitas. El Vocabulario que ocupa las págs. 112 a 118 parece ser obra del mismo d'Orbigny.

Francisco Javier Pozobonelli. Nació en Milán e hizo sus estudios en Padua y en Bolonia. Entró en la Compañía en el Noviciado de Roma y en el Colegio Romano estudió las ciencias eclesiásticas. Fue enviado al Colegio de Ancona, pero estando en teología pidió las Misiones y lo enviaron a Cádiz en donde se preparaba una expedición. Hubo de esperar aquí algún tiempo y al fin se embarcó para el Perú. Hizo en el Cercado la Tercera Probación y pasó a los Mojos en compañía del P. Pedro Blanco, destinado a la reducción de S. Joaquín que estaba entonces en sus comienzos. De aquí pasó a S. Nicolás, también en los albores y de donde habían huido algunos indios. Esto lo obligó a hacer algunas excursiones para atraerlos y con éxito pues pronto los neófitos llegaban a mil. Se le dio órden de pasar a otra doctrina pero los indios que deseaban retenerlo enviaron a algunos de los principales para que solicitasen del Superior la quedada del P. Francisco Javier. Recorrió todos los pueblos de Baures y volvió a S. Joaquín. El P. Pozobonelli fue primo de un Cardenal Arzobispo de Milán y deudo del Cardenal Archinto que fue secretario del Papa. El Padre falleció en el año 1760 y el Superior, P. Beingolea, escribió su Carta de Edificación que suscribe en S. Pedro en Octubre de dicho año.

Leonardo Valdivia. Nació en 1683. En el Catálogo de la Provincia de 1715 se dice que era natural de Oruro y que había nacido el 6 de Noviembre de 1683. Ingresó el 2 de Julio de 1699 e hizo sus primeros votos el 5 de Agosto de 1701. Una vez terminados sus estudios fue enviado el año 1714 a Mojos, a la Misión de San Luis, aunque estaba señalado para Catedrático de Artes. De S. Luis pasó a la recién fundada doctrina de Santa Ana por el P. Francisco Javier Salduendo. Habiendo sido llamado a regir la Provincia el P. Miguel Sánchez vino a sustituirlo entre los Cayubabas el P. Valdivia. En una de sus excursiones descubrió el Río Maniqui, afluente del Mato que pasa cerca de S. Pablo. Pasó luego a visitar la Residencia de Santa Cruz, y volvió a Exaltación, en donde parece haber fallecido el 31 de Julio de 1752 de edad de 69 años y 53 de Compañía, 35 de Profesión y 38 de Misionero.

Cristóbal Velasco. Nació en Guamanga, el 25 de Julio de 1685. Entró en la Compañía el 21 de Julio de 1701 e hizo sus primeros votos el 25 del mismo mes del año 1703. Una vez terminados sus estudios, pasó a la Misión de los Mojos en el año 1712, destinado a S. Ignacio, que había crecido un tanto con la agregación de algunas tribus... Vino a fallecer el 30 de Octubre de 1751, siendo de 68 años de edad y 51 de Compañía, de los cuales pasó 39 en la Misión.

INDICE DE NOMBRES

Aguilar, José de, 59.
Alemán, Diego, 9.
Aller, Julián de, 5, 6, 19, 20, 21, 23, 26.
Altamirano, Diego Francisco, 43, 47, 48, 49, 50, 51, 54, 60, 61, 71, 76, 86.
Altogradi, Nicolás, 82, 94, 95, 104.
Alvarez Gato, Luis G., 77.
Amat. D. Manuel de, 118, 121.
Andión, Jerónimo de, 10, 11, 12.
Arcaya, Mateo de, 94.
Arce, José Francisco de, 113.
Arce de la Concha, Agustín, 58.
Argamosa, Francisco Ant. de, 97, 98.
Arias, Tomás, 11, 135.
Arlet. Estanislao, 42, 45, 57, 67, 69.
Arroyo, Esteban, 114.
Ascanio, Juan, 42.
Atienza, Juan de, 10.
Aymerich, Antonio, 121, 122, 123, 129, 130, 134, 135, 143, 147.

Baptista, Mariano, 150, 151.
Barace, Cipriano, 4, 5, 21, 22, 25, 26, 28, 29, 30, 34, 35, 37, 39, 47, 57, 58, 59.
Bautén, Matías, 105, 119, 120.
Bayo, Ciro, 148, 149.
Beingolea, Juan de, 94, 95, 99, 103, 105, 113, 115, 120, 126, 129, 130, 134, 135, 141.
Benavente, Luis de, 93.
Bermudo, José, 18, 19, 20.
Blanco, Alonso, 113, 136.
Blanco, Pedro, 64.
Borda, Juan de, 117, 118.
Borinié, Francisco, 45, 57, 95, 96.
Borja, Francisco de, 36, 39.
Borrego, Juan, 113, 136.
Bueno, Cosme, 3, 4, 6.

Calvo, Juan Pascual, 97.
Carrillo, Manuel, 72.
Casas, José de, 113.
Castañeda, Juan Francisco, 56, 79.
Castelfuerte, Marqués de, 78.
Castillo, Bernardo del, 82, 107.
Castillo, Felipe del, 84.
Castillo, José del, 5, 6, 11, 21, 22, 23, 24, 26, 27, 28, 34, 35, 36.
Cavero, Hernando, 21, 22, 23, 24, 26, 35.
Cavero, Tomás, 96.
Cavero de Toledo, D. Juan, 101.
Cevallos, D. Pedro, 121, 123.
Claramunt, Antonio, 102, 116, 129.
Contreras, Luis Jacinto de, 19.
Corro, Francisco Javier, 113, 138.
Cortés, Félix, 59.
Chaves, Ñuño de, 8.
Chome, Ignacio, 137.

Delgado Tomás, 77, 79, 92.
Desdevises du Dezert, G. 150.
Díaz, Gabriel, 113, 129.
Dominguez, Bernabé, 35, 37.
D' Orbigny, Alcides, 5, 72, 88, 138, 147.

Eder, Francisco Javier, 5, 68, 72, 113, 136, 138, 141.
Eguiluz, Diego de, 6, 36, 42, 44, 45, 70.
Encinas, Antonio de, 38.
Espejo, Juan de, 35, 36, 37, 38, 40.
Espi, Francisco, 99, 114, 116.
Espinosa, Baltasar, 61, 62.
Espinosa, Joaquín de, 135.
Espinosa y Dávalos, Joaquín, 123.
Esponella, Juan, 137.

Fernández, Claudio, 113, 135.
Fernández, Diego Ignacio, 78, 92.
Ferrer, Agustín, 113.
Figueroa, Nicolás de, 47, 50, 51, 52, 71, 79.
Fuente y Rojas, D. Bernardino de la, 73, 93, 101.

Galván, Buenaventura, 113, 134.
García, Sebastián, 111, 136, 137, 138.
Garcilaso, Inca, 8, 113.
Garriga, Antonio, 44, 77, 79, 86, 87, 88, 92, 94.
Godoy, Juan José, 141, 142.
Granados, Francisco Javier, 36, 37, 43.
Grijalva, Francisco Javier, 53.

Herboso, D. Francisco R. de, 115, 144.
Hinojosa, Francisco de, 9.
Hoz. Otálora, Juan de la, 18.
Hurtado Dávila, Cayetano, 77, 88.

Igarza, Clemente de, 26, 27, 28.
Iraizos, Francisco Javier, 114. 116
Iraizos, Juan Manuel, 111, 132. 134,
Irigoyen, Miguel de, 108, 109, 116.
Irisarri, Fermín, 56.
Izquierdo, Francisco Javier, 116.

Jáuregui, Martín de, 21, 30, 33, 35, 55.

Laínez, Ramón, 104, 114, 120.
Legarda, Lorenzo, 36, 37, 40, 42, 62, 63, 76, 94.
León, Manuel, 112, 136.
Leturia, Martín de, 26, 34.
Leyden, Francisco Javier de, 45, 46, 57, 60.
Lizárazu, D. Juan de, 15.
López, Lorenzo, Pedro, 13.
López de Quiroga, Antonio 9.
Lozano, Fr. Juan, 14.

Maggio, Antonio, 114, 133, 136.
Mallavia, Pedro, 42.
Marbán, Pedro, 5, 6, 21, 23, 25, 27, 29, 30, 34, 36, 43, 45, 47, 48, 50, 53, 84, 133.
Marterer, Adalberto, 127.
Martínez, Diego, 10, 146.
Martínez de Irala, Domingo, 8.
Martínez de Tineo, D. Juan V. 123, 129.
Mayorana, Antonio, 44.
Medina, Francisco de, 117.
Melo Palleta, Francisco, 77.
Mendoza, Alvaro de, 35, 36, 43, 76, 84.
Mendoza, Luis de, 13, 14.
Mendoza Mate de Luna, Juan, 13.
Messia, Diego Cristóbal, 54.
Messia, Bedoya, Alonso, 87, 92.
Messner, Juan, 137.
Mimbela, D. Fr. Jaime, 100.
Miranda, Luis de, 55.
Miraval, Nicolás de, 55, 56, 84.
Moncada, Baltasar de, 97, 99, 110.
Monclova, Conde de la, 45, 48, 51, 54.
Moneda, Rafael de la, 95.
Monitola, Angelo, 14.
Montenegro, Juan de, 14, 35, 37, 40, 60.
Moreno, Gabriel René, 73, 143.
Morillo, D. Antonio, 92, 100.
Morillo, P. 45.
Moro, Antonio, 22.

Olmedo, D. Juan Pablo de, 101.
Orellana, Antonio de, 4, 21, 28, 29, 35, 37, 48, 54, 59, 62, 63, 64, 66, 92, 93.

Pérez Tomás Francisco, 33.
Pérez Palomino, Juan, 10.
Pestaña, Juan de, 105, 118, 121, 122, 123.
Pirón, Pedro, 56.
Polanco, Juan, 18.
Ponce, Felipe, 116.
Ponce, Pascual, 62, 94, 49, 102, 125, 127.
Porres, Félix de, 36, 37, 57.
Prat de Saba, Onofre, 95.
Prato, Gaspar de, 96, 124.

Queipo de Llano y Valdés, D. Juan, 38.
Quintana, Alberto, 110, 113.
Quirós, Francisco Javier, 113, 129, 135.

Rada, Pedro, 64.
Rado, Pedro de 126, 127.
Reysner, José, 112, 134, 141.
Reyter, José, 113, 135.
Ribadeneira, Antonio, 113, 134.
Ribadeneira, Juan de, 22.
Ribera y Quiroga, Benito de, 9, 15, 34, 35, 37, 44.
Río, José Ignacio del, 113, 134.
Riva Aguero, Jerónimo de la, 28.
Rivera, Lázaro, 143, 145, 147.
Robledo de Torres, José, 47.
Roca, Tomás de la, 82, 84.
Rodríguez, Juan, 99, 104, 114.
Rodríguez, Miguel, 113.
Rollín de Moura, Antonio, 103, 119.
Rotalde, Francisco, 56, 57, 83.
Ruíz, Gabriel, 83, 113, 114.

Saavedra, Hernando de, 28.
Salduendo, Francisco Javier, 82.
Samaniego, Diego de, 10, 12.
Sánchez, Miguel, 64, 79, 92.
Santo Buono, Príncipe de, 77, 101.
Sanvicente, Lorenzo, 151.
Sarmiento, Nicolás, 113, 135.
Schmidt, Sebastián, 82.
Segovia, José de, 76.
Segui, Gustavo, 113.
Solis, Gregorio de, 35.
Solis Holguin, Gonzalo de, 8, 11, 14, 15.
Solórzano, Juan de, 54.
Sotelo, Luis, 26, 27, 29.
Soto, Juan de, 17, 18, 19.
Sotomayor, Ignacio de, 36, 39, 57.
Suárez de Figueroa, Lorenzo, 10, 12.
Superunda, Conde de, 99.
Susich, Nicolás, 113.

Theodori, Atanasio, 85, 98.
Tibaute, Pedro José, 105.
Torres, Juan, 85.
Troconis, Esteban, 113.

Ugarra, Francisco de, 42, 44.
Uria, Alejo, 113, 136.
Usay, Antonio, 113.

Valle, Francisco del, 114.
Valverde, Martín, 113.
Vargas, Ignacio de, 116.
Vargas, José de, 41, 44, 60, 84.
Vargas, Nicolás de, 93, 94, 110, 111, 127.
Vázquez de Velasco, Pedro, 54.
Vega, José de, 28, 29, 36, 37, 47.
Veinza, Juan José de, 42.
Velasco, Joaquín de, 57.
Velez de Guevara, Pedro, 9.
Verdugo, Alonso, 103, 104, 105, 113, 118, 117.
Vergara, Manuel, 112, 115.
Viedma, D. Francisco de, 10, 144.
Villarnao, Jerónimo de, 15.
Villaurrutia, Antonio, 145, 146.

Zabala, Juan José de, 108, 109, 112, 125, 126.
Zapata, Agustín, 35, 36, 37, 39, 40, 67, 68, 70, 74, 86.